FERNANDO SCHWARTZ

MEMORIAS

GALOBART
NUEVA NARRATIVA

EDITA
© The Galobart Books S. L
Calle Carranza, 25; 5º-3
28004 Madrid
COLECCIÓN
Nueva Narrativa
TEXTOS
Fernando Schwartz
DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO
David Generoso
DISEÑO DE PORTADA
David Generoso
DIRECCIÓN COMERCIAL
Mercedes López Molina
Fotografía de portada: Luana Fischer
ISBN | 978-84-124999-2-6
Depósito legal: M-11136-2022
Si deseas estar informado de todas nuestras novedades editoriales,
entra en thegalobart.com y suscríbete gratuitamente a nuestros newsletters.
El proyecto The Galobart Books destina el 0,8% de sus beneficios a fines sociales.
Más información en Thegalobart.com
©The Galobart Books, S. L.
Reservados todos los derechos.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

A todos los que me han querido
y a todos los que no, menos un par que ni por esas

Y a Sandra, casi siempre presente

PREFACIO

Nunca fui importante ni decidí
nada; solo fui un observador

Un amigo mío, Fernando Contreras, paseando por el Pirineo francés, entró en un aserradero y vio grandes planchas de roble abiertas, como rotas, como si las hubieran aserrado por los nudos de la propia madera. ¿Por qué hacen eso?, preguntó. Ah señor, fue la respuesta, el roble siempre se rompe por el nudo y se echa a perder. Para impedirlo, hay que cortar el corazón del roble. *Il faut couper le coeur du chêne.*

Unas memorias son como el roble: si no se llega al corazón de los recuerdos, pueden agriarse o pudrirse y no servir de nada. Por eso, unas memorias no son un mero recuento cronológico de vivencias. Como su nombre indica, se trata de recuerdos de aquí y de allá, de un momento hoy y otro anteayer, que acuden en tropel y sin más orden que el de su llegada. Después de todo, son testigo irregular de la historia, grande o pequeña. Lo esencial es poder bucear en ellas para alcanzar su corazón.

Mis lectores verán que muchos me han querido y que he querido a muchos. A todos doy las gracias, pero Franco y Teresa Mimmi merecen más: leyeron estas memorias tres veces seguidas, cuando empezaba a escribirlas, cuando estuve confuso y ya concluidas. Me aconsejaron y me corrigieron con generosidad verdaderamente inusual. Con la generosidad de literatos profundos. Es como si me hubieran acompañado todo el camino.

Y por ser del todo sincero, agradezco también a Elena Mena Tecglen, a Lucía Garau y a Ketty Ruiz que leyeron con paciencia los primeros borradores de este montón de recuerdos desordenados.

1.
MIS TEMORES

En mi vida hay cuatro momentos que me retratan, o al menos eso creo: uno de dolor, uno de estupor, otro de indignación y otro más de terror. Hay un quinto, pero pertenece a mis hijos y a mis amores y ya los iré recordando. Y un sexto que, como explicaré, tiene que ver con la ocurrencia de la escalera [1] , es decir, con que a uno le vienen a la cabeza las respuestas más brillantes, más ingeniosas o malvadas cuando es demasiado tarde y le pilla bajando la escalera, perdida la oportunidad de dar respuesta a la impertinencia del dueño de casa o del invitado: la historia de mi existencia. Un ejemplo: Eduardo Ibáñez hasta entonces embajador de España en Japón fue castigado por haberse dedicado, decían las malas lenguas, a trapicheos con el cambio de divisas en Moscú cuando había estado destinado allí; lo destituyeron de Tokio y lo mandaron de cónsul general a Amsterdam (puede que esa no fuera la razón, puede que lo quitaran del puesto por simple incompetencia o por su poco entusiasmo democrático). Daba la mala casualidad de que, en ese momento, yo era embajador en La Haya y por tanto él, de mucha más edad y de mayor antigüedad que yo en el escalafón, se había convertido en mi subordinado. Al llegar a Amsterdam no tuvo siquiera la cortesía de llamarme. Bueno, era comprensible: venía enfadado y lleno de resquemor contra el gobierno socialista, al que consideraba responsable de sus males. En fin, armado de buena voluntad, decidí dar a Eduardo Ibáñez una cena de bienvenida con todo el personal de mi embajada. Lo hice y senté a su mujer a mi derecha como correspondía. Una mujer estirada y poco simpática. Ambos acapararon la atención de todos sin dejar hablar a nadie, perdonándonos la vida. En un momento, cerca ya de los postres, la mujer del nuevo cónsul Ibáñez se dirigió a mí y me dijo: «¿sabes?... Perdona, no recuerdo cómo te llamas…». Se produjo en la mesa un silencio sorprendido. Seguro que el resto de los comensales esperaba que yo le tirara la copa de vino sobre la falda o algo así. «Fernando», contesté ignorando el insulto y la conversación siguió como si tal cosa. Cuando todos se hubieron marchado, solo en el salón, me di una palmada en la frente: ¡cuando la boba aquella me dijo perdona, no recuerdo cómo te llamas, debí haber contestado

«para ti, embajador»! La ocurrencia de la escalera. No los volví a ver; en cambio, sí tuvieron constante e intenso contacto con ellos mis supuestos colaboradores, que, digamos, eran más de la extrema derecha. De hecho, me habían recibido con banderines de lo que llamábamos «el pollo» (la bandera española con el escudo fascista del águila, ya decididamente inconstitucional) firmemente plantados en sus mesas de despacho. Mandé quitarlos. Además de por mi adscripción política (en cuya antipatía destacaban mi segundo, Juan Manuel Barandica, y mi tercero, Antonio Navarro) me tenían inquina porque por mi culpa, el gobierno había sustituido en La Haya a Jorge del Pino por mí. No tuve nada que ver: yo lo que quería era ir de embajador a Roma.

Dolor. El día en que murió mi hermana, la Nena, en el año 2009, me pilló por sorpresa. No parecía posible que ella, que tan mala vida había tenido y con tanta fuerza la había resistido, pudiera sucumbir como un relámpago, de la noche a la mañana, de un instante a otro. Me sentí agredido, engañado, sobre todo atravesado por una espada de dolor.

Estupor. Un día de la primavera temprana de 1984 volvíamos en el Mystère (mi chófer lo llamaba el *míste*) de la Fuerza Aérea española de Bruselas a Madrid, concluida una dura (tal vez más aburrida que dura) jornada de negociación con los líderes de la Unión Europea. Allí no regalaban nada y cada punto del programa que debía llevar al ingreso de España en Europa era debatido interminablemente por una y otra parte sin que, eso sí, se perdieran nunca los modales. Pero la discusión era implacable. Tanto, que, en un momento dado, Manuel Marín, entonces secretario de Estado para el tema europeo (y muchos años después presidente del Congreso), se llevó las manos a la cabeza exclamando «¡no puedo más! ¡Me estalla la cabeza!» Entonces Giulio Andreotti, el ministro de exteriores de Italia que lideraba en aquel momento el equipo negociador comunitario, se sacó una cajita de plata de un bolsillo del chaleco, levantó la tapa y extrajo una pastilla blanca. Dios sabe qué sería. Sosteniéndola entre el pulgar y el índice de la mano derecha, miró primero a Fernando Morán, el ministro jefe de la delegación española, y luego a Marín, que todavía se agarraba la cabeza con desesperación, y dijo: «tómese esta pastilla, *giovanotto* , y ya verá cómo mejora». Y siguió hablando con Morán como si tal cosa.

Alevines contra viejos zorros.

Pero a lo que iba: en el regreso a Madrid, quedé, casualidades de avión pequeño, sentado frente a Manolo Marín. Y este, sin hacer alusión a nada, de pronto me espetó: «¿sabes una cosa? Te ríes demasiado. Y te acabará pasando factura».

Indignación, ah la indignación. La noche antes de la boda del príncipe Felipe con Letizia, que ocurriría el 22 de mayo de 2004, acudimos mi mujer y yo a la cena de gala que ofrecía el rey Juan Carlos en un salón del palacio de El Pardo. El rey decía riendo que aquel comedor había sido caballerizas y que, por tanto, no se arriesgaba contagio con el espíritu de Franco; claro que depende de qué clase de espíritu se trata. Los invitados éramos unos 400 y servían la cena Juan Mari Arzak y Ferrán Adrià. Parece mentira que con tanto gentío nos dieran de comer un menú tan asombroso, tan delicado y tan impecablemente caliente.

A mí Leti zia no me parecía mal. No era muy simpática, y lo atribuí a la tensión del momento, pero sí lista como un rayo. Con el tiempo, a medida que afirmaba su personalidad, a medida que iba imponiéndola a su marido, se fue endiosando y demostrando más frialdad de lo que era conveniente, sobre todo en sus relaciones con la Familia. A su futuro suegro le caía fatal y le habría gustado impedir la boda. No pudo. Una de las cosas que sublevaban al Rey era que Letizia no perteneciera a una clase social elevada, que no fuera una chica bien, vamos, y su fuerte inclinación a refugiarse en un grupo de amigos algo «chelis». Otra es que pretendiera tomarse ser reina como un trabajo de 9 a 5. Afirmaba que el tiempo restante era suyo y eso en la familia real provocaba sarpullidos de indignación: se es Reina 24 horas al día. Lo demás es no comprender nada: empleo hasta durmiendo. Por anacrónico que parezca, en eso se basa el fundamento de la monarquía. Me parece que su declaración de horario laboral limitado respondía a un deseo de modernizar la Corona, como si en Letizia se tratara de una rebeldía simpática, de un deseo de *aggiornamento* juvenil que cambiara la imagen algo rígida y anticuada del palacio al que accedía. Claro que, ahora que la estabilidad del sistema monárquico es mucho menos firme que entonces, han cambiado sus parámetros. El día a día ha ido bajando a la Reina a la dura realidad social y política en donde se permiten pocas frivolidades y pocas exhibiciones de independencia y de alta costura: la vida es lo que es y

las coordenadas de una reina son lo que son. Con el tiempo, sin embargo, ha sido capaz de reconducir sus meteduras de pata y su imagen invasora y distante y ahora ha acabado siendo una buena reina, concienzuda y cumplidora. Imagino que le gustaría ser, como Lady Di, la «princesa del pueblo», pero le falta empatía. Por lo demás, que yo sepa, soy el único que la ha entrevistado en televisión. Vino como joven reportera junto con otras dos compañeras a hablarnos de su nuevo papel como busto más o menos parlante en las Noticias de Canal+. Nos pareció una tipa estupenda porque, sin empacho alguno, se declaró republicana y atea. Cosas de la vida: seguro que pocos meses después le habría gustado tragarse esas palabras (dicho sea de paso, también soy el único que ha entrevistado a Iñaki Urdangarín. Qué se le va a hacer. Le tengo cariño).

Su marido, el rey Felipe VI, en cambio, es un hombre de buena planta y discreta simpatía, inteligente y aplicado; Juan Luis Cebrián siempre me decía de él que se leía hasta las exposiciones de motivos de los decretos-leyes. Siendo, como es, un buen rey, lo lastran dos inconvenientes: ser hijo de su padre, del que ha heredado pocas cosas y mucho lío, y no saber si la corona que lleva en la cabeza tiene fecha de caducidad. Que se quede tranquilo: no la tiene.

La monarquía en España no es universalmente aprobada, es cierto: hay en algunos sectores de la sociedad un rechazo firme a este sistema hereditario de jefatura de estado. Creen que la democracia alcanza hasta arriba mismo. Pero no es así. Las cosas tienen su tradición y es conveniente que sea respetada. No importa quien lleve la corona o la banda de presidente. Es lo de menos. Lo que importa es que quien la lleve presida sobre una paz y una concordia que no puede ni se debe cuestionar. ¿Hacer de España una federación? Sí. ¿Hacer de ella una república? No. Para qué. La corona nos va muy bien sin sobresaltos y con un número correcto de detractores.

Pero volvamos a la cena en el palacio de El Pardo.

Entre los invitados dispuestos en mesas que, como los radios de una rueda de bicicleta, convergían hacia la mesa de honor, había varios reyes y grandes duques, ministros, banqueros y ricachones, ¡ hasta los príncipes de Mónaco!, pero, sobre todo, estaba Nelson Mandela, el hombre más importante del siglo XX (y del XXI). Me acerqué a saludarlo con timidez y emoción y le di la mano con calor. No apreté demasiado porque sus dedos se habían vuelto frágiles y se le notaban

los nudillos desprotegidos y resecos.

En estas cenas, a mi mujer Sandra —esa santa, acabamos llamándola alguna vez para su irritación— y a mí siempre nos tocaba la mesa de los archiduques, un grupito de jovenzuelos de Centro Europa que viajaban mucho y no tenían nada que hacer. Y allí, como mandaba el protocolo, nos sentamos ella y yo a cenar y hablar de tonterías intrascendentes. «Nos vemos la semana que viene en Amán en el cumpleaños de Amina», (o de Fátima) «… El baile estará bien y el desierto, mmm… ¿vosotros vais? Será divertido». No me lo preguntaban a mí, claro, sino a los otros archiduques de la mesa. «Y luego nos vamos todos a Vaduz a los esponsales de Jean» (o de Philippe o al baile de primavera o a la caza del rebeco). Cosas así. Yo conocía a una de mis compañeras de mesa, pero solo por haberla visto en el *Hola* muchas veces; Sofía de Habsburgo, descendiente de emperadores de Austro-Hungría, era bien guapa y tenía unos preciosos ojos azules. Se sentaba al lado de su marido, un elegante príncipe Hugo zu Windisch-Graetz, ayudante de cámara del Papa o algo parecido. Estos archiduques siempre tenían y utilizaban una ristra de apellidos de abolengo para que se supiera de dónde salían del medioevo para acá (por ejemplo, la madre de Hugo se llamaba nada menos que María Luisa Serra de Carafa de Gerace. Lo digo porque a mí estas cosas me imponen mucho). Unas cenas inolvidables.

Terminados los postres, vimos que de la mesa central se levantaban Mandela y don Juan Carlos. Creo que Mandela invocaba su gran edad y la necesidad de retirarse a descansar en previsión de la agitación que impondría tanto festejo al día siguiente. No era como los archiduques, para quienes una fiesta no dejaba de ser una fiesta. Se despidió amablemente de cuantos se habían sentado con él en el lugar de honor y emprendió el camino hacia la salida, andando con despacio por el pasillo que se abría entre las mesas, una de las cuales ocupábamos con los archiduques. Hubo un momento de silencio y, luego, mientras *Madiba* andaba cansinamente, las conversaciones se reanudaron. Me pareció una falta de respeto intolerable dejar que aquel instante se esfumara sin pena ni gloria y rompí a aplaudir. Durante unos segundos solo se oyó mi aplauso, pero poco a poco fueron uniéndose todos los invitados hasta que Nelson Mandela, imagino que sorprendido por la ovación, levantó una mano como tímido saludo. Y fuese y no hubo nada.

Entonces, la archiduquesa que se sentaba a mi izquierda me miró y

me dijo «no tienen ustedes sentido del ridículo, ¿verdad?».

Terror. 24 de enero de 1977. La matanza de Atocha. Unos asesinos salvajes que no acababan de comprender que su tiempo había pasado (o que nunca había existido, en realidad) y que se sentían legitimados para disponer de la vida del adversario, irrumpieron en el despacho de un grupo de jóvenes abogados laboralistas en la calle de Atocha de Madrid. Mataron a cinco e hirieron a otros cuatro. Fue el día en que de verdad acabó el régimen de Franco (aunque no: todavía faltaba el 23F de cuatro años más tarde, por más que en realidad fuera una patochada que no interrumpió el curso de la Historia) y se legalizó moralmente el partido comunista y en verdad, el socialista.

El entierro tuvo lugar dos días después con la Castellana abarrotada de gentes que en un silencio sobrecogedor portaban miles de rosas rojas. Caras cerradas y hoscas y regueros de lágrimas por las mejillas. Yo estaba allí, en la plaza de París frente a la entrada principal por la que hoy se accede al Tribunal Supremo y entonces daba al Colegio de Abogados. Allí estábamos una inmensa muchedumbre de pie, apretados, oliendo a mojado y rabia. Recuerdo a Fernando Morán (yo a su lado) y a Nicolás Sartorius (luego, después de tiempo, nos hicimos íntimos y seguimos siéndolo), a Luis Yáñez, a Javier Pradera, a Pipo Dicenta y… no recuerdo ya más que la indignación, el deseo intenso de que no fuera en vano el pavor que sentía sabiéndonos desprotegidos, convencido de que los grupos de asalto de la policía, los grises, iban a entrar a saco entre tanto manifestante rojo desarmado y triste. Tres días antes habían matado a una chica en una manifestación. ¿Por qué no iban a caer sobre nosotros? Tenía miedo, sí, pero me dije que si intentaba escapar de todo aquello, ya no valdría la pena mirarme al espejo todas las mañanas. Y me quedé. Describí esta escena, y la reviví con la misma angustia, en una novela sobre la transición, *Viví años de tormenta.*

Y es que el terrorismo de uno u otro bando siempre nos ha tocado de cerca a los españoles y más durante la década angustiosa de los 70. Pero a veces, pocas, con conclusiones inesperadas y con final de sainete bufo.

En 1970 yo era cónsul adjunto en la embajada de España en Londres, lo que equivalía a ser el último peón de la representación diplomática. Por delante pasaban todos los demás diplomáticos

destinados allí, más los agregados comerciales, militares de las tres armas, los consejeros culturales y de prensa, gente así, unos 20 o 30 funcionarios, todos de mayor rango que yo, secretario de embajada de 2ª. Estaba Paco Mayáns allí, de agregado de prensa, un tipo inteligente y de cierta honrada ironía. Lo cito porque con él trabé amistad perdurable; acabó de asesor de Fernando Morán cuando fue ministro de asuntos exteriores.

En el consulado yo estaba a las órdenes del cónsul general y de otro adjunto, Manolo García, un tipo simpático y atrabiliario que, por haber nacido en Astorga, decía ser el único diplomático de pueblo de toda la carrera. Me decía que yo era demasiado fino, demasiado señorito. Me llevé bien con él, mejor que con su sucesor.

Un inciso: la agregaduría militar española ocupaba un piso superior del edificio en el que estaba mi consulado, el piso contiguo, por cierto, del que acabó siendo célebre por haberse refugiado en él durante unos cuantos años Assange, el de los documentos secretos de Estados Unidos, al que todo el mundo quería echar el guante, Dios sabe para qué.

Bien: el agregado militar era un coronel de infantería, geniudo y pelirrojo que tenía a sus órdenes a un capitán, creo que Parejo o Pareja. Sus diálogos matutinos se desarrollaban así:

—Oye.

—Sí, mi coronel.

—Vete al ministerio de defensa…

—¿Para qué? Para ir allí hay que tener cita y no la hemos pedido.

—Bueno, tú vete allí y muévete por los pasillos, a ver si oyes algo.

—¡Pero si no hablo inglés!

En fin.

Ser cónsul general en Londres era una bicoca, hecha fácil porque todas las tareas desagradables y engorrosas acababan cayendo enci ma del adjunto o, lo que es lo mismo, sobre mí. Señalo todo esto por dos razones: ser el último mono de la embajada tenía la ventaja impagable de que nadie me hacía caso y yo vivía mi vida fuera de las horas de oficina, que eran muchas, como ser independiente, lo que en el Londres del final de los 60 era un verdadero privilegio. Nunca tuve que estar en casa, vestido de esmoquin, esperando a ser llamado para cubrir la baja inesperada de un invitado cualquiera a una cena de gala en la residencia de Belgrave Square. Eso les tocaba a los secretarios de embajada más elegantes. Yo, a Dios gracias, era ciudadano de segunda

clase.

La segunda razón era que al embajador, el marqués de Santa Cruz, no se lo visitaba como se hace ahora llamando a la puerta del despacho y entrando sin más. Eso me hacían mis colaboradores cuando fui embajador en los Países Bajos. Cuando llegué a Londres en julio de 1968, tuve que esperar a que el embajador me diera cita para una semana más tarde a las once de la mañana, él sentado y yo de pie. Y en los cinco años que estuve destinado allí, solo lo vi una vez más durante el incidente que voy a contar.

En diciembre de 1970 tenía lugar el tristemente famoso juicio de Burgos. Un escarmiento del régimen contra 16 sospechosos de pertenecer a ETA, incluidos dos curas y tres mujeres. Los acusaban de haber matado a Melitón Manzanas (¡cómo olvidar ese nombre!), y era cierto que lo habían ejecutado. Manzanas había sido un sádico torturador, jefe de la brigada político-social de Guipúzcoa. Se lo llevaron por delante en 1968 en su casa de Irún. Lo que sucedió es que el pretendido escarmiento fue un tiro que al régimen le salió por la culata. La reacción internacional, brutalmente negativa, ¡seis condenas a muerte!, y sin que hubiera prueba de que habían sido ellos, pilló al gobierno por sorpresa, justo cuando pensaban, ilusos ellos, que la aproximación a Occidente, a la OTAN y al Mercado Común iba por buen camino. Por fin el mundo se iba a rendir a la seriedad del sistema español, a la verdadera democracia. Vertical, claro. La guerra fría en el mundo y el anticomunismo en España se prestaban al mayor optimismo del gobierno de Madrid.

A mí, que era un tipo decididamente poco afecto al régimen de Franco, el juicio me pareció una salvajada y me llevó al enfado y al cinismo. No tenía yo nada que ver con aquellos bárbaros. Pero, dicho lo dicho, ¿ cómo podía compaginarse el deseo de ser honrado con el cinismo de trabajar para un gobierno al que se desprecia pero que paga a final de mes? A la mayor parte de los compañeros míos demócratas les funcionaba el sofisma de que, en realidad, representábamos al pueblo español y no a sus dirigentes. Bueno. Cosas veredes.

Nos parecía que ETA era un poco como Robín de los Bosques: un grupo de gentes con corazón que luchaba contra la tiranía. Eso pensábamos; aún no se habían convertido en terroristas sanguinarios y subinteligentes y su batalla contra el franquismo nos producía íntima satisfacción. Luego nos produjo bastante menos satisfacción cuando,

muerto Franco, se pusieron a hacer lo que estuviera en su mano para que el país volara por los aires y, de paso, nos llevara a nosotros en el vuelo.

A las 9 de la mañana de un día de diciembre de 1970 me llegó la llamada: debía presentarme de forma inmediata ante el embajador marqués de Santa Cruz. ¿Para qué?, pregunté al canciller que me había telefoneado para convocarme. No lo sé, señor Schwartz, algún pequeño problema consular, supongo.

—¿Ha oído usted hablar del juicio que se está celebrando en Burgos contra los asesinos de ETA?

—Sí, señor embajador.

—Tenemos un problema que usted, Schwartz, tiene que contener para asegurar que no sale a la luz pública.

—¿Yo?

Santa Cruz me miró con impaciencia.

—Claro que usted. El coronel que preside el tribunal en Burgos, excelente amigo y gran patriota, Manuel Ordovás, tiene una hija joven y muy guapa que... [el embajador carraspeó no sin cierto embarazo]... esto... ha sido detenida aquí...

—¿Aquí en Londres?

—¡Aquí en Londres, caramba! Claro que aquí en Londres. Si no, no le habría convocado a usted . —No le faltó más que llamarme «joven».

—¿Por qué?

—Porque es usted el cónsul, Schwartz, y se ocupa de estas cosas. Esa chica —añadió con cierta solemnidad— ha sido detenida por error, una niña de excelente familia cristiana y de militares...

—¿Por qué? —repetí.

—Bueno, se le acusa de haberse quedado con algún objeto o un vestido, no sé muy bien, en el departamento de señoras en Harrod's. Comprenderá usted que no se *subtiliza* —eso dijo, subtiliza— un vestido, así como así. Tiene que haber un error o una inconveniencia fácilmente explicable...

—¿Y qué puedo hacer yo?

El embajador me miró como si yo fuera un subnormal.

—Qué puede hacer, qué puede hacer. Me da igual lo que haga para resolver este asunto, Schwartz. Lo único que le digo es que, como el tema acabe en la prensa, ¡en el *Times* !, se comprometería el buen nombre del presidente del tribunal de Burgos y, por ende, el del juicio y el de nuestro país. ¿Me comprende?

—Sí, señor.

—Como algo de esto salga en la prensa, me encargaré personalmente de que sea usted trasladado a un consulado de nueva planta en Jodaida, capital del emirato del Yemen. ¿Me comprende?

No lo iba a comprender; la idea de un destino en el desierto arábigo como castigo a cualquier indiscreción involuntaria me resultaba muy poco atractiva.

Recordaba bien al coronel Ordovás, un caballista enjuto y poco simpático, al que había sido presentado veinte años antes en Roma en cuya embajada de España estaba destinado mi padre. Ordovás formaba parte del equipo que representaba a España en el concurso hípico celebrado anualmente en la Villa Borghese, en el Pincio del centro de Roma. Mi madre me obligaba a ir y a mí me divertía poco; prefería las aventuras de Sandokan y los piratas de la Malasia. Pero…

Recuerdo que el coronel Ordovás me dio un leve cachete diciendo «hola, chaval». Y eso fue todo. Y ahora me tocaba salvarle la honra en Londres.

La larga práctica de sacarle las castañas del fuego a jovencitos españoles que habían ido a Londres a estudiar inglés y que eran regularmente detenidos por robar cualquier tontería en Harrod's o en Selfridge's o por hacer un pis en Hyde Park detrás de un matorral, me había hecho establecer una relación de resignada simpatía con un sargento Smith de la Policía Metropolitana. Me llamaba con cierta frecuencia para que me hiciera cargo de alguno de aquellos desdichados (uno de ellos, honrado padre de familia, acusado de hacerle cosquillas a su hijo en el parque a la vista de todos, una indecencia como otra, fue dejado en libertad cuando expliqué al sargento que yo hacía lo propio con los míos y que las cosquillas son una práctica bien española). Acudía a la comisaría de Savile Row a hacerme cargo cuando eran cosas menores... Pero en el caso de la niña del coronel, el asunto era un poco más grave: debía pasar la noche en las celdas de la comisaría, comparecer al día siguiente ante el magistrado, ser públicamente regañada por él y recibir el castigo de rigor, una multa, unos días en chirona para que fuera aprendiendo y, en todo caso, expulsión del país. Por suerte, la niña llevaba un pasaporte a nombre de Rosario Díaz, o algo así, que prometía no comprometer su anonimato. Si con esto conseguía que un periodista de sucesos, intrigado por mi presencia en el tribunal, no se pusiera a rebuscar en la identidad de la ladrona, estaríamos salvados.

—Pero, ¿qué ha hecho esta mujer? —pregunté.

—Bueno —me contestó el sargento Smith—, ha robado un fular de seda y se ha puesto un vestido por debajo de la ropa con intención de llevárselo. Era un vestido muy caro de firma y en Harrod's se ponen muy enfadados con estas cosas. Sufren muchos robos [*era el usual delito de* shoplifting*, un término con el que me había tenido que familiarizar*] y, cuando pillan a uno, le hacen pagar por todos los demás.

—Vaya por Dios.

—Pero no lo he llamado por eso, señor cónsul. —Santo cielo, pensé, sabe quién es—. Lo he llamado porque, aunque se merece un buen castigo, una señorita tan bien parecida y tan delicada no debería pasar una noche en una celda de comisaría rodeada de prostitutas, borrachos, ladrones y potenciales violadores. Hay mucha mala gente suelta… —Este hombre era un santo. Y la casualidad ponía, además, el asunto en mis manos.

—¿Y qué puedo hacer?

—Estoy abierto a una solución que me proponga.

—Mire, sargento, ¿qué tal sería que yo me hiciera cargo de esta señorita, la hiciese dormir en mi casa y la llevara mañana a presentarse ante el juez a la hora que se me convoque?

—¿Haría eso? ¿Me garantiza que así será?

—Se lo garantizo —contesté con solemnidad.

—Pues llévesela. Y mañana esté en la Corte a las nueve.

—Así será.

Fueron a buscarla a los calabozos y, cuando la trajeron, me dio la sensación de ser una niña de Serrano cualquiera, pijilla, mona, orgullosa de sus caderas, aire impertinente. Iba despeinada y, me pareció, nada impresionada tras su encuentro con el delito y la policía. Hizo ademán de hablar.

—No digas una palabra —le ordené. Di las gracias al sargento, agarré a la chica por el codo y añadí: —vamos.

—¿Podemos parar a comer algo por ahí? Estoy muerta de hambre.

—No. Vamos a mi casa, te das un baño, te tomas un vaso de leche y te vas a la cama.

—¡Jo, qué cerdo! —contestó con tono plañidero.

—Las niñas pequeñas que hacen el idiota no merecen mejor trato. Un poco de disciplina te irá bien.

—¡Jo, qué cerdo! —repitió.

—Sube al coche, anda. ¿Cómo se te pudo ocurrir ir a robar a Harrod's?

—No iba a robar. Voy a abrir una tienda de moda en Madrid y fui a sacar unas fotos de modelos de ropa…

—Claro, por eso afanaste un pañuelo de seda de Dior y luego te pusiste en el probador un vestido, una blusa de seda y un sujetador de encaje debajo del abrigo. ¿En qué estabas pensando?

No contestó. Y luego:

—¿Se lo vas a contar a papá?

—Yo a tu padre no le voy a contar nada. Ya te las compondrás tú. Además, ¿cómo crees que me he enterado? ¿Me lo ha contado el arcángel san Gabriel o qué? Tu padre está al tanto de todo. Me limitaré a subirte al avión mañana si el juez no te manda al calabozo y santas pascuas.

—Jo…

—… qué cerdo, ya sé. Vamos.

—¿Y si llamara al embajador? Me dijo papá que lo llamara si tenía algún problema.

—Mejor no, ¿sabes? Para eso me ha mandado a mí a sacarte las castañas del fuego. Él ni se entera ni le importa esto tuyo. Está a otra cosa más divina que esta de sacarte del trullo. De la mierda me ocupo yo. A ver…

—Jo, pareces James Bond.

—Deja de decir tonterías.

Durmió en el cuarto de los niños, con los dos niños y un camisón de mi mujer. Antes de ir a la cama, tomó en la cocina dos vasos de leche caliente y una rebanada de pan con mantequilla.

A las nueve de la mañana del día siguiente estábamos en la puerta del Magistrate's Court. Allí nos esperaba mi sargento Smith.

—Vamos —dijo.

El juez era un tipo con cara de malas pulgas, de esos que, desde lo alto de su estrado, miran a todos por encima de las gafas y no admiten bromas.

La vista trascurrió sin mayores incidentes. Me pareció que el juez me contemplaba con algo más de simpatía que la inicial, como si comprendiera lo irritante y cansado que podía llegar a ser ocuparse de la pandilla de descerebrados que le traían a diario.

—A esta señorita le voy a imponer una multa de 200 libras más el importe de lo que ha robado y la voy a expulsar de este país sin que

pueda volver hasta tanto un cónsul británico lo autorice y siempre que haya trascurrido un mínimo de cinco años. Señorita… Díaz. Señor cónsul, usted se hace cargo de su custodia como ha manifestado ser su intención. La señorita deberá embarcar en el primer vuelo hacia España… a menos de que prefiera usted que sea Scotland Yard quien se encargue del procedimiento a partir de ahora.

Nadie, y el embajador menos que nadie, se congratuló del éxito de mis gestiones ni consideró simpático felicitarme por él. Al menos, el consulado en Jodaida iba a tener que darme un compás de espera. El honor de los Ordovás quedó a salvo y, libre del importe de la multa y la cuenta de Harrod's que pagó el consulado, la niña acabó abriendo su tienda de moda en la calle Serrano de Madrid, esquina a Juan Bravo. Y yo no volví a pensar en el desierto hasta siete años más tarde.

La verdad es que la embajada en Londres era en aquellos tiempos un depósito de frialdad deshumanizada. Lo lideraba un embajador, el marqués de Santa Cruz, que no pensaba mucho más allá de sus intereses personales, al tiempo que intentaba endosar un disfraz que lo hiciera parecer más británico que los ocupantes de la Cámara de los Lores. Los ingleses lo consideraban algo ridículo porque cualquier disfraz con el que se vistiera no conseguía tapar la antipatía que les causaba la dictadura de Franco. Al menos, cuando su predecesor el duque de Alba ocupaba la embajada (entre 1939 y 1945), los británicos tenían difícil despreciarlo, por cuanto él mismo era duque de Berwick upon Tweed con derecho a sentarse en los Lores con más linaje que el resto de sus ocupantes. Su mujer, Casilda (la verdadera marquesa de Santa Cruz), aunque la vimos poco, era muy simpática.

Quedaban aparte del gélido ambiente de la embajada de Belgrave Square, su número dos, Alberto López Herce, un hombre cordial y cálido, que era como el padre de todos, bromista y cercano. Aspiraba rapé de una pequeña caja de plata que llevaba en un bolsillo del chaleco y le hacían las corbatas a mano en Jermyn Street . Él y su mujer, Soco, nos hacían la vida agradable y nos invitaban a comer y reír con frecuencia. Años después, cuando llegué a Nueva York, Alberto era cónsul general allá y seguía siendo el padre de todos. Hasta jugó una vez al fútbol con todos nosotros, mientras se ahogaba acechado por un ligero enfisema causado por el tabaco. Gran tipo.

Unas semanas después de estas cosas que relato, vino a Londres Víctor Pérez Díaz, el hoy célebre sociólogo y politólogo. Como era un

gran amigo, se alojó en mi casa en Sloane Street. Entonces llevaba una barba tremenda como correspondía a un revolucionario y, por las fotos que todos conocíamos de Karl Marx, se parecía mucho al bueno del padre del comunismo. (Una de las ventajas de escribir las propias memorias es que se pueden hacer las digresiones que le vengan a uno en gana. Ergo: Víctor había hablado conmigo a lo largo de un año, preparándome para uno de los ejercicios de la oposición a diplomático; como hecho anecdótico, recuerdo que conversamos precisamente de la etapa de Marx como periodista del *New York Daily News* analizando la *España revolucionaria* del XIX). Es una de las personas más inteligentes con que me he topado en la vida. La otra fue Javier Pradera. Víctor, si no recuerdo mal, llegaba de cursar doctorado en Yale. Y tenía un valor añadido: era hermano de Victoria Vera, que eso no era moco de pavo. Victoria me miraba como se contempla a un mocoso y eso me humillaba y me sentaba francamente mal.

A lo que vamos: pocos días después de llegar a Londres, Víctor me dijo que los etarras refugiados en Inglaterra habían planeado secuestrarme. Como les había salido bien el secuestro del cónsul alemán en San Sebastián con ocasión del juicio de Burgos, o al menos había dado a ETA espectacular visibilidad en los periódicos, ¿por qué no apresar al español en Londres y dar otro golpe de efecto? Pues, les dijo Víctor, porque era inú til y porque además se proponían secuestrar al único diplomático español en el Reino Unido que en un momento de dificultad los ayudaría. Desistieron, claro. De hecho, a dos de ellos los había provisto de pasaporte, lo que me produjo una visita de ceño fruncido de dos caballeros elegantemente vestidos que pertenecían al MI6, lo más cerca que estuve nunca de James Bond. Las autoridades españolas ni se habían enterado. Afortunadamente. Tampoco se enteraron, me parece, de que le di *sub rosa* un pasaporte a Xavier Rubert de Ventós cuando apareció por Londres indocumentado y quería volver a España; el ministro de la gobernación se lo había quitado para que se fastidiara. Pocos años más tarde, en 1975, le quitaron la cátedra de Estética de la Politécnica de Barcelona y, amenazado de muerte por los falangistas, acabó exiliándose en París. Espero que lo hiciera con el pasaporte que yo le había facilitado. Me habría redimido de la culpa de haberles dado uno a los etarras.

El consulado tenía esas cosas.

---

1 : En español se dice equivocadamente «espíritu de la escalera», traducción directa del francés «l'esprit de l'escalier». Directa e incorrecta. «Esprit» en francés significa, no solo espíritu, sino «ingenio».

2.
MI GENTE

Me dio por nacer en Ginebra.

En 1937 mi padre era allí funcionario de la Sociedad de Naciones, el antecedente de la ONU creado al término de la I Guerra Mundial por impulso del presidente Woodrow Wilson de Estados Unidos, que luego tuvo buen cuidado de no hacerse miembro. La organización que iba a acabar con las guerras para siempre, ya ven.

Mi padre era de Tenerife, nacido en Tacoronte (había nacido en La Laguna, pero siempre decía Tacoronte). Un hombre serio, elegante y caballeroso que nunca perdió el acento canario de origen, pese a haber pasado toda la vida fuera de las islas y hablar francés como un nativo. Medía un metro noventa, siempre vestía camisas de seda cruda traída de Hong Kong y mi madre aseguraba que cuando se casaron, tenía 92 pares de calcetines en el armario. Era un hombre cabal, inteligente y débil al que adoré siempre. De sus tiempos de universidad en Madrid en la década de los 20 del siglo pasado, conservaba una rara maestría en el billar a tres bandas, pese a no haber vuelto a practicarlo en más de medio siglo; debe de ser como montar en bicicleta, nunca se olvida. Ya en los años 70, en una ocasión, en el Sotogrande refugio de la jet-set mundial, estábamos él y yo pasando la tarde apaciblemente en el hotel del Tenis. En el salón central había una mesa de paño verde desgastado de tanta impericia de quienes practicaban sobre ella en vacaciones. Me dijo «¿me dejas probar?» Aparté a los niñatos que pululaban por ahí haciendo como que jugaban y le di un taco a mi padre, que dijo «a ver cómo va esto». Y procedió a hacer treinta y seis carambolas seguidas como si no hubiera soltado tizas y bolas en toda su existencia, dedicado en exclusiva al noble deporte. Los niñatos, impresionados, se apartaron como si temieran recibir palos en la cabeza con el taco roto por la mitad, lo que, como es sabido, solo ocurre en las películas de gángsters. Y yo, con 38 o 39 años, dije «coño» por primera vez ante mi progenitor.

Su padre, mi abuelo don Pedro, que fue en Madrid diputado por el partido liberal en el Congreso durante la dictadura del general Primo de Rivera, había sido ya alcalde de Santa Cruz de Tenerife en varios

momentos, de 1897 a 1899, luego a principio de siglo y por fin de 1905 a 1907. También fue presidente de la diputación provincial. Un tipo importante e imponente, con ojos negros y duros como canicas que nos tenía aterrorizados a los nietos. Hoy tiene una plaza en Santa Cruz, arriba de la calle de Ramón y Cajal, frente a la antigua capitanía general, hoy Hospital Militar, desde la que Franco salió el 18 de julio de 1936 para hacer los destrozos que le duraron cuarenta años y que dejaron a España como un erial.

Lo que son el destino y las casualidades de la vida: hubo un segundo Schwartz, José Carlos, primo carnal de mi abuelo, también alcalde de la ciudad, solo que le fue peor: elegido a principios de 1936 (creo que en las elecciones generales de febrero de aquel año que dieron el poder al Frente Popular), fue detenido el 18 de julio, encerrado y luego fusilado por las fuerzas del orden el 2 de octubre en las faldas del Teide. Lo enterraron en una fosa común que hasta hace tres o cuatro años seguía sin abrir. Cosas de la memoria histórica. Un detalle: a la última de las dos o tres cárceles en las que estuvo en aquellos meses fueron a buscarlo dos amigos para llevarlo a casa. No lo llevaron a casa sino a la tapia de un cementerio. Él también tiene su plaza, la plaza de José Carlos Schwartz Hernández, pero es un modesto triángulo en el barrio chicharrero de La Salud cerca del campo de fútbol. No sé si algún alcalde le ha cambiado el nombre, me parece que sí. En cualquier caso, él, que había sido presidente de las Juventudes Republicanas durante la república (su gran crimen), en 2019 fue reconocido por el ayuntamiento tinerfeño como Hijo Predilecto de la ciudad. Flaco consuelo.

Mi abuela, doña Áurea Díaz-Flores, era la flor y nata de la buena sociedad tinerfeña. La recuerdo alta y delgada, severa, de tez muy oscura, guanche en realidad, siempre con un moño impecable y los ojos muy negros que no perdían detalle. Había fundado el Asilo Victoria en el que había volcado todo su entusiasmo vital, que era mucho. La inauguración del asilo fue sonada: la Gaceta de Tenerife informaba de que el acto había tenido lugar el domingo 16 de abril de 1911 gracias a «los constantes e insuperables esfuerzos de una comisión de distinguidas damas de esta Capital» presididas por doña Áurea Díaz-Flores de Schwartz . «Santa Cruz de Tenerife cuenta ya con una casa de caridad donde los Hermanos de las Escuelas Cristianas darán albergue a los pobres niños, que, lanzados a la corriente del despiadado mar de la vida, constituían el contingente de golfillos

¡pobrecitos!, el núcleo que más tarde habría de habitar las celdas de las cárceles y los presidios, o ser conducido por los agitadores de conveniencia al vivero de la anarquía social». En fin. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas pertenecen a la misma orden, hoy investigada por los reiterados abusos de sus miembros sobre sus alumnos.

El acto de la inauguración del asilo fue presidido por una dama en representación de la reina Victoria Eugenia. Hablaron todas las autoridades, que eran muchas. La única que no lo hizo fue la Presidenta de la Junta de Damas, la impulsora y directora del proyecto, mi abuela. Las señoras no solían hablar en público.

De todos modos, durante los meses que por culpa de la guerra mundial vivimos en Santa Cruz, a mí lo que me interesaba no era el asilo de los golfillos conducidos al vivero de la anarquía social, sino la contemplación del oscuro aparador del comedor de mi abuela doña Áurea sobre el que los domingos se alineaban las copitas de huevos mole, un postre delicioso a base de yemas y almendra amarga con la que, metida esta última en bolsitas de lino para que solo destilaran la esencia de la almendra, la cocinera daba vueltas incansables en el mejunje de huevo y azúcar. Considerando mi trayectoria con los dulces ajenos, de la que me ocupo más adelante, era prudente que las copas quedaran fuera de mi alcance.

La casa de mis abuelos estaba en el alto de la calle de José Manuel Guimerá. Un palacete bien canario todo de madera, con una biblioteca de caoba cubana en el piso principal, circunscrita por una barandilla desde la que se asomaba uno al vestíbulo. Los pequeños teníamos prohibido subir a la biblioteca. Hoy es sede del gobierno autónomo de las islas y le han añadido un moderno pegote de cemento armado que la afea de modo irremediable.

Añadiré que, siendo cónsul en Londres, en 1970 me llegó una carta de un grupo de familiares de los Schwartz en la que se me pedía que saliera en defensa del buen nombre de mi abuelo, al que la Asociación de Periodistas de Tenerife acusaba de haber instigado el asesinato de un periodista mártir de la libertad que, a su vez, lo había acusado de malversar fondos municipales. Al periodista en cuestión lo esperó en un callejón oscuro algún pariente cercano de don Pedro y acabó a bastonazos con su vida. Los familiares acudieron a mí por ser el patriarca de la familia; yo no era patriarca de nadie y, en cualquier caso, por delante de mí en el orden de prelación de próceres iba mi hermano, que se había quitado de en medio. Escribí a los periódicos

de Santa Cruz una sentida carta en la que afirmaba recordar a mi abuelo como hombre recto y de bien; no podía creer que hubiera estado involucrado en semejante y execrable crimen. Y ahí quedó la cosa.

Por su parte, mi madre, sus hermanos (que eran tres, Blanca, Chelo y Fernando) y mis abuelos llegaron a Tenerife en torno a 1928 o 29. Venían de Madrid y mi abuelo, Fernando Girón, llegaba para hacerse cargo de la delegación de la constructora de obras civiles, Hidrocivil. Su obra principal fue el aeropuerto de Los Rodeos en Tenerife, de infausta memoria porque le hicieron construirlo en el único lugar del norte de la isla cercano a Santa Cruz sobre el que se abatía regularmente una espesa capa de niebla y padeció por ello un terrible accidente entre dos aviones, uno en tierra y otro disponiéndose a despegar.

Mi madre, pronto bautizada como Carmita Hirón (con la h canaria aspirada) por las gentes de allí, era una mujer menuda («mido uno cincuenta y seis» decía sin complejos) y, por las fotos que conservo de ella, de gran belleza y unos espectaculares ojos verde mar. Tomó a la sociedad tinerfeña por asalto y se convirtió inmediatamente en la reina de todas las fiestas, de todos los saraos y excursiones, del *Clú* (el club náutico) y del Casino en la plaza de La Candelaria. Por lo que sé, fue feliz y, encima, acabó casándose con el soltero de oro de Tenerife. Me parece que se resistió todo lo que pudo (hay alguna carta insistente y angustiada de mi padre pidiéndole que se decida y, en vista de su silencio, preguntándose si la ha ofendido en algo) porque lo estaba pasando demasiado bien, pero al fin claudicó, se casó y se fue a vivir primero a Madrid, donde en 1935 nació mi hermano Pedro, y luego a Ginebra, el lugar más aburrido del mundo para una joven de 22 años de edad, con el círculo de amistades de mi padre cuyas edades superaban con facilidad los ٤٠. Allí vine al mundo en noviembre de 1937.

Carmita Hirón era lista y bien instruida: había ido a estudiar en Madrid el bachillerato en el Instituto-Escuela de la Institución Libre de Enseñanza, allí al fondo de la calle Serrano. Y no fue a la universidad porque en los años finales de la dictadura de Primo de Rivera solo hacían estudios superiores las rebeldes absolutas, las que querían hacer carrera política o descollar en alguna de las disciplinas liberales de más peso. Una lástima, pero mi madre no quería eso. Y descargó su

frustración por no haberlo apetecido en mi hermano, al que siempre consideró un genio y auguró una brillante carrera en la vida política. Presidente del gobierno o gobernador del banco de España, algo así, lo que a mi hermano le parecía una ridiculez imposible.

Andando los muchos años, en el 2001 o 2002, se celebró en el Círculo de Bellas Artes de Madrid una exposición de fotografía del primer medio siglo del XX. Soy muy aficionado a la historia y a su rastro plástico o fotográfico (tanto, que mi primer libro versó sobre la guerra civil española y sus repercusiones internacionales y puse fotos de los principales actores y mapas dibujados por mí en colores). Naturalmente fui a visitarla.

Pasé con despacio delante de los montajes de los varios años, la Reina gobernadora, Alfonso XIII, la Semana Trágica de Barcelona, la guerra de Marruecos y, como telón de fondo, la miseria de las Hurdes o de los barrios pobres de la capital, las calles y los burros, las lavanderas en el río, los toreros y los tranvías y las escenas familiares, las grandes artistas en sus camerinos o desnudas en escena. Iba disfrutando. De pronto, me paré. Di tres o cuatro pasos hacia atrás y quedé plantado delante de una gran foto que representaba el rostro alegre y sonriente de una muchacha bien guapa: portaba a la altura del pecho un cartel que rezaba «Miss República, 1931». Sacudí la cabeza con incredulidad y exclamé en voz alta ¡si es mi madre!

La gente se detuvo a mirarme con sorpresa. Di media vuelta, bajé a la calle, me monté en un taxi y fui sin más a casa de mi madre, entré en tromba en el salón donde ella estaba y dije:

—¡Pero mamá! ¡Qué callado te lo tenías!

—¿El qué?

—¡Tu foto!

—¿De qué me hablas?

—¡De tu foto como *miss* república, hombre!

Fue como si le hubiera tocado un resorte, un calambre. Saltó e, incorporándose, gritó:

—¡No me hables de eso! ¡Fue el peor momento de mi vida!

—¿Por qué?

—Me dejé engañar por un fotógrafo en una fiesta de Carnaval en el Casino… Me cayó una buena de mi padre… Y además, sabes que he sido siempre muy monárquica y, para mí, era una traición al Rey Alfonso XIII, que estaba a punto de tener que marcharse de España después de las municipales de 1931. No, no. No me hables de esa foto,

que todavía me duele.

—Venga, mamá, que tampoco es tan grave… Solo tenías 18 años…

—¡No me hables más de eso!

Y ahí quedó la cosa. Nunca más volvimos a hablar de ella hasta que unos años más tarde, cerca ya de la muerte que la llevaría a la tumba una semana antes de cumplir los 100, me dijo como si tal cosa:

—Lo pasé muy bien en aquella fiesta de carnaval.

—¿De qué me hablas?

—De la foto de *miss* república. Fue muy divertida. —Levantó un dedo—. Pero fue una cosa entre los amigos en un sarao. El fotógrafo me la sacó porque todos insistían y luego la vendió a los periódicos.

Se le iba un poco la cabeza y, de vez en cuando, decía lo que de verdad sentía en su fuero interno. Pero es cierto que fue muy monárquica y más cuando me casé con Sandra. Yo, que era republicano, también me hice monárquico por matrimonio, aunque nunca me estorbó. Más bien al contrario.

También estaba aquejada mi madre de un leve esnobismo. Siempre pensó que el apellido Schwartz tenía más peso e importancia del que tenía en realidad. Nos dijo que el Jean Pierre originario de la saga, nacido en París en una fecha nebulosa del siglo XVIII, fue un general de Napoleón que vino a España con el ejército imperial a luchar contra los españoles en la guerra de independencia. Su valentía lo hizo acreedor a ennoblecimiento y fue hecho Barón del Sacro Imperio por el mismísimo emperador. Nunca tuvimos mi hermano y yo motivo para dudar de esta versión algo arabesca pero creíble de un hecho histórico incontrovertible: ejército napoleónico, guerra de independencia, derrota de los gabachos en el Bruch (no fue en el Bruch sino en Bailén), apresamiento de un montón de ellos (entre otros muchos, nuestro antepasado). Solo que, en lo que hacía referencia al imaginario Barón del Sacro Imperio, las cosas entraban en el mundo de la fantasía.

Un día, en una cena de amigos en Londres, estaba también un historiador francés experto en cosas de Napoleón. Cuando, a petición de este caballero, di cuenta del origen de mi apellido, inmediatamente dijo:

—Nunca hubo un general de Napoleón llamado Schwartz, menos aún en la guerra de independencia española y menos aún como noble barón, un título que no existe.

Quedé de piedra y pedí perdón por aludir a una anécdota habitual

en la familia. Como se dice hoy, menudo corte.

Pero, amigo, ese ilustrado historiador que se las daba de intelectual conocedor de todas las vivencias de su emperador (ahí es nada, un divino especialista en las cosas de Francia), pecaba de la ignorancia del soberbio. Así, años después, gracias a Franco Mimmi , el severo novelista y agudo periodista amigo, pude averiguar que sí había habido un general de Napoleón, François Xavier de Schwarz (sin la t antes de la z, eran muy caprichosos), oficial de caballería, general de brigada en la *Grande Armée* del emperador, derrotado varias veces en las campañas napoleónicas, en España entre otras. El hombre había nacido en 1762. Fue caballero de la Orden de San Luis y comendador de la Legión de Honor; no es lo mismo que barón del Sacro Imperio, pero no está mal. Mi madre había oído campanas, pero no sabía dónde y tenía un lío considerable de nomenclatura: este general Xavier Schwarz había nacido en Baviera, hijo de un barón del Sacro Imperio Romano Germánico (¡aha!) y había comandado las tropas francesas que habían entrado en Cataluña y que finalmente fueron derrotadas en el Bruch el 6 de junio de 1809 (¡aha!) . Nada que ver con mi familia; en eso le doy la razón al distinguido intelectual francés.

Hasta donde sé, la verdadera historia de mi Casa Schwartz es como sigue: Jean Pierre Schwartz nació en París en 1788, lo que hacía difícil su ascenso al generalato veinte años después. A los 15 años de edad entró como cadete en la Academia de las Reales Armas, alcanzando el grado de Oficial de las Milicias Francesas (alférez, vamos) en el cuerpo del ejército que tomó parte en la batalla de Bailén en julio de 1808. Era hijo de *Monsieur* Jean Schwartz y de *madame* Anne de Schwiger (¿ Schweiger?).

Toda la familia había llegado a mediados del XVIII a Alsacia huyendo de los pogromos de la Polonia occidental. Un tío mío decía muchos años más tarde que la familia no era judía porque incluso el abuelo era ya católico. El caso fue que, en la Francia revolucionaria de Napoleón y en aras de la hermandad universal, todos los que llegaban huyendo de lo que fuera, eran acogidos con los brazos abiertos, especialmente si traían medios de fortuna.

Y así, Jean Pierre se encontró en Bailén defendiendo las ansias imperiales de Napoleón Bonaparte. No consiguió asegurarlas. Fue hecho prisionero junto con unos cuantos miles de compañeros de armas. Todos fueron enviados a Cádiz. Anduvieron durante semanas desde Bailén hasta allá con un calor horroroso en plena canícula de

agosto de 1808 y en medio de la hostilidad de las gentes de los pueblos del lugar. Los recibían a pedradas y a navajazos. Y encima llegaron a la Tacita de Plata cuando el ejército francés se puso a bombardear las murallas de la capital. (Hay una novela de Arturo Pérez Reverte, *El asedio* , que relata este suceso.) Entre los prisioneros franceses, unos 20.000 si no más, encerrados en la bahía a bordo de pontones, la vida se hacía durísima: pasaban hambre, morían de plagas y suciedad, algunos escapaban y todos padecían la enemiga de los gaditanos. Al final no hubo más remedio que enviar a unos 10.000 a las Baleares y, salvo muchos oficiales que quedaron en Mallorca y Menorca, estos prisioneros fueron trasladados a la isla de Cabrera. Durante los cuatro o cinco años que estuvieron allí, murieron muchos de hambre, desesperación y fiebres. Nada de todo esto habla muy bien de sus anfitriones.

Mejor suerte corrieron los 2900 prisioneros que fueron enviados a Canarias, entre ellos mi antepasado Jean Pierre. Las condiciones siguieron siendo duras y muchos murieron de fiebre amarilla y en incendios forestales. De hecho, en agosto de 1812, 50 de los prisioneros franceses fueron enviados a combatir el fuego en el entorno de La Laguna y otros 100, junto con la población local, a combatir una plaga de langosta que se había abatido sobre la isla. Estos gestos, aunque casi nunca voluntarios, fueron siendo aceptados con agradecimiento por el pueblo que padecía estos desastres. Y así, los prisioneros fueron haciéndose a la vida canaria, trabajando de carpinteros o de criados (era de buen tono tener un criado francés en Tenerife), muchos se establecieron y unos 130 se casaron allí, entre ellos mi antepasado Jean Pierre. Cuando lo pusieron en libertad terminada la guerra entre España y Francia, contrajo matrimonio con una joven sevillana agraciada y de buenos medios de fortuna, doña Isabel Fernández Gómez. El enlace tuvo lugar el 22 de mayo de 1819. Tuvieron siete hijos, uno de ellos abuelo de mi abuelo. Y así fue. Dos biznietos del Jean Pierre parisino acabaron siendo, como se ha visto, alcaldes de Santa Cruz, me temo que con diferente fortuna.

El caso es que nací en Ginebra.

Y toda mi primera infancia es un puré de recuerdos, no confusos, sino mezclados sin ton ni son, pero muy precisos. Hay cuatro casas que suben al primer plano de mi memoria y luego se difuminan: el consulado de España en Ginebra para el que fue nombrado mi padre

al término de la guerra civil, un primer apartamento en Berna del que conservo un único recuerdo (mi madre tomando café sentada sobre el radiador del salón mientras mi padre leía una eterna biografía en ocho tomos de Napoleón escrita por Louis Madelin; yo creo que nunca llegó al tomo octavo), el palacete del consulado en Viena durante la guerra mundial y la casa con jardín también en Berna, en el que colgaba un maravilloso retrato a pastel de mi madre, en tonos azules con una sortija de topacio a juego con sus grandes ojos. No sé qué ha sido de él.

Suiza nos tenía aislados de la guerra. En 1939, mi padre, tras superar, no sin cierta angustia, un análisis patriótico de fidelidad entusiasta al general Franco, fue nombrado cónsul en Ginebra. Se tuvo que hacer un uniforme de chaqueta blanca y gorra de plato, camisa azul (sí, *la* azul) y corbata negra; parecía un guardia urbano. Además, ¡endosar una camisa azul de las de Falange! Le parecía una horterada, a él que enganchaba con ligas los faldones de su camisa de seda a los calcetines; así no se arrugaba ni una cosa ni otra.

Pese a estar allí trabajando, no tuvo nada que ver con el acontecimiento cultural del año en Suiza: la exposición de tres meses de los cuadros del Museo del Prado, salvados de la guerra civil por el gobierno de Madrid y que serían repatriados desde Ginebra el 6 de septiembre de 1939, cinco días después del estallido de la guerra mundial. La expedición se hizo en tren del modo más sigiloso posible, de noche y con las luces apagadas para garantizar el secreto (dentro de lo que cabe en vagones llenos de lienzos y tapices y tesoros de incalculable valor, una expedición por la que una banda organizada de obras de arte habría dado los brazos derechos de todos sus integrantes). Mi padre, como funcionario internacional, había visitado la colección depositada en el palacio de la Sociedad de Naciones tras su evacuación de España. También estuvo con mi madre en la inauguración de la exposición en un palacio de Ginebra. El Secretario General de la SdN, gracias a cuyos desvelos habían sido salvadas las obras de arte del Prado, no fue invitado. Hale, que se fastidie, por enemigo del generalísimo. Papá me contó la vergüenza que pasó frente a los líderes del mundo que acudieron a la visita inaugural.

Fuimos a vivir a la casa que todavía hoy es la del consulado en el barrio ginebrino de Champel. Solo recuerdo su fachada y el jardín en el que mi hermano Pedro (que se quedó con el apodo de Peter, pronunciado peter, no píter) y yo jugábamos. Por navidad, nos habían

regalado a mí un caballito de madera de los de balancín y a mi hermano un coche de pedales al que inmediatamente me subí y solo me bajé cuando Peter empezó a llorar y mi madre me obligó. Pero la estrella de los regalos navideños fue, unos años después, un tren eléctrico alemán, de la marca Märklin, con locomotoras y vagones que pesaban mucho de puro sólidos. Me parece que mi afición a viajar en tren me viene de aquellos vagones de juguete, el vagón restaurante que siempre olía a consomé, los wagon-lits de los grandes expresos europeos, los de correos… Tenían ruedas de acero y muelles y amortiguadores perfectamente construidos. Un día, el tren Märklin desapareció. Aj.

Por dar rienda suelta a mis bajas pasiones, en cuanto llegaban los primeros calores del verano, iba de puntillas a un cerezo que había al fondo del jardín y me comía cuantas cerezas quedaban a mi alcance; luego con los carrillos y la boca teñidos de rojo intenso, igual que la parte delantera del guardapolvo, me acercaba a mi madre con total inocencia como si no hubiera roto un plato. Cada verano pasaba sin excepciones una semana castigado. «Pero, Diter, ¿has comido cerezas de nuestro árbol?» «¿Yo? No». Era más potente la llamada del frutal que la certeza de la represalia.

Fue más o menos entonces cuando empezaron a llamarme Diter. Una nurse suiza, Hetty, que nos daba puré de patatas mezclado con sardinas en lata para cenar, empezó por llamarme Fernanditerly, luego Diterly y finalmente, Diter; en alemán era más fácil. No me gustan las sardinas en lata.

También fue más o menos entonces cuando los cirujanos empezaron a recortar trozos de mi anatomía: un apéndice perforado y escondido detrás de un absceso me hizo pasar al menos dos semanas en una cama de hospital con tubos saliéndome de la tripa para drenar la infección; me ha quedado una cicatriz larga y tortuosa. Poco después se hizo necesario (al menos eso dictaminó mi madre) que un equipo de operadores me pegara al cráneo las orejas de soplillo con las que había nacido.

La Ginebra neutral era durante la guerra la metrópolis refinada y elegante de Europa: políticos, intelectuales, espías, refugiados millonarios. Y así había gente que entraba y salía continuamente de nuestras vidas ginebrinas. Muchas veces eran personajes a los que conocía mi padre de su tiempo como funcionario de la Sociedad de

Naciones o tal vez de antes, del ministerio de Madrid.

En la SdN había gente estrafalaria y a veces muy paleta. Papá siempre contaba de un delegado centroamericano que, para firmar documentos, llevaba en el bolsillo un palillero con un plumín y un pequeño tintero para mojar en él. Un día mi padre le explicó una innovación revolucionaria que consistía en que el tintero se incorporaba a la misma pluma, llamada entonces estilográfica. Al principio, el americanito no se lo creyó pero al fin se rindió a la evidencia y, de la mano de mi padre, fue a comprarse una pluma en la Rue du Rhône. Le tomaban el pelo, especialmente uno de los ocasionales visitantes de Ginebra, el mismísimo Josep Pla, siempre cercano a la delegación española en la SdN, que le compuso un pareado: «Caamaño el panameño es una mierda en pequeño». Pero a métrica y a mala intención no le iban a ganar: «Ya quisiera Pla ser una mierda de Panamá».

Allá estaban Blas y Pepita Tapia, que eran delegados del ministerio de trabajo. Siempre los quisimos. Tenían una hija, Julita, que era muy guapa y que me gustaba más que ninguna; no quiere decir nada porque a mí me gustaban todas más que ninguna. Mucho después, ya reubicados en Segovia, Julita se casó con un arquitecto. Ella era la persona que silbaba mejor que nadie, interpretando las melodías de moda. Blas fumaba en pipa.

Julio López Oliván, el gran hombre al que todos respetaban, amigo de Salvador de Madariaga, un jurista reflexivo que fue secretario del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya en dos ocasiones (con la SdN y con la ONU). A lo largo de mi vida, lo fui reencontrando aquí y allá. Por algún sitio, entre un montón de papeles, guardo la nota que me mandó en 1963 felicitándome por mi éxito en la oposición a la escuela diplomática. Murió al año siguiente. Aún lo veo, alto y delgado, con sus gafas de montura negra redonda, el pelo canoso bien repeinado, el bigote y los modales irónicos y afables de un seductor John Barrymore. Un dandi apacible, que fue embajador de España en Londres por un par de meses: el 19 de julio de 1936, mientras se vestía para ir a presentar sus cartas credenciales al palacio de Buckingham, leyó en la prensa de aquella mañana la noticia del alzamiento del general Franco; monárquico convencido, horrorizado por el descenso de nuestro país al infierno, tardó poco más de un mes en dimitir. Hablé de él y de su drama de hombre recto en mi primer libro, el ensayo sobre *La internacionalización de la guerra civil española.*

También mencionaba en él a Pablo de Azcárate, secretario general adjunto de la Sociedad de Naciones, que tomó el relevo de López Oliván en Londres. Visité a don Pablo en Ginebra en 1969 cuando estaba escribiendo *La internacionalización*… Me regaló una copia de sus memorias manuscritas y las cité extensamente en el ensayo. Incluso quise editarlas para su publicación, pero en aquellos años no estaba el horno para bollos en España.

Después de la guerra, López Oliván fue marginado por las autoridades de Madrid: había sido el redactor del Manifiesto de Lausana en el que don Juan de Borbón, conde de Barcelona, abuelo del actual Rey, reclamaba el regreso de la monarquía a España. Esas cosas Franco no las perdonaba. De hecho, no perdonaba nada que pudiera contrariar su ansia de poder sin límites.

López Oliván tenía un hijo, Julito, que creció con nosotros como un hermano más; era mayor y nos cuidaba.

También Juan March venía de visita a Suiza. Su médico de cabecera era Jacinto Vilardell. Lo recuerdo, calvo, con guedejas muy repeinadas con gomina y con los ojos amables. Hablaba con fuerte acento catalán y vocalización nasal y hacía con el labio inferior un gesto de deslizarlo por encima del superior; dos o tres veces seguidas en cuanto dejaba de hablar. Lo tengo grabado en la memoria como si lo estuviera viendo ahora. En 1939 había sido médico de Francesc Maciá y por esta razón, pese a ser reconocido mundialmente como primera figura en la especialidad de tracto digestivo, no le restituyeron su cátedra de Barcelona. Más no le podían hacer: era el protegido de don Juan March. Cosas de la irracionalidad de las dictaduras: Vilardell también tuvo que huir a París durante la república porque la extrema izquierda quería acabar con él. Él y Juan March acabaron siendo consuegros.

Supongo que March había trabado amistad con Vilardell cuando este dirigía la clínica de nutrición de Mont-Riant en Montreux, al borde del lago Lemán. Buen sitio para vivir. Y también fue amigo de mi padre que, andando los años, representó, junto con Pedro Cortina, al gobierno en el asunto de la quiebra de la Barcelona Traction, en el que estuvieron del lado de March.

¿Cómo se llama esa figura que consiste en que todos los seres humanos estamos relacionados y que no hay que ir más lejos de cuatro o cinco contactos progresivos para encontrar a quien buscamos? Esta es la razón por la que la telefonista de la Casa Blanca localiza con un

par de llamadas a cualquier persona en el mundo. A mí, con dos saltos me basta para relacionarme con la reina Isabel II. Con tres llego al presidente de Argentina o a Obama y con los mismos tres, aunque por otro circuito, a Charlize Theron, la estrella de Hollywood o a Riccardo Muti. Es lo que me pasa con la Casa Cinzano. Y eso que no soy nadie.

Mi suegra murió en las navidades de 1996. Mi padre la había precedido en casi veinte años, en la primavera de 1977. Cuando falleció ella, cenando en Villa Giralda en la casa de su hermano el Conde de Barcelona, el momento fue horriblemente dramático y triste. El caso fue que, al día siguiente, toda la familia se desplazó a Turín, en donde había vivido la infanta (nota a pie de página: por ir a Turín, dejé plantada en la Casa del Libro de Madrid una cola grande de lectores que venían a que les firmara la novela con la que acababa de ganar el Premio Planeta; se enfadaron muchísimo). El rey Juan Carlos, su sobrino, que nos llevó a todos nosotros en el avión del gobierno que portaba el féretro, quiso estar en la misa y en la reunión de todos con la familia Marone-Cinzano. Sí recuerdo de aquel viaje un detalle que aún me encoge el corazón.

Aquella misma tarde después de nuestra llegada a Torino, Sandra se sentó, triste y melancólica, frente al gran *secretaire* que en el dormitorio de su madre había custodiado sus cosas de toda una vida.

En uno de los pequeños cajones del escritorio encontró un paquete de cartas atadas con una cinta de seda rosa. Eran cartas que su padre, Enrico Marone-Cinzano, había escrito a su madre, la Infanta Cristina, a lo largo de los años de guerra. En una de 9 de mayo de 1945, le explicaba la situación en Italia tras el fin de la guerra mundial una semana antes (Italia ya se había rendido en septiembre de 1943 y, al menos desde entonces, Marone-Cinzano había luchado en la guerrilla antifascista). Y le pedía que viajara a Turín para reunirse con él (en otra misiva anterior, le rogaba que se diera prisa en ir porque su madre Paola, estaba gravemente enferma). Cruzar la frontera de Suiza a Italia no era fácil en ese caótico momento. Por ello, le sugería que la madre de la infanta, la reina Victoria Eugenia, Gangan para toda la familia, escribiera al mariscal Alexander, jefe del ejército aliado en Italia, pidiéndole que la protegiera y le facilitara el libre tránsito, una vez hubiera llegado a tierras italianas. La infanta había pasado la guerra en Suiza con su propia madre, en la villa *Vieille Fontaine* en Lausana. Para cruzar la frontera, decía Marone-Cinzano, «empieza por gestionar un visado de entrada y salida de Suiza en tu pasaporte

diplomático. A lo mejor te lo puede hacer Schwartz [desde la legación de España en Berna], a menos de que el propio Juan no quiera. Lo dudo porque es persona cabal y afecta». Cosas del destino: mi padre gestionó con las autoridades suizas ambos visados a favor de la Infanta. Y los obtuvo, claro.

Casualidades de la vida: cuarenta años después me casé con su hija, a la que había conocido en el otoño de 1982.

Nunca conocí a Enrico Marone-Cinzano, el dueño de la Cinzano, y siempre me divierte decir que llegué tarde a aquella organización familiar: casa palacio en Turín (la *Palazzina* Marone), palacete en el centro de Ginebra, chalet de alta montaña en Courmayeur (la *baita*), casa familiar en el propio Courmayeur (*Villa Marone*), casa de veraneo en Rapallo, todo aquello sazonado por cocineros, mayordomos y chófer, además de lo que se llamaba *cuerpo de casa,* que debía de ser numeroso. Con frecuencia topo con personas que asistieron a la puesta de largo de Sandra en la casa de Rapallo; me aseguran que me perdí una fiesta sensacional en la que Sandra se pasó la mitad de la noche vomitando de nervios en uno de los cuartos de baño.

En 1941, en plena guerra mundial, destinaron a mi padre al consulado en Viena, en el 34 de Argentinierstrasse, en lo que había sido la embajada de España hasta que Austria se convirtió con el *Anschluss* en provincia del Reich y la embajada pasó a Berlín al esplendoroso lugar que ahora ocupa. El palacete en Viena fue bombardeado nada más marcharnos nosotros de vacaciones. Aún recuerdo su noble arco de entrada y el gran salón al que rodeaba un altillo con una barandilla por los cuatro lados. Los techos eran muy altos. Explico todo esto porque, al cabo de los años, los decoradores del ministerio, encabezados por Carlos Manzano, arruinaron la armonía de aquella inmensa sala poniéndole un falso techo por debajo de la barandilla. Los Dioses del buen gusto les habrán hecho pagar por ello. Fueron los mismos que restauraron el palacio de Palhavá en Lisboa tras el incendio provocado por la muchedumbre en respuesta a los fusilamientos en septiembre de 1975 de cinco chavales, tres del FRAP y dos de ETA. Redecoraron ambas residencias con muebles y alfombras de Artespaña y algunas cosas del Prado. Dios los haya confundido. Yo en cambio, y no gracias a ellos, tenía, años después, en mi embajada en La Haya un salón con cuatro grandes lienzos de Lucas

Jordán, depósito del museo del Prado, y un tapiz esplendoroso de motivos mitológicos, de la colección del Patrimonio Nacional.

A mi padre en Viena, las autoridades nazis lo llevaban a ver el barrio judío y los bancos reservados para sus gentes y le decían «¿ve esto? Dentro de tres meses no quedará nada.» Le horrorizó tanto todo aquello que se puso a documentar con pasaporte español a la mayor parte de los judíos que acudían al consulado en busca de refugio. Tanto él como Ángel Sanz Briz en Budapest salvaron a muchos desgraciados cuya otra opción era la muerte o un campo de concentración; creo que mi padre fue más prudente que Sanz Briz y lo mantuvo en secreto.

Yo era muy pequeño, pero mi hermano, que entonces tendría unos 7 años, recuerda cómo veía por la calle a mujeres y niños pequeños barriendo la calzada y limpiando bancos. Hacía mucho frío y apenas si llevaban puestos unos abrigos ligeros con una estrella amarilla cosida en la pechera.

Cuando fue bombardeado el consulado en Viena, los pequeños por precaución nos quedamos en España unos meses en Tenerife, como queda dicho, y luego un año en Cádiz en la casa que mis abuelos maternos habían alquilado en la plaza de España, un piso de grandes pasillos y alcobas recónditas. Nos mandaron allí porque Europa se había puesto muy peligrosa con aquello de la guerra mundial. Los tres pequeños que fuimos a vivir a Cádiz éramos mi hermano, mi prima Blanca, Cuchi la llamábamos, y yo. Cuchi era hija de mi tía Chelo, hermana de mi madre, cuya trágica historia conté mucho después en la novela con la que gané el premio Planeta en 1996. La novela se llamaba *El desencuentro* y no solo tenia que ver con el horroroso y rígido ambiente con el que se castigaba en la sociedad española en tiempos de Franco a las mujeres abandonadas por sus maridos, sino con el páramo reseco de sus vidas. Chelo, de cuya asombrosa belleza tan parecida a la de Ava Gardner pasé un par de décadas enamorado, intentó rehacer su vida escapando a México, solo para volver derrotada pocos años después, obligada por la vida y el sentido del deber a ocuparse de su hija.

Luego, para que no pudiera decirse que el destino no se cebaba repetidamente en las desgracias de los indefensos, Chelo contrajo la esclerosis lateral amiotrófica, la espantosa ELA, esa enfermedad degenerativa implacable que lleva a los que la padecen a la muerte en menos de cinco años. Así sucedió.

En Cádiz, mi abuelo nos sacaba de la cama a las 8 de la mañana y nos plantaba de pie en la ducha del lóbrego cuarto de baño para que nos laváramos con agua bien fría. Estando allí, a mi abuelo le dio un infarto: se pasó dos años comiendo una especie de espeso y soso potaje de arroz con patatas, cosa que me impresionaba mucho.

Curiosamente, lo que mejor recuerdo de Cádiz son sus olores: los olores de las frutas y las verduras cerca de la plaza de las flores, el del alquitrán en las proximidades del puerto, el de los burros y el de las hogueras de leña reseca y carbón vegetal detrás de la Candelaria, el aroma del mar mezclado con la arena, los de la grasa de los ejes del tranvía que nos llevaba a Puerta Tierra al colegio de los marianistas. A mí me parecía que el trayecto era muy largo, pero, claro, yo era apenas un párvulo y las distancias se me hacían enormes cuando en realidad eran pequeñas. El colegio de San Felipe Neri de los marianistas. Recuerdo con inocencia un día en que, sentado en clase, me entró un vulgar apretón que me hacía imperativo ir al retrete. No me atreví a pedir permiso porque el profesor me daba miedo y, como es natural, acabé sentado en mi pupitre sobre un colchón mucho más blando y maloliente de lo normal. El profesor me mandó al baño a que me limpiara y, por supuesto, no había papel al que recurrir, ni siquiera de estraza, que era entonces la mercancía habitual a falta de una buena página de periódico. Fue mi primera traición, de las muchas, a mi madre: utilizar para limpiarme su última carta, con la letra grande, redonda y espaciada que era la suya, recibida el día anterior. Luego, volví a casa en tranvía, con los demás pasajeros apartándose prudentemente. En la casa de la plaza de España solo estaba Cuchi, que tiene mi edad (quizá un año más). Me limpió a conciencia en la bañera y no se enteró nadie más. De ese día queda mi fidelidad a mi prima. Como los recuerdos confunden, es bien posible que a la limpieza asistiera mi tía Chelo.

De ese tiempo guardo una única memoria confusa: una tarde, mi tía Chelo me llevó a la plaza gaditana a ver torear a su primo Carlos Arruza. Nos pusieron en barrera y Carlos le brindó un toro. Se me hizo un nudo en la garganta.

Desde ese momento no se me ha apeado la pasión por la Fiesta. Una pasión totalmente incongruente con un nombre como el mío, a menos de que me llamara Ernesto, de apellido Hemingway. Pero ¿Fernando? Y ¿Schwartz?

Solo que no pudo ser. En 1942 yo tenía apenas cinco o seis años y

no me llevaban a los toros. Además, Arruza no vino a España hasta 1944, a confirmar la alternativa con Antonio Bienvenida en la plaza de Las Ventas. Y, por mucho que tenga la imagen de mi tía Chelo llevándome a los toros en el 44, entonces yo estaba en Berna yendo al colegio en tranvía.

No pudo ser más que una ensoñación que me dura hasta ahora.

Más o menos por aquel entonces (tendría yo seis o siete años), salió de mi imaginación el personaje de Rapatatá, protagonista de unas historias inventadas para que mi hermano me dejara en paz. Se las contaba de noche hasta que se dormía (es tres años mayor que yo). Y, si no había relato nuevo, Peter murmuraba en tono tétrico «misterioooo», una palabra que me llenaba de pavor. Supongo que le debo mi vocación literaria.

Rapatatá «en la guerra» o «aviador» o «en las trincheras», qué sé yo. Me contaba estas aventuras otro amigo imaginario también discurrido por mí, llamado Ferdinand Crevet, que me regalaba unas peras de agua invisibles, de tres en tres. Siempre le ofrecía una a mi madre, que hacía como que se comía el aire. Crevet volvía todas las tardes de la guerra en Europa y me contaba sus aventuras.

Todo tenía que ver, claro, con el hecho de que estábamos en guerra, pero felizmente aislados por la neutralidad suiza y por la discreción protectora de nuestros padres, lo que nos permitía inventarnos aventuras de sangre y fuego sin que supiéramos lo que en verdad suponía pasar hambre, miedo y frío, y poner cara de héroes mientras nos sobrevolaban los Stukas y los Spitfire o descargaban sus bombas las fortalezas volantes americanas. Cuando estábamos en Berna, allá por 1944, iba a jugar con el hijo del ministro yanqui, que era quien me contaba todas estas cosas. El padre debía de ser uno de los responsables de la creación de la OSS, el antecedente bélico de lo que luego sería la CIA. La OSS acababa de establecer en Berna (o tal vez en Zurich) su primer centro operativo de la mano de Allen Dulles, un tipo listo y muy influyente en Washington. Era hermano de John Foster Dulles, secretario de estado con Eisenhower cuando a este lo eligieron presidente en 1953. Quien haya leído *Tiempos recios* de Mario Vargas Llosa comprobará las trapacerías que Allen Dulles perpetró más tarde con su CIA en Guatemala: acabó con el presidente Á rbenz al que había acusado de ser un peligroso comunista cuando no era nada de eso y lo sabía . Era simplemente un político ingenuo que pretendía cobrar impuestos a la United Fruit, la bananera

americana. Le montaron un golpe de estado con la ayuda de Trujillo, el dictador dominicano, y a otra cosa. Fue la primera de las muchas porquerías que cometió la CIA en Latinoamérica. Una de las más célebres fue luego el golpe de estado de Pinochet contra el presidente Allende, urdido y sustentado por Washington.

En Berna sonaban músicas que recuerdo bien: el himno de la Legión («soy el novio de la muerte») al compás del que pretendía desfilar por el jardín, la Heroica de Beethoven (que yo dirigía desde la terraza de casa con una batuta improvisada) o el bolero mexicano *Amor, amor, amor/ salió de mí, salió de ti, de la esperanza,* que cantaba la cocinera húngara del ministro americano. Qué curioso que queden estas cosas retenidas indeleblemente en la memoria de un niño de 7 años. Igual que el olor a mimosa, que me impregnó el olfato más tarde en San Remo y que nunca más olvidé.

La segunda casa de Berna concentró un buen número de aventuras de mi primera niñez. Era de tres pisos y un gran jardín en el que se erguía un enorme pino debajo del que mi hermano y yo jugábamos como si fuera una cueva oscura; Peter me daba miedo porque trepaba por las ramas hasta una altura inverosímil, calzado con zapatos y suelas lisas de cuero. Yo, a veces, hasta lloraba de angustia. Pero luego él bajaba como si tal cosa. El caso es que juntos imaginábamos travesuras de todo pelaje. Por ejemplo, una manguera muy larga atravesaba el jardín de parte a parte; el grifo estaba al lado del pino y la manguera llegaba hasta el seto que separaba el jardín de la calle. Posicionándola con cuidado, la boca de la goma quedaba sujeta entre las ramas del seto a lo que consideramos altura adecuada. Bastaba con sincronizar la acción. De modo que un «¡ahora!» provocaba la apertura instantánea del grifo y el agua surgía con gran presión. Así fue en el momento en que pasaba un coche con las ventanillas abiertas por el calor del verano. Al pobre conductor le dio el chorro de agua en la cara y no se mató de milagro. Peter y yo estuvimos escondidos detrás de unos arbustos del fondo del jardín hasta que nos encontró nuestra madre. Me parece que nos cayó encima el peor castigo (o casi) de nuestras vidas. Peter fue enviado interno a Friburgo al colegio de los marianistas.

A mi edad de entonces, 7 u 8 años, iba en tranvía al cole en el centro de Berna. Mi madre, al darse cuenta de que lo que me divertía era saltar de un tranvía a otro a lo largo del día, decidió controlar las veces que me subía y me bajaba del transporte público. Para ello, me

compró un taquito de billetes municipales y así podía comprobar que el número de los billetes usados del taquito era correlativo y no pasaba de dos por día. Todo fue bien hasta que descubrió que yo iba quitando billetes de la parte de atrás del pequeño taco; optó entonces por controlar el tiempo de mis viajes. Todo fue bien también y sin incidentes hasta que la secretaria de mi padre llegó un día a la oficina contando que me había visto en el tranvía explicándole a un hombre sentado a mi lado que tenía seis dedos en cada pie y que necesitaba que me facilitara un par de billetes, lo suficiente para llegar a tratarme en el hospital y luego volver a casa. No recuerdo si me los dio: los berneses son muy crédulos, pero supongo que no. Lo que sí recuerdo es que cada día, al llegar a la parada de casa, me desviaba hacia la pastelería en la que comprábamos el pan, me compraba un par de pasteles (de los que tienen mazapán verde encima) y los cargaba a la cuenta de mi madre. Naturalmente, tardó un par de meses en darse cuenta, hasta que un día, a la vuelta del colegio, me ordenó que sacara la lengua y pudo comprobar que estaba llena de pintitas verdes.

Todas ellas, trastadas bastante inocentes, aunque ciertamente irritantes por acumulación. Incluso llegué a abrir un paquete que me había dado una anciana para que lo llevara al correo; dentro había un pequeño jersey de angora, supongo que para un nieto. Aterrado, guardé lo que quedaba del paquete debajo de mi cama. Mi madre lo descubrió al día siguiente, rehízo el paquete y me obligó a franquearlo a costa de mis magros ahorrillos. También tuve que pagar de mis ahorros un plato de cerezas bien gordas y bien rojas que estaban al sol en el alfeizar de la ventana de la rectoría del párroco católico que nos decía misa los domingos.

Mi madre, la esperanza es lo último que se pierde, se empeñaba en hacer de mí un principito de modales respetuosos y tranquilos. Cuento esto porque, en ese inútil empeño de regeneración, decidió una tarde llevarme a tomar el té al hotel Bellevue, cuyas terrazas anteriores daban sobre el río Aar desde cierta altura. Allí, en uno de los solemnes salones de grandes ventanales sobre el río, nos esperaba doña Yema sentada en un cómodo butacón. Delante de ella, en una mesita redonda había un servicio de té completo con sándwiches y pasteles. Regalo divino para mis ojos. Doña Yema (como era argentina, lo pronunciaba Shema) era una mujer delgadita, muy maquillada y cubierta de pulseras, collares y sortijas. Creo que tenía impresionada a mamá. Y me parece que me llevó a tomar el té porque su amiga se lo

había pedido insistentemente («traéte al pibe» o algo así). Si no, de cuándo acá. Pero me llevaba severamente aleccionado: como no me iba a dar con el tenedor en la mano ni pensaba en una advertencia vocal seca, me dijo que, si cometía alguna inconveniencia, como abalanzarme sobre las pastas sin que doña Shema lo hubiera autorizado, mamá abriría los ojos grandes, grandes («así, ¿ves?») y eso debía indicarme la urgencia de cambiar de actitud. Desde entonces y durante décadas, cada vez que me excedía en algo o cometía alguna *maleducación* o decía alguna impertinencia, mi madre abría los ojos grandes, grandes.

Del costado izquierdo del hotel Bellevue arrancaba el gran puente Kirchefeldbrücke, que era el que llevaba hacia el barrio residencial de Berna. El puente tiene interés porque un compañero de mi padre, Fernando Canthal, un hombre con muy mala vista, de risa estrepitosa y nasal, se empeñaba en conducir su coche con papá de pasajero sin realmente ver nada: un día, cuando cruzaban el puente, Fernando preguntó a papá:

—Oye, Juanito, aquel coche allá al fondo, ¿va o viene?

—Mira, Fernando, no sé si va o viene, pero para, que yo me bajo aquí mismo.

Pasábamos las vacaciones de verano en Rougemont, un pueblecito de montaña cercano a Gstaad, del que recuerdo tres cosas: las sábanas colgadas al sol en la pradera de al lado del chalet, un carrito de cuatro ruedas que decorábamos con papeles de colores y con ristras de frutas de mazapán para la semana de fiestas y una enorme piscina allá abajo pegada al río. Rougemont era una pequeña estación de esquí, por la que pasé varias décadas después subido a una moto.

A los nueve años hice la primera comunión en solitario en la nunciatura de Berna. Ahí debió de empezar mi vida de privilegio. También mi dominio de varios idiomas, aprendidos sin sentir en el trascurso de los días: español para la vida familiar, francés para jugar y alemán para ir al colegio. Y aún faltaban el italiano y el inglés. Y perfeccionar el esquí, que acabaría siendo mi deporte favorito. Toda mi vida habría querido jugar al tenis como un maestro, ser muy bueno, pero siempre fui mediocre. También me habría gustado ser buen futbolista, pero con un balón en los pies era más patoso que un pastelero corriendo por un lago helado con una bandeja llena de merengues. Me hice del Atleti por compensar.

3.
CASUALIDADES

En la vida hay momentos muy precisos y breves que alteran por completo el futuro y lo reorientan en una dirección inesperada e irrevocable: el destino cambia y no puede darse marcha atrás. Me ha pasado dos veces en mi existencia.

El segundo todavía me provoca escalofríos. En 1993 hacía seis años que había abandonado la embajada en La Haya, de la que había sido titular durante los tres anteriores, para escribir en *El País* . Por primera vez en mi vida, me encontraba feliz, acomodado a la ideología del periódico sin tener que justificar a diario mis opiniones: me había unido a un grupo de gentes que pensaban como yo. Uno de los inconvenientes de ser un niño bien, ser socio del Club Puerta de Hierro de Madrid y estar, además, casado con la prima del Rey, era que se suponía que yo tenía que ser a la fuerza de derechas. Era como cuando, invitado a pasar el fin de semana en una finca de amigos, la dueña de casa indefectiblemente me preguntaba a cuál misa quería acudir el domingo: ni se le pasaba por la cabeza imaginar que yo no iba a misa desde hacía décadas o que preguntarlo era una impertinencia. El alivio de mi tránsito a *El País* venía multiplicado porque mis subordinados en La Haya, como ya he dicho, eran todos de extrema derecha y no me tenían ninguna simpatía.

Bueno.

El rey Juan Carlos siempre ha tenido hacia mí un decidido aprecio, cosa que le agradezco sobremanera. Debe de ser porque estoy casado con su prima y por añadidura, lo conozco desde hace 70 años.

Además de acudir al Palacio de Oriente todas las navidades a la recepción que daba para la familia (un aburrimiento espantoso, aunque servido por Cortés, el del célebre restaurante madrileño Jockey, lo que siempre es garantía), en la que pasaba el tiempo yendo de grupo en grupo de parientes hasta que me enganchaba el duque de Cádiz, eterno pretendiente a la Corona. A dos palmos de mi cara, desgranaba su memorial de agravios, mientras a su espalda, el Rey ponía caras de payaso riéndose de mí. Sandra y yo cenábamos en Zarzuela y luego veíamos una película (en la sala siempre hacía un frío espantoso y nos daban mantas); íbamos a esquiar a Sierra Nevada

en un helicóptero manejado por el monarca y nos alojábamos en el hotel de Miguel Arias, el fantástico esquiador y *restaurateur* ; o en verano nos subíamos al Fortuna para ir a pasar el día en la isla de Cabrera; o cenaban en nuestra casa de Deià; cosas así.

Una noche de agosto de 1990 vinieron a cenar a casa en Llucalcari los reyes con el príncipe de Gales y Lady Di. Ella se pasó la velada en el porche acurrucada en un sofá de enea sin hablar y chupándose el dedo gordo de la mano derecha. Me pareció de una belleza espectacular, como una rosa de primavera, pero tan aburrida y tan displicente que ni siquiera resultaba mínimamente bien educada. Incluso una fugaz sonrisa suya habría iluminado la cena, tan dispuestos estábamos a dejarnos seducir. Pero no. En cambio, el príncipe Carlos, tan denostado en años posteriores, nos resultó encantador. Estuvo verdaderamente simpático, aunque dio la deliberada impresión de no estar al tanto de que Sadam Hussein acababa de invadir Kuwait muy pocos días antes, el 2 de agosto. Pero no podía ser: llegaba de Arabia Saudí de una visita girada a las tropas británicas estacionadas allá y, claro, no podía ignorar que estaba preparándose la Operación *Desert Storm* que, unos meses después —en enero de 1991—, acabaría expulsando al dictador iraquí del emirato ocupado por él. Me habría gustado que nos contara algo de todo aquello, pero seguro que se trataba de secretos militares que no iba a divulgar en una amistosa y frívola cena de familia, en casa, además, de un tipo que escribía para el principal periódico en lengua española, *El País* .

También estuvieron en esa cena en nuestra casa de Llucalcari en Deià, los ex reyes de Grecia, que, como los príncipes de Gales, pasaban unos días hospedados en el palacio de Marivent, la residencia mallorquina de los monarcas españoles. Por un momento me dije que aquello parecía una corte europea trasladada a una islita en el Mediterráneo. Tonterías mías, una humorada como otra.

A Constantino, exilado en Londres, le gustaba hablar de sí mismo. En un aparte, asomados ambos a la gran terraza desde la que por entre las palmeras se veía un esplendoroso mar encendido de luna llena, me habló de sus renovadas aspiraciones al trono heleno que le habían arrebatado un cuarto de siglo antes. El gobierno de Atenas, pese a los años trascurridos desde la derrota de la dictadura de los coroneles y desde el establecimiento de la república, aún no había dado el visto bueno al regreso a Greci a de la familia del ciudadano Constantino.

Cuestión de recuperar el contacto con la ciudadanía, el exrey lo había intentado unos meses antes de esta charla de terraza a la luz de la luna: en diciembre de 1989 había enviado a Grecia un mensaje de navidad en el que mostraba preocupación por la situación del país, deseaba que no se perdiera el tren de Europa (que se alejaba sin remedio) y se ofrecía disimuladamente para resolver el problema.

—Naturalmente —me dijo—, desconocen el apoyo popular que tengo y me temen, temen mi vuelta a Grecia, no vaya a ser que recupere el trono que es legítimamente mío. Piensan que tendrán que poner todos los medios para que mi candidatura fracase y que yo desplace a la república, pero no se atreven. Porque es natural que yo regrese.

El golpe de estado de los coroneles de abril de 1967 lo acabó echando de Grecia en 1973 cuando los dictadores proclamaron la república. Fue un cambio de régimen luego confirmado aplastantemente en un referéndum de 1974. Todo lo que pudo salir mal para la Corona helena, salió fatal. Constantino se apoyó al principio en los coroneles, un grupo de militares constituidos en una sociedad secreta de extrema derecha, la IDEA, un conjunto de conspiradores financiado, ¡cómo no!, por la CIA, que luchaba con sus propios fantasmas, la amenaza comunista y la guerra fría. El rey era muy joven (27 años) y ciertamente inexperto y creía tener unos poderes constitucionales de los que carecía. Quiso intervenir en la vida política griega sin saber muy bien cómo hacerlo. Dando bandazos, apoyando a unos para enseguida dar marcha atrás, o enemistándose con políticos muy populares, como Georgios Papandreu o su hijo Andreas, luego primer ministro socialista. Igual que Alfonso XIII en España, en una acción difícilmente reversible, se puso en manos de los militares, una fórmula abocada al desastre. [2] Después intentó acabar con la dictadura de los coroneles con un contragolpe. Fracasó.

Se ha sugerido muchas veces que el origen de los males de la corona griega estaba en la fuerte personalidad de la madre de Constantino, Frederika de Hannover, que parecía manejar a su hijo a su antojo siempre en la dirección equivocada. Como único y frívolo detalle que confirma la entidad de los rumores, puedo añadir que, estando yo destinado en la representación española ante la ONU en Nueva York en la primera mitad de los años 70, almorzaba con frecuencia con mis compañeros de la misión en un restaurante griego

de la 2ª Avenida. El dueño siempre nos acogía con una expresión de júbilo y nos llamaba *¡aristocratós!* Después, antes de traernos la comida, nos exhortaba con un «¡cuidado con Frederika, ahora que ha ido a España! Decidle a vuestro príncipe que no le haga caso. ¡Nunca caso, aristocratós! ¡Es mala gente! »

—¿ Cree que los griegos olvidarán el referéndum que trajo la república? —le pregunté. Me habría parecido una imperdonable falta de tacto añadir que precisamente los coroneles y su dictadura de siete años habían provocado la caída de la monarquía en Grecia. También me callé la opinión generalizada de que lo mismo le habría pasado al rey Juan Carlos si se le hubiera ocurrido canalizar en España el similar golpe del 23F.

—Claro que lo olvidarán. No supieron ver lo que yo quería hacer. Cuando lo comprendan, me pedirán que vuelva. Es lo que me dicen uno detrás de otro cuantos me visitan en Londres. Les explico mi plan y me dicen, majestad, cómo es de inteligente. Es vuestra majestad muy inteligente, me dicen… [3]

Cosas que tienen sobre todo poco que ver con el mundo que nos rodea, lo que los ingleses llaman *wishful thinking* (la confusión de los deseos con la realidad)…

En ocasiones más serias, sin embargo, me sentaba en el despacho del Rey y hablábamos durante un par de horas de lo divino y lo humano. Hasta del concepto de soberanía del pueblo versus la heredada de Dios; ahí lo sorprendí con mi versión de los hechos. En una ocasión en que había sido asesinada una mujer dominicana en un antiguo night-club en la cuesta de las Perdices, me pidió que escribiera para su discurso de navidad un párrafo sobre el racismo en España y sobre el rechazo a la inmigración (¡hace casi ٣٠ año s!). Lo hice y se lo mandé a Sabino Fernández-Campo, el Jefe de su Casa, pero me había salido tan seco y agresivo que, por supuesto, no fue incluido. «¡Ni una coma!», exclamé, dolido. Y durante mis años en el ministerio de asuntos exteriores con Fernando Morán, acompañábamos al Rey, a Sabino y a Fernando Gutiérrez en los viajes oficiales al extranjero. No necesito recordar la admiración y el respeto que suscitaba Sabino. En el caso de Fernando, el gallego discreto y socarrón que se ocupaba de la prensa en Zarzuela, le tomé cariño inmediato. Hacían un tándem estupendo y hablábamos sin parar ellos

dos, Pipo Dicenta, jefe del gabinete de Morán, y yo. Eran charlas a todo romper, sobre todo en los largos vuelos trasatlánticos.

No estoy muy seguro, pero me parece que fue meses después de mi fallido párrafo en el discurso de fin de año cuando Sabino me sugirió que lo visitara en su despacho y no en una comida cualquiera, como hubiera sido lo normal. Era un día de otoño de 1992.

Cuando entré en el despacho, Sabino estaba sentado detrás de su mesa y Fernando Gutiérrez fumaba su habitual pipa, de pie frente a ella, como si acabara de levantarse al haber sido anunciada mi visita. Sabino también se puso en pie y los tres fuimos a sentarnos en el cómodo tresillo. Fuera hacía sol y, a lo lejos, por la dehesa pastaban tranquilamente un par de ciervos.

Nos pusimos a charlar. Era un buen momento en España: las olimpiadas de Barcelona habían ido estupendamente bien y la Expo de Sevilla había sido triunfal (tuve la suerte de intervenir en los festejos organizando una serie de conferencias de alto nivel en el Pabellón de España). Apenas sugerencias de algún incidente de corrupción, pero todo era menor. Se apagaba el escándalo Flick (el financiero alemán que ayudó al PSOE con unos durillos, poca cosa: apenas el equivalente a tres millones de euros), a principios de año había caído la cúpula de ETA en Bidart, los comisarios Amedo y Domínguez líderes del GAL, estaban en la cárcel y Felipe González se disponía a convocar elecciones que, en junio de 1993, ganaría por cuarta vez. El Rey flotaba sobre su extraordinaria popularidad: su decidida intervención el 23F, tal vez con algún empujoncillo, había contribuido a disciplinar a los golpistas y a consolidar la democracia española y nada enturbiaba el horizonte. Nada, salvo las maniobras de Pedro J. Ramírez, director de *El Mundo* , que intentaba meter un pie en el quicio de la puerta de la Corona y desplazar a Jesús Polanco y su periódico *El País* del enorme peso e influencia que tenían en la vida española. (Recordaré que el 23F, cuando Juan Luis Cebrián proponía que todos los periódicos publicaran un editorial conjunto contra el golpe de Tejero, Pedro J. se echó para atrás, Dios sabe por qué, pero me lo imagino).

En un momento de la charla, Sabino empezó a hablar con mayor precisión de los problemas, apenas percibidos, de la Corona. Atribuí que se sincerara a mi proximidad al Rey (gracias a una amistad que no era de cacería y francachela sino más de familia y cordialidad) y a mi participación ciertamente informal en mis conversaciones políticas

con el monarca. Sin sospechar nada, entré al juego de la charla tan íntima. También Fernando Gutiérrez intervenía con la sencillez nacida de su relación con ambos. Me sorprendió porque yo no era tan extremadamente cercano a ellos como para que entraran a exponer cuestiones delicadas y tan de detalle. En un momento curioso, se puso a hablar de las dificultades que le causaban los viajes extemporáneos, las excursiones rosa, del Rey y de cómo era de difícil hacerlo entrar en razón. Lo peor, dijo Sabino, no era que don Juan Carlos desapareciera con alguna frecuencia, sino lo complicado que resultaba explicárselo a la Reina. Todos la admirábamos: había sido educada en el estoicismo, virtud de una reina, criada en la dignidad, marca de una mujer fuerte, y maduraba en la discreción, señal de identidad de quien está dispuesta al sacrificio para cumplir con el papel al que está destinada.

—¿Dónde está el Rey?…

—No lo sé, Señora.

—Pero, vamos a ver, Sabino, ¿me quiere usted decir en serio que no sabe dónde está mi marido?

—Sí.

—¿Y si hubiera un nuevo golpe de Estado o una guerra? ¿No sabría dónde encontrarlo?

—Bueno, Señora, siempre debe de haber una forma de hacerlo. No estoy seguro de cómo…

—Pues encuéntrelo y mándele un helicóptero o lo que sea para que vuelva.

Después, me explicó Sabino, tenía que llamar al Rey a Suiza y convencerlo de que regresara.

Luego, habló de su cansancio de tantos años al lado del Rey y de que, tal vez, iba llegando el tiempo de ser sustituido. Me lo dijo, si no recuerdo mal, mirándome derecho a los ojos.

Me quedé helado. Miré a ambos:

—Un momento, un momento. ¿Estás diciéndome lo que creo que me estás diciendo? ¿Sabino?

No pude ver la expresión de Fernando Gutiérrez. En ese momento encendía su pipa y se escondía tras la humareda.

—¿Sabino?

—Cada cual debe hacer frente a sus responsabilidades.

—Porque me quede claro. Está s diciéndome lo que me parece haber entendido.

—Así están las cosas, Fernando. Tenemos que hacer frente a

momentos complicados… Y a los que estáis tan cerca os lloverán los momentos difíciles…

Me había entrado lo que llamaríamos un mareo moral. Hablamos un poco más sin apearnos del sobreentendido y no me atreví a preguntar más. Solo por el tenor de la conversación, los detalles se iban haciendo más precisos y Sabino, sin aludir a nada, iba explicando los pormenores de sus tareas. Cuando salí de Zarzuela, me sentía ya Jefe de la Casa del Rey; seguía aterrado pero feliz. Miré brevemente el edificio de lo que pensaba iba a ser mi excelso lugar de trabajo en los siguientes años. Y, no fuera a estropearse, me guardé cuidadosamente la noticia para mi coleto, salvo para mi mujer y para mi grandísimo amigo Manolo Rodríguez Gimeno.

Sandra me dijo «no lo veo fácil: estás casado con la prima del Rey; demasiado cercano… No, no lo veo, no me parece posible. Juanito no quiere un pepito grillo en su salón». No hice caso, aunque más tarde comprendí que Sabino buscaba el perfil de su sustituto y que yo no era el único candidato. No podía serlo. Tenía que haber al menos uno más. Y aquella tarde Manolo me dijo que el elegido era su amigo Antonio Basagoiti, el banquero. «No, Manolo, Basagoiti no. Me temo que soy yo», contesté.

La maniobra era sin duda exclusivamente cosa de Sabino, siempre fiel en la búsqueda de lo que con más seriedad convenía a la Corona.

Pocos días después saltó la noticia. Fernando Almansa era nombrado Jefe de la Casa. La decisión había sido tomada en un coche que llevaba las ventanillas oscurecidas y que subía y bajaba por la Castellana con tres pasajeros: el Rey, Pedro J. Ramírez y el muñidor de todo, Mario Conde.

«Te lo dije», me recordó Sandra. Lo cierto es que no me sentó demasiado mal ni la desilusión fue demasiado dolorosa. Solo un poco.

Pero a lo que íbamos. Un instante, un camino que se tuerce, un momento que apunta en otra dirección de la que uno llevaba, y la vida cambia sin remedio y sin posibilidad de enmienda. No para mí en este caso: nada cambió, afortunadamente. En Zarzuela, el peso de la vida habría sido insoportable, la responsabilidad difícilmente sostenible y la estructura de mis cosas, imposible. Estaba a punto de publicar mi séptima novela, *La reina de Serbia* , y seguir escribiendo habría sido imposible. Días después de mi charla con Sabino y con Fernando, me llamó a su despacho Jesús Polanco y allí me recibió con Juan Luis Cebrián. No se anduvieron por las ramas: tras seis años de escribir

editoriales para *El País* («basta de que te diviertas tanto», dijo Jesús), me nombraban director de Comunicación de PRISA. Tampoco esto habría sido posible de haber ido a Zarzuela; ni tampoco haber pasado a la televisión a presentar el programa *LO+Plus* que, durante diez años, fue el magazine más exitoso de todo el panorama televisivo español y con el que me divertí más de lo que hubiera podido esperar. Tampoco habría seguido escribiendo, ni habría ganado el Premio Planeta de Novela tres años más tarde.

Así son las cosas.

---

2 : ¿Cómo acabó la dictadura griega? Como en Argentina con la campaña de las Malvinas contra Gran Bretaña, lanzando una acción militar contra Creta para someter a su mitad turca: los coroneles (igual que el general Galtieri en Buenos Aires) necesitaban una victoria militar que desviara la atención de los problemas internos. Lo malo para los dictadores de uno y otro país fue que, si en 1982, Margaret Thatcher le salió rana al autócrata argentino, lo mismo les ocurrió a los coroneles en 1974 en Creta tras la inmediata reacción otomana. Los dos regímenes cayeron como sendos castillos de naipes.

3 : Recuerdo esa frase con exactitud, como si me la hubiera dicho ayer: «*they tell me, oh, your majesty, how intelligent you are — you are truly intelligent* .

4.
VIAJANDO SIN PARAR

Habíamos ido a vivir a San Remo en 1946, recién terminada la guerra mundial. Fueron los dos años más felices de mi vida.

La razón del traslado fue dramática y está en el origen de la mala vida que tuvo mi hermana Nena. Una vacuna en mal estado le provocó una tuberculosis en la cadera que unos años más tarde habría sido curada con antibióticos en unas semanas y que en ese momento no tenía remedio. La penicilina entonces se obtenía en el mercado negro, cuando se obtenía, y no en las farmacias, y el mercado negro era inalcanzable para quien no fuera un delincuente decidido (o un soldado americano de intendencia). *El tercer hombre* , la gran película de Orson Welles, lo explicaba todo.

A falta de la medicación indispensable, cuya existencia y eficacia mis padres además ignoraban (y, al parecer, los médicos suizos también), el consejo que parecía má s razonable era llevar a Nena al sol del Mediterráneo, al yodo y a la sal: San Remo.

Nena pasó los siguientes once años en una cama sin poderse levantar. Pero al cabo de ese tiempo se curó y, coja y todo, acabó siendo muy mona: recordaba a Audrey Hepburn. Bailaba el *twist* y fumaba como un carretero. Componía canciones y las cantaba con voz cazallera. También temas de Aznavour y de Mireille Mathieu, que interpretaba con alma desgarrada acompañándose de su guitarra, que acabó tocando muy bien.

San Remo era la villa marina más próxima a Berna, en donde mi padre no tenía más remedio que quedarse a causa de su destino en la embajada. Y para allá se fue mi madre con dos de sus hijos a sacrificarse la vida. Tenía 33 años, era un bellezón y encima, la mar de simpática. Pues vaya.

En 1946, era una pequeña ciudad-balneario de la Liguria, la *Riviera dei Fiori* aún sacudida por la guerra que acababa de terminar. Yo, que tenía 9 años, nunca me fijé en los restos de la batalla: los grandes hoteles estaban intactos, o me lo parecía, el Casino seguía operando como si tal cosa, el pastelero donde descubrí las palmeras de hojaldre vendía su género con normalidad, la gran plaza inclinada de los mercados semanales lucía algo gris a la luz del sol, pero llena de

bullicio. Un escenario del *cine veritá* de los grandes autores italianos.

Al poco de llegar, mi madre alquiló una villa en el alto del *Corso degli Inglesi* . Del otro lado de la calle, en el costado de la colina, había un gran parque, en medio del que se asentaba un enorme palacio cuadrado, el Castillo Devachan. Construido a principios de siglo, contrariamente a lo que pudiera haber parecido, no pertenecía a ningún príncipe Devachan, no. Su primer propietario había sido un conde inglés convertido al budismo tras un breve paso por Nepal. Fue típico de un inglés bautizar su palacio con su interpretación personal de un mantra: lo bautizó con una versión libre de la expresión nepalí *dbe-wa-ca, devachá* , «estado del cuerpo antes de la reencarnación». Claro que los ingleses nunca han sido particularmente refinados a la hora de dar su versión de un vocablo extranjero; de ahí que durante décadas Beijing se pronunciara Pekín y Alcudia, Alquiuda o paella, payela.

El castillo había sido sede de la conferencia internacional de San Remo de 1920, que reunió a las grandes potencias para certificar la defunción del imperio otomano, terminada la primera guerra mundial. Y, que es lo que importa, para dar carta fundacional al estado israelí, sobre la base de la Declaración Balfour de 1917 (una perrería como otra en la que el Reino Unido acepta que se cree el «hogar nacional para el pueblo judío» a costa de los palestinos; me parece que todos los años los israelíes deberían ir en peregrinación de gratitud a San Remo, igual que los musulmanes van a la Meca).

Luego compró el castillo otro inglés, el coronel Spencer Stenfield, y, durante la segunda guerra mundial, fue cuartel general de las SS nazis en la Liguria.

El coronel Stenfield estaba casado con una cantante lírica rusa, una soprano ligera de opereta, aunque de considerables proporciones físicas y fácil de enfurecer. Mi madre siempre decía «ándate con cuidado: rasca a un ruso a contrapelo y le sale el cosaco».

Me faltó tiempo para escurrirme por entre los barrotes de uno de los grandes portalones de acceso al parque Devachan y desaparecer en la maleza hecha de arbustos, palmeras y eucaliptos, de trepadoras, cipreses y caña y… ¡de trincheras! Todo aquel zigzag de galerías excavadas debió de ser la última defensa de las tropas alemanas antes de la derrota del Reich. Pero, contrariamente a lo que imaginé, en las trincheras no quedaban cráneos reventados, harapos de uniformes verdes agujereados, ni siquiera casquillos de balas de ametralladora.

No encontré nada de eso.

Nunca vi a nadie. Bueno, miento. No vi fantasmas ni cadáveres ambulantes sin cabeza ni restos de muertos a medio pudrir. Vi un jardinero que me pilló por sorpresa, agarrándome por una oreja.

Me llevó hacia un pabellón que había a la izquierda del palacio, la antigua casa de la servidumbre y de la jardinería, en la que vivía, resignada, la propietaria, viuda del coronel Stenfield. Era una rusa muy pasional.

Sin moverse del amplio sillón en el que se sentaba, la célebre soprano, encendidos los ojos de indignación, me miró y, exclamando con trueno ensordecedor, preguntó en francés: «*c'est qui ce petit voyou?* », ¿quién es ese golfillo?

De pronto deseé fervientemente poder esconderme debajo de una de las mesas que ocupaban aquel saloncito más bien pequeño, repleto de cosas, de fotos en marcos arabescados, de porcelana de Sèvres, de macetas con flores y plantas de interior, bordados, lienzos, objetos de *papier maché* y lámparas Tiffany. La célebre cantante presidía todo aquello como si estuviésemos en la sala del trono. En otra butaquita se sentaba otra mujer de proporciones más limitadas, pero vestida de igual forma. Ambas lucían grandes collares de perlas y en las manos llevaban anillos y sortijas con piedras duras o preciosas. Tragué saliva.

—No soy de aquí —dije en voz baja en francés, al tiempo que intentaba zafarme de los dedazos del jardinero.

Y aquella formidable señora se sobresaltó sorprendida.

—¿Y este joven por qué habla mi lengua? —Y me miraba a través de un monóculo de oro que sujetaba en su mano derecha y que colgaba de una cadena también de oro que llevaba alrededor del cuello. Le temblaba la papada. Era la encarnación de La Castafiore salida de las páginas de una aventura de Tintín.

—Es que no soy de aquí —murmuré.

—¡Hable usted más alto, joven, que no le oigo!

—Bueno, es que llevamos en San Remo dos semanas y no conozco a nadie… No quería molestar…

—Molestar, molestar… Aquí yo digo quién molesta y quién no. —Años más tarde, cuando leía *Alice in Wonderland* , no podía sino pensar en mi némesis del momento como la Reina de Corazones. —Y dígame, ¿tiene padres o está usted recluido en una institución para ovejas descarriadas? A juzgar por su manera de pasear por la propiedad ajena…

—No, quiero decir…

—¿No? ¿No es una oveja descarriada, no le gusta pasear por mi jardín o no, no tiene padres?

—Bueno, solo está aquí mi madre…

—Una madre abandonada, sin duda —rugió.

—No. Mi padre está en Berna. Nosotros hemos venido porque mi hermana está enferma y le viene bien… esto… me parece que el clima.

—¡Pero pobre familia! ¿Podemos hacer algo? Seguro que hay algo que podemos hacer… —Ablandada de golpe, la diva daba la sensación de que iba a ordenar que me dieran un vaso de leche y unas galletas para reponerme de mi sufrimiento. —Beppe —dijo dirigiéndose al jardinero—, suelte usted la oreja de este pobre niño, que se la va a arrancar. ¿No ve cómo la tiene de roja? Y diga que nos preparen una taza de té. Este pobre niño está deshidratado. Veamos, jovencito, ¿cómo te llamas?

—Fernando. Somos españoles….

—Debes decir a tu madre que esperamos su visita mañana a más tardar, a esta misma hora. Con tiempo para tomar el té.

Mi madre se hizo amiga de aquellas temibles cantantes rusas. Tomaba el té con relativa frecuencia en la casita de servicio del Castillo Devachan.

Aquella Navidad Papá Noel me trajo toda la colección de los Piratas de la Malasia de Salgari. Y fue cuando empecé a leer.

También ocurrió mi primer descubrimiento de la sexualidad. Como a pesar de mi felicidad, era inevitable que yo estudiara algo preparándome para el bachillerato, mi madre contrató los servicios de una francesita, Mireille, de unos 20 años de edad, de la que inmediatamente quedé prendado sin remedio. Era rubita y se sentaba a mi lado para seguir conmigo los textos que me ponía delante. Solo que yo no seguía nada más que el movimiento de sus pechos bailando bajo su blusa. Acababa de cumplir 11 años.

Cinco años más tarde, en un campamento mixto en Keswick, en el distrito de los Lagos en Inglaterra, otra pequeña francesita rubia me dio mi primer beso cuando volvíamos de una fiesta. Una experiencia aterradora. Eso es lo que fue: maravillosa y aterradora. Estuve lavándome los dientes durante al menos quince minutos.

5.
LOS HERMANOS DE LA ABUELA

Se decía que el doctor Julio Camino hipnotizaba a las gallinas trazando con una tiza una raya en el suelo delante de ellas. Mi madre, que lo había visto, aseguraba que las gallinas doblaban el cuello y caían redondas.

No conocí al doctor Camino, el tío Julio, hermano de mi abuela materna. Pero decían que estaba tan loco como sus pacientes. No hablaban mucho de él, aunque vivía en Madrid. Me parece que era altivo y frío como un témpano. Por encima de todo, mi madre tenía miedo de su mirada; de hecho, circulaba por la capital una anécdota según la que un antiguo paciente suyo de diez años atrás vio en un escaparate de la calle Mayor una fotografía del rostro del tío Julio y se desplomó hipnotizado.

Al terminar medicina ingresó en la sanidad militar como especialista en psiquiatría e hipnoterapia. Pasó una larga temporada adscrito a la academia general militar de Zaragoza cuando Franco era director allí, de 1928 a 1931. Estaban condenados a entenderse: el doctor Camino proclamaba las virtudes de la limpieza y de la ausencia de masturbación en los cadetes, una teoría que venía sosteniendo desde años atrás para toda la tropa militar, los reclutas en general. A Franco, que no era muy aficionado, tanto la limpieza como la abstinencia le parecían de perlas y solo tenía palabras de alabanza para el doctor Camino. Si había alguien en el mundo que era su polo opuesto, ese era su hermano León Felipe, que decía de Julio que era «un sarmiento reseco». Al final de sus vidas se reconciliaron.

La familia de mi madre viene ahora que ni pintada porque, después de San Remo, en 1948, todos nos trasladamos a Roma: seguíamos a mi padre que había sido destinado a la embajada de España en el Quirinal. Y allí nos visitó la tía Salus, hermana de León Felipe y de Julio, que vivía en México, como el poeta.

La tía Salus era una mujer bajita y enérgica que fumaba sin parar. Se maquillaba mucho, incluidas las cejas que, de tanto depilarlas, habían desaparecido. Sacaba entonces un cartón recortado en forma de ceja, se lo aplicaba al arco ciliar y del trazo vigoroso de un lápiz graso y negro, se la pintaba de un solo gesto. Detenta, creo, el record

de velocidad en una visita a los museos vaticanos: hora y cuarto en la que recorrimos (mi hermano y yo la acompañábamos con la lengua fuera) todas las salas, todos los corredores, todas las escalinatas. No lo recuerdo, pero tengo la impresión de que, en el *tour* , iba incluida la capilla Sixtina.

A mis 12 o 13 años, flotaba por encima de la vida, amarrado por la adolescencia, intentando en la soledad de mi habitación reconocer en mi cuerpo algún rasgo, algún detalle que estimulara la imaginación sobre el misterio del desnudo femenino; no tenía nada a que agarrarme sino a algún dibujo oscuro de Gustavo Doré escondido en un libro antiguo de mi padre; la desnudez de aquellas mujeres siempre estaba tapada por largas matas de pelo que lo cubrían todo. Me angustiaba y me impacientaba: quería que me llegara ya la hora de desvelar los secretos de mi sexualidad, que bullía sin yo saber por qué. Eso repercutía, estoy seguro, en mi desastre como estudiante. Mi madre me había inscrito en el liceo francés de Roma en el curso que correspondía a mis 11 años. Suspendí todas menos dibujo. Y me parece recordar que el profesor, un tipo gordo, antipático y muy moreno, decía en clase que yo era el hijo *du franquiste* , como si mi edad me hiciera responsable de ello. Ahora que lo pienso con mayor conocimiento de causa, probablemente era un colaboracionista de Vichy oportunamente reconvertido en heroico luchador de la Resistencia.

Las vacaciones del año santo de 1950, las pasamos en Santa Severa, una playa a unos 50 kilómetros de Roma, una urbanización en la que nuestro chalé estaba al borde del mar. Cerca también veraneaba una hija de Roberto Rosselini, de más o menos mi edad, que me parecía el súmmum del *sex appeal* . Por las mañanas iba corriendo a su casa para verla antes que nadie. Iba sin siquiera ducharme y eso, en los tiempos en que el desodorante solo existía para las señoras de alcurnia, tenía consecuencias funestas: un día, la hija de Rosselini me espetó «*¿ ma tu non ti lavi mai?* » y, a partir de ese momento, mantuve las distancias con gran vergüenza. Ni siquiera en la misa de los domingos me colocaba ya a su lado.

La misa de los domingos era un acontecimiento notable. La decía un curita pe queño, aburrido y siempre de malhumor en un descampado en las afueras del pueblo. Raro era el día en que, durante el sermón, no se acercaba un chucho lleno de pulgas y se ponía a importunar al reverendo, que lo rechazaba con mal genio diciéndole

¡*via cane!* Todo era un poco chusco y arbitrario: un día olvidó traer el cáliz y explicó bufando que no tenia más remedio que volver a Santa Marinella, el pueblo de al lado, para remediar el descuido. Por consiguiente, la misa se retrasaba una hora. *¿Ma la messa non si puó fare senza calice?* Fue la reacción de uno de los fieles, un joven poco aficionado a la religiosidad, muy tostado y lleno de sortijas y abalorios. Un pariente de Rosselini, supuse con ánimo de venganza.

En fin… El tío Julio, la tía Salus (Salustiana, casada en segundas o terceras nupcias con el príncipe Ledojowsky —el rango, ya se sabe, lo definía mi madre—, a su vez hermano del superior general de los Jesuitas), León Felipe el poeta, mi abuela materna María y la tía Cristina… madre de Carlos Arruza. Vaya genealogía.

Mi abuela María era la más normal de los hermanos. Tenía una cara noble, enjuta, de nariz marcada y mirada intensa; era la que de verdad se parecía a León Felipe. Y era de las personas más bondadosas que he conocido.

La tía Cristina era de gran belleza. A sus 80 años suscitaba admiración y cuando paseábamos por la Gran Vía, yo veía a las gentes darse la vuelta para mirarla. A alguno se le escapaba un piropo. Y, claro, en el mundo del toro, en el hotel Wellington, en la Plaza o en Chicote era más que famosa y le llamaban doña Cristina; ahí es nada, ser la madre de Arruza.

En cambio, al tío León tardé muchos años en conocerlo. Acababa de descubrir un libro suyo de poemas, *Versos y oraciones de caminante* , enterrado en la biblioteca de mi padre, lejos de cualquier mirada curiosa, y al abrirlo encontré páginas y páginas emborronadas y espacios dentro de los lomos donde las habían arrancado y versos tachados con tinta china. Pregunté a mi madre si aquel León Felipe era su tío el poeta y me dijo que sí. Le pregunté por qué le habían censurado tantas cosas, tantos versos, cuando no había por qué puesto que el libro estaba en casa. En tono prudente, mi madre me explicó que probablemente esos tachones eran de otro. Prefirió echarle la culpa a algún misterioso y maléfico personaje. «Es un gran poeta, uno de los grandes de la generación del 27. Vive en México, claro, porque es muy contrario al régimen y se exilió durante la guerra». Todo esto me lo contaba cuando ya vivíamos en Madrid en los años 50, justo antes de ir yo a la universidad.

¡Qué lástima

que yo no pueda cantar a la usanza
de este tiempo lo mismo que los poetas de hoy cantan!
¡Qué lástima
que yo no pueda entonar con voz engolada
esas brillantes romanzas
a las glorias de la patria!
¡Qué lástima
que yo no tenga una patria!

Aquellos primeros versos me habían agarrado por la entraña y ya no me soltaron nunca más. (Claro, que a la poesía de León Felipe se añadió en los momentos de romanticismo juvenil *El pequeño Príncipe* de Antoine de Saint-Exupéry. Nadie es perfecto). Los escribió estando en la Alcarria de farmacéutico, igual que más tarde en Zamora o antes en Santander, cuando su vida era más agitada y tenía deudas de juego que lo obligaban a moverse de un sitio a otro. Las deudas no fueron solo de juego: sus farmacias quebraban porque se empeñaba en no cobrar a la gente por las pócimas y recetas que despachaba.

Conseguí de mi tía Chelo la dirección del poeta en México y enseguida le escribí una carta. No recuerdo lo que le dije, sólo que estaba escrita con admiración y timidez. A las pocas semanas, me contestó una carta tierna y cálida. «Me llamas tío León con cariño y sin vergüenza. En cambio, tu hermano Peter se pone muy solemne, muy respetuoso, y me dice querido tío León Felipe, soy Peter Schwartz, hijo de tu sobrina Carmen. ¡Qué distintos, pero qué llenos de ternura los dos!»

Muchos años después fui a verlo a México. No le quedaba mucho tiempo de vida. Era julio de 1968 y murió en septiembre. Estaba envejecido y deseando morir después de haberse quedado sin su Berta. Le había dado una furia destructora y rompía todo lo que había escrito últimamente. Entre unos cuantos amigos consiguieron que dejara en paz su obra, que no tenia culpa de nada. «Eres más alto de lo que creía, chamaquito. Y vienes de Costa Rica, ¿eh? ¿Qué tiempo has pasado allí? Tres años, ¿no? Cuéntame a qué vas a Londres: ¿a escribir una historia de la guerra civil? Bueno, no sé si Franco te lo va a permitir…». La historia de ese libro que Franco no me iba a permitir es sencilla.

6.
ELUCUBRAR SIN SENTIDO

Gran parte de mi vida ha girado en torno al concepto que tengo de lo que es ser escritor y de lo que ha resultado ser mi peso en el mundo de la literatura.

Siempre he querido dejar una impronta decidida, aunque fuera liviana, en el universo de los libros o tal vez solo en el de los lectores. No lo he conseguido. Y hasta aquí llegan los agravios, por más que también fuera cierto que en la presentación de mi penúltimo relato, *Que vaya Meneses* , mi editora Ana Rosa Semprún, directora de Espasa, olvidara mi nombre (se lo tuve que recordar) e inmediatamente a continuación olvidara el nombre de la novela con la que años antes yo había ganado el Premio Primavera de la misma Espasa, *Vichy 1940* (también se lo tuve que recordar)[4] . No me importó gran cosa y me lo tomé a risa, pero me pareció significativo de mi estatura en el mundo literario. Menos mal que los restantes presentadores, Carmen Posadas, José María Mohedano y Miguel Ángel Aguilar estuvieron encantadores y divertidos.

Luego, el siguiente relato, *Meneses en Skópelos* , que Espasa me rechazó, interesó a TheGalobart Books. Me ofrecieron lanzarla al mercado y, naturalmente, acepté. También quisieron publicar estas memorias; como puede comprobarse, también acepté.

Pero no es ese el centro de mi incertidumbre. Durante años he pensado que lo que presumía era mi falta de éxito (¿qué autor no lo piensa?) era culpa de mi editorial, que lanzaba mis novelas sin interés y las dejaba morir en el mercado. Me costó mucho trabajo e introspección comprender que el solo culpable era yo o, mejor dicho, la calidad de mi escritura. Y me pregunté, entonces, si lo único que pretendía era el reconocimiento de masas de lectores. Me parece que sí. Y puede que en esa ambición esté la propia condena: si solo se pretenden oropeles, nadie buceará en el alma de la escritura. Lo malo es que no soy de esos escritores silenciosos y alejados de todo a quienes nada importa la lectura de los otros. Me apasiona escribir, pero quiero que me lean.

¿Es posible que me falte la profundidad necesaria para dejar una indeleble impronta? Se diría que sí. Y como en el tenis, debo hacerme

a la idea de que soy un escritor más bien modesto. Una vez me dijo Basilio Baltasar , mi amigo editor, que mi problema era que variaba demasiado de temática (un día una novela histórica, otro, una sentimental, otro, una de orientación política, otro, un ensayo histórico) y mis lectores no me reconocían o no se reconocían en mí. Me pareció una idiotez esto de no poder explorar otros caminos, otros estilos, como si no pudiera ser más que un Emilio Salgari (¡ojalá!) y nunca debiera intentar escribir como un Chejov o un Jack London, un Le Carré o un Delibes.

He escrito libros buenos, malos y muy malos, pero, en cualquier caso, me parece que he pagado el precio en la desconfianza de los posibles lectores por haber hecho otras muchas cosas en la vida, algunas de excesivo relumbrón, algunas lejanas de lo recoleta y genuina que debe ser la escritura. Puede que sea inaceptable hacer literatura y al tiempo, presentar un programa de televisión (*LO + PLUS* , que presenté durante diez años seguidos y la razón, por otra parte, de que me dieran el Planeta) o, como me acusaba Manolo Marín, reír demasiado. Para compensar, añadiré que la Semprún me dijo un día hace años que no podía permitir que yo anduviera suelto por el mundo literario sin haberme amarrado con un sabroso contrato. Y lo firmamos. No sé cuándo se le pasó el entusiasmo.

Todo empezó a mis 19 años, allá por 1957, cuando me presenté al premio Café Gijón de Novela Corta con un relato de poca entidad, pero muy a lo Camilo José Cela, que era quien me tenía influido por aquel entonces. Solo recuerdo que ocurría en un poblado manchego llamado Villa Harta. Nada más.

En los tres o cuatro años siguientes estuve ocupado en otras cosas, como terminar la carrera de derecho, trabajar brevemente y sin interés o vocación en el despacho de los Garrigues, e intentar casarme con mi novia de entonces, Molly Pidal, ya fuera ganando dinero en el despacho (tan importante ya que los inversores americanos creían que, para establecerse en España, era preciso pagar el «impuesto Garrigues», que confundían con la abundante minuta) o en las carreras de caballos del hipódromo de la Zarzuela. En ninguno de los dos sitios con éxito, por fortuna. Nuestra relación decayó, como es inevitable en personas de apenas 20 años, y eso que un verano viajé en mi Vespa de Madrid a Ribadesella a visitar a Molly en la casa solariega de su familia, la Moría. Más de 500 kilómetros de ida y otros tantos de vuelta al acabar el fin de semana: durante días me temblaron los

brazos sin poderlos controlar.

Al tiempo preparé y en 1963 me presenté a las oposiciones a la carrera diplomática. Eso sí que salió bien: las aprobé a la primera. Siendo el más joven de los candidatos, quedé aceptablemente en los exámenes, el cuarto o quinto de 20 aprobados de entre 600 pretendientes. Ser diplomático entonces significaba haber alcanzado la cumbre social y convertirse en un partido que toda madre ambicionaba para su hija.

Tuve mucha suerte en los tres ejercicios de la oposición. De muestra, vale un botón: uno de los ejercicios orales era un tema de economía. Como yo no sabía nada de todo aquello, pregunté a mi hermano, que entonces escribía su tesis doctoral en la London School of Economics, si me podía ayudar a confeccionar los once temas de teoría económica. No podía desde tan lejos y me recomendó que fuera a visitar a un colega y amigo suyo, Ángel Rojo, nada menos (¡que acabaría siendo gobernador del Banco de España, Dios mío!), que sin duda me ayudaría. Lo hizo en once sesiones para tontos, lo suficiente para dar explicaciones concisas y sensatas a unos miembros del tribunal de oposiciones que no tenían ni idea de teoría económica, tan poca como yo. Y de los 120 o 130 temas de economía, fue a tocarme uno de los 11 de Ángel Rojo, santo cielo, el «del» dinero. El tema era relativamente sencillo de explicar y concluía con la teoría del equilibrio de la economía según Keynes: seis ejes de coordenadas, tres arriba y tres abajo, que mezclaban el equilibrio del dinero con el del empleo y el de la deuda, qué sé yo. Ni me acuerdo, pero el hecho era que al final, trazando una raya de coordenada a coordenada, la línea encajaba como dibujada a compás y cerraba un rectángulo perfecto. Mi hermano me recomendó que ni por casualidad se me ocurriera trazar la línea: solo encajaba tras un cálculo trigonométrico muy preciso. Era mejor ni intentarlo. Pues como se dice ahora, iba yo tan sobrado de optimismo que, al final del tema, volví a la pizarra, puesta allí en un ángulo sin que nadie se atreviera a utilizarla, y dibujé a mano alzada la línea entre las seis coordenadas, afirmando con seguridad «y así se equilibra una economía». Como si la hubiera dibujado a cartabón, resultó un rectángulo perfecto. Tiré la tiza y miré de reojo a los miembros del tribunal; juro que al menos dos de ellos miraban a la pizarra boquiabiertos. (Y, cuando digo suerte, digo suerte: de entre los otros 120 o 150 temas de Derecho me tocó el del mar territorial, una disquisición no demasiado complicada, pero que

había que saberse, y que, en exámenes de la carrera de derecho y en otro de un máster de derecho internacional, ya me había caído dos veces). También me tocó en el ejercicio oral de cultura el tema «la cultura española en el siglo XX», un embolado peligroso para mi futuro, puesto que todos sabíamos que la única cultura española del XX estaba en el exilio o amordazada. Tampoco fue manco el ejercicio escrito, «la estructura social de España», en cuya redacción pasé verdaderos sudores. La estructura social de España entonces era un verdadero desastre.

Aprobar la oposición fue una revancha por lo que le habían hecho a mi hermano Pedro. Durante la universidad, se había hecho notar en los duros momentos de la revuelta estudiantil de febrero de 1956 y había escrito en una revista estudiantil cualquiera un artículo llamado *Españoles sin fuero.* Le costó un juicio, no sé si por desacato a Dios sabe quién, y la visita de dos inspectores que pretendían llevárselo a la dirección general de seguridad en la Puerta del Sol a la una de la madrugada para interrogarlo. Nuestra madre montó un cirio jurando que su hijo no salía de casa a esa hora; tanto porfió que acabó hablando con el ministro de la gobernación, Blas Pérez. Al fin y al cabo, nuestro padre era un director general en el ministerio de asuntos exteriores y no un peligroso rojo y, además, canario como Blas Pérez. El ministro aceptó que Pedro se personara a la mañana siguiente, acompañado por su padre. Todo el episodio, igual que las revueltas de febrero de 1956, merece una descripción más pormenorizada, pero el hecho fue que Peter se presentó a las oposiciones de ingreso en la carrera diplomática de 1959, las aprobó con brillantez y quedó tercero. Todo fueron parabienes y celebraciones hasta que el ministro de exteriores Fernando Castiella, al revisar la lista de aprobados, trazó una raya con lápiz rojo sobre el nombre de mi hermano diciendo «este no». Se asegura que fue como consecuencia de su actividad política en la universidad, pero no es así, al menos no es exclusivamente así. La razón es otra más sucia, como se verá. Pero el resultado de todo el embrollo fue bastante escandaloso y se resolvió como se solucionaban las cosas en el franquismo: en silencio y como si no hubiera pasado nada. Solo el director de la escuela diplomática, el embajador Emilio de Navasqüés, gran amigo de nuestro padre, y dos miembros del tribunal examinador, Enrique Thomas de Carranza y Tanli Pan de Soraluce, ambos por elemental sentido de la justicia, se arriesgaron con sus protestas a castigos mayores. De hecho, a Enrique Thomas de

Carranza le fue revocado su nombramiento a la embajada de España en Lisboa; un cálculo equivocado de Castiella, porque Enrique era yerno de la marquesa de Huétor de Santillán, íntima amiga de doña Carmen Polo y su nombramiento fue ratificado.

El asunto de las oposiciones de 1959 no fue a mayores, pero tampoco lo fue, diez años más tarde, el de Matesa, un estallido de corrupción en las mismas entrañas del régimen que se resolvió con el indulto y la condonación de las multas a los cuatro o cinco implicados, entre ellos, tres ministros de Franco. Que expulsaran a un chaval de unas oposiciones era decididamente asunto menor.

A la oposición de 1959 habían concurrido tres hijos de ministros o jerarcas del régimen, Martín Artajo, Serrano Suñer e Ibáñez Martín. Ninguno aprobó. Por esta razón, la promoción, prevista para 10 plazas, tuvo que ser ampliada a 20 *terminados* los exámenes, para dar cabida a los tres. Cacicadas del régimen que en nuestro caso dolieron. Tanto escoció también a Castiella aquel lío de las oposiciones de 1959 que pasaron cuatro años hasta que volvió a convocar las siguientes, las que me correspondieron a mí.

Mientras tanto, pasábamos las vacaciones en Lisboa a donde había sido destinado mi padre, no como embajador, como le correspondía, sino como tercero de abordo, una humillación gratuita impuesta por el propio Castiella. Papá, al que le quedaban pocos años antes de la jubilación había solicitado ser nombrado embajador en una representación modesta, Beirut, pero nadie tuvo la delicadeza de contestarle.

El asunto de mi padre fue muy mezquino. Siendo director general en Madrid, el ministro de Comercio, Manuel Arburúa, lo nombró consejero del Banco Exterior de España y aparejó un cargo a otro. Ignoro cuál era la remuneración del consejo, pero me parece que era sustanciosa y que complementaba sus no muy abundantes ingresos. Un dinerito extra de esa naturaleza tenía por fuerza que despertar la codicia de algún avaricioso. Un buen día, el subsecretario de entonces le ordenó que trasfiriera el consejo a la subsecretaría, a lo que papá contestó que él no tenía esa facultad y que era preciso pedírselo al ministro Arburúa. La gestión no se llevó a cabo, supongo que por vergüenza. Pero la consecuencia fue doble: el subsecretario le privó de forma arbitraria de otro ingreso complementario proveniente de la recaudación consular (un sello que se aponía en cada acto, el llamado «sello D»), supongo que para guardárselo. Y, en segundo lugar, acusó a

mi padre frente al ministro Castiella de traición, no sé muy bien a qué. En tiempos de Franco no era necesario justificar las barrabasadas del poder. Eso significó que a mi padre se le denegó una embajada a la que tenía sobrado derecho por categoría y antigüedad. A él, que había renunciado por modestia a una subsecretaría cuyo ocupante, Pepe Núñez, acabó siendo embajador ante los organismos internacionales en París.

Por recordarlo de pasada, nuestras vacaciones en Lisboa, Estoril y Cascais eran siempre divertidas. Nos parecía mentira, pero el ambiente, la vida en Portugal eran decididamente más alegres que los de Madrid: dos dictaduras más o menos iguales y una más simpática que la otra. Tenía que deberse al mar o a las películas en inglés o a la vida más relajada de las embajadas.

Nuestros amigos más cercanos eran los dos hermanos Eraso mayores, Antonio y Joaco. Allí mi hermana Nena se hizo muy amiga de la infanta Margarita, Margot, y comía con frecuencia en Villa Giralda. Esquí acuático y música en un night-club en Cascais en donde tocaba Gianni Ales con su banda. Nos hicimos buenos amigos y lo veíamos a menudo cuando abrió el Ales Club en Madrid. Pandilla y excursiones con los Parra, hijos de un cónsul general de la República Dominicana. La hija, Poppy, era bien mona y la madre, cuando daba fiestas, mezclaba los *martinis* en el bidet.

Ni qué decir tiene que el ambiente en la embajada de España no era el más liberal del mundo.

Estábamos acostumbrados a no meternos en líos, sobre todo después del asunto de mi hermano con la carrera diplomática. Pero, un día del verano de 1960, en la casa en Estoril del agregado militar español, el coronel de aviación Rafael López Sáez, y de su mujer, Carmela, en donde habíamos comido, entre los invitados estaba la mujer de Nicolás Franco, Isabel Pascual de Pobil. Los Franco habían sido hasta muy recientemente embajadores de España en Lisboa. A él lo llamaban «el hermano listo de Francisco Franco». En la sobremesa, la conversación derivó hacia temas políticos, como era inevitable.

—¿Cómo veis el futuro de España los jóvenes? —preguntó la señora de Franco.

—Pues… —dije con prudencia. ¡Por Dios, era la cuñada del dictador! ¿Qué le iba a contar?

—¡Cómo lo van a ver! —interrumpió vivamente el dueño de casa. —¡Cómo lo van a ver, Isabel! Pues sin problemas y estos jóvenes con

toda la vida por delante deben dejarse de líos y estudiar para sacarle provecho al futuro.

Miré a Antonio Eraso, que también estaba y que la noche antes, con un cuba libre delante, había criticado con decisión intensa, casi vocinglera, al régimen y a Franco. Hoy no dijo nada, no intervino en toda la discusión, no dijo ni pío.

—Un momento, Rafa —dijo Isabel Pascual—. Se lo he preguntado a los chicos. Dime tú —me preguntó—. ¿Qué piensas?

Mi madre me miró, ordenándome con los ojos bien abiertos que guardara silencio. Yo me giré hacia Antonio Eraso para que me apoyara, pero se había quedado mudo. Sé que carraspeé.

—Pues… —repetí—. Me parece que a los jóvenes nos está llegando la hora de movernos con más libertad…

—¿Qué más libertad queréis?

—Déjale que conteste, Rafael.

—Creo que queremos poder pensar por nuestra cuenta, que queremos hablar libremente… El futuro que queremos tiene poco que ver con esa libertad de la que habláis.

Isabel Pascual me miraba con intensidad.

—Me parece muy bien eso que dices. De acuerdo. Qué más…

—Pues que han pasado muchos años desde el final de la guerra y que los jóvenes no la conocimos. ¿Por qué necesitamos que nos protejan de ella?

—¡No! ¡Necesitáis que os protejan de quienes la provocaron!

—¡Rafa! — exclamó la mujer de Nicolás Franco.

—Eso vosotros, Rafael. A mí nadie tiene que explicarme lo que pasó, nadie tiene que decirme que no estoy preparado para la libertad…

—¡La libertad verdadera, sí! ¡El libertinaje, no! —López Sáez hablaba con gran énfasis.

—Rafa —dijo Isabel—, estos chicos son de otra generación, no han hecho la guerra, no necesitan que les protejamos de nada. Necesitan vivir con optimismo una vida que nosotros, los viejos, no conoceremos. Es su mundo. Ya no es el nuestro.

—Pero ¿para eso nos sacrificamos y luchamos una guerra?

—Para eso, Rafa. Este mundo ya no nos pertenece.

—Gracias, Isabel —dije con alivio.

—No, gracias a ti. Sois nuestra esperanza. Si nos quedáramos anclados al pasado, habríamos hecho todo en vano. No, no. Ahora el

mundo os pertenece.

Mi madre estaba confundida. No sabía qué decir. Pero Isabel había sido tan luminosa, tan generosa, que me sentí lleno de ánimo. No tuve miedo. Carmela, la dueña de casa, me miraba casi con arrobo. Luego le confesó a mi madre que le gustaría que su hija se acabara casando conmigo.

Volvamos a la nuestro.

En la escuela diplomática (en la que pasamos dos años 1963 y 1964), escogí como título de la tesina obligatoria un tema sobre las repercusiones de la guerra civil en el mundo. Me costó algún trabajo convencer a Navasqüés de que el tema encajaba de lleno en cuestiones de política internacional. Aceptó finalmente.

Y de la tesina al libro, *La internacionalización de la guerra civil española* , que me publicó en 1971 la editorial Ariel dirigida por un viejo anarquista, Alejandro Argullós. No hubo problemas con la censura, lo que me sorprendió, sobre todo considerando la portada, un acrílico de Joan Miró que representaba un sello de correos con un obrero puño en alto y los colores de la bandera republicana. La leyenda rezaba *Aidez l'Espagne* , y figuraba una recaudación de un franco en pro de los luchadores de la república. Estaba y está colgado en el MOMA de Nueva York. A Miró, que no quería problemas con Franco, le costó trabajo aceptar que fuera portada de un libro sobre la guerra, pero, al fin, convencido por Argullós, cedió. La portada era brutal. Un tipo que sabía convencer, este Argullós. Prueba de ello y de mi primer contacto con el lado crematístico de la creación literaria, diré que con los derechos que me proporcionó la venta del libro, me compré una pequeña alfombra persa de oración.

Quiero detenerme con algún detalle en este tema de *La internacionalización…* En 1970, pretendía ser veraz. Y no estaba dispuesto a ceder a la hipotética necesidad de un compromiso con el poder con tal de publicar mi libro. De modo que, concluido el manuscrito, se lo envié a Ricardo de la Cierva (que se ocupaba de las cosas de la guerra civil como jefe de servicio de estudios de historia contemporánea con Fraga como ministro de información y que luego, muerto Franco, fue él mismo ministro de cultura hasta el famoso «¡no es esto, no es esto!» cuando el Rey hizo presidente del gobierno a Suárez y de la Cierva colgó las botas) para que me dijera si era publicable tal como estaba.

El texto me fue aprobado sin concesiones ni siquiera mínimas a la galería. De la Cierva no estaba de acuerdo con él, pero era un hombre civilizado, el más de los de entonces, y concedió el imprimátur. Las cosas empezaban a cambiar. A cinco años de la muerte del general (que nadie podía predecir, claro, pero que sí se adivinaba en la decrepitud del ambiente provinciano), la visión pueblerina y patriotera de nuestra historia empezaba a ser insostenible, incluso intelectualmente insostenible. Llegaba al franquismo una nueva generación cuyos componentes habían sido educados en modos más amables de los que eran propios de sus antecesores. Su autoritarismo había recibido una mano de barniz pretendidamente europeísta que les permitía polemizar pacíficamente con los teóricos enemigos de allende los Pirineos. Su cinismo era mayor que el de la generación precedente pero más civilizado: estos nuevos miembros de la estructura de poder hacían gala de un despotismo ilustrado (revivir las virtudes del XVIII estaba de moda, era muy afrancesado) que les permitía conocer la verdadera historia, incluso aceptar muchos de sus postulados, para luego ocultársela al pueblo español, que, decían, no estaba preparado para digerirla.

En este ambiente de liberalismo despótico, salió a la luz mi libro. Añadiré que, antes de contratarlo con Ariel editores y antes de sometérselo a Ricardo de la Cierva, a medida que avanzaba en su redacción, me parecía que las conclusiones del texto, puestas negro sobre blanco sin más comentario, se iban haciendo más y más devastadoras para el régimen de los vencedores. De tal modo que me llegó a parecer imposible que nadie quisiera editarlo en España. Decidí proponérselo a los editores de Ruedo Ibérico en París. Me contestaron con gran amabilidad que Ruedo Ibérico no estaba interesado en editar un libro que pudiera ver la luz en España: un texto aprobado por los censores españoles era impublicable de raíz por una casa tan hostil al régimen. Además, añadían, mi vida de funcionario sería en el futuro menos difícil si me abstenía del dudoso privilegio de ver publicado un ensayo por Ruedo Ibérico.

Las críticas, todas inesperadas, colmaron mi vanidad.

En *ABC* , Ruiz Gallardón, padre, decía que mi libro era «serio, profundo, meditado y demostrativo de cómo debe operar, técnicamente hablando, un historiador...». El Informaciones afirmaba que era «un libro imprescindible para comprender la evolución de nuestra historia y la dialéctica de la política internacional de los

últimos años…». Hasta El Alcázar, el diario del ultrafranquismo, recogía las opiniones untuosas, pesadamente irónicas y llenas de retruécano de Juan Aparicio: «Las guerras civiles, o así con el epíteto de fratricidas e intestinamente cainitas… Son guerras donde se infiltran, parachutan y combaten… las tropas forasteras y cuyos hermeneutas, escoliastas e historiadores participan también de esa parcialísima extranjería, pues hasta el autor de La internacionalización… conserva como es natural su apellido tudesco». Que venga Dios y lo vea. También me acusaba «de la bibliografía tan copiosa de onomástica anglosajona… de este libro concienzudo, pero sin llegar al nivel aséptico». Por fin, la revista del exilio, *Ibérica por la Libertad,* aseguraba que en mi estudio «impera una gran objetividad… Los hechos cantan, presentados por autores que no se hallan en el exilio… Tal es el caso del autor de este libro, que permitirá a las jóvenes generaciones españolas conocer la verdad de unos hechos que cambiaron el rumbo de España, trastornaron la vida de sus padres y por ende también la de ellos mismos».

Ya me habría gustado que la crítica me hubiera tratado igual en mis siguientes veinte libros. Porque, para terminar, el profesor Edward Malefakis afirmaba: «merece la pena leer el libro de Fernando Schwartz. Una razón para ello es la calidad de su estilo, en el cual se combinan la sensibilidad del novelista que luego llegó a ser con la capacidad analítica y la cordura del diplomático que entonces era. Con estos elementos, Schwartz nos proporciona un relato nunca superado en claridad y elegancia de expresión… Puede afirmarse que el libro sigue siendo la mejor síntesis disponible del tema».

¿Qué más podía nadie pedir?

Con el siguiente libro, mi primera novela, *La conspiración del Golfo* , quedé finalista del Premio Planeta en 1982, en parte para mi completa sorpresa y en parte gracias a mi grandísima amistad con José María Gironella, el autor de moda en aquel momento. Uno de los comensales de la mesa en la que estaba sentado en la noche del premio, me preguntó con inocencia aparente si la novela era una biografía de Adolfo Suárez. Eran los momentos finales del tremendo torbellino que habían causado la traición a él perpetrada en su partido, la UCD, por sus compañeros (que llevó a su dimisión en octubre de 1981) y la criminal bromita del teniente coronel Tejero unos meses después.

Admiraba a Suárez y lo que había hecho para desmontar el régimen

franquista y me encantaban su simpatía y calidez, a lo mejor pretendida pero siempre atractiva. En un momento de 1978 o 79, hizo un viaje a Jordania, con Marcelino Oreja, su ministro de exteriores, y nos reunió a los embajadores de la zona (yo estaba en Kuwait) para que hiciéramos lo que se llama un *tour d'horizon* sobre la situación en Oriente Medio y las posibilidades de la política exterior de España en la región. Recuerdo aquello con verdadero calor. Suárez estuvo muy cordial con todos, aunque pensé que especialmente conmigo; pero, igual que Isabel Preysler, tenía la capacidad de aparentar que su interlocutor del momento era lo único importante de su vida. Y así seducía. Aquel viaje me dio la primera idea para *La conspiración del Golfo*.

Años después, en 1984, recordé aquella visita en Jordania, cuando Pipo Dicenta y yo acompañamos a Fernando Morán, entonces ministro de exteriores, a Amman y almorzamos los tres a solas con el rey Husein, un tipo inteligente y muy atractivo cuya voz, profunda y sonora, me pareció muy seductora.

Eso sí que fue un *tour d'horizon* sobre la situación en Oriente Medio, la OLP, los intratables israelíes y el futuro previsible. Isaac Rabin, que, durante su segundo mandato como primer ministro israelí, sería asesinado once años más tarde echando por tierra el admirable pacifismo que le llevaría a obtener en 1994 el Premio Nobel de la Paz conjuntamente con Arafat y Shimon Peres, apenas unos meses antes de su muerte. El Rey jordano creía en la posibilidad de la paz con Israel y cifraba su esperanza, me pareció que sobre todo en Shimon Peres. Era evidente que el líder palestino Yaser Arafat, que entonces se había establecido en Túnez después de sus rifirrafes con Jordania, le resultaba francamente incómodo como aparente aliado.

Fernando explicó al Rey Husein que España pensaba retrasar todo lo posible el reconocimiento de Israel para así presionar en la relajación política de la zona. Eso mismo me había costado un buen disgusto con mi propio gobierno: siendo embajador en Kuwait, en 1978 o 79, dije en una entrevista a los periódicos locales que la OLP, la Organización para la Liberación de Palestina, merecía acceder en España al status de entidad diplomática reconocida (cosa que no era, debido a las presiones del gobierno israelí). Salió en toda la prensa de la región. Me hice muy popular con los palestinos; no así con el gobierno de Madrid, que habría deseado ardientemente colgarme del palo de la mesana y no podía hacerlo porque la OLP lo habría

considerado un grave insulto. Probablemente, a Marcelino Oreja le sentó tan mal el asunto que dio marcha atrás en una propuesta que me había hecho pocas semanas antes: ser director general de la OID, la oficina de información diplomática. Nombró a Antonio Oyarzábal, que sustituía a Máximo Cajal, amigo del alma, padrino de mi hijo Sebastián, y que fue quien me advirtió del lío en el que me había metido con la broma de la OLP. Poco después, Máximo fue como embajador a Guatemala y allí lo metieron en un problema bastante más grave que el mío con los palestinos.

Y, amigo, Arafat fue recibido por Suárez en Madrid en 1981 con honores de jefe de estado. Para entonces, Marcelino Oreja había dejado de ser ministro de exteriores.

Y yo ya tenía dos hijos con mi primera mujer, Cristina: Fernando (apodado Fernandito pese a que mide dos metros), nacido en Madrid en 1965, y Mónica, nacida en San José de Costa Rica en 1967. Cuando la subieron del paritorio, la habían peinado con un rulo de pelo muy negro sujeto con un lacito rosa, una cursilada horrible. Era muy renegrida, feota y escuchimizada, ni la sombra del maravilloso bellezón en que luego se convirtió.

Los dos fueron siempre una pareja de hermanos bien avenidos.

Eran nuestros hijos, estaban integrados en una familia con la que vivían y viajaban, no planteaban más problemas que los de los niños: berrinches, sarampión, aprendizaje y algunas peculiaridades como que Fernandito, en Costa Rica, con dos años, intentó comerse una cucaracha voladora que apareció por ahí. Nada especial. Yo era papá: estaba cerca, los llevaba al colegio, les enseñaba a esquiar. Pero en aquellos primeros años nunca me involucré con profundidad en su desarrollo moral, en la imperativa atención que debía prestar a su educación, a su estructura sentimental, a su intelecto. Era yo demasiado joven, estaba seriamente comprometido con el trabajo, los viajes, los amigos. No fui un buen padre, aunque casi siempre estaba presente en su vida diaria.

Pero hubo un momento, cuando ambos eran ya un poco más que adolescentes, en que acudieron a mí buscando un consejo de vida, aunque no supieran que lo buscaban porque no habían madurado todavía lo suficiente. Un día, cuando tenían más o menos 19 y 17 años, uno de los dos llegó angustiado por cualquier cosa que le hubiera pasado, seguramente, ¡a esa edad!, por una traición o un

engaño amoroso del que fuera culpable. Reunidos los tres en el salón de casa, les di la sola lección que era capaz de impartir: «vuestra libertad se acaba donde empieza la de los demás. No hay más. Es lo único que debéis meteros en la mollera. Es una regla moral que debéis cumplir a rajatabla, por mucho que os tiente violar el espacio del otro. Ojo: Ni un paso por encima del pie del vecino. Pero, claro, ni un paso del prójimo sobre el vuestro. Ese espacio debe ser inviolable… Lo que hagáis después con vuestra vida, es cosa vuestra. Y cuando os sintáis débiles o heridos, no olvidéis que estoy aquí». Si no lo recuerdo mal, no me hicieron ni caso. Al contrario, fueron encontrando su propio camino, haciéndose daño y volviendo a empezar. Una y otra vez. Se diría que, al final, este es el único modo que tienen los hijos de hacerse con la propia vida. En alguna ocasión los pude ayudar, pero era en momentos que no modificaban nada; solo los mantenían en pie.

Sebastián, en cambio, ha permanecido junto a nosotros desde que llegó en 1989 (tras una difícil batalla legal con su madre), protegido por la generosidad y el cariño firme de A. Sandra. Las hijas de esta, Astrid y Yara, iban por otros derroteros, condicionados por su padre y por una adolescencia rebelde que, me parece, llegó antes de lo oportuno para complicarles la vida.

Cuando Sandra y yo nos encontramos en 1982, empezamos la construcción de una verdadera familia. No fue sencillo puesto que Fernandito y Mónica tenían a su madre muy presente y lo mismo ocurría, como he dicho, con Astrid y Yara respecto de su padre. Pero había que aglutinarlos, con todas las dificultades que ello comportaba y sin pretender que unos y otros deshicieran los lazos que mantenían por fuera de nuestro núcleo. Eso no me hace angelical y paciente porque lo intentara. Estuve muy cerca de Astrid, con la que conversé y a la que amparé durante años hasta que una adolescencia tardía la apartó de mí con dureza. Y Yara, poseedora de un carácter explosivo (lo que en Italia llaman *caratteraccio*) y muy posesivo respecto de su madre, siempre fue una niña difícil para mí. Afortunadamente, hemos reconducido la relación ya en la edad adulta de ambas.

---

4 : *Vichy 1940* (2006) y su continuación *Héroes de días atrás* (2016), relatan la historia del nacimiento de la resistencia frente al nazismo y el gobierno colaboracionista del mariscal Pétain en Vichy y la involucración de los republicanos españoles; la segunda novela además la epopeya de La Nueve, la unidad de 150 combatientes republicanos españoles que en agosto de 1944 fueron los primeros en entrar en París y empezar su liberación.

7.
DOS DESTINOS

En 1965, José Manuel de Abaroa fue nombrado embajador en Costa Rica. Yo acababa de terminar la escuela diplomática y languidecía en el despacho del *pool* de las secretarias de la dirección general para Iberoamérica. Abaroa entró una mañana y preguntó con voz estentórea «¿quién se viene a Costa Rica conmigo?». No me faltó más que saltar por encima de la mesa para manifestar mi entusiasmo. Un par de meses después embarcaba rumbo a San José.

Una de las bromas más pesadas que padecían los jóvenes secretarios de embajada era que, en cuanto llegaban a su nuevo puesto, a su primer destino al salir de la escuela diplomática, el embajador, que llevaba meses esperando a tomarse unas vacaciones, se marchaba y los dejaba, inexpertos y dispuestos a cualquier disparate, de encargado de negocios al frente de todo el tinglado; José Manuel de Abaroa, mi primer jefe, no fue excepción.

Siendo así, me hallaba una tarde solo en la cancillería de la embajada de España en el paseo Colón de San José de Costa Rica descifrando un telegrama interminable e inútil de los que mandaba el ministro español de turno, que en este caso seguía siendo Fernando María Castiella, sobre la cuestión de Gibraltar, obsesión de nuestra escasa política exterior. «Por Dios, señor encargado de negocios, lo creo pero no me cuente más lo de Gibraltar», me acababa diciendo en cualquier recepción el ministro de exteriores costarricense. En fin, allí estaba yo maldiciendo mi suerte porque el descifrado era una idiotez de interminables sumas y restas que siempre salían mal. Así era nuestro infalible método para combatir a los espías del mundo entero, siempre ávidos de descubrirnos los secretos diplomáticos a los españoles.

Oí cómo alguien deslizaba un sobre por debajo de la puerta. Sin demasiada curiosidad, me levanté para ver de qué se trataba: era un envoltorio con el membrete de la embajada británica. Como de costumbre, su chófer se encargaba de su reparto rutinario a todas las embajadas. Solo que en esta ocasión se había equivocado porque a mí no debería habérmelo entregado debido al contenido altamente secreto de los documentos incluidos en él. Tampoco eran mancos los

ingleses a la hora de hacer el idiota.

Abrí el sobre. Dentro venía un folleto primorosamente impreso que daba *Las razones sobre Gibraltar* vistas desde la óptica británica. Una tontería parecida a la que le iba a suceder por parte española: un folleto primorosamente impreso pocas fechas después conteniendo *Las verdaderas razones sobre Gibraltar* enunciadas gracias a mi diligencia en la obtención del documento inglés. Dios mío.

No sin irritación y, desde luego, sin leerlo, envié el folleto por valija diplomática a Madrid. Cuatro días más tarde recibí un telegrama que aún conservo y que rezaba así:

Felicítole su importante y delicada gestión que ha permitido averiguar procedimientos propaganda utilizados por gobierno Londres y comunícole concesión Cruz de Caballero de Orden Isabel la Católica. CASTIELLA.

Naturalmente, el telegrama venía cifrado.

Nunca me tomé el asunto Gibraltar demasiado en serio, pero después de este incidente, aún menos. De hecho, he escrito algunos artículos deseando con fervor que una excavadora gigante separara Gibraltar del continente y lo mandara flotando alegremente hacia el otro extremo del mar Mediterráneo. Resulta curioso que ahora, con el Brexit, el problema de la Roca entre España y el Reino Unido esté más cerca de una solución que nunca. Ambos gobiernos y los llanitos están condenados a entenderse sin patrioterismo y con la vista puesta en lo que conviene a todos. ¿No somos Europa? ¿Todos? Pues venga. Menos los ingleses, que, por pura idiotez («recuperemos nuestra soberanía frente a los continentales del otro lado del canal de la Mancha»), se han autoexcluido. Más adelante contaré la disparatada reunión de Margaret Thatcher con Fernando Morán sobre Gibraltar.

El asunto de las condecoraciones tiene su gracia y ha perdido, además, su significado. Empezando porque a mi padre le concedieron la gran cruz del Mérito Agrícola, a él que no distinguía una patata de un nardo, todo se explica. Yo he sido, a lo largo de mi dilatada carrera, agraciado con muchas de las de menor importancia. Además de la cruz de Isabel la Católica que me gané por mi acción de espionaje referida, tengo un par de docenas más. Destacan entre ellas el Águila Azteca (una hermosa gran cruz con banda en cuyo escrito de concesión se especifica que me es atribuida en mi condición de director general de Relaciones Económicas Internacionales, cargo que

nunca ocupé), la Orden del Libertador de Argentina, un par de cruces de Kuwait, el Leopardo del Zaire, el Fénix de Grecia, la Estrella Polar de Suecia, la Gran Cruz de la Orden de Oranje holandesa y, naturalmente, el Trishakti-Patta, segunda clase, de Nepal, por mis denodados esfuerzos en pro del desarrollo de la amistad hispano-nepalí. Supongo que el Trishatki era recompensa por nuestros *trekkings* en aquella parte del mundo y por la heroicidad de Sandra, que estuvo en el campamento base del Everest, a 5300 metros de altura y allí se topó con Carlos Soria, el brutal montañero que ascendió a los catorce 8000s. Yo no fui; por eso supongo que me dieron solo la de segunda clase.

En los viajes de Estado se desplaza un número grande de ministros, directores generales, confidentes, ayudantes de campo y asesores de todas clases. Todos ellos se sienten acreedores por una u otra razón a una condecoración que premie sus esfuerzos por mejorar las relaciones entre Nepal y España, pongamos por caso. Un esnobismo algo patético puesto que las condecoraciones no sirven de nada. Como los aspirantes cualificados son muchos y las medallas, pocas, la práctica ha consagrado un método para dar satisfacción a todos (menos a mí que no me dieron la Legión de Honor porque en el protocolo iba el primero de los que no la recibirían; me impusieron una de segunda categoría, el Ordre National du Mérite). Se trata del *dos por una.* El jefe de Estado visitante trae dos condecoraciones (tres, si proviene de un país de poco tamaño y menor peso) por cada una de las que le va a entregar el visitado. Y en los séquitos hay verdaderas cuchilladas por colocarse más arriba en el escalafón y conseguir la condecoración de mayor importancia. Julio Feo, que fue el todopoderoso secretario general de la presidencia de Felipe González, manejaba el escalafón como ropa de casa: nos despreciaba a todos y jugaba a castigarnos por considerar a los funcionarios una colección de chupatintas sin mérito ni utilidad. Quitaba y ponía medallas a su antojo, riéndose de todos nosotros, aprovechados de la sopa boba, y disfrutaba enfrentándonos a unos con otros. Mi relación con él fue mala: se le notaba mucho que me consideraba un imbécil. A mí se me notaba menos. Nos habíamos conocido treinta años antes jugando al baloncesto en el colegio, él en el Estudio y yo en el Pilar.

Al inicio de la presidencia de Felipe González, Julio Feo y sus adláteres decidieron que era necesario mejorar la imagen de España en Estados Unidos, probablemente para colocarnos a la altura de las

grandes potencias. Veníamos de años de dictadura franquista y eso, del otro lado del charco, era muy mal visto: era preciso cambiar la óptica americana. Hubo una reunión en Moncloa dirigida por Roberto Dorado, entonces director general del gabinete del presidente del gobierno. Yo estaba presente como director general de la oficina de información diplomática. La Moncloa pensaba gastar unos dos millones de dólares para hacer *lobby* en Washington. Entonces pregunté cuál era el objeto de un gasto así. Y no pude decir más: me miraron como si fuera un subnormal profundo y no me dejaron tiempo para decirles, yo que había vivido en Estados Unidos, que con dos millones no tenían ni para comprar cacahuetes. Fue la última vez que asistí a una reunión en aquel sacrosanto lugar. Durante mis tres años en el ministerio de exteriores, Julio Feo me lo hizo pagar. Luego me vengué un poquito: estando ambos fuera de la vida política, Julio me pidió que lo invitara al programa televisivo que yo hacía (Lo +Plus) para hablar de un librito de navegación y puertos que él había escrito. Le dije que sí, por supuesto, y nunca lo llamé.

En fin.

Muchos años de vida dan para muchas amistades, unas enternecedoras, otras caóticas, otras llenas de intimidad y otras superficiales siempre dispuestas a la traición. Nuevas investigaciones neurológicas aseguran que no nos da para más de cinco amigos íntimos: la energía que debe gastarse, la atención que debe prestarse, el cariño que debe entregarse y la tolerancia que debe observarse, permiten lo justo y nada más. Vaya, a lo mejor, en mi caso, tras alcanzar la gran edad que tengo, es razonable compartimentar e ir adquiriendo nuevos amigos al tiempo que otros van desapareciendo.

Antonio Nieto era un tipo extraordinario. Se había criado en la casa Carranza en Sevilla, el palacio del que era dueño Ramón de Carranza, marqués de Soto Hermoso y alcalde de la ciudad durante la guerra civil, además de jefe de algunas fuerzas expedicionarias que campaban a sus anchas por Andalucía haciendo trapacerías en nombre de los Nacionales sublevados. Nunca conocí al buen marqués, casado con una noble catalana, María Antonia, apodada Bijou (que quiere decir joya en francés), marquesa de esto y de aquello y baronesa de Maldá. Las malas lenguas, que en Sevilla son muchas, la llamaban Bijou Maldad.

Pues Antonio Nieto nació y se crio en aquella casa preparándose para ser, nunca mejor dicho, un criado en la familia. Una hija Carranza, María Antonia, casó con José Manuel de Abaroa, mi jefe en Costa Rica. Antonio Nieto se fue con ellos a hacer de mayordomo en la embajada de España en San José.

Nos hicimos amigos inmediatamente. Fue una amistad perdurable porque doce años más tarde, en 1977, fui nombrado embajador en Kuwait y, nada más salir la noticia de mi nombramiento en el ABC, me llamó desde Sevilla para decirme «*¿cuándo nos vamo', don Fen'nando?*». Le agradecí el telefonazo y le dije que tenía que comprobar primero cómo estaban las cosas en el desierto.

Cuando llegué a Kuwait el 30 de mayo de 1977, hacía un calor del diablo. Era muy joven, 39 años, para ocupar una embajada, pero así habían venido dadas. El periplo diplomático me había llevado de Costa Rica (1965-1968) a Londres (1968-1973), a Nueva York (1973-1976), a Madrid (1976-77) y a Kuwait (1977-1981), con algunas excursiones entre medias: un verano en Ginebra como delegado español ante el ECOSOC, un mes a Kenia para la conferencia de UNCTAD de 1976 y un verano nada divertido como encargado del consulado en Stuttgart. Dicho así en un par de frases, todo esto no resulta muy excitante como explicación de una vida profesional: 15 años de actividad a veces muy árida, enmarcaban en realidad toda una vida de amores, penas, escritura, esquí y apasionamiento político, supongo que de no gran impacto en el mundo que me rodeaba y en el que me movía.

Me parece que el motto que me define, ahora que le busco un sentido a todo esto, es que siempre me tomé en serio mi trabajo y nunca me tomé en serio a mí mismo.

Y, sí, al llegar, comprobé dos cosas: que aquella noche de 30 de mayo hacía 44 grados y nadie se había preocupado de informarme que esa temperatura no bajaría durante los seis meses siguientes, y que la intendencia casera en la residencia de la embajada dejaba mucho que desear. En vista de lo cual, un par de meses después llamé a mi madre a Madrid y le pedí que contactara con Antonio en Sevilla y le dijera que lo necesitaba con urgencia. (Estas cosas hay que hacerlas con intervención de las madres, que para eso están).

Mi madre llamó a Sevilla y dio con la madre de Antonio. Le pasó el recado, pero esta le dijo que Antonio acababa de marchar a Costa Rica para casarse y que, por consiguiente, no parecía probable que pudiera

cumplir el encargo.

Antes de embarcar al día siguiente, Antonio llamó a su madre desde el aeropuerto de Barajas para despedirse y ella, con lágrimas en los ojos, le dio el recado, *«¡que don Fen'nando te nesesita!»*.

Allí mismo, Antonio cambió el billete y se vino a Kuwait. Eso es un amigo, ¿no?, aunque es probable que también influyera en su decisión el hecho de que no parecía entusiasmarle la idea de un matrimonio allende los mares, siempre de futuro incierto.

Durante cuatro años fue el *homme à tout faire* en la embajada. Siempre he sostenido que él fue más embajador que yo en el emirato. Un ejemplo: cuando había invitados, cosa que ocurría con frecuencia, preparaba gazpacho, paella y de postre, una *bavaroise* . Mientras reposaba la paella, se duchaba y se vestía de camisa blanca, corbata negra, chaqueta también negra y pantalón a rayas. En la solapa, claro está, lucía mi pequeña cruz de caballero de Isabel la Católica. Terminados los postres y servido el café, se cambiaba de nuevo y se vestía de corto. Volvía al salón con un casete, ponía unas sevillanas a todo volumen y sacaba a bailar a las señoras. Absolutamente impagable.

Lo pasé muy bien de 1965 a 1968, en Costa Rica, un país que al principio me recordaba a un pequeño ducado de los de Europa central, por las menudencias a las que se daba importancia socialmente. Solo así se entiende que mi llegada a San José mereciera honores de portada en la prensa local, con foto incluida de un jovencísimo pingüino puesto de pie en la pista de aterrizaje. No me costaba trabajo alguno visitar y conversar con el presidente de la república o con cualquiera de sus ministros, yo, un joven recién desempollado.

Un país tropical es un país tropical. Tiene selva y sabana, pequeños poblados con, aquí y allá, restos de alguna construcción colonial española, un par de volcanes activos, el Poás y el Irazú, que me encantaba visitar, mar océana a ambos lados y una capital algo destartalada, reflejo típico del calor, las bananeras y los espléndidos macizos de flores, junto a un par de estupendos barrios residenciales y un *Country Club* en el que intenté mejorar mi tenis sin logarlo. Costa Rica, un país libre y democrático (vaya, bajo la sólida vigilancia de Estados Unidos).

Cuando llegué, me pasaron dos cosas. Por una parte, la Ford lanzó un nuevo modelo deportivo, el Mustang, que me ha seducido durante

los pasados 55 años y que nunca he podido tener por una u otra razón. Nada más llegar lo encargué y cuando lo iban a fabricar para mandármelo a Panamá, la Ford fue a la huelga y retrasaron las entregas durante seis meses. Me compré un Volkswagen.

Por otra parte, en San José funcionaba con gran dinamismo un Instituto Hispano-Costarricense de Cultura Hispánica. Mi llegada al país coincidía con el cincuentenario de la muerte del poeta Rubén Darío. El Instituto organizaba un ciclo de veinte o treinta conferencias en honor del poeta y ni qué decir tiene que me encargaron una. Nada menos que «Cantos de Vida y Esperanza y segundo viaje a España». Nunca me había interesado el Modernismo y no digamos Rubén Darío, de quien solo recordaba un poema que me leía mi madre y que empezaba con *Margarita, está linda la mar y el viento lleva esencia sutil de azahar*… Tampoco era muy consciente de que Rubén hubiera viajado dos veces a España. Pues di mi conferencia ante numerosa asistencia y una vez más salí en la primera página de *La Nación.*

Desde entonces nunca me he arredrado ante lo inevitable de hablar en público, como lo demuestran dos de mis momentos de elevada oratoria: siendo cónsul en Londres, acudí invitado por un círculo de damas del condado de Sussex a hablarles de la cocina tradicional de mi país y a cocinarles la primera y casi última de las paellas que he guisado (solo las puedo preparar muy lejos de la patria). Las señoras me obsequiaron con una botella de vino local hecho con pétalos de rosa. La segunda ocasión fue un embolado del que fue autor Juan Luis Cebrián: me mandó a hablar de prensa, democracia y verdad a un grupo de estudiantes de la Facultad de Periodismo de la Complutense. Eran muchos, eran las 9:30 de la mañana de un lunes y Juan Luis me había hecho el encargo la noche antes. Salí del trance como pude y, a partir de entonces, nunca me quedé mudo ante un auditorio.

Hasta en una ocasión en la primavera de 1991, Juan Luis tenía que volar a Buenos Aires a pronunciar una conferencia sobre el futuro del periodismo en Latino América. Le daba, al igual que otras muchas obligaciones protocolarias, mucha pereza el viaje. Tres días antes de marchar, me llamó y me dijo que yo debía ir en su lugar. Le sugerí que mi personalidad no era igual a la suya y que, con toda seguridad nuestros anfitriones lo consideraban insustituible: Cebrián era Cebrián en el mundo entero y no digamos en Argentina. Hizo un gesto displicente con la mano, «bah, bah, bah, vete tú. Llévate a Sandra, viajáis en primera; tomaos una semana». Lo hicimos, ya lo creo que lo

hicimos, con tango incluido, ¡qué ciudad Buenos Aires!, y un viaje a las misiones jesuitas del norte y una espléndida escala en Rio de Janeiro. En ese viaje, Sandra descubrió la caipirinha. Y yo hablé del futuro del periodismo latinoamericano. No quedé mal pero no resultó lo mismo que Juan Luis impartiendo el evangelio según *El País* .

8.
LONDRES

Cuando llegué allá en el verano de 1968, Londres era en verdad la capital del mundo, o del mundo mundial, como se dice ahora. Empezaban para mí cinco años de trabajo, diversión y ensueño, a los que seguirían dos más de miseria e infortunio. Llegar allá en los años 60 fue para mí el descubrimiento del sentido de la libertad, el verdadero contraste con la grisalla del régimen franquista, tan encerrado sobre sus procesiones de semana santa, sobre la moralidad de naftalina y el castigo de una Inquisición rediviva, tan rígido con cualquier disentimiento, tan corrompido. El símbolo de aquella España era el Tribunal de Orden Público un juzgado represor encargado de perseguir cualquier cosa que oliera a desafío al poder establecido. ¿No tenía La Faraona, la Lola Flores, que llevar un chal cada vez que salía en la televisión para que los españoles rijosos no pudieran contemplar su escote?

En Londres, por el contrario, de pronto olía a nardos y las chicas llevaban minifalda. Una explosión de vida que me tomó por asalto y me rindió. Si algo me trae el recuerdo y las sensaciones del Londres lleno de luz es la película *Blow-up* de Antonioni, aquella maravilla sensual y colorida.

John Greene, que luego fue amigo, decía que yo estaba en Londres como sentado en el borde de la silla, siempre dispuesto. Entre él y los McLeod, Iain y Joanna (Joey para quienes la queríamos) nos llevaron de la mano a lo más lúdico de la sociedad inglesa. Nos hicieron miembros del Annabel's, el club más exclusivo de Londres y en él pasamos muchas noches de francachela. Más de un día volví a casa para ducharme, cambiarme de ropa y acudir al trabajo sin haber pegado ojo. Éramos jóvenes. Tomaban el pelo a mi mujer de entonces, Cristina, porque hablaba inglés con acento completamente castizo, y cuando se trataba de volver a casa de madrugada, recalábamos en el bar de un hotel cualquiera a comer unos *ovos revoltos,* que era como los tenía bautizados ella.

Íbamos a las carreras de Ascot, a las regatas en el Támesis en Henley (para lo que alquilábamos una barcaza y fondeábamos en donde se nos antojara; en una ocasión, en pleno campo de la regata de

la mañana siguiente, de donde nos echaron los jueces con cajas destempladas). Fines de semana de los de cenar con esmoquin, teatros, los mejores del mundo con los mejores actores, estrellas que admirábamos en el cine de Hollywood, conciertos y ópera en Glyndebourne (donde se cena sentado en la hierba, eso sí, de esmoquin y vestido de noche)…

Fue muy divertido pero agotador porque, mientras tanto, trabajaba horas interminables en el consulado y las simultaneaba con la redacción de mi primer libro, del que ya he hablado. Me sentía vivo.

Ya he explicado en los primeros compases de estas memorias cuál era la naturaleza de mis actividades en el consulado, unas divertidas y otras algo más angustiosas, todas interminables.

Cuando llegué a Londres, Manolo García, el segundo de a bordo (siendo yo el tercero) me miró fijo, consideró que yo era un señoritingo y me encomendó el manejo de los considerables locos que nos caían a diario, todos repatriables una vez que les habían afectado las vibraciones negativas de la reclamación de Gibraltar. Muchos habían descubierto las drogas y eso multiplicaba las tragedias, aunque algunas de ellas acabaran resultando francamente bufas.

La más notable fue una en la que estuvo involucrado George Sanders, el célebre actor inglés que se había comprado una casa a 50 metros de donde vivimos ahora en Mallorca. Una belleza pequeña y delicada en una calle diminuta y estrecha, bordeada de jacarandas y matas de jazmín, que responde al rimbombante nombre de *Carrer de la Mare de Deu de la Bonanova* y que se encuentra en el barrio de Génova en Palma de Mallorca (siempre he dicho que la Génova en la que había nacido Cristóbal Colón era precisamente esta; hay quienes se ofenden con la broma). En la esquina de la calle con el carrer Fuster campa a sus anchas La Ximbomba, un establecimiento de pizza gestionado por una familia de napolitanos, desde el abuelo, que es el que se ocupa del aparcamiento, hasta los nietos y sus novias. George Sanders vivía en el número 28, un poco más arriba de la pizzería. Un par de años después de lo que cuento, se suicidó tomándose dos o tres tubos de nembutal en Casteldefells, que no es un sitio para quitarse la vida. Unas casas más allá tenía la suya Natasha Rambova, bailarina y actriz (nacida O'Shaughnessy en Salt Lake City), que estuvo casada con Rodolfo Valentino, el principal seductor del siglo XX; una mujer bien guapa que acabó siendo una egiptóloga de renombre. Le pusieron su nombre a una calle de 60 o 70 metros, una menudencia que corre

paralela al carrer de la Mare de Deu de la Bonanova.

Entre las múltiples visitas disparatadas que teníamos a diario en el consulado figuraba Carmen la del Salus, una española algo mayor a la que repatriábamos a La Coruña con cierta frecuencia porque siempre volvía a Londres. No se le conocían medios de sustento. Vestía impecablemente uniforme de enfermera de Salus Infirmórum (una bata a rayas azules, delantal blanco, medias blancas hasta la voluminosa rodilla, cofia e imperdible con una cruz roja prendida de la bata), llevaba gafas de muy miope y se maquillaba mucho más de lo necesario. Se pintaba los labios con una espesa capa de carmín grasiento color naranja.

También acudía al consulado Edgar el del Parque, que siempre se paseaba en un estado de indescriptible suciedad y despidiendo un olor francamente asilvestrado. Edgar, producto de la generación de las flores que había hecho de Woodstock su meta, consumía LSD con frecuencia. En tales ocasiones realizaba sus viajes multicolores tendido detrás de una mata de hortensias en Hyde Park. Terminado su periplo sideral pero aún sin aterrizar, acudía al consulado a visitarme y se ponía muy pesado hasta que llegaban los camilleros de la ambulancia del NHS del distrito de Chelsea y se lo llevaban al secadero.

Una mañana cualquiera de un mes de mayo, Edgar el del Parque irrumpió en mi despacho.

—Edgar, déjame en paz —dije secamente, habiendo notado su presencia por el intenso olor que despedía.

Silencio. Me encaré con Edgar que, desde el otro lado del escritorio, me miraba impasible.

—Dime algo, anda.

—Mi yo es mi yo y quien te contempla es el otro.

—Vaya. Pues dile a tu yo que se dé la vuelta y regrese al vestíbulo a esperar a que llegue la ambulancia. Dile también que mi yo tiene mucho trabajo.

—Estás leyendo el periódico.

—Es mi yo. El otro está trabajando.

Aquello pareció convencerlo. Dio media vuelta y salió de mi despacho. Una vez en el vestíbulo, se puso a imitar a la mucha gente que hacía cola para un visado, una renovación, un pasaporte. Los iba acompañando pasito a pasito hasta los mostradores; después regresaba hasta el principio de la cola y empezaba con otro. Pronto se cansó y entonces se dedicó a acercarse a los que fumaban y, tras quitarles los

cigarrillos, los apagaba en un pequeño cenicero que había sobre el mostrador. Más adelante, en un arranque de eficacia administrativa, Edgar decidió arrebatar las fotos de carné que cada cual traía para llevárselas al funcionario correspondiente. Aunque la gente seguía sus evoluciones con cautelosa aprensión, todo trascurría con relativa calma. Eso al menos me contaba paso a paso mi secretaria, Pilar Santamaría, que tenía un sentido del humor desgarrado e iconoclasta (cuando no le gustaban mis zapatos de hebilla me llamaba señor obispo). Nos hicimos muy amigos. Me parece que me consideraba de buen corazón, aunque también pensara que era un señoritingo. Fue testigo de mi boda con Sandra en el registro civil de Hammersmith. También lo fue Carmen García, creo recordar, Urriolabeitia, funcionaria del registro civil del consulado, también lista y también amiga. Después de la ceremonia, nos fuimos los cuatro a desayunar al Carlton Towers, y Sandra y yo al ferry y a París.

Pero a lo que vamos: aquel día de mayo, Edgar evolucionaba con relativa tranquilidad por el vestíbulo del consulado.

Hasta que llegó George Sanders, que, para la ocasión, se había puesto una corbata que no podía sino ser descrita como sicodélica y que fue el detonante de la reacción de Edgar, producto sin duda de un resto de LSD sin metabolizar. George Sanders venía al consulado a obtener visado de residencia y a formalizar la documentación de viaje de un gato de angora o de un perro, no lo recuerdo bien.

Nada más verle entrar, Edgar fue hacia él con celeridad. Algo lo había irritado, la corbata tal vez, y, al verlo amenazante, el actor esbozó una rápida retirada, pero no fue suficientemente veloz. Edgar le arrebató los papeles y, mirándole con ferocidad, los rompió sin contemplaciones, los colocó en el cenicero y les prendió fuego. En ese mismo instante aparecieron los enfermeros del centro de salud de Chelsea y, sin mediar palabra, agarraron a Edgar por los codos y se lo llevaron.

Pilar ya me había advertido del alboroto. Salí corriendo de mi despacho, me acerqué a George Sanders, le pedí mil perdones y le rogué que fuera comprensivo con tanto disparate. Para resarcirle, le ofrecí gestionarle todo el papeleo gratuitamente y sin hacer cola, si me traía los documentos al día siguiente. Yo le haría las gestiones en persona (como si eso fuera importante y se revistiera así de *gravitas*).

Quiso la mala suerte que la mañana siguiente fuera la del día escogido por Carmen la del Salus para girar su visita regular. Iba

vestida del modo usual y llevaba en la mano un ramillete de claveles con el que se disponía a homenajearme. Cuando llegué al consulado, Carmen, que llevaba allí un rato, se postró en pleno vestíbulo, me agarró por las rodillas con un brazo mientras que, con el otro, me ofrecía el ramillete. Momento que aprovechó George Sanders para hacer su entrada, contemplar la escena y darse la vuelta para escapar como alma que lleva el diablo. Menos mal que Pilar estaba al quite y pudo retener al buen inglés antes de que iniciara una huida definitiva.

Hubo momentos así, aunque muchos resultaran luego dramáticos.

Y es que una colonia emigrante como la española (mucha gente, unos 200.000 cuando yo andaba por allí) no podía sino sufrir sin remedio de las condiciones sociales, económicas y culturales a las que se enfrentaban en un país que desconocían, que los confundía y que les hacía sentir gravemente su estatus de *lumpen.* Llegaban a Inglaterra sin hablar apenas el idioma, cuando lo chapurreaban, sin conocer las costumbres, sin entender las reglas del juego. Obtenían un trabajo de ínfima categoría, mal pagado por añadidura, y tardaban muchos meses en llegar a pronunciar las cuatro palabras indispensables para mal vivir. Provenían en general de la España rural y paupérrima y la redención social les era imposible. Una verdadera esquizofrenia. Peor aún: en cuanto conseguían algo de estabilidad financiera, se traían a toda la familia desde el pueblo a la mega civilización británica y eso creaba tensiones imposibles de superar. Gran parte de mi trabajo en el consulado consistía en tratar de armonizar la mentalidad de los padres emigrados con la de sus hijos, llegados al Reino Unidos muy niños y educados después en la escuela pública inglesa. Aquellos pequeños aprendían inglés, establecían relaciones de contacto y amistad con sus pares ingleses y asumían necesariamente los modos de su nueva sociedad, los hábitos de quienes los rodeaban, topando desde luego con la incomprensión y hostilidad inmediatas de sus padres, que no comprendían aquel asalto a los valores considerados tradicionales e inmutables. A diario aterrizaban en mi mesa duros enfrentamientos de padres e hijos, exacerbados siempre por el desprecio de estos últimos hacia una forma de vida que se les antojaba medieval.

Otros no resistían la vida de pareja que iba desgarrándose día a día. Ya entonces, los peor adaptados eran los hombres. Un pastelero vino a verme para quejarse de lo que entendía que era la infidelidad de su mujer, que, al parecer, iba al *pub* en cuanto lo abrían por la tarde, «a pendonear», dijo. Sacó del bolsillo de la gabardina en enorme cuchillo

de carnicero y juró que la iba a matar. Me precipité hacia él para intentar arrebatárselo, pero me dijo que no podía hacer nada y salió de mi despacho antes de que pudiera detenerlo. La mató de cinco cuchilladas aquella misma tarde. Durante los tres años de puesto que me quedaban, fui a visitarlo a la prisión de Wormwood Scrubs un par de veces al año para que me explicara qué diablos había sentido cometiendo esa locura. Nunca supo hacerlo: la justicia, su justicia primaba sobre todos sus sentimientos, aunque no entendiera por qué. Intenté que acabara cumpliendo su condena en una cárcel gallega, pero nadie estaba por la labor.

La estructura social del franquismo tenía estas cosas demenciales y retorcidas. La espantosa situación económica española, nunca confesada, se resolvía a base de mandar a las pobres gentes a ganarse el salario en los países ricos del entorno, luego denostados y despreciados por judeo-masónicos en los que se practicaba el libertinaje. La administración ponía en pie un sistema de «protección» de los emigrantes, con pocos medios y amparado en la demagogia más rastrera. Lo que es más, intentaba mantener sobre los españolitos un control sucio y beato: ojo con los matrimonios, cuidado con los hijos ilegítimos, atentos al servicio militar. É ramos los cónsules quienes nos poníamos de parte de aquellos pobres diablos para hacerles la vida un poco más llevadera. Dios sabe la de trampas que hice, junto con mi secretaria Pilar (que era de las que entendía de qué iban las cosas), con el servicio militar y con el registro civil para arreglar problemas insolubles. Otros cónsules, como uno que también era adjunto (llegó después de Manolo García) pero superior mío, solo se dedicaba n a las labores de notaría y a la expedición de pasaportes, el mejor sistema de control personal y fiscal. Les parecía que lo mejor era mantener a los nacionales a raya, no mancharse las manos con ellos, vaya; era conde y llevaba bigotito. España no se lo premió: el conde de Campo Rey nunca llegó a ser embajador, que era para lo que estaba en la vida. Y yo que no lo merecía, sí.

En una ocasión, en 1971, me embarqué en una acción consular poco ortodoxa y fui castigado durante tres meses a cubrir la vacante del consulado en Stuttgart. La experiencia fue desagradable y no salió bien. Hasta tuve que demandar a un banco alemán para que devolviera el dinero del consulado, que tenía retenido a causa de una barrabasada cometida por los empleados antes de llegar yo. Lo devolvieron, ni qué decir tiene, pero no me hice nada popular entre

mis funcionarios.

En aquellos años londinenses, Máximo Cajal andaba obsesionado con Bea de Laiglesia, a la que había visto en un tren y que le parecía inalcanzable. Estaba casada y esperaba un hijo, ¡cómo iba a ser alcanzable! Pues la alcanzó, seco y triste como era, maravilloso individuo. Un día le dije «tienes pinta de estar feliz» y él, muy solemne, me contestó «yo nunca soy feliz». Era una *boutade,* pero así era el papel que se tenía asignado en la vida.

Una de las características de Max era que nunca agotaba los plazos que se suponía tenía que respetar en sus diferentes destinos. A veces no era culpa suya, como aquella ocasión en que Aznar lo destituyó brutalmente de su puesto como embajador de España en París a los pocos meses de estar allí. Lo sustituyó un conocido idiota. Me hubiera gustado preguntarle al presidente del gobierno qué clase de venganza era esa y a qué respondía, en vista de que Max era nuestro más brillante diplomático y que había reconducido las relaciones de España con Estados Unidos. No me habría contestado.

La otra vez que Max abandonó su puesto fue cuando los guatemaltecos intentaron acabar con su vida quemándole la embajada y él se libró saltando por la escalera para que acabaran protegiéndolo la presidenta de la Cruz Roja y el embajador de Estados Unidos. Fue terrible y encima, unos cuantos mal nacidos, compañeros suyos de carrera (incluido Carlos Manzanares, su predecesor en el puesto), y algunos periodistas de extrema derecha osaron acusarlo de haber provocado el incendio y habérselo buscado porque era comunista. Al menos, el gobierno español rompió relaciones con Guatemala. Fue un consuelo, aunque el ministro de exteriores, Marcelino Oreja, no fue a recibirlo al aeropuerto cuando Bea y un malherido Max llegaron a Barajas.

Bueno. Pues cuando yo estaba en el Reino Unido, Max, desgarrado por el amor insoportable que sentía por Bea, dio la espantada y se marchó del consulado de España en Hong Kong en donde estaba destinado. Mandó una carta de dimisión, pero José Vicente Torrente, primo suyo y alto cargo en el ministerio, la guardó en un cajón y nunca hizo uso de ella.

Max hizo un viaje desesperado desde el extremo Oriente y acabó en casa en Londres; de allí nos fuimos a viajar una semana por Inglaterra y Escocia. Fue delicioso y me parece que se reconcilió con la vida y con las interminables colinas de brezo y los innumerables castillos que

cada británico que se preciara tenía distribuidos por la geografía. Una historiadora de arte que trabajaba para Sotheby's en Nueva York me contó que su tesis había consistido en hacer un catálogo de las pinturas de los primitivos italianos guardadas en los salones de aquellos castillos de los Midlands y de Escocia: le había salido un tomo doble.

9.
EL NAUTILUS

Mi participación en la política española fue siempre marginal. Deambulaba por aquellos peligrosos vericuetos sin demasiada imbricación y, desde luego, con muy poco respeto y aún menos temor reverencial a nuestros líderes y a los aparatos de sus partidos. Imagino que ello se debía a mi poca ambición y a mi escaso deseo de escalar las cimas del poder encaramado a las espaldas de los compañeros a los que hubiera apuñalado previamente. Y a mi falta de capacidad de violencia. Y a que, al no importarme gran cosa o sencillamente no impresionarme la estatura de la gente, no valoraba la importancia o el peso de mis interlocutores. Ningún mérito mío, simplemente inconsciencia.

Tengo un ejemplo bastante horroroso de mi falta de respeto por los monstruos sagrados. Cenábamos una noche en la finca toledana de Miquelo Oriol apenas ocho personas: Pedro mi hermano y su mujer, el anfitrión y la suya, Sandra y yo y Camilo José Cela y su segunda mujer, Marina Castaño. Hacía pocos años, en 1989, que Camilo había sido galardonado con el Nóbel de Literatura. Me temo que esa noche en casa de Miquelo le dio por pontificar sobre lo divino y lo humano e hizo apología de ideas muy contrarias al gobierno del momento, a la democracia y al futuro que consideraba inevitable del desmembramiento de España. Me miró y dijo «Fernando, no pongas esa cara, que en el fondo estás de acuerdo conmigo en todo». «Camilo», contesté, «no estoy de acuerdo contigo en nada». Aquello sonó como un escopetazo. Fue, sin duda, excesivo, qué le vamos a hacer. Mi cuñada, que había guardado prudente silencio, me dijo luego que había estado a punto de intervenir, pero de manera más educada que yo. Ya. ¿Y por qué no lo hizo? Miquelo Oriol no nos volvió a invitar. Lo comprendo bien, por más que Sandra y yo hubiéramos sido los únicos de la sociedad madrileña en mantener nuestra amistad con ellos cuando, por cuestiones matrimoniales (el inicio de una relación nueva con quien no era su mujer), nadie les dirigía la palabra. La familia Oriol era mucha familia Oriol.

Mi hermano Pedro fue más víctima que yo en estos menesteres políticos, aunque casi hizo que yo también me quemara en la pira de

las traiciones.

Ya veníamos muy rodados los dos con las revueltas estudiantiles de Madrid en febrero de 1956. Yo acababa de terminar el colegio y había ingresado en la universidad en septiembre de 1955 con un fuerte deseo de divertirme lo más posible. Pero Pedro estaba seriamente comprometido en los movimientos de libertad universitaria. Por una u otra razón ninguno practicaba la advertencia de nuestros padres: «dejaros de tonterías: vuestra obligación es estudiar; nada de huelgas».

Y luego ocurrió la revuelta.

No nos dimos cuenta de lo frágil que era el régimen hasta mucho tiempo después; en aquel momento no comprendimos lo que le estábamos haciendo. Toda la estructura del franquismo se tambaleó y a punto estuvo de naufragar: una algarada de unos centenares de estudiantes en la facultad de Derecho bastó para que los jerarcas se pusieran histéricos, mandaran a la policía, «los grises», al centro de Madrid a controlar como fuera a unos cuantos díscolos. Para eso tenían unos camiones Pegaso equipados con unas mangueras que escupían a gran presión agua teñida de verde. Los llamábamos los Nautilus. Un chorro de aquella agua, además de cambiar el color de tu ropa, dolía y, si no te apartabas a toda velocidad, te tiraba al suelo.

Pepe Griñán, el perseguido y en mi opinión inocente ex presidente de Andalucía, cuenta su camino de Damasco mejor que yo pueda nunca en las memorias que tiene todavía sin acabar. Las he leído y he comprendido lo que significó para él despertar a la pasión política; no por ambición, creo, sino por patriotismo. Él , diez años más tarde, *mutatis mutandis,* estaba más metido que yo en el proceso de asunción de la militancia socialista y comprendió bien lo que estaba pasando. Entendió lo que yo no: que había un futuro en la lucha, que había una estructura de país por reformar y que era necesario mirar más allá de aquel siniestro, gris, beatorro momento de aquella horrible dictadura. Yo, recién salido del cascarón de la burguesía franquista, con un padre miembro de la nomenclatura y con 18 años recién cumplidos, no comprendía nada. Lo único que comprendía egoístamente era que aquel tremendo lío de cargas a caballo, de enfrentamientos en la calle, de policías persiguiéndonos, de mangueras y porras, amenazaba con acabar con mi libertad recién adquirida. Contrariamente a Griñán años más tarde, no entendía aún lo que era la libertad, la verdadera, la de todos. Nos comparo porque me parece que pasamos los dos por el mismo proceso de rebeldía interior, solo que el mío resultó menos

comprometido.

En febrero de 1956, la universidad bullía. El epicentro del hervor estaba en la calle de San Bernardo en el centro de Madrid, en la sede de la Universidad Complutense (entonces era la Universidad Central), sede también de la facultad de Derecho a la que tanto mi hermano como yo acudíamos como estudiantes de leyes, él en 4º curso y yo en 1º.

Las cosas empezaron a torcerse en octubre del año anterior. El día 18 murió don José Ortega y Gasset, el filósofo que todos respetaban y al que el régimen de Franco había quitado la cátedra de metafísica que tenía en la universidad central, una idiotez de las muchas que cometió la dictadura. Antes de su muerte, cuando los compañeros de Ortega quisieron rendirle un homenaje en la universidad, se negó. Era comprensible: uno tiene su orgullo y don José no tenía intención de blanquear al gobierno con su presencia en un acto académico, por mucho que le fuera dedicado. Tuvo que morir para que sus compañeros se saltaran su decisión de no comparecer.

Recuerdo muchas cosas con fidelidad, pero es más que posible que con el paso de las décadas (¡más de seis, ya!), mi imaginación las haya adornado y tal vez embellecido o afeado, como me ocurrió con la corrida de toros lidiada en Cádiz por Carlos Arruza. Pero recuerdo como si fuera ayer el homenaje a Ortega en el salón del paraninfo de la facultad de Filosofía abarrotado de gente, o muy joven o muy vieja. Era mi primera participación en un acto público significativo. Allí, encaramados a la gran mesa colocada sobre la tarima circular estaban don Pedro Laín Entralgo, Rector de la Universidad (los llamaban 'rector magnífico' en aquel tiempo), el arabista Emilio García Gómez, el gran catedrático de derecho mercantil, don Joaquín Garrigues (un profesor muy serio que no admitía bromas, y que me tocaría en 4º; con el tiempo, me llevé mejor con sus hermanos Antonio y Emilio, y desde luego, con los hijos de los tres). En el disco de mi memoria aparece con mucha precisión la intervención del doctor Gregorio Marañón, que habló en tercer o cuarto lugar.

Casi todos actuaron tentándose la ropa y haciendo ejercicios malabares para ensalzar a Ortega sin ofender al gobierno más de lo estrictamente indispensable. Una muestra: Garrigues dijo no querer incidir en las causas del alejamiento de don José porque, afirmó, «sería penoso y desde luego imprudente analizar las causas, ya que hoy quedan empequeñecidas ante la gran causa por la que Ortega

llega de nuevo a la universidad: su muerte». Ahí es nada.

Gregorio Marañón fue el que, dadas las circunstancias, más arrojo le echó al asunto. No es que alzara el puño y diera un viva a Moscú, pero sí dijo «no hablo del derecho a la crítica, que, en mí, que soy liberal…» (un instante de sobrecogido silencio, seguido de un estallido entusiasta que aún hoy me pone la carne de gallina. A Ortega lo habían expulsado de su cátedra por liberal y que Marañón se declarara tal en momentos tan tensos resultaba en verdad revolucionario) «…en mí que soy liberal es un sagrado derecho».

Y Laín, *à bon entendeur, salut,* fue el más duro: «¿Qué sentido puede tener el homenaje de una Universidad en el cual el festejado no quiso estar presente?» porque «ejerció un magisterio intelectual que, piensan algunos, debería ser olvidado por los españoles». Anatema para el gobierno: Laín se había dibujado un blanco en la espalda.

Así fue el germen de la rebelión de pocos meses después. Javier Pradera, Ramón Tamames, Enrique Múgica, Ruiz Gallardón y varios otros propusieron, con el beneplácito de Laín Entralgo, que se celebrara un Congreso Universitario de Escritores Jóvenes. Fue de las últimas cosas que hizo antes de dimitir. Por supuesto que el Gobierno prohibió el Congreso. La gota que luego colmó el vaso fue la propuesta siguiente de los estudiantes.

El 1 de febrero de 1956, los Pradera, Tamames, Múgica volvieron a la carga proponiendo la constitución de un Congreso Nacional de Estudiantes que sirviera para sustituir al SEU, el sindicato falangista que pretendía arrogarse la representación de todos los universitarios. Acababan de celebrarse elecciones sindicales que el SEU perdió estrepitosamente. En vista de lo cual, Jesús Gay, jefe del SEU de Madrid, las anuló el día 7. Para qué describir el escandalazo: Gay fue físicamente expulsado con cajas destempladas de la facultad de San Bernardo y los estudiantes nos lanzamos a la calle a manifestarnos indignados, incluido yo. Empezaba a caérseme, como un velo, la ignorancia. Y me uní con entusiasmo a la nueva misión de los jóvenes. ¡Era precis o protestar ante el ministerio de educación! ¡A la calle de Alcalá!

Era la primera manifestación en Madrid desde el final de la guerra civil 17 años antes. Pilló a todos por sorpresa y los palos desorganizados que recibimos fueron confusos y desde luego, inútiles. Lo útil y organizado vino el día después.

Salí de casa con la severa amonestación de mi madre de no

meterme en líos, pero iba a clase, mamá. Pedro había salido ya y no lo volví a ver hasta la tarde de vuelta en casa. Le habían dado en la cabeza con un muelle de esquí cuando intentaba encaramarse a una de las verjas del ministerio de educación en la calle de Alcalá para dirigirse a la muchedumbre. Un compañero amigo suyo —Luis Cuervo, luego embajador en Corea, si no recuerdo mal— lo había sacado de la masa de gente arremolinada arrastrándolo por el suelo por entre las piernas de decenas de encendidos manifestantes. La herida era poca cosa.

Pero el 8 de febrero, la calle de San Bernardo, la propia universidad central y parte de la Gran Vía y de la calle de Alcalá frente al ministerio amanecieron copadas por falangistas de camisa azul, moviéndose en pequeños comandos. A mí, habiendo entrado por una puerta trasera, me pilló dentro de la facultad, bloqueado en el balconcillo de arriba de la escalinata, rodeado de energúmenos vociferantes que gritaban Franco, Franco, Franco y nos miraban a los demás enfurecidos. Un poco más allá, diez o doce chicos más allá, cerca de la escalinata, arrinconado contra la barandilla de mármol, Fernando Arias-Salgado (que había sido compañero mío de clase en el colegio del Pilar, y ahora compañero de curso y años después, aprobada la oposición, compañero de la promoción diplomática, y veinte años después, como ya he explicado, el que me ofreció ser embajador en Kuwait) era forzado a levantar el brazo en saludo fascista y cantar el Cara al Sol. ¡Qué momento más espantoso! Se me saltaron las lágrimas no sé si por miedo a que a mí también me obligaran (puesto que yo, además, no me sabía la letra) o por rabia de la humillación de ver de lo que eran capaces aquellos bestias. Para mayor inri, Fernando era hijo del ministro de información Gabriel Arias-Salgado, aquel que aseguraba que, gracias al régimen de Franco, los jóvenes ya casi no se masturbaban y la inmensa mayoría de los españoles iban al cielo.

Los que pudimos, un centenar o así, nos refugiamos en el aula magna mientras los falangistas campaban a sus anchas y destrozaban todo lo que pillaban a su paso: mesas, pupitres, despachos, cortinas, anaqueles, libros y papeles, todo. Algunos cantaban himnos de la Legión y otros entonaban el Cara al Sol, mientras los más aguerridos daban vivas a José Antonio y a Franco. ¡Muera la inteligencia! Tiraban la mayor parte de lo que saqueaban a la calle de San Bernardo, y los que estaban allí tenían que esquivar los voluminosos proyectiles, al

tiempo que procuraban apartarse de los chorros de agua provenientes de los Nautilus. Los camiones ocupaban la calle frente al ministerio de justicia, en la esquina siguiente a la de la universidad en dirección a la Gran Vía. Afortunadamente, solo hubo contusionados y algunos heridos después de los enfrentamientos con los matones de camisa azul.

Las cosas fueron agravándose hora a hora. El 9 por la mañana mi hermano y yo salimos a escondidas de casa para que mis padres no pudieran impedirnos acudir a San Bernardo. Los barrenderos habían limpiado la calle, aunque no lo bastante para que no pudieran apreciarse los destrozos del día anterior.

Cuando llegamos, San Bernardo estaba lleno de gente, estudiantes como nosotros, excitados y decididos a continuar la protesta. No tengo memoria clara, pero me parece que muchos de los profesores estaban en el edificio; el decano de derecho, Manuel Torres, con toda seguridad. Intentaban, me parece, calmar los ánimos, pero estos estaban demasiado soliviantados. Como los «grises» nos cerraban el paso en dirección a la Gran Vía, de forma espontánea, al grito de «¡a la ciudad universitaria!», la manifestación empezó a marchar en sentido contrario, hacia la glorieta de Quevedo.

Quiso la mala suerte que, por el bulevar de Alberto Aguilera, marchara otra manifestación, esta de falangistas, muchos pertenecientes a la Guardia de Franco, que también se dirigían hacia la glorieta. Venían ardorosos tras asistir a un acto de homenaje de Matías Montero, en el Día del Estudiante caído. Montero, el *protomártir* de Falange, fue asesinado en 1934 en el mismo bulevar.

El enfrentamiento era inevitable. Las cabeceras de ambas marchas chocaron en el cruce del bulevar con la calle de Guzmán el Bueno, en la esquina del colegio jesuita de Areneros. Las peleas, los insultos, los gritos, la confusión de unos con otros, degeneraron en una batalla campal que afectó, sobre todo, a las primeras filas de los estudiantes y a una gran cantidad de falangistas.

Hasta que sonaron unos disparos que de golpe impusieron un brutal silencio y todo quedó en suspenso por unos instantes. Donde yo estaba, cerca de la cola de nuestra manifestación, corrió enseguida la voz de que había un muerto. Las dos manifestaciones se separaron durante un momento, hasta que se reanudaron los rugidos, «¡han matado a uno de los nuestros! ¡A por ellos!» ‘Ellos’ éramos nosotros y empezamos todos a huir despavoridos hacia la universidad con los

«grises» persiguiéndonos a porrazos y los falangistas ayudándolos, como si se tratara de una cacería. Muchos tuvimos la suerte de llegar a refugiarnos en el viejo edificio universitario. Otros huyeron por las callejas del barrio de Malasaña, por Daoiz y Velarde y por la calle del Pez y la de la Luna. Muchos otros pudieron refugiarse en los numerosos bares de por allí, acogidos por los dueños y los clientes que, nos contaron, rezongaban «ya era hora de que alguien plantara cara a estos hijos de puta», «a por ellos, camaradas», «tomaros un vino, compañeros, y a luchar».

Pero una bala había herido en la cabeza a un joven falangista, Miguel Álvarez, y lo había dejado caído en la acera del bulevar, al borde de la muerte. Dijeron que había disparado un estudiante, pero todos sabíamos que el tiro provenía de las filas de la Guardia de Franco, que siempre iban armados y siempre estaban dispuestos a resolver las disputas a tiros. También se aseguró que había sido la policía. Nunca se aclaró.

Al pobre chico («joven de 18 años, profundamente católico, español y falangista», dijo de él el diario *Arriba*) se lo llevaron a la clínica de la Concepción y allí quedó internado en estado gravísimo. O al menos eso dijeron: muy grave no podía estar cuando se recuperó a las pocas semanas.

Enseguida subió la tensión hasta límites extremos y entre los falangistas empezó a circular una lista de los estudiantes que serían ajusticiados si moría Álvarez. Falange quería venganza; no solo eso: quería reafirmar su posición de fuerza en el centro de la política española.

Y en esa lista figurábamos Pedro mi hermano y yo. El ministro de la gobernación había llamado a mi padre para decírselo y para recomendarle que nos hiciera desaparecer durante unos días, hasta que se calmaran los ánimos. Mientras tanto, habían sido detenidos Tamames, Múgica, Pradera, Ruiz Gallardón y Gabriel Elorriaga, pero el plan de depuración seguía en marcha. Sin embargo, tres generales (entre ellos, Muñoz Grandes) hicieron saber a Franco que, si alguna de las personas de la lista negra sufría cualquier daño, el ejército tenía intención de desplegarse y tomar Madrid, parándole los pies a Falange.

El gobierno cerró la universidad el 10 de febrero. El 11 dimitió Laín Entralgo y fue suspendido el Fuero de los Españoles. El 12 fue cesado el decano de Derecho, Manuel Torres. Y el 16, Joaquín Ruiz Giménez,

ministro de educación y hombre de la Democracia Cristiana, fue destituido. También lo fue, lo más importante, Raimundo Fernández Cuesta, secretario general del Movimiento, el apoyo ideológico del franquismo. En esos días, mi hermano había escrito un artículo llamado «Españoles sin fuero», ya he hablado de él; fue acusado de no sé qué delito y sometido a juicio. También tenía el hombre el don de la oportunidad. [5]

En junio de 1956, los profesores de la facultad de derecho dieron un aprobado general, Dios los bendiga. Miguel Álvarez se repuso como queda dicho y las autoridades lo mandaron con la cabeza aparatosamente vendada y en compañía de sus padres a convalecer a la Costa del Sol.

En octubre, ocho meses más tarde, fue inaugurada en la Ciudad Universitaria la nueva facultad de Derecho, construida en apenas 200 días. No habría más estudiantes en el centro de Madrid ni llevarían ya sus protestas a las calles de la capital.

En cuanto a Pedro y a mí, nos llevaron a casa de nuestro tío Pablo Scandella, casado con Blanca, la hermana de mi madre. El tío Pablo, un buenazo, era teniente coronel de ingenieros, un tipo grande que se parecía a Clark Gable, y tenía una metralleta en un armario. «No vendrán aquí, no», decía. Estuvimos Pedro y yo quince días en su casa de la calle Ayala.

Intimamos mucho con nuestros primos, los siete hijos de tía Blanca y tío Pablo, pero fue sobre todo con mi tío con quien, andando los años, hice campeonatos de comer croquetas (yo paraba a las 18, pero él seguía y seguía) y tardes de partidas de bridge. Nos había enseñado a jugar mi padre, que era un *bridgista* estupendo. En los largos fines de semana de Berna, cuando mi madre estaba con nosotros en San Remo, él jugaba con los Culbertson, una pareja de americanos que habían creado el bridge moderno, lo que se llamaba el *rubber bridge* ; decía que se sentaban a jugar el sábado por la tarde y se levantaban bien entrada la madrugada del lunes.

Con el tiempo, jugué al bridge en Costa Rica, con dos señoras muy mayores que no se cansaban nunca, y en Kuwait, con un franco-libanés y con un cairota, que también jugaba con Omar Sharif cuando coincidían en Egipto, en Montecarlo o en Roma. En Kuwait, la cuarta plaza de la mesa la ocupaba mi hermana Nena, que llegó a ser excelente en el manejo de los naipes. Ahora Sandra y yo jugamos en Mallorca, pero yo me canso y ya no juego tan bien.

5 : Vid. Págs. 98-99 en donde explico el asunto y sus consecuencias.

10.
NEW YORK, NEW YORK

El 15 de noviembre de 1975 iba caminando por el gran pasillo alfombrado que lleva a la sala de la Asamblea General de Naciones Unidas en Nueva York. Celebraba mi 38 cumpleaños, por más que me preocuparan cosas más solemnes que mi envejecimiento. El día antes se había firmado en Madrid el Acuerdo Tripartito España-Marruecos-Mauritania por el que el gobierno español cedía la administración del Sahara supuestamente español, pero no la soberanía. Un paripé estúpido que no conseguía disimular la cesión vergonzante y avergonzada de la «provincia» saharaui a Marruecos; después de décadas de dominio, el gobierno español descubrió que el Sahara ya no era una provincia sino que se había convertido en una colonia por arte de magia (una colonia que convenía descolonizar). Apenas tres semanas antes, el 21 de octubre, el rey de Marruecos, Hassan II, había lanzado contra el territorio una «Marcha verde» —largamente anunciada— de casi medio millón de gentes que llevaban el propósito de invadir pacíficamente el Sahara. Frente a ellos, una formidable fuerza militar española que, por un angustioso momento, dio la sensación de poder causar una matanza de inocentes. Por fortuna, se impuso la sensatez y el ejército español se retiró. Por allí anduvo el entonces príncipe Juan Carlos apaciguando los ánimos levantiscos de algunos de los jefes militares que se sentían herederos del glorioso ejército colonial del Rif y, supongo, del desastre de Anual en 1921, del que probablemente se querían tomar la revancha.

Hassan II no era ningún tonto y supo aprovechar la confusión y la debilidad españolas cuando la inminente muerte del generalísimo tenía en vilo al país entero. Además, contaba con la complicidad de Washington, que no quería que nadie removiera el avispero en el final de una dictadura que ya apestaba. Como escribió el embajador americano en Madrid a su secretario de Estado en febrero de aquel año, «será más fácil alcanzar un acuerdo con España [en las negociaciones para la renovación de los acuerdos sobre bases militares en España] si Franco se mantiene en el poder. Y, sin embargo, parece que no durará mucho y la transición ya está en marcha»[6].

En Madrid, en el gobierno, pensaban que lo menos que se

necesitaba en aquel momento era un conflicto que hiciera tambalearse la ya muy debilitada estructura del régimen. Se imponía ceder sin resistir frente a un enemigo que, además, era militarmente ridículo. Y ese asunto requería que se le diera una pátina de respetabilidad en el único escenario en que podía hacerse: las Naciones Unidas. Ese fue el resultado no solo del temor del gobierno sino del engaño de los elementos retrógrados del régimen, «la caverna», empeñada en defenderse y subsistir a base de traicionar a la patria (tan frecuentemente invocada en sus soflamas), al ejército y, claro, a los saharauis. Y, por supuesto, a la legalidad internacional.

No concebíamos esa solución los miembros de la delegación española ante la ONU, ni, al principio, el propio ministerio de exteriores en Madrid que, con el ministro Pedro Cortina a la cabeza, mantuvo el tipo al menos hasta que desde el gobierno decidieron aprovechar la santa indignación por la chapuza transformándola en un manto de hipocresía. La mayor parte de los que estábamos destinados allá estuvimos en desacuerdo absoluto con el juego sucio de nuestros líderes. El momento era delicado para todos nosotros, que nos oponíamos: no podíamos olvidar que vivíamos en un régimen de dictadura que iba dando boqueadas pero que conservaba una inmensa capacidad de represalia. No hay nada como el zarpazo de un moribundo y bien se había visto con las cinco ejecuciones del 27 de septiembre, tres miembros del FRAP y dos de ETA. Que hubiera habido una brutal reacción negativa contra el gobierno español en el mundo entero, no hacía al enfermo menos peligroso, sobre todo para sus atribulados súbditos.

Los diplomáticos de la misión nos habíamos hecho muy amigos. Juanito López Chicheri, Fermín Prieto-Castro, Paco Villar, Antonio Pedauyé, Enrique Roméu, Mercedes Rico llegada en comisión de servicio desde Madrid, igual que Fernando Arias-Salgado y Juan Antonio Yáñez. [7] Comidas, risas, gravedad y trabajo serio. De hecho, en mi casa de entonces, la de los meses previos a mi divorcio, en el pueblo de Harrison, condado de Westchester, en la linde con Connecticut, nos reuníamos todos a almorzar muchos domingos. Cristina, mi mujer (que lo fue hasta 1974), cocinaba paella o ragú. Notable acontecimiento el domingo 2 de marzo de 1975: uno de los nuestros, Paco Villar, un tipo espléndido lleno de inteligencia y arrojo (y de un sentido del humor que se hacía extraño en una personalidad concentrada como la suya), vino con Maribel, su mujer, embarazada

hasta las cachas. Ellos lo atribuyen al efecto del arroz: al volver a Manhattan aquella tarde, Maribel se puso de parto y esa misma madrugada dio a luz a su hija Isabel.

Estábamos todos muy unidos, éramos muy íntimos y compartíamos angustias y satisfacciones. Y así vivimos los estertores del régimen. Nunca se nos ocurrió echarnos en cara los miedos, las reticencias, las retiradas de unos u otros, que las hubo. Nos respetábamos demasiado.

A finales de 1974 (Villar lo recuerda con más precisión y le parece que pudo ser en los primeros meses de 1975, el año fatídico; pero no, fue en el 74) circuló por España un manifiesto a favor de la democracia, a cuya firma eran invitados los funcionarios que quisieran. En el ministerio de exteriores lo hicieron circular Emilio Cassinello [8] y Mercedes Rico. Mercedes, una revoltosa valiente, simpática y lista como el rayo, venía desde el ministerio en Madrid en comisión de servicio a echar una mano en la representación española durante la Asamblea General de Naciones Unidas en el último trimestre del año. Permítaseme un mínimo chismorreo inocente: que yo recuerde, tuvo un *fling,* un coqueteo, con Abdelaziz Bouteflika, el político argelino que, entre septiembre de 1974 y septiembre del 75, fue presidente de la Asamblea [9] .

En esa ocasión, Mercedes se trajo de Madrid el célebre Manifiesto y nos propuso que lo firmáramos. Solo lo hicimos Paco Villar y yo. Luego, los dos decidimos ir al despacho de nuestro embajador, Jaime de Piniés, para contarle lo que habíamos hecho. Jaime se estaba tomando su cotidiano vodka tonic y no le dio mayor importancia: era cosa de jóvenes que, enfrentados con un régimen agonizante, tenían que pensar en el futuro. Estuvo bien.

De todos los miembros de la carrera diplomática solo firmamos nosotros dos y Mercedes Rico, que volvió a Madrid furiosa y en estado de rebeldía.

Hubo un segundo incidente preocupante en aquellos meses. A principios de otoño, cuando Luis Yáñez [10] preparaba un viaje a Nueva York, pidió consejo a su hermano Juan Antonio, él mismo con los años embajador en Naciones Unidas, sobre cómo orientarse y establecer relaciones con gentes de allá. Juan Antonio le escribió diciéndole que se pusiera en contacto con Paco Villar y conmigo: le aconsejaríamos y lo apoyaríamos durante su estancia. Pero, amigo, la carta fue interceptada por la policía y el ministro de la gobernación, un personaje llamado José García Hernández, se la envió al ministro de

exteriores Pedro Cortina [11] , para que tomara cartas en el asunto y nos diera nuestro merecido. La cosa pudo ser grave, pero Cortina ordenó a Pipo Dicenta, que estaba destinado en su gabinete, que la archivara y dejara pasar el asunto sin que fuera a mayores. Aunque Pipo asegura que no recuerda aquella instrucción de Cortina, Paco Villar sí afirma que se lo contó. A lo mejor fue Juan Antonio, no sé. A uno de los dos le flaquea la memoria: estamos algo mayores para tanto recuerdo. Sea como fuere, nos libramos por los pelos.

A finales de septiembre, en pleno estallido de indignación en el mundo por el fusilamiento de los cinco jóvenes de ETA y del FRAP, Cortina llevaba dos días en Nueva York. Como la práctica totalidad de los ministros de asuntos exteriores del mundo, acudía a la Asamblea General para pronunciar un discurso y para mantener contactos políticos con sus homónimos. Recuerdo bien su estancia neoyorquina porque me llevaba con él a hacer de intérprete y tomar notas de sus entrevistas. Me llamaba «¡eh, tú, inglés!» y nos íbamos juntos al edificio de la ONU cruzando a pie la primera avenida desde la misión española ubicada al otro lado de la calle, justo enfrente.

De todas las entrevistas, hubo una particularmente desagradable e infausta.

En la primera reunión que tuvo con todos nosotros los diplomáticos en la embajada, Cortina, sentado al lado de Jaime Piniés, había escuchado educadamente cuando varios le dijimos (en tono poco agresivo, eso sí) que las condenas a muerte parecían una barbaridad excesiva. ¡Condena a muerte, nada menos! El ministro nos aseguró que en el gobierno estaban luchando por que Franco conmutara las sentencias por cadenas perpetuas. Esperaban que fuera magnánimo, sabiendo además que el mismo Papa había intercedido, junto con otros jefes de Estado, solicitando clemencia.

Pero, cuando al día siguiente llegó la noticia de los fusilamientos , dio un brinco de indignación al tiempo que se le escapaba un «¡me habían prometido que esperarían a mi vuelta!». Durante la cena en la residencia de la embajada de España en la calle 72, la mujer del ministro exclamó con voz destemplada «¡es que vienen a por nosotros!». Me guardé muy mucho de decir que de momento ganaban ellos uno a cero.

Dos días después, creo que fue dos días después, Cortina tenía cita en la sede de la ONU con el ministro danés de asuntos exteriores. «Vamos, inglés», me dijo. Cuando llegamos al lugar del encuentro, el

gran vestíbulo superior de acceso a la sala de la Asamblea General, el danés estaba sentado en un pequeño sofá corrido y corregía papeles sobre una mesa de café que tenía delante.

Pedro Cortina y yo quedamos de pie delante de la mesita, frente al ministro danés, que ni alzó la vista ni dejó de corregir su manuscrito. El silencio se hizo embarazoso. Entonces, carraspeé para llamar su atención. Con un suspiro irritado, el danés dejó la pluma y por fin levantó la mirada. No nos ofreció que tomáramos asiento. Miró con impaciencia a un colaborador que estaba junto a él y espetó:

—¿Quién ha solicitado esta entrevista?

—Su embajada, señor ministro —contesté.

—Pues ha sido una equivocación. No deseo conversar con el ministro español —contestó dirigiéndose a su colaborador. Fue una grosería deliberada y sentí que me ruborizaba.

—Comprendo que hay diferencias entre nosotros, pero estoy convencido de que podemos tener una conversación civilizada entre dos políticos civilizados —dijo entonces Pedro Cortina. Traduje sus palabras.

—No puedo tener una conversación civilizada, como la llama usted —dijo el ministro danés secamente—, puesto que no hay diálogo posible entre un demócrata y el representante de un país que fusila a quienes se oponen a su gobierno.

—Si usted me permite…

—Esta entrevista ha terminado.

Fue horrible. Dimos media vuelta y nos fuimos por donde habíamos venido. Cuando cruzábamos la avenida, Cortina dijo una sola cosa, con su cara más agriada y amarilla que de costumbre:

—Hay veces, Fernando, en que la defensa de los intereses de tu país te obliga a tragarte estas cosas. Así es.

Me había llamado Fernando. Nunca más volvió a aludir al incidente. Fue la vez en que me dio vergüenza ser español.

Pero volvamos a lo que nos ocupa: el Sahara español, el territorio rico gracias a la mina de fosfatos de Fos-Bucraa y la pesca, y útil como defensa estratégica de las Canarias, estaba en trance de descolonización. No voy a recordar paso a paso la crisis del Sahara, que ha sido desmenuzada y estudiada por Paco Villar en su libro *El proceso de autodeterminación del Sahara* [12] . Solo me propongo mencionar los duros momentos que vivimos en la Misión de España

ante la ONU durante la XXX Asamblea General del otoño de 1975.

Todo se resume en tres artículos que *a* publicó *Cambio 16* en noviembre de 1975. Se dijo que sus autores eran militares de alta graduación disconformes con lo que estaba haciendo el gobierno. En realidad, eso se lo inventó Félix Ortega, el corresponsal en Nueva York de la agencia PYRESA y del propio *Cambio 16* . Sabía que así nos defendía de las inevitables represalias. Los autores de los artículos fuimos nueve diplomáticos destinados en la ONU: Fernando Arias-Salgado, Francisco Villar, Enrique Roméu, Antonio Pedauyé, Juanito López-Chicheri, Fermín Prieto-Castro, Mercedes Rico y yo. Ocho. Y uno más que no consigo recordar y que tal vez fuera Fernando Perpiñá-Robert, *Perpi* , que estaba destinado en el consulado general en Nueva York. Mercedes Rico (la marquesa de Mombeltrán, la llamaba Villar) regresó a Madrid al menos una vez portando, en persona por elemental prudencia, uno de los artículos para entregárselo en mano a Juan Tomás de Salas, director de Cambio. Me parece que fue el tercero, el más duro de los tres, que, además, provocó el secuestro de la revista.

Lo sé bien porque los artículos fueron escritos en mi piso de Manhattan. Estrenaba apartamento y soltería. Y desobediencia a las instrucciones firmes del gobierno. Bueno, era un gobierno poco respetable y que se tambaleaba.

Aquel 15 de noviembre, día de mi cumpleaños, en el que yo andaba cabizbajo por el gran vestíbulo del edificio de Naciones Unidas, Franco se moría. Lo acababan de operar por tercera vez de todos los males que aquejaban al pobre anciano al que su corte se empeñaba en mantener vivo para prolongar el disfrute de las prebendas y evitar el derrumbe de todo el sistema.

Andando por el vestíbulo, coincidí con el senador Patrick Moynihan, el *enfant terrible* de la política norteamericana, que era en aquel momento embajador ante la ONU. Pocos meses antes lo había nombrado el presidente Gerald Ford. Político demócrata respetado y temido, sus enemigos aseguraban que practicaba un consumo desaforado de whisky irlandés. A mí me parece que no era verdad. Imagino que me reconoció por haber coincidido recientemente en una cena elegante en Manhattan y haber visto después mis caras de desesperación en la sala del Consejo de Seguridad, sentado detrás de Jaime Piniés o de Fernando Arias-Salgado mientras ellos intentaban intervenir con sensatez en el asunto del Sahara.

Se paró a mi lado y me puso una mano en el antebrazo.

—*I am sorry for your loss,* siento su pérdida —dijo con lo que me pareció una ligera sonrisa.

—No le entiendo, embajador —contesté.

—*Franco's death* , la muerte de Franco…

—No, embajador, Franco sigue vivo.

—No.

—Se lo aseguro.

—*We know,* lo sabemos.

Años después comprendí que, a lo mejor, el sistema de información de la CIA no era tan infalible como parecía. Pero entonces me lo creí a pies juntillas durante un buen rato. Hasta era más que posible que ellos supieran lo que nosotros no: que Franco había muerto mientras su camarilla afirmaba que seguía vivo por miedo a las reacciones en España por tantas cosas y en Marruecos por el asunto del Sahara. Se lo conté a Piniés minutos después y me parece que llamó al ministerio a Madrid en busca de información. No me dijo nada, pero debieron de explicarle que era una noticia prematura.

Todo el asunto de la descolonización del Sahara giró en torno al momento en que el gobierno español se apartó de la verdad y se puso a mentirle a las Naciones Unidas, pasando del convencimiento de que el Sahara debía ser descolonizado y sus moradores manifestar su opinión en un referéndum a salir de allí con el rabo entre las piernas tras entregar el territorio a Marruecos. Como si hubieran vendido una propiedad en el campo, una dehesa cualquiera. Por eso los tres artículos de noviembre de 1975 en *Cambio 16* llevaban por título *El Sahara no es una finca.*

Me parece que el título se le ocurrió a Juanito Chicheri.

En el primero de los artículos (7 de noviembre de 1975) se trata, como dice Paco Villar en su libro [13] , «de advertir a la desorientada opinión pública hispana tanto de la ilegalidad de la entrega del territorio a Marruecos o de su reparto entre los dos vecinos reivindicantes [Marruecos y Mauritania] como de los múltiples perjuicios que de ambas opciones se derivarían para los intereses nacionales [….]. El gobierno español [debe cumplir] sus compromisos de proteger el derecho de los saharauis a decidir libremente su destino». Cada una de las opiniones fue detenidamente elaborada por nosotros: era cuestión de explicar a los españoles lo que estaba a

punto de ocurrir, acusando directamente al gobierno de estar violando la ley. Me parece que ese fue el momento en el que nos encogimos de hombros y decidimos incurrir en el delito de traición; hasta hubo un instante en que alguno de nosotros pensó que estábamos siendo heroicos.

En el segundo artículo, el 14 de noviembre, nos preguntábamos si el precio por la retirada de la *marcha verde* había sido la entrega del Sahara a Marruecos, un doble juego del gobierno español, que había abierto las puertas a la política anexionista de Hassan II.

El artículo final de *El Sahara no es una finca* estaba ya impreso para el número de 30 de noviembre de *Cambio 16* , apenas diez días después de la muerte de Franco y ya consumado el vergonzoso acuerdo tripartito (España, Marruecos, Mauritania) de cesión de la colonia española. No vio la luz porque la revista fue retirada para evitar su secuestro por la Presidencia del gobierno. Vaya, se entiende el enfado gubernamental cuando se lee el párrafo en el que se afirma que el motivo principal de la entrega «es la enorme presión que ha ejercido lo que ya se conoce con el nombre de *lobby* marroquí […]. Es sintomático comprobar las conexiones del *lobby* con el búnker, curiosa alianza político-económica, y su poderosa influencia en parte de la prensa nacional». Menos acusarlos de traición, a los ministros muñidores los llamábamos de todo. Algo intolerable para un gobierno que aún no se había sacudido los modos de la dictadura.

Pero nos quedamos como nuevos, como si hubiéramos soltado un escupitajo a la cara de los que, so pretexto de un patriotismo entusiasta, nos habían clavado un cuchillo en la espalda.

---

6 : *El final de la dictadura ,* Nicolás Sartorius y Alberto Sabio, Temas de hoy, p. 551.

7 : Fermín Prieto-Castro acabó siendo embajador en Corea y luego en Kenia. Juanito Chicheri, un hombre realmente encantador y hecho de una pieza, era embajador en Irak en los momentos en que Sadam Husein invadió Kuwait en agosto de 1990; luego fue embajador en México, donde murió. Paco Villar, del que opino en el texto, fue embajador en la ONU, secretario general de Política Exterior y embajador ante la UNESCO en París. Enrique Roméu, por el que sentí gran cariño, era un funcionario realmente puntilloso con gran sentido del humor. Mercedes Rico estuvo después en el Gabinete de Fernando Morán (la funcionaria que más veces le dimitió sin conseguirlo) a las órdenes de Pipo Dicenta; fue embajadora en Roma, entre otros varios cargos. Juan Antonio Yáñez Barnuevo, al que siempre respeté y amigué, también fue embajador ante la ONU y luego secretario de Estado para Latinoamérica.

8 : Emilio Cassinello fue embajador en México y después Comisario general de la Expo de Sevilla 92. Perteneció al PSP, el Partido Socialista Popular, de don Enrique Tierno Galván, de Fernando Morán y de Raúl Morodo. Yo también milité en él.

9 : Y luego Presidente de Argelia hasta 2019.

10 : Luis Yáñez fue después Secretario de Estado en el primer gobierno de Felipe González.

11 : Cortina (junto con mi padre) había representado en los años 50 al Gobierno, al Estado en realidad, en el asunto de la quiebra de la Barcelona Traction promovida por Juan March.

Escasos de divisas extranjeras, pagar en dólares los réditos de la Barcelona Traction a sus socios canadienses se hacía muy oneroso para el Estado y para March. Resultaba más sencillo dejar de pagar y declararse en quiebra. Así se hizo y ello dio lugar a un largo proceso judicial que acabó ganando el Estado español.

12 : Fernando Torres — Editor, Valencia ,1982.

13 : F.Villar, *El proceso de autodeterminación* … pág. ٣٣٨

11.
NEW YORK, NEW YORK 2.0

Como Londres en los 60, Nueva York era en los 70 un terreno de juego. Intenso, peligroso, divertido, frívolo a ratos, comprometido la mayor parte del tiempo, terreno de juego.

Nueva York es especial. Hay pocas ciudades en las que la luminosidad de los atardeceres sea comparable a la de la primavera en Manhattan. El cielo, entrevisto allá arriba a una altura imposible entre calles y avenidas y reflejado en el cristal terso de los rascacielos, va templando su azul cegador mientras adquiere tonalidades índigo y las nubes, blancas como el mejor algodón, sin un hálito de brisa que las empuje, permanecen inmóviles. En esos meses la temperatura es agradable y durante semanas seguirá así, antes de la llegada de la canícula agobiante del verano. Y después del otoño que todo lo tiñe de pelirrojo, vendrá el invierno inhóspito, con el gélido viento del norte soplando por entre los rascacielos y con la nieve congelada en las aceras. Siempre me he preguntado cómo es posible que una ciudad que todos los inviernos se cubre durante meses de un espeso manto de nieve, no sea capaz de prever el caos circulatorio que eso le causa cada año. Que le pase a Madrid, bien, pero ¿a Nueva York? En días así bajaba por la 5ª Avenida sorteando papá Noeles con barba blanca y campanillas para la Navidad y coros del *Salvation Army* que cantaban *Jingle bells* con alces de peluche al costado. Llegaba al rectángulo de hielo del Rockefeller Center a contemplar a los patinadores que giraban sin parar en sentido contrario a las agujas del reloj, mientras jóvenes más avezados hacían piruetas en el centro, aparentando indiferencia. Me encantaba verlos caer de golpe y quedarse sentados con cara de ligero embarazo.

Mi mes preferido era mayo.

Comía hamburguesas en P.J. Clarke's y pizzas en las aceras de los restaurantes de la 2ª y 3ª avenidas. Los domingos por la mañana, desayunos tardíos, el *brunch* (*breakfast and lunch)* con huevos Benedict y *Bloody Mary* s. En días de sol nos perdíamos en los mercadillos del Upper West, a comprar discos de segunda mano y cachivaches de cualquier utilidad que no hubiéramos encontrado antes en Hammacher Schlemmer en la calle 57. Eran días de picnic en Central

Park y ballet y teatro en Broadway. Se dormía poco.

En verano, por las noches, me encantaba ir a los clubes de salsa y música latina a bailar con toda inocencia con las portorriqueñas y las colombianas que pasaban el rato por allí. Sus familias no nos perdían de vista.

Durante la semana, las calles, bulliciosas todo el día, se van quedando desiertas al caer la tarde hasta que ya de noche vuelve a animarse el ritmo de la ciudad. Teatros, restaurantes, jazz, copas y *night-clubs,* terminadas las interminables sesiones de asamblea general y trabajo en las comisiones de Naciones Unidas y el cifrado de telegramas y la redacción de informes.

En Manhattan, con un tráfico siempre complicado y con un tremendo déficit de aparcamientos, lo más fácil es moverse a bordo de los numerosos y destartalados taxis. También puede hacerse en metro. Reconozco que las veces que utilicé ese medio de trasporte lo hice en compañía de mi compañero amigo Enrique Roméu. Él tenía la pintoresca teoría de que, si se iba de corbata y hablando muy alto en español, los mafiosos portorriqueños y las bandas callejeras creerían estar en presencia de capos de la *Spanish* mafia y nos dejarían en paz. La verdad es que siempre nos dejaron en paz, no sé si por esta razón o si porque eran más pacíficos de lo que daba a entender su fama. Enrique había visto West Side Story demasiadas veces. En fin, utilicé preferentemente el trasporte en taxi y, sin que sirviera de precedente, tuve un breve e intenso escarceo con la neoyorquina Miss Metro 1974. Era bien guapa y más subterránea de lo que a primera vista pudiera parecer. Se llamaba Corina, un nombre agradable si no se tienen en cuenta sus connotaciones actuales. Pero eso fue todo.

De hecho, uno de mis incidentes más pintoresc os tuvo lugar a bordo de uno de aquellos maltrechos bólidos amarillos. Una noche, vestido de esmoquin, iba invitado a un estreno del American Ballet en el Metropolitan del Lincoln Center. Me planté en la 1ª Avenida esquina a la calle ٥٢ y levanté un brazo para llamar la atención de un taxi que se acercaba rodando a gran velocidad por el otro lado de la calle. No había casi tráfico y en cuanto me divisó el taxista, sin el más mínimo respeto por quien pudiera venir detrás, cruzó la avenida de parte a parte. Como cualquiera sabe, las calles de Manhattan están llenas de baches; la culpa es del subsuelo de la isla, que es de roca y no permite un asfaltado razonable y duradero; todo lo más, unas grandes planchas de hierro que cubren enormes socavones sin que se

sepa muy bien lo que esconden, y unos tubos de color rojo y blanco o amarillo que salen del subsuelo como chimeneas escupiendo espesas nubes de vapor de agua. Esa configuración de las calles y la suspensión de los enormes automóviles americanos hacen que los taxis de Nueva York den la sensación de flotar con estruendo de ballestas y llantas y con rítmico temblor de sus entretelas. *Plan, plan-plan, plan, plan-rataplan.*

Con un sobresalto final, el taxi, un enorme Chevrolet amarillo, se detuvo frente a mí. Abrí la portezuela y me acomodé en el asiento trasero (los asientos de los taxis neoyorquinos se hunden de tal manera que la cabeza del pasajero suele quedar a la altura de sus rodillas, cuando no más bajo). Le di la dirección a donde iba.

La taxista, puesto que de una taxista se trataba, dio un gruñido y arrancó a toda velocidad. Apretando el acelerador como si le fuera en ello la vida, cruzó de nuevo la avenida como una centella. Su foto en la licencia que figuraba sujeta al salpicadero, era de una carita redonda, con el pelo negro muy corto y ensortijado y unos grandes ojos color azabache que miraban a la cámara sin sonreír. Debajo de la foto ponía MARY JO FERNANDES; la titular parecía ser la única conductora de aquel tanque volador y lo manejaba con verdadera indiferencia por la suerte que pudieran correr los pasajeros.

Apenas hubieron llegado al otro lado de la avenida, Mary Jo se vio obligada a frenar bruscamente ante un semáforo.

—*Oh God! Oh shit!* — exclamó dando con la palma de la mano dos o tres fuertes golpes en el volante.

—¿Le pasa algo? —pregunté.

—*Oh shit shit!* — respondió la muy frustrada taxista.

—¿Qué le pasa?

El semáforo se puso en verde, pero el taxi no arrancó.

—¿Tenemos alguna avería?

—¿Avería? —contestó Mary Jo en inglés. Y luego prosiguió en un español teñido de fuerte acento portorriqueño. —¡Este huevón no se entera! ¡Qué avería ni qué niño muelto! ¡Avería la que tengo dentro!

—¿Le pasa algo? —pregunté alarmado, esta vez en español.

—¡Qué me va a pasal! —De pronto, a Mary Jo le empezaron a resbalar por las tersas mejillas unos lagrimones como cerezas—. ¡Qué me va a pasal! ¡Que he roto aguas! ¿No los ves?

—¿Qué ha roto usted qué?

—¡Aguas! ¿No los ves? Este hombre es zonzo. ¡Que voy a tener el

baby… *Oh shit* ! ¡Y mi Wilfred trabajando esta noche en New Jersey! ¡Me los dijo! Me diho que no tenía que conducil…

—Pero vamos a ver —dije con voz tranquila—, ¿qué va usted a hacer?

—¡Pero este tipo es zonzo! Qué voy a hacer, que voy a hacer. ¿Cómo que qué voy a hacel? ¡Pues tener el baby, eso es lo que voy a hacel! Oh, Dios mío. ¡Tengo contracciones! ¡Haga algo!

—¿Yo? ¿Y qué quiere que haga?

—¡Ayudalme!

—¿Yo?

—¡Ay! Que me viene…

Empecé a mirar a todas partes, como si de algún improbable rincón de la avenida pudiera aparecer un ángel salvador en forma de comadrona o ginecólogo. Pero la población entera se había esfumado en una milla a la redonda.

—¡Haga algo! —repitió Mary Jo, con un grito que, mezcla de desgarro, dolor e impaciencia, tuvo la virtud de galvanizarme.

—¡Hay que llamar a una ambulancia!

Mi voluntad era buena, pero al único teléfono público que había en la esquina le faltaba el auricular. Tuve tiempo de pensar ¿qué diablos querrá hacer un tipo con el auricular de un teléfono público?

—¡No hay tiempo!

—Pues habrá que ir a un hospital… Espere, que pararé un taxi para que la lleve.

—¡Ay! ¡Ay, que lo voy a tener aquí mismo! ¡Ay! Mi Wilfred no me vuelve a tocal ni un pelo en toda su vida. Que no pasa nada, mi amol, que es una gozadera… Gozadera le voy a dar. ¡Ay, ay! ¡Tengo otra contracción! ¡Ay, que lo tengo!

Cualquier cosa antes que hacer de partero en una calle desierta de Manhattan.

—Mary Jo, ¿puede moverse?

—¿Adónde quiere que vaya?

—Bájese del taxi y póngase en la parte de atrás.

—¿Atrás? Ay, Dios mío, Virgen de la Divina Providencia, patrona de Puelto Rico, ay Dios mío.

—Atrás, sí, donde yo iba sentado. ¡Ahora! Yo la ayudo. —Alargué los brazos y tiré de Mary Jo hasta conseguir sacarla del asiento del conductor y ponerla de pie en la acera, agarrada a mi elegantísima chaqueta de esmoquin, dejando prenda y camisa de seda perdidas de

sudor y de carmín y algo del rímel que le había corrido por las mejillas. Como en un extraño baile de elaborados pasos, bien agarrados, nos fuimos desplazando hacia la parte trasera del taxi. Cuando la tuve enfilada hacia la portezuela trasera, la cogí a peso y la coloqué delicadamente en el asiento del pasajero. Delicadamente tal vez no sea la palabra, porque, tropezando con el considerable volumen de la futura mamá, casi le caí encima. Pude evitarlo, pero a base de deslizarme hacia el espacio exiguo que los taxis reservan para las piernas de los pasajeros. Para incorporarme, tuve que apoyar un brazo sobre la gastada alfombrilla de goma con el resultado de que, al levantarme, me quedaron pegadas en la manga tres colillas y un chicle mascado.

—No se mueva —dije—. ¿Cuál es el hospital más cercano?

—¡Y yo qué sé! ¡Ay mamá!

—Usted es la taxista, Mary Jo. Usted debe saberlo… Vamos, piense un poco.

—No sé… no sé. Dios mío y la Virgen María. No sé. El… el Bellevue, supongo.

—¿Dónde está?

Mary Jo resopló.

—Buf… 25 y 1ª, creo.

—Muy bien.

Me senté en el asiento del conductor. Huelga decir que nunca había conducido un taxi por Manhattan. Lo primero que noté fue que estaba muy encajado hacia delante: tenía el volante pegado al estómago y las rodillas, a la columna de la dirección. Lo segundo y más desagradable fue que toda la zona del conductor estaba empapada en líquido amniótico.

Mi llegada al Bellevue Hospital vestido de esmoquin y conduciendo un taxi no despertó mayor interés. Los camilleros de la entrada estaban acostumbrados a gente estrafalaria y ni me miraron. Solo un enfermero que había acudido a la acera me sometió a un interrogatorio algo brusco ante dos policías que se limitaban a observar en silencio.

Terminada la entrevista con el enfermero, me quedé en la calle, solo y desconcertado. Los camilleros se llevaron a Mary Jo y los dos policías, dando por concluido el incidente, me llevaron a casa haciendo sonar la sirena. «La próxima vez que salga vestido de fiesta para conducir el taxi, no deje de avisarnos», me dijeron. Y luego: *just*

kidding, «es broma», *this is New York, buddy, have a good day,* «esto es Nueva York, colega, que tenga un buen día». Los dos soltaron una carcajada, el que conducía levantó una mano en señal de despedida y el coche arrancó con el habitual acelerón y las luces encendidas.

No fui al ballet aquella noche.

Las cenas en Manhattan eran brillantes y sofisticadas. Nada de lo que uno imagina en los tiempos horteras de Donald Trump, con oropeles chorreando mal gusto y gentes luciendo joyas excesivas e innecesarias.

A mediados de los 70, en cambio, los pisos a los que éramos invitados eran de una discreta y sofisticada elegancia; nunca muy lejos de la 5ª Avenida o de Park Avenue, o de Oyster Bay en Long Island si era fin de semana. Las dueñas de casa parecían recién llegadas de un viaje de compras a Europa o maquilladas en persona por Estée Lauder y vestidas por Armani. Lideraban salones literarios o políticos como los que frecuentaba Marcel Proust en el París del cambio de siglo (sin exagerar). Sus maridos eran banqueros o senadores o profesores de universidad, irónicos, bebedores, simpáticos. Se hacían repetir el nombre de quienes les eran presentados y ya no lo olvidaban. Eran lectores, coleccionistas de arte, apasionados de ópera, de la Costa Azul, de Capri y Sotogrande y sus propias fundaciones contribuían generosamente al sostenimiento de museos y obras de beneficencia e investigación científica a cambio de importantes rebajas fiscales. Entre todos ellos había má s de un bandido y estafador, claro, pero a mí no me afectaba porque no tenía nada por lo que ser estafado o engañado.

En aquellos saraos era fácil cenar sentado al lado de Truman Capote, de Marion Javits, mujer del famoso senador Jacob Javits (ella era buena amiga de José Sartorius, el banquero hermano de Nicolás, y fue aquel quien me la presentó), de Nureyev, de Margot Fonteyn o de Ivan Nagy, el bailarín que acabó recalando en Mallorca y del que me hice amigo. Lamentablemente, nunca compartí caviar con Marilyn Monroe (que de todos modos llevaba más de diez años muerta) ni con Arthur Miller, pero sí con Candice Bergen.

Fue en una de aquellas cenas en donde conocí al senador Moynihan y también a Ron Ziegler, que había sido secretario de prensa del presidente Nixon hasta la dimisión de este en 1974. Un tipo muy joven, fiel a Nixon hasta el sacrificio, pero soberbio y pagado de sí mismo. Tuvo problemas con toda la prensa estadounidense, y sobre

todo con los célebres Bob Woodward y Carl Bernstein, y acabó teniendo que pedir perdón por sus frecuentes impertinencias y mentiras.

En aquella cena, nada más conocerme, me espetó:

—Fernando —como todo americano, ya había registrado mi nombre para no olvidarlo nunca más—, van ustedes camino de establecer una joven democracia cuando se muera su general. Le voy a dar un consejo que harán bien en seguir en España: no engañen a sus ciudadanos, no les mientan, no crean que en una democracia todo está permitido… —No estaba mal viniendo del estrecho colaborador de un presidente que acababa de dimitir con tal de no ser sometido a juicio por sus trapacerías.

—Seguro que no lo haremos, Ron —contesté.

En mis andanzas por Manhattan, también fotografié la obra de una artista japonesa que pintaba en seda tensada sobre bastidores. El resultado era bello, aunque nunca supe lo que había hecho con él: no conocía la remota galería en la que supuestamente exponía sus trabajos y, de todos modos, aunque hablaba inglés, ni ella misma parecía comprender lo que decía.

Mi sola incursión en el tenis cuando vivía en Manhattan, ciudad que no se presta a la práctica de ese o de cualquier otro deporte que no sea el célebre maratón, fue de la mano de una competente tenista, campeona universitaria de la costa este, que tenía un *drive* poderoso y una sonrisa encantadora. Jugábamos en el sótano de un rascacielos de la calle 52 en donde había tres canchas reglamentarias. Perdí muchas de aquellas partidas y mi *drive* no mejoró.

En verano, los fines de semana íbamos a una casa alquilada por mi prima Blanca (la misma Cuchi que me había limpiado el trasero en Cádiz más de ٣٠ años antes), que era funcionaria de la ONU, y por varios de sus compañeros, en los Hamptons, al fondo de Long Island. Una gran casa de madera y vallas de cañas en la misma playa. Allí sí jugábamos al tenis, nadábamos en el océano y Fermín Prieto Castro y yo cocinábamos paella para los diez o doce americanos, ingleses y suecos participantes en el alquiler de la casa y que, de todos modos, no sabían de qué iba la cosa del arroz con gambas y pollo.

Entonces estaban de moda los Abba y a alguien de los Hamptons le dio por decir que su canción *Do you hear the drums, Fernando* había sido creada por Agnetha en recuerdo de qué sé yo qué aventura que

habíamos corrido juntos. Me limité a encogerme de hombros ante la fantasía y (el que calla, otorga) desde entonces, hace ya más de 40 años, la leyenda ha permanecido incambiada. Los Abba y yo. Alguna vez la he desmentido, pero siempre con la boca pequeña.

Jaime de Piniés era un buen jefe, un embajador generoso al que encantaba lucir su influencia en las Naciones Unidas y su caudal de conocimientos (contaba batallitas, es cierto, pero en ellas lucía un inagotable anecdotario y su capacidad de manejar situaciones inmanejables). Era un funcionario leal a Madrid, que sobrevivía moralmente a base de ignorar lo que significaba el régimen de Franco; en el fondo, estaba por encima de las fruslerías políticas españolas y se había convertido en una isla impertérrita que flotaba por su cuenta. Llevaba muchos años en Nueva York (24, si no me equivoco, de los cuales al menos 15 o 16 como embajador cuando se jubiló) y era amigo de todo el mundo. Como representante de España padeció toda c lase de peripecias, como correspondía a un diplomático que representaba a una antipática dictadura que nadie apreciaba, pero sobrevolaba por encima de las dificultades como si no lo afectaran en realidad. Me parece que lo apreciaban más a él que a su gobierno y que consiguió cosas impensables en el representante de un dictador. Reinó después de morir: fue elegido presidente de la 40 Asamblea General en 1985 cuando ya lo había jubilado el gobierno. Era el único cargo que de verdad ambicionaba.

Me llevé bien con Jaime y con Luz, su mujer, una chilena bien simpática. Me parece que, de entre todos los diplomáticos españoles que andábamos por allá, les gustaba verme introducido en la buena sociedad local, un espejismo como otro, pronto desvanecido.

En los meses finales de mi estancia en Nueva York viví una historia sentimental muy romántica durante la que mis compañeros y mis jefes parecían apostar por mí como si se tratara de una carrera de purasangres y yo llevara el estandarte hispano hacia la victoria.

Fermín Prieto Castro vivía en un edificio de la calle 51 con el East River. Éramos buenos amigos y como jóvenes divorciados (no tan jóvenes: yo tenía 37 años), de vez en cuando salíamos a cenar o a tomar copas por ahí. Yo vivía una calle más arriba. Una noche en que bajábamos en el ascensor de su casa, coincidimos con una chica (tengo que llamarla «chica», no se me ocurre otro apelativo más apropiado) que también bajaba acompañada por un joven elegante con el que era evidente que salía a cenar. La chica era un espectáculo de belleza y

elegancia y me quedé absolutamente seducido. Olía a Chanel. Y era como Grace Kelly, pero en más alto.

Me quedé mudo, incapaz de reaccionar. Salimos al descansillo, la dejé pasar y, mirando a Fermín, dije:

—¿Has visto eso?

—El qué.

—Ese bombonazo, Fermín, jopé.

—Cuál.

No se había enterado de lo que llevábamos a bordo del ascensor. No le importaba nada y me pasé la noche dándole la murga con la desesperación de un personaje de Woodehouse sobre cómo podría enterarme de su nombre y conseguir su teléfono.

Dos días después, volví a casa de Fermín. Allí estaba una amiga suya, cuyo nombre no recuerdo, pero bendigo. Le expliqué la anécdota del ascensor y ella exclamó:

—¡Pero si es amiga mía! Se llama Elaine Learson y es un encanto. Se ha divorciado hace poco, una aventura durísima, y ahora vive aquí arriba. Es modelo, pero una modelo algo especial.

—¿Ah sí? ¿Por?

—Pues porque es hija de Tom Learson.

—¿Y?

—Tom Learson es presidente de la IBM, nada menos, amigo de Richard Nixon y de Gerry Ford.

—Hale. Me da igual.

—Es la esencia del WASP [14] .

—Y yo, la esencia del toreo. Me da igual.

—No te va a ser fácil.

—Bueno.

Al día siguiente por la mañana le mandé dos docenas de rosas rojas con una nota que decía «Tuve el placer de verla en el ascensor la otra noche. Este es mi modesto homenaje a su belleza». (Tras mi nombre, puse la dirección de Fermín, dos pisos más abajo, para inspirar confianza).

Tardó dos días en contestar, pero al cabo, deslizó un sobre por debajo de la puerta; dentro iba un pequeño y elegantísimo cartón color crema que, en su centro llevaba impreso ‘Elaine Learson’ en letra de grabadores: «Muchas gracias por las maravillosas rosas. Es muy romántico».

Excuso decir que me faltó tiempo para mandarle un nuevo ramo de

rosas rojas. Considerando el precio de las flores en Manhattan, iba camino de la ruina, pero no me importaba. En mi tarjeta le proponía tomar una copa conmigo en casa de Fermín. Para calmar cualquier inquietud sobre mis intenciones, citaba el nombre de nuestra amiga común, que se hacía valedora de mi honorabilidad.

Pasó una semana antes de que contestara aceptando mi invitación. Luego me contó que había tardado tanto porque su madre estaba convencida de que yo, peligroso latino de aviesas intenciones, me proponía raptarla. Aquella tontería rompió el hielo. Nos fuimos a cenar, nunca mejor escogido, a Elaine's, en la esquina de la 2ª avenida y la calle 88, el restaurante de moda entonces, una caja de cristal algo destartalada y nunca muy limpia en un barrio ligeramente marginal en donde nos dieron mesa gracias a Elaine.

La comida de apariencia italiana era horrible, pero había verdaderas batallas para comer allí y codearse con Woody Allen, Andy Warhol, Katherine Hepburn o Sinatra. La dueña, Elaine también, maltrataba a la clientela y decía cosas como «¿el váter? A la derecha de Michael Caine». Así era la vida de Nueva York, Elaine's cerró en 2011 cuando murió su propietaria y se subastaron hasta las sillas medio rotas, las cacerolas abolladas, unos grabados de Hockney y los manteles a cuadros.

Me pareció que nos habíamos divertido esa noche.

Llamé a Elaine dos días después, antes del fin de semana, para invitarla de nuevo con no muy buenas intenciones, pero me dijo que iba unos días a su casa de las Bahamas acompañando a sus padres. Bueno. Empecé a pensar que pretendía moverme en otra liga bastante alejada de mis escasos medios de fortuna.

Pasado el fin de semana, volví a llamar. Esta vez, Elaine tenía una fiesta en Oyster Bay y unos días de trabajo posando para unos catálogos de Saks Fifth Avenue y de Bloomingdales. Decidí intentarlo una vez más por la moral del equipo, pero cuando llamé, ella tenía un viaje a Aspen y nuevamente trabajo de modelo.

Ante tan evidente fracaso, abandoné mis pretensiones de todo punto excesivas y dejé de llamar. Por fortuna pude refugiarme en los brazos algo más canallas de una condesa parisina que estaba a punto de marcharse de Estados Unidos y de su marido. Pocas semanas después, esquiamos en Courchevel. Pero esa es otra historia.

Se acercaba la fecha en la que debía volver destinado al ministerio en Madrid, a finales de invierno de 1976. Decidí dar las preceptivas

copas de despedida en mi apartamento de la calle 52 con adelanto para que no me pillara la maldición del diplomático: despedirse de los amigos y compañeros con un apartamento lleno de cajas de libros y alfombras enrolladas. Invité a unas 40 personas entre compañeros de la Misión y amigos neoyorquinos. Había al menos una docena de mujeres espléndidamente guapas. Por completar el ramillete de bellezas, invité a Elaine, convencido de que no acudiría. Pues se presentó a las ocho y cuarto de la noche, produciendo un vahído de emoción entre los presentes, un instante de silencio sobrecogido. En la puerta, me dijo que no había podido dejar de venir para despedirse por mi marcha (pensé en aquel instante que esa despedida tenía más de alivio que de simpatía) y que no podía quedarse mucho porque tenía una cena a la que no podía faltar. Me pareció un gesto simpático por su parte, la presenté a los Piniés y a algún tiburón y ahí quedó la cosa. Vi que durante la velada Elaine me seguía con la mirada y, por fin, me acerqué a ella, justo antes de que me dijera que se iba a su cena. Le dije cuánto sentía que se fuera y que no nos hubiéramos visto más. Ahí quedó la cosa.

Una hora después, mi prima Cuchi vino a decirme que me llamaban por teléfono. Cogí el auricular.

—¿Sí?

—Te estuve mirando cómo te movías y cómo sonreías y decidí que quiero saber cómo eres y que… quiero besarte.

Me senté en una silla que había ahí mismo.

—¿Y cómo remediamos eso?

—Haz que se vayan todos, todos tus amigos. Dame media hora y llegaré. Te quiero a solas.

Nunca me había pasado una cosa así. Me levanté de la silla un poco mareado, llamé a mi prima y a la amiga de Fermín y les dije, creo que en tono de súplica:

—Tenéis que marcharos todos absolutamente todos, de aquí a un cuarto de hora. Por favor, por favor.

Pues entre las dos obraron el milagro. Sin preguntarme la razón, aunque la amiga de Elaine y de Fermín se lo había barruntado.

—Elaine, ¿eh? —preguntó. Asentí.

Afortunadamente, los Piniés ya se habían ido. No habría sido cuestión de echarlos.

Exactamente a la media hora, con la casa ya vacía, sonó el timbre. Yo seguía en mi estado de pre desmayo. Abrí la puerta medio

tambaleándome y allí estaba Elaine. Me miró con aire serio y concentrado. Se colgó de mi cuello y me besó.

Y así fue.

Un romance breve e intenso. Fuimos como locos de un sitio a otro, bailando, comiendo, juntos día y noche. Aunque no me lo dijeron, me dio la impresión de que mis compañeros de la Misión adoptaron a Elaine como si se tratara del estandarte de todos. Mercedes Rico la bautizó como Miss Listerine por lo perfecta y delicada («limpita», dijo Mercedes). Los Piniés me dieron una cena de despedida a la que invitaron a Elaine y a los Learson. Todo fue maravilloso.

Un día en que debíamos acudir a una recepción, me empeñé en regalarle un vestido. Fuimos a Saks y allí ella escogió uno bellísimo que le encantaba. Al pagar con mi tarjeta de American Express, la empleada, una chaparrita renegrida y pequeña con gafas de miope, exclamó «¡oh! Schwartz como yo». Me dio la sensación de que aquello tenía que rebajar mi cotización, pero Elaine nunca dijo nada.

Me marché de Nueva York con el corazón entristecido, *le coeur gros,* le dicen los franceses con propiedad.

Y este romance se disolvió como un azucarillo en tres episodios finales.

Primero, aquel mismo verano de 1976, Elaine vino a visitarme a Sotogrande, con el consiguiente terremoto estético en los veraneantes, que la contemplaron asombrados. Por lucirla de mi brazo, también la llevé a cenar al club Puerta de Hierro de Madrid, con el mismo efecto entre los socios.

Segundo, en octubre fui enviado a Nueva York a trabajar durante un mes en las labores diplomáticas españolas en la Asamblea General de la ONU; nada más aterrizar, llamé a Elaine; noté en ella cierto titubeo, un entusiasmo menor del que me esperaba. No fue fácil invitarla a cenar, no. Por teléfono me informó de que en esas semanas estaba saliendo con un nieto del expresidente Ike Eisenhower, un chico de mejor estatus social, ciertamente de más poderosos medios de fortuna y, desde luego, bastante más *wasp* que yo. Me recordaría siempre con cariño.

Tercero, mi estatus mejoró dramáticamente cuando fui nombrado embajador de España en Kuwait apenas unos meses después, en mayo de 1977. No sé lo que piensan los neoyorquinos de la categoría política y social de un embajador, pero me parece que la sobrevaloran. Elaine vino a pasar una semana conmigo al mismísimo desierto., como

era natural. Un embajador, nada menos.

Y ahí, lamentablemente, acabó la cosa.

---

14 : White Anglo-Saxon Protestant, blanco anglo-sajón protestante, la crema de la crema de la Costa Este de Estados Unidos.

12.
OTRA VIDA, MENOS GLAMOUR

El regreso a Madrid tras casi doce años de vida en el extranjero, me devolvió a la realidad. Volvía al mundo de lo reconocible, a lo palpable de nuestra sociedad e iba a redescubrir de pronto la vieja angustia por lo incierto de nuestro futuro colectivo. Me había parecido que la muerte del general nos liberaba de golpe de las ataduras y de los miedos (muerto Franco se acabó la rabia), que el cambio sería instantáneo y sin heridas: deformación optimista de la visión desde la lejanía. Nada de eso. Los miedos, las tensiones, los hábitos retorcidos de la dictadura no desaparecían en un abrir y cerrar de ojos. La inercia mantenía todo en pie: la persecución de los disidentes, la resistencia frente a los impacientes, las muertes de manifestantes, obreros y estudiantes, el derramamiento ofensivo de la sangre, solo adquirían una visibilidad irritada y escandalosa. La sociedad había cambiado; los modos, no. Todos esperábamos en el umbral mismo de la Arcadia y no podíamos contener la impaciencia.

La muerte de Franco tuvo un efecto socialmente imparable. Fue como si una tapadera de hierro forjado hubiera saltado por los aires dejando a la vista un guiso que llevaba demasiado tiempo hirviendo. De pronto, la gente se divorciaba, tenía amantes, consumía drogas, abortaba, hablaba libremente y sin miedo y hasta exhibía su condición sexual diversa. ¿Quién iba a pensar que La Movida alteraría de un plumazo de pelos teñidos, ropa estrafalaria y música estridente los hábitos de la nueva generación? Ah, pero con demasiada frecuencia olvidábamos que el enemigo seguía ahí, dispuesto a impedir cualquier cambio («libertad, sí; libertinaje, no»). De recordárnoslo se encargaba el aparato represor: en la primavera de 1976, las manifestaciones estudiantiles y las huelgas obreras, los muertos de Vitoria y el suceso de Montejurra que enfrentó a dos facciones del carlismo con apoyo de los peores elementos de la «caverna», es decir la sublimación de los peores elementos del antiguo régimen. El peso de los muertos se hacía insostenible y la voluntad de resistencia, cada vez más evidente, tenía al país revuelto, asustado pero lleno de esperanza. Lo que los mandos policiales llamaban «una orgía de anarquía y nihilismo». Sabrían ellos lo que era eso.

Todo se movía en distintos planos. Nada era homogéneo. Se tambaleaba el gobierno de Arias Navarro, probablemente el gobernante más inútil en toda la historia de la dictadura (en un momento de 1975, este hombre llegó a ofrecer a Estados Unidos invadir Portugal, tras el triunfo en Lisboa de la revolución de los claveles). Y mientras era incapaz de manejar la situación interna, intentaba presentar en el extranjero una cara moderna, sin renunciar por ello a la desconfianza y hostilidad que suscitaban en él los sistemas democráticos de allende los Pirineos. Para eso tenía un ministro de exteriores, José María de Areilza, él mismo convencido de su propia capacidad de seducir en Europa y de obviar todos los obstáculos. Se equivocaba: no convenció a nadie. Y el único que acabó haciéndolo fue el bisoño rey Juan Carlos, que se plantó en Washington con un discurso en las Cámaras que dio un aire juvenil al futuro y, de paso, se llevó por delante a Arias Navarro. Areilza se quemó en pocos meses, entre otras cosas por su excesivo paternalismo hacia la figura del Rey, algo que este siempre ha tolerado mal, y probablemente por representar a los estamentos más tradicionales de las nuevas generaciones; no encajaba con un chaval de la edad del nuevo monarca. La esperanza de Areilza de convertirse en presidente del gobierno se frustró para gran ofensa suya. ¡Y a favor de Adolfo Suárez, un *parvenu* procedente del más rancio franquismo!

Los que volvíamos al ministerio después de tantos años fuera, teníamos poco contacto con los movimientos de la oposición, con la Platajunta recién estrenada, con la rebeldía de los profesionales liberales. Me empeñé en reajustarme enseguida para sumarme a la nueva realidad política que se estaba configurando aceleradamente. Hablé con Fernando Morán, mi viejo amigo de tiempos de Lisboa, y con Emilio Cassinello. Les dije que pretendía ingresar en el PSP de don Enrique Tierno Galván, «el viejo profesor», de Raúl Morodo, del propio Fernando y de Emilio. Y en esa misma primavera de 1976 ingresé en el partido. No me gustaba mucho su ideología, demasiado extrema para mí, pero era el revulsivo que necesitaba para encajar en el nuevo mundo.

Nada más llegar a Madrid, ocurrieron dos cosas. De la mano de Elaine, durante su breve estancia, y a través de la esposa americana de un compañero diplomático, recibí el inesperado regalo del alquiler del piso de ambos, un maravilloso apartamento encima del arco de la Plaza Mayor que lleva a la plaza de Santa Cruz. Estaba decorado con

la más delicada colección de muebles, alfombras y cachivaches provenientes de la India. Una delicia con dos balcones que se asomaban a la plaza (dos inconvenientes: el patio interior era asimismo la salida de humos de la cafetería Los Galayos, con lo que mis camisas puestas a secar en el tendedero olían a aceitazo y churros; y la banda municipal, cuando se acercaban las fiestas madrileñas, se ponía a ensayar varias sonoras músicas a las v de cada mañana, justo después de que los cantantes y bailarines de los tablaos flamencos hubieran cerrado sus chiringuitos y marcharan alegres por el empedrado dando palmas).

También conocí a Massiel, poco después, a través de mis amigos Salva Gayarre y su mujer. Ellos me presentarían al cabo de los años a Ana Sandra, esa santa. Massiel, la «tanqueta de Leganitos», y yo nos hicimos grandes amigos sin más connotaciones. Ella venía a cenar a mi casa de la Plaza Mayor: traía una lata grande de caviar y yo ponía el vodka, las tostadas y el balcón. Puede parecer ridículo, pero hablábamos intensamente de la revolución pendiente después de Franco, más burguesa para mí, más socialista de izquierdas para ella.

Nada má s tomar posesión de un pequeño puesto en el ministerio de Madrid, me mandaron a la Conferencia de la UNCTAD, la Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, que tendría lugar en Nairobi a lo largo del mes de mayo de 1976. Allá fuimos una numerosa delegación española encabezada por Leopoldo Calvo Sotelo, entonces ministro de comercio en el primer gobierno de Adolfo Suárez. Seis años más tarde, Leopoldo sería un breve presidente del gobierno tras la payasada del teniente coronel Tejero.

Los currantes de la delegación éramos Álvaro Santa Cruz, hijo del que había sido mi embajador en Londres, y yo. Álvaro entonces aún era marqués del Viso, cosas del Gotha, pero era currante y concienzudo. Durante nuestros años de Naciones Unidas nos llevamos muy bien y montamos en la parcela económica (la 2ª comisión, el ECOSOC y la propia UNCTAD) algunas operaciones a mayor beneficio de España frente a las pretensiones de los países más desarrollados. En alguna ocasión, el jefe de la delegación americana, después que hiciéramos una jugarreta cualquiera al grupo de delegados europeos y nos leváramos el gato al agua, nos llamó sonriendo *you two cool cats* , par de manipuladores maniobreros.

En Nairobi, Álvaro y yo trabajábamos tan deprisa que el propio Calvo Sotelo nos preguntaba a diario «¿pero de dónde sacáis el tiempo

para estar en las comisiones, asistir a reuniones, hacer *lobby* y cifrar y descifrar telegramas? ¡Por Dios!». Pero tiempo nos daba. Tanto, que hasta nos las arreglamos para irnos de safari a cazar búfalo. Yo me limitaba a hacer fotos: con un rifle en la mano no le habría acertado ni a un rascacielos. *Dumbo* Garrigues, Eduardo, el hoy célebre novelista empeñado en recuperar el acervo hispánico de la historia de Estados Unidos, estaba destinado en Nairobi en la embajada, a las órdenes de otro estupendo diplomático, Tanli Pan de Soraluce, el compañero que, años antes, se habia empeñado en defender a mi hermano Pedro tras su catastrófica oposición de ingreso a la escuela diplomática. Eduardo nos acompañó al safari; de hecho, se las ha arreglado para ocupar algunos destinos diplomáticos en los que la única actividad es la caza mayor y la escritura de novelas.

Me parece que mi breve etapa en Madrid, en la que también tuve un intenso escarceo, tan breve como la etapa, con María Marsans (que se casó después con José María Entrecanales, lo que viene a subrayar la diferencia sustancial entre un pretendiente y otro), estuvo marcada por el asesinato de los abogados laboralistas de la calle Atocha en enero de 1977. Ya he hablado de ello y solo quiero hacer hincapié en que condicionó parte importante de mis actividades en el ministerio.

La carrera diplomática es un cuerpo que se considera más de élite de lo que es en realidad. Es cierto que tiene una tarea difícil, lo que Josep Borrell califica de «grandeza y servidumbre del funcionario diplomático», que tiene que entregar con brillantez lo que ha de sacrificar luego en silencio. Pero el gran defecto de la carrera diplomática española es que, durante los pasados 80 años, ha mantenido una actitud poco proactiva. Dicho en otras palabras, ha sido un cuerpo que se ha preciado siempre de ser liberal sin sobresaltos. Eso durante el franquismo le dio fama de excesivamente izquierdosa (y, por tanto, vista con desconfianza y hasta con xenofobia, como si sus miembros hubieran sido extranjeros en un mundo carpetovetónico: viajaban y leían demasiado y encima se relacionaban con elementos peligrosos en los países en los que estaban destinados). Y durante la nueva democracia, de excesivamente conservadora y retró grada, demasiado elegante para los tiempos que corren y no digamos con un gobierno socialista. Sé que esto es esquemático en exceso, pero cedo a la tentación de generalizar con una ironía probablemente injusta. ¿Caricaturas? Tal vez.

¿Estereotipos? Sin duda. Los embajadores y los diplomáticos que sirven a sus órdenes no son en su mayoría tan malos como los pinta la sabiduría popular. Aunque es bien cierto que el colectivo —la Carrera — tampoco es tan bueno como sus miembros aseguran; ni mejor ni peor que otros cuerpos del Estado. Solo que hablan idiomas.

Así era el panorama de mi ministerio cuando regresé a él. No es de extrañar, por tanto, que me refugiara al final de cada mañana en un despacho en las buhardillas remozadas del palacio de Santa Cruz para complotar con Ramón Villanueva (mucho después, embajador en Turquía), con Ricardo Peidró (mucho después, embajador en Uruguay) y con Paco Condomines (el más listo de todos, que nunca quiso ser embajador).

Pretendíamos reformar la carrera, hacer que sus miembros tomaran por fin el control de sus vidas, que incluso las mujeres, las esposas, en una primera exigencia igualitaria, cobraran un sueldo por dar de comer a quienes interesaban a sus maridos (cuando no eran ellas las funcionarias diplomáticas, claro). Pretendíamos crear un sindicato de todos los funcionarios del ministerio. Pretendíamos facilitar los movimientos de protesta, la disensión y la libertad de información. Pretendíamos que una junta de la carrera controlara los destinos a los que enviar a los funcionarios.

Pero aquello en ese momento, con las manifestaciones y las huelgas, con los estudiantes muertos y la policía reprimiendo con violencia y amedrentamiento cualquier movimiento de protesta, resultaba francamente imposible. Por elemental discreción tuvimos que trasladarnos a casa de Villanueva a reunirnos al caer la tarde y con un whisky en la mano. Sin embargo, fue incrementándose el número de asistentes, de reuniones y de exigencias y todo esto tenía que acabar llamando la atención. Ignoro el motivo verdadero (a lo mejor, separar a los complotados que amenazaban con alterar la pacífica vida diplomática del ministerio), pero en lo que me concierne, la consecuencia de tanta actividad subversiva fue que Fernando Arias Salgado, secretario general técnico del ministerio y compañero de promoción, me llamó a su despacho una mañana de marzo de 1977 y me ofreció ser embajador en Kuwait.

El último acto de amor que pude brindar a mi padre fue decirle que me nombraban embajador, cosa que él jamás logró pese a que sus merecimientos fueron infinitamente superiores a los de la mayor parte

de sus compañeros de carrera, incluido yo, y a que una persecución idiota se lo impidió. A estas alturas de la vida suya que se apagaba, solo quería sentir el orgullo de verme representando a España con la dignidad de jefe de misión. Fue bueno poder darle la noticia. Murió pocos días después con 81 años y un cáncer de pulmón causado por todo lo que había fumado en su vida.

Había una ceremonia regular en casa, más o menos una al trimestre, cuando llegaba una cigarrera de abundantes carnes (visto con recuerdo algo borroso, puede que fuera gitana o una cubana huida de Fidel Castro; era amable y seria) y se instalaba frente a una mesita del salón. Sus instrumentos de trabajo eran un pincelito que pegaba con esparadrapo a la uña del meñique de la mano derecha y una taza con agua. Mi padre suministraba las libras de tabaco cubano (probablemente de contrabando) y las resmillas de papelillos para liar. La cigarrera pasaba horas, dos o tres, liando cigarrillos que amontonaba en una bandeja de madera: papelillo, tabaco, unte con el pincel mojado, liado, no tardaba más de cuatro o cinco segundos por cigarro. Mil o dos mil que abastecían a mi padre para dos o tres meses. A mi madre se le llevaban los demonios porque a papá de vez en cuando le caían brasas en las camisas de seda.

Presenté mis cartas credenciales al emir de Kuwait, Sabah al Salem, durante la primera quincena de junio de 1977. No es necesario que insista en el calor que hacía aquella mañana. Mi homenaje final a mi padre consistió en presentarlas vestido con el uniforme diplomático suyo, un vestido de paño azul con charreteras que se había hecho confeccionar para lucirlo en su primer puesto en Oslo, más de medio siglo antes. La diferencia de temperatura entre Oslo y Kuwait no merece ni describirse.

El embajador de turno tiene que esperar a pie firme en un patio de naranjos a ser convocado a presencia del Emir, mientras una banda llena de buena voluntad interpreta el himno nacional. Los naranjos, unos cuarenta, todos ellos algo escuchimizados por la meteorología, fueron donación de Mallorca en un momento en que los kuwaitíes empezaban a fijarse en las posibilidades inmobiliarias de las islas Baleares y convenía animarlos a que invirtieran. Pues el embajador de España estuvo aquel día al borde de la insolación y el colapso. Todo fuera por el éxito de su misión. Al menos, el último aroma que percibiría sería el de las amadas naranjas de su tierra, llamadas

portugal en la península arábiga.

He hablado del emirato dos o tres veces a lo largo de estas memorias. No creo que haya mucho más que añadir salvo que el desierto es el desierto, en el caso concreto de Kuwait, un pedregal inhóspito bordeado por un mar color turbio de leche. Se me nota que pasé cuatro años allí. De 1977 a 1981. [15]

La ciudad era, había sido un viejo fuerte con murallas de adobe y barro, que el desarrollo había derruido para sustituirlas por sólidos y feos edificios, mal construidos. Con el tiempo se elevaron torres (como el célebre depósito de agua, una esfera de cristales atravesada por una lanza con un restaurante giratorio en lo más alto al que llevé a la reina Sofía a almorzar cuando la visita oficial de los reyes al emirato), hoteles franceses y americanos, más algunos rascacielos, más muchas lujosas villas y mezquitas en el extrarradio, y la Corniche, la autopista de resonancia a Costa Azul, que va a lo largo del mar del centro de la ciudad al barrio de los expatriados elegantes.

Los kuwaitíes habían pasado en una generación del medioevo y del Corán al avión privado. Y eso se notaba en su altivez de nuevos ricos. Alá les había entregado un subsuelo que no estaba nada mal y sobre él habían edificado una sociedad bastante esquizofrénica, a medio camino entre las tribus del desierto y los millonarios de Belgravia en Londres, entre los camellos y el Rolls-Royce. No consumían alcohol y la causa más frecuente de muerte era el alcoholismo; respetaban el Ramadán y en ese mes de ayuno las basuras aumentan un 50 por ciento. Cuando los pocos amigos que hice en la alta sociedad local venían invitados a la embajada, rechazaban cualquier bebida que no fuera zumo de naranja; luego, iban a la habitación de Antonio, mi famoso mayordomo, y bebían las botellas de whisky como si fueran agua y esnifaban coca aparecida como por ensalmo.

Me desengañé pronto, en cuanto comprendí que el Corán, más que un anticuado y rígido texto religioso, es una barrera cultural y social que no solo justifica la tiranía sobre sus fieles sino el rechazo público a los modos foráneos. Ese es el significado de la *sharía* , la ley islámica que solo puede interpretarse desde el prisma religioso; así son los textos constitucionales, civiles solo de nombre.

Hubo, de todos modos, gente previsora en esa autocracia: constituyeron un Fondo para Generaciones Futuras en el que invierten el diez por ciento de todos los ingresos provenientes del petróleo, que

son muchos (oscilan brutalmente pero siempre giran en torno a los 90.000 millones de dólares anuales). No está mal, solo que en circunstancias extraordinarias (por ejemplo, si el país es invadido por Irak o se desploman los precios del crudo), se les desequilibra. Ya sé que soy un poco escéptico, pero nadie me va a convencer de que, por mucho que se hagan cálculos económicos sofisticados y se revistan de seda, la mona, mona se queda. No tiene misterio.

El embajador británico era un tipo simpático y alegre y su residencia, el único edificio de ladrillo y adobe que quedaba intocado de cuando era sede del gobernador del antiguo protectorado británico antes de la independencia en 1961. Lo traigo a estas páginas porque era un gran aficionado al teatro, igual que yo, y montaba de vez en cuando en los jardines de su casa un drama o una comedia de Shakespeare que representábamos algunos miembros del cuerpo diplomático acreditado y muchos expatriados. En una ocasión que recuerdo especialmente, pusimos en escena *El sueño de una noche de verano.* Fui el Puck, el duendecillo travieso de los bosques, de mayor tamaño que jamás ha pasado por un escenario.

A esta incursión por la obra shakesperiana, siguió una representación del *Amor de los Cuatro Coroneles* , la comedia de Peter Ustinov, en la que hice del coronel francés y me reí mucho. Esta afición por las tablas, inaugurada con una representación colegial de una astracanada de los hermanos Álvarez Quintero, seguida en la universidad de un drama de J.B. Priestley, probablemente *El tiempo y los Conway,* explica, me parece, que yo acabara cayendo muchos años después en las redes de la televisión.

Creo que lo más valioso que hice en Kuwait estuvo bien y salió fatal.

La situación del mercado del petróleo era volátil. Nadie sabía con seguridad si un embargo inopinado o una brutal disminución de la producción por los países de la OPEP iba a llevar a Occidente a una escasez difícilmente soportable. En España estábamos verdaderamente preocupados. Nos parecía que se iba a paralizar el país por falta de gas y de crudo. La guerra de Yom Kippur desencadenada por Egipto, Irak y Siria contra Israel en agosto de 1973 le duró a este un par de meses. La derrota del mundo árabe fue total pero también lo fue la represalia de los árabes contra Occidente: un barril de crudo costaba 1,80 dólares en 1972; 3,39, terminada la guerra; 11,60 en 1974; 22 apenas

unos meses más tarde. La economía desarrollada tembló. Y no digamos la española, que tuvo que hacer milagros de subsistencia para mantenerse.

La tarea de un embajador español en un país árabe debía consistir en obtener petróleo antes de que se secaran las fuentes, bloqueadas por un embargo o por una subida de precios inabordable. Pero el gobierno lo consideraba misión tan imposible que ni siquiera me encargaron ocuparme de una parcela tan pequeña como la kuwaití. Tenían al parecer otros resortes, otras teclas que tocar. Había una compañía española, Hispanoil, buscando petróleo en Kuwait, pero me parece que les dieron un rincón del desierto en el que no había ni una gota de crudo. Por allí anduvieron unos cuantos años perforando sin resultado.

Por pura casualidad, en una cena en casa de un amigo banquero australiano, Edward Gilly (casado, lo digo por esnobismo, con la nieta del poeta André Gide, premio Nobel en 1947), coincidí con Yusouf al-Sabah, un miembro de la familia real kuwaití. Yusouf, un economista formado en Londres y Estados Unidos, tenía dos características principales: no le interesaba lo más mínimo el poder, por lo que se mantenía al margen de las luchas intestinas de la familia, y era un intelectual plenamente occidentalizado. Su conocimiento del mercado del crudo, de sus vaivenes y tendencias y de lo que convenía no solo a Kuwait sino a la economía mundial, hacía de él un interlocutor inestimable. Nos entendimos inmediatamente.

Durante semanas hablamos de las necesidades españolas y de cómo se nos hacía esencial contactar con países árabes amigos que nos ayudaran a enmendar la situación del suministro del crudo. Al fin y al cabo, le sugerí, nosotros, gracias a nuestra relación privilegiada (dije privilegiada, aunque no me lo creyera mucho), éramos el país occidental más cercano a las preocupaciones del mundo árabe (que, y esto me lo callé, no incluían las angustias y luchas de los palestinos frente a Israel). Y a lo mejor necesitábamos de su solidaridad más que ningún otro. También les facilitábamos su participación en la tarta inmobiliaria de la Costa del Sol y de las Baleares; sí, también intervine en eso, aunque me produce cierta vergüenza recordarlo.

Yusouf lo comprendió y enseguida se puso a hablar de posibles contratos sin que parecieran preocuparle las connotaciones políticas: era un economista sopesando pros y contras de un negocio. Luego, un día me dijo:

—Mañana me voy a Ginebra, a terminar unas negociaciones urgentes. ¿Por qué no te vienes y cerramos el asunto? Estaré en el hotel de la Paix. Siempre me alojo ahí ¿Cuándo puedes venir?

—Dame dos días para que mis jefes me autoricen el viaje.

Nos vimos, en efecto, a los cuatro días en el hotel de Yusouf. Al principio me alarmé porque me retrasó la reunión, obligado por su otro asunto. Temí una clásica espantada árabe. Pero no pasó nada especial. Nos vimos, almorzamos y fijamos los puntos esenciales de nuestro trato. Kuwait suministraría un primer envío de 150.000 toneladas de crudo. Si la entrega iba bien y el pago se formalizaba a través de la UBS (Union de Banques Suisses) en las fechas acordadas, hablaríamos de pactar un suministro regular. El momento más delicado de la negociación fue cuando discutimos el precio, teniendo en cuenta de que yo era un lego absoluto en la economía del petróleo. Le pedí que, por la condición especial del cliente, este primer suministro se realizara a un precio inferior al del mercado. No recuerdo bien cómo planteé el tema. Solo sé que Yusouf torció el gesto y me dijo que eso debía autorizarlo el emir Jaber al Ahmad, recién entronizado. Lo creía posible, añadió sonriendo, teniendo en cuenta su amistad con el rey Juan Carlos (yo me la creía poco) y que las comisiones siempre podían minorarse. «Eh, eh, Yusouf» dije (o algo por el estilo), «si lo dices por mí, no te molestes. No quiero ni puedo aceptar una comisión. Es más, no creo poder firmar el contrato por mí mismo. Lo que haré será pedir al presidente del monopolio de carburantes…».

—¿CAMPSA?

—CAMPSA, sí. Tendrá que venir a Kuwait a finalizar y firmar…

—Con el presidente de la KPC (Kuwait Petroleum Corporation)…

No me di cuenta entonces del berenjenal en el que me había metido.

Desde Ginebra llamé a Roberto Centeno, entonces consejero delegado de CAMPSA y le conté la historia. «¿Estás seguro?», me preguntó. «Absolutamente, Roberto». «Mira, Fernando, estoy harto de recibir ofertas que son puro camelo, así que no me hagas coger un avión, irme a Frankfurt, coger otro avión a Kuwait y tirarme diez horas de vuelo para que luego no…». Pero nos conocíamos bien y, por lo que deduje después, se fiaba de mi criterio. Le insistí en que debía volar a Kuwait para formalizar el contrato. Lo hizo, firmó el preacuerdo con el presidente de la KPC y regresó a Madrid, encantado

de la vida. Él mismo lo ha contado muchas veces y utilizaré sus propias palabras:

> —El entonces embajador de España en Kuwait, Fernando Schwartz (…), me dijo que tenía una gran amistad con la familia Al-Sabah reinante en Kuwait y que podría conseguirnos petróleo adicional. Volé inmediatamente a Kuwait y, gracias a este gran embajador que hacía su trabajo, pude contratar un primer cargamento de ١٥٠.٠٠٠ toneladas. Al volver tenía varias llamadas de mi jefe, Fernández Ordóñez, pidiendo que fuera a verle de inmediato. Fui encantado, pensando en una efusiva felicitación. Nada más lejos. Al llegar a su despacho de la calle Alcalá [el ministerio de Hacienda], Fernández Ordóñez se puso en pie, levantó los brazos al cielo y me dijo: «La que has liado, Roberto, me vas a buscar la ruina». Me quedé atónito: «¿Pero de qué me hablas? ¡Si acabo de contratar un cargamento en Kuwait que nos garantiza el abastecimiento dos o tres semanas!». «Mira —me dijo—, ha estado aquí Manolo Prado —senador, diplomático y administrador privado del rey Juan Carlos durante dos décadas—, que se ha enterado que estabas en Kuwait y me ha montado un pollo que no puedes imaginar, me ha dicho que Arabia Saudí y los Emiratos son exclusivamente suyos 16 y nadie más que él puede negociar ni un barril, así que ni se te ocurra volver a hacer nada parecido». Mi sorpresa se tornó en ira, así que, con la confianza y el cariño que siempre tuve por Fernández Ordóñez, le dije: «No tengo ni idea de quién es ese tío, pero el responsable de garantizar los suministros soy yo y no ese tal Manolo, que ni siquiera sé quién es».

Roberto visitó después a Fernando Abril Martorell, vicepresidente del gobierno, que, riendo, le volvió a decir lo mismo y le recomendó que no se metiera en el asunto. Roberto estaba furioso. ¿De modo que no podía tocar Arabia Saudita ni Emiratos «porque era un chiringuito de Manolo Prado, el único que tenía derecho a comprar petróleo» allí?

«Obviamente», explica, «la operación se frustró y fue Manuel Prado Colón de Carvajal quien la llevó a cabo» con el añadido de la comisión

correspondiente, que Roberto, aunque no lo recuerda con precisión, cifra en uno a dos dólares por barril añadidos al precio que yo había negociado con Yusouf , una cifra que, de ser cierta, era verdaderamente escandalosa. Manolo Prado acabó en la cárcel por sus líos con el Grupo Torras y sus tejemanejes con las finanzas kuwaitíes y la KIO (la Kuwait Investment Corporation), cuyo nombre está unido a las Torres del paseo de la Castellana en Madrid.

Y ese fue el final de mi intervención en el mundo del petróleo de la península arábiga. Aunque no exactamente. Prado y Colón de Carvajal, escribió una carta al ministro de exteriores, José Pedro Pérez Llorca, acusándome de traición, corrupción y malas practicas en el desempeño de mi embajada en el mundo árabe. Y de no sé cuántas cosas más. Yo creo que pedía mi destitución. Pérez Llorca nunca me lo contó y después, cuando volví al ministerio a las órdenes de Morán, no quise ver la carta. Para qué.

De Kuwait me queda poco más en el tintero. Confieso que los años de desierto me hicieron perder el equilibrio y gran parte de mi salud mental. Luego la recuperé, pero no sin antes casarme con una dama inglesa algo aventurera que cayó por allí un buen día. El matrimonio duró bien poco, un par de años. Lo único bueno que salió de él fue un hijo, al que puse Juan Sebastián en honor de Bach. Hoy, tantos años después, vive cerca de nosotros. Sigue siendo encantador. Era ahijado de Máximo Cajal.

---

15 : Escribí un libro llamado apropiadamente *Kuwait* (ed. Destino, 1990), en el que describía el emirato como «este absurdo trozo de playa encaramado a un gigantesco pozo de petróleo».
16 : Kuwait no era ni uno ni otro. Tenía yo razón en sospechar que el Rey no tenía contacto con la familia real de este emirato, hasta casi dos años después, cuando hizo un viaje oficial al emirato.

13.
EL FINAL DE LA DIPLOMACIA

1982 fue un buen año.

Fue el año en que conocí a Sandra. No nos hemos vuelto a separar. Cuarenta años, ya.

Fue año de elecciones generales en las que el PSOE arrasó. Obtuvo la mayoría absoluta con 202 diputados frente a los 118 de la derecha. Signo de los tiempos y del peso de cuarenta años de dictadura, los dos partidos de extrema derecha, Fuerza Nueva y Falange obtuvieron exactamente 0 diputados. Fue uno de los placeres de que disfruté, apenas año y medio después de la patochada de Tejero y cinco desde la matanza de los abogados de Atocha. ¡Qué manera de cambiar un país! Como dijo el vicepresidente del gobierno, Alfonso Guerra, en un célebre exabrupto, «este país no lo va a conocer ni la madre que lo parió».

1982 también fue el año en que, para mi completa sorpresa, el 15 de octubre quedé finalista del Premio Planeta con mi novela *La conspiración del Golfo* . Ganó Jesús Fernández Santos, un novelista al que yo respetaba mucho y que, con razón, me miraba como si fuera un microbio. Literario, se entiende.

Fue una buena noche. Me asomé al mundo literario y me sedujo por completo. No quería otra cosa en la vida. Escribir, solo escribir.

Pero no iba a ser fácil. Casi simultáneamente, unos días después, me llamó Pipo Dicenta (es José Luis, pero todos le llamamos Pipo) para que tomáramos una copa a la caída de la tarde. Quedamos citados en la rotonda del Palace a las siete.

Era *vox populi* que Fernando Morán sería el ministro de exteriores del gobierno que ultimaba Felipe González. Y Pipo sería su jefe de gabinete. Fue lo primero que me dijo. Y lo segundo:

—Fernando quiere ofrecerte ser embajador en Rabat. Sabes bien que es nuestra embajada mas delicada, es decir, de absoluta confianza del ministro y del gobierno, y tú tienes, además, la experiencia de años en el mundo árabe.

Me había quedado de hielo. No porque no me interesara ese fantástico encargo, lleno del peso del Estado y de responsabilidad, sino porque acababa de empezar mi relación profunda con Sandra, la

relación de una vida, y ella no podía moverse de Madrid. Sus dos hijas, que siempre fueron lo más importante en su escala de afectos y atenciones, le impedían moverse. No supe cómo explicárselo a Pipo, pero él debió de adivinarlo porque, con una leve sonrisa, me hizo saber la verdadera naturaleza de su encargo.

—Verás. En realidad, Fernando prefiere que seas director general de la OID. Tú verás, pero necesita un hombre que le lleve las relaciones con la prensa, sea la voz del ministerio y sea también el que informe a nuestras embajadas del manejo de las relaciones diplomáticas; es consciente de que la Carrera no es precisamente un instrumento de Moscú y que no han acogido el triunfo del PSOE con entusiasmo. Hay que explicarles de qué va esto. Tienes la planta, la personalidad perfecta para el cargo, que te va ni que pintado. Claro que no te lo puedo garantizar todavía. Será una cosa u otra. Te lo confirmaré en cuanto pueda.

Meses más tarde, en marzo de 1983, viajé a Londres como director de la OID. Acompañaba a Morán a una visita aterradora que le hacíamos a Margaret Thatcher. En la delegación íbamos entre otros, Pipo Dicenta como jefe de gabinete y Mariano Berdejo, que era director general de asuntos europeos y, por consiguiente, encargado del interminable tema de Gibraltar.

Margaret Thatcher, correctamente llamada la Dama de Hierro, era un muro contra el que Fernando decidió chocar para desatascar el engorro del Peñón. La primera ministra venía implacable de aguantar, sin mover una ceja, la huelga de hambre de miembros del IRA en 1981 y la muerte de uno de ellos, Bobby Sands [17] . Apenas un año más tarde lanzó a la *Navy* a apagarle el farol al general argentino Galtieri, que había ocupado las islas Malvinas en el otro lado del mundo; pocos creían, yo incluido, que la primera ministra llevaría la guerra hasta allá, pero, amigo, era no conocerla. Del mismo tortazo, recuperó las Falklands, se cargó a la dictadura argentina y nos complicó a los españoles las aspiraciones sobre Gibraltar hasta hacerlas imposibles.

Con esa prognosis algo pesimista viajamos a Londres. Pero Fernando iba animado a la pelea. Nada más llegar al gobierno había levantado la verja (con gran escándalo de la prensa de derechas y de los políticos nacionalistas).

La reunión empezó bien. Fernando agradeció a la señora Thatcher su apoyo inmediato a la democracia española frente a la asonada del

23F. Ella dijo que había sido natural hacerlo. [18] Y ahí terminó el juego de amabilidades. [19]

Al entrar en el salón amarillo y cálido del 10 de Downing Street, en una bandeja que había sobre la mesa frente a los sofás había sido preparado el té.

—*Tea, Mister Moron? (¿té, señor Morán?* , dijo «moron», que en inglés quiere decir idiota congénito).

Fernando hizo caso omiso del insulto y contestó:

—Gracias.

—¿Con leche y azúcar?

—No. Solo. Mi mujer dice que soy idiota…

—Tiene razón… por lo del té, quiero decir.

Y ahí se cortó brutalmente cualquier atisbo de cordialidad que hubiera podido presidir la reunión.

Hablaron de Gibraltar sin entenderse durante tres cuartos de hora y eso que Morán iba decidido a ceder sobre la cuestión hasta el máximo posible sin comprometer la posición española. Pero Margaret Thatcher fue inflexible: nada de soberanía compartida (primaba la voluntad de los gibraltareños), nada de revisión del Tratado de Utrecht, nada de medidas suavizadoras del régimen del Campo de Gibraltar, nada de comisiones bilaterales sin la presencia del Ministro Principal de la colonia, nada de compromiso sobre el uso del aeropuerto. Cualquier esfuerzo de relajación de las tensiones en el Campo fue cortado en seco. A lo mejor habría sido posible de no mediar la dichosa guerra de las Malvinas: fastidió las aspiraciones argentinas y, de paso, las nuestras.

—Pero —dijo Fernando en un momento dado—, usted no puede pretender eso [dar marcha atrás en las concesiones pactadas en la Declaración de Lisboa de 1980 entre los dos ministros de exteriores] sin contar con la Cámara de los Comunes a la que de este modo impediría ejercer su control sobre el poder ejecutivo…

—¡Yo hago lo que quiero con los Comunes!

Hubo un largo silencio y, por fin, Morán contestó:

—Eso es mejor que no lo sepa la Cámara de los Comunes, señora Primera Ministra, porque no creo que le permitieran violar de este modo el espíritu y la letra del principio de la separación de poderes. No una primera ministra democráticamente elegida.

Fue un insulto directo lanzado a la línea de flotación de Margaret Thatcher y la dejó sin habla. Se llevó dos dedos al puente de la nariz,

yo creo que para no tirarle la tetera a la cabeza. Fernando había conseguido sacarla de sus casillas. La primera ministra dijo entonces en tono calmo y muy despacio:

—Señor Morán, pongámonos de acuerdo en que no nos hemos puesto de acuerdo.

—Muy bien.

Acabada la escaramuza, nos despedimos y salimos a la calle. Morán rechazó la puerta abierta del coche oficial y dijo:

—¿Volvemos andando? Nos vendrá bien el paseo.

No estábamos muy lejos de la embajada y fuimos paseando por St.James Park hacia el palacio de Buckingham y luego Belgrave Square. Me parece que teníamos todos la cara congestionada por la enorme tensión vivida. Y de pronto, Fernando se detuvo, nos miró y exclamó:

—Esto de enfrentarse a la Thatcher tiene morbo. A mí me parece que estoy frente a una severa gobernanta que me castiga pero que me seduce sin remedio. Creo que hasta no me importaría que me azotara antes de mandarme a la cama.

Y soltó una de sus carcajadas silenciosas tan llenas de humor y de ironía. Aquel día se ganó mi respeto incondicional. Y me parece que también se ganó el de la Thatcher: a partir de ese momento, las conversaciones sobre la Roca (tan ligadas, además, al juego de nuestro ingreso en Europa), sin perder las dificultades de un enfrentamiento inevitable, se hicieron humanas y de cierta comprensión mutua.

Él, por su parte, solía decirle a Pipo que a mí había que dejarme ser como era, porque me lo podía permitir: todo me lo perdonaban. Hiciera lo que hiciera. Me parece que era exageración del cariño que me tenía.

Todo en el círculo de íntimos que lo rodeábamos era relajado y las discusiones, francas y abiertas. No había más límites que la lealtad.

En una ocasión en que nos dirigíamos en coche hacia Bruselas para completar la ronda final de las negociaciones de ingreso en la Comunidad Europea cenamos en Frankfurt. Habíamos terminado una reunión con el ministro de exteriores alemán, Hans Dietrich Genscher, para allanar algunas dificultades de última hora. Si no recuerdo mal, problemas planteados por la manufactura de algodón de bragas y sujetadores, lo que causaba en Fernando una hilaridad irreprimible: «¡Dos viejos verdes hablando de esas cosas!».

En el restaurante, ocupamos una mesa no muy grande el ministro,

Pipo Dicenta, Mariano Berdejo, Carlos Westendorp, entonces embajador ante las Comunidades en Bruselas y años después, ministro de exteriores, y un secretario recién salido de la escuela diplomática, Ricardo Díaz Hochleitner, que se pasó la cena sentado en el borde de la silla con los ojos como platos (¡él con el ministro, tres directores generales y un embajador!). Cuando íbamos por el segundo plato, surgió, no sé cómo, una agitada discusión sobre *Los enemigos de la sociedad abierta* de Karl Popper. Los argumentos volaban por encima de las copas de vino con gran vehemencia y en un momento determinado, alguien, me parece que Mariano Berdejo, gritó «¡venga, Fernando! Acabas de decir una gilipollez inmensa!». Hochleitner abrió aún más los ojos, mientras Morán, típicamente, exclamaba «¡oye tú, que soy tu ministro, me cago en la mar! Un poco de respeto». Y se echó a reír. Fernando Morán en estado puro. Esa sencillez a la pata la llana lo definía a la perfección y que nos lo tomáramos sin darle mayor trascendencia nos definía a nosotros como amigos fieles. Lo que importaba era una discusión que, exabruptos aparte, habría encantado al mismísimo Popper.

Morán era un intelectual de gran capacidad dialéctica y de extrema cultura. Por eso no se entiende cómo fue posible que chistes y chascarrillos en los que se lo describía poco menos que como un ser subnormal y patoso, cuando no autista, circularan a toda velocidad por el mundo de los medios y del vulgo, especialmente en la derecha. Nunca comprendí ese cruel desprecio, brutal e injustificado. Lo pasó realmente mal.

Una mañana, muy al principio de la campaña de difamación, nos dio la respuesta. Un ataque así, caído del cielo sin previo aviso, tenía que tener un origen y una causa perfectamente identificables. «La embajada americana», dijo Fernando. «¿No os dais cuenta? Soy el único del gobierno al que califican de anti americano y, sobre todo, de anti OTAN. Soy el enemigo a batir. Por eso hacen circular esos bulos sobre mí. Para desprestigiarme y conseguir que Felipe me destituya».

En esos momentos, cualquier teoría conspiranoica nos parecía fruto de una histeria infundada. No era posible concebir que existiera un plan minuciosamente diseñado por la embajada de una de las grandes potencias para acabar con la carrera política de un personaje que, al fin y al cabo, era solamente un miembro de un gobierno no demasiado relevante en el escenario mundial. Éramos satélites y poco más. Por consiguiente, todos nos aplicamos a desmentir la teoría de Fernando.

Solo de vez en cuando, en momentos de reflexión minuciosa, en alguna charla de amigos, el ministro volvía a invocar su convicción de que él era para la embajada estadounidense el enemigo a batir. Pero como paulatinamente su figura política y su estatura intelectual se fueron afirmando, acabamos por no darle importancia al asunto. Aunque resulte frívolo recordarlo, el punto de inflexión popular fue un programa de radio nocturno (al que me empeñé que Fernando acudiera contra su decidida voluntad) con el Loco de la Colina, un locutor sevillano célebre en aquellos años; Morán acabó cantando alguna nana popular o tarareando una melodía de moda y conquistó a todos. A partir de ese momento, la apreciación popular cambió radicalmente, tanto que, en el entierro del popularísimo alcalde Tierno Galván, la gente que invadía las aceras del recorrido, se desgañitaba cantando «¡Morán alcalde! ¡Morán alcalde!». Tampoco fue. Pero, si a principio de la década de los 80, hablar de una conspiración urdida por poderosos enemigos parecía ridículo, hoy, con los *wikileaks* , los *hackers* rusos, las supersticiones y las analfabetas teorías de conspiraciones sobre vacunas y sobre robos de elecciones, la cuestión ha dejado de ser una broma delirante y ha adquirido visos de inquietante veracidad.

Dicho de paso, Fernando había sido descabalgado del gobierno en junio de 1985 por Felipe González: una horrorosa muestra de descortesía hacia quien apenas quince días antes había firmado el Tratado de ingreso a la Unión Europea. También y, sobre todo, una muestra del fiero antagonismo que existía entre los dos, uno, Felipe, que creía en la necesidad inexcusable de estar en la OTAN (garantía del anclaje de España en el mundo democrático y libre) y el otro, Fernando, convencido de que era preciso retrasar el compromiso de España con la defensa occidental. Faltaban cuatro años para que se viniera abajo el muro de Berlín y las espadas de la guerra fría seguían en alto.

Por fidelidad y cariño a mi hermano Pedro, intenté que la Carrera Diplomática enmendara la perrería que le había hecho Castiella al borrarlo en 1959 de la lista de los que habían aprobado la oposición de ingreso a la escuela diplomática. Que yo supiera, en los archivos del ministerio quedaba el rastro de sus calificaciones en los exámenes (había quedado tercero para diez plazas, que luego, terminada la

oposición, se convirtieron, como queda dicho, en 20 para dar cabida a tres hijos de ministros). Pedro era ahora, en 1983, diputado al Congreso por el Partido Liberal, gracias a su coalición con la Alianza Popular de Fraga Iribarne. También era doctor en ciencias económicas por la London School of Economics y por la Universidad Complutense, además de catedrático de historia de las doctrinas económicas. No precisamente un indocumentado.

Le dije a Fernando Morán que, en mi opinión, el ministerio le debía a mi hermano la rehabilitación: era misión de una democracia corregir una trapacería de la dictadura. Era de justicia volver a colocar a mi hermano en el lugar del escalafón que debía corresponderle junto con sus compañeros de promoción. ¿No se había repuesto a un compañero suyo en el escalafón hacía bien poco? Había sido castigado por antifranquista. Sí, contestó Morán, pero era diplomático en activo cuando fue castigado y Pedro tu hermano, no; solo había aprobado la oposición. Ah sí, pero enmendar el castigo injusto de un tirano es cosa de una verdadera democracia, insistí, incluso si la enmienda es arbitraria. ¿Imaginas el efecto que tendría la generosidad de un gobierno de izquierdas corrigiendo la injusticia cometida contra un político de derechas? Vamos a intentarlo, contestó Fernando, pero tengo que consultar a la Abogacía del Estado.

Por supuesto, la Abogacía del Estado contestó que lo que se proponía era ilegal y probablemente sujeto a recurso contencioso administrativo, puesto que Pedro nunca había sido diplomático, sino solo aspirante. No pude hacer más.

Cuando se agotaba la legislatura y mi hermano no iba volver a ser candidato al Congreso, hablé con Fernando Morán para pedirle que tanteara a Felipe González sobre si podía tener visos de posibilidad una candidatura suya a un cargo en una de las instituciones europeas. Como no había podido ser su reposición en la carrera diplomática, pedí a Fernando que preguntara al presidente si, tras el ingreso de España en la Unión Europea (entonces CEE, Comunidad Económica Europea), sería posible que él aceptara la candidatura de Pedro para un puesto de comisario en Bruselas. El nombramiento en el cargo (uno de los dos que tocaban a España; el otro sería privativo del PSOE) correspondería al principal partido de la oposición en el Congreso, a AP, vamos. Felipe dijo que él no se opondría si Fraga lo proponía.

Pues Fraga, debidamente consultado, dijo que no. Para que tengas correligionarios.

Y ahí quedó la cosa.

En un viaje a Montevideo acompañando a los Reyes se produjo un desagradable incidente que me afectó directamente.

El Rey, en un periplo que era interminable (empezó en Salvador Bahía en mayo de 1983, luego Brasilia, Río de Janeiro y finalmente, Montevideo), tuvo que pronunciar unos cuantos discursos, ante presidentes, cámaras legislativas, asociaciones de españoles, cámaras de comercio… No se acababa nunca. La tarea de preparar estos discursos recaía sobre el director general de asuntos de Iberoamérica de nuestro ministerio, Carlos Miranda, diplomático joven recién nombrado por Fernando Morán. Miranda puso a todos sus colaboradores a buscar en archivos, en hemerotecas, en informes de embajadas, para que a continuación redactaran las intervenciones del Rey. Lo hicieron y es probable que, con tanto volumen de alocuciones, al bueno de Carlos se le pasara ser estricto y puntilloso en el repaso de los textos.

Todo iba bien hasta la intervención de Juan Carlos I en el Congreso Nacional en Brasilia, en una sesión conjunta de la Cámara y del Senado. Uno de los periodistas españoles acreditados era Ramón Rato (hermano de Rodrigo, luego vicepresidente del Gobierno con Aznar), que representaba a la cadena de emisoras propiedad de su familia. Algo del discurso del monarca le sonó a conocido. Buceando en sus notas y acudiendo a la hemeroteca en España, descubrió que algunos de los párrafos eran copia de un artículo publicado recientemente en *Le Monde*. El escándalo fue inmediato: exteriores forzaba al Rey a asumir las teorías izquierdistas del periódico de París (por el que todavía había poco aprecio en España —una rémora como otra de los tiempos franquistas—) y a seguir fielmente lo que se entendía como instrucciones del gobierno francés. A Pipo y a mí nos pareció una metedura de pata bastante tonta y poco profesional. No solo comprometía a la corona, sino al gobierno y también a Morán en el momento en que los errores eran brutalmente criticados por los partidos y la prensa de derechas en España. Tocaba desmontar el escándalo, quitarle hierro y explicarlo como una simple equivocación. ¿Quién? Yo.

Salí del paso como pude con una explicación que no convenció a nadie. Intenté suscitar la complicidad de los corresponsales, ya se sabe, una metedura de pata desafortunada pero carente de entidad,

forzada por la presión del trabajo. No debía ir más allá. Algunos, la mayoría, lo comprendieron. Pero sus redacciones en España, no. Era una noticia demasiado golosa para dejarla pasar y durante los siguientes días, el incendio noticioso persistió. ¡En el umbral de una iniciativa de Fernando para ligarse a Francia como valedora de España ante Europa, para acordar reuniones periódicas hispano-francesas que imbricaran a ambos gobiernos en iniciativas internacionales! Las acusaciones de la prensa eran inoportunas y desafortunadas.

Viajando en coche de Montevideo a Punta del Este unos días después, Morán, Pipo y yo intentamos buscarle al asunto una solución viable y sensata. Pero por más que le dábamos vueltas, no le encontrábamos la salida. Me temo que fui yo el que puso voz al convencimiento de los tres. Fernando era demasiado buena persona para manifestarlo y Pipo no se decidía a forzar la mano de su ministro. Al final, dije «Carlos debe dimitir. No hay otra salida. Me parece, Fernando, que debes llamarlo y hablar a solas con él. ¿No os parece?».

Carlos Miranda dimitió aquella misma tarde. Le honra su decisión. A mí no me lo perdonó nunca. Y él acabó su carrera años más tarde como embajador en Londres.

Debo añadir un par de últimas notas a mi etapa en el ministerio, antes de que Felipe González nos sacara de allí en junio de 1985.

Primero, las perlas. Siempre me quedé con la incógnita de las perlas. Había en la caja fuerte del ministro en su despacho contiguo una bolsa de terciopelo que contenía al menos tres docenas de perlas naturales de gran valor. La leyenda quería que fueran unas joyas donadas por un acaudalado entusiasta de la república, que las había entregado durante la guerra civil como contribución al esfuerzo bélico. Y allí quedaron: nunca fueron utilizadas, no había inventario de ellas, ni se conocía su origen ni el número de perlas que componían la donación. Un verdadero disparate. ¿Cuántas faltaban? Y si faltaban, ¿cuántas habían ido a parar al cuello de la mujer de algún ministro o adornaban el de la generalísima? «Oye», le dije a Pipo, «nadie notará si nos quedamos con dos o tres perlas cada uno, ¿no?». «Desde luego», contestó, «pero ¿por qué dos o tres? ¿Porqué no la mitad cada uno?». En fin, tonterías que hacíamos para sacudirnos la presión. La última vez que supe de ellas hace bien poco, seguían siendo las mismas 36 que habíamos visto y contado al principio de todo.

Otro momento risible pero difícil ocurrió durante la visita de estado de los Reyes a la URSS en mayo de 1984. El viaje iba bien, aunque no tan suavemente como cabía esperar: los periodistas, convencidos de su sacrosanta misión en la afirmación de las libertades democráticas, pretendieron hacernos un plante de cámaras al suelo, cuando los soviéticos no les permitieron acceder a las instalaciones de la ciudad de las estrellas, el Cabo Cañaveral ruso, a cierta distancia de Moscú. No fue fácil convencerlos de que depusieran su actitud algo tonta. Luego empeoraron las cosas cuando, un par de días después en el hotel de Leningrado, montaron una broma en la que fue «detenido» Pedro J. Ramírez por uno de nuestros diplomáticos haciendo de miembro de la KGB. «*I very important journalist*» clamaba Pedro J., bastante nervioso. A los soviéticos no les gustó nada la historia y tuvo que intervenir el Rey para rebajar los ánimos. Se enfadó bastante, aunque después reconoció que la broma había sido divertida. Más divertida que el incidente días antes en Alma Ata cuando el mismo funcionario diplomático, haciendo de funcionario diplomático, consiguió cambiar en una noche todas las banderitas españolas de papel que iban a agitar los escolares al paso de los Reyes. Hasta que las cambió, eran banderitas tricolores republicanas. Un fenómeno este Manolo Viturro, entonces miembro de la comitiva española y, años después, embajador en Venezuela.

En un viaje que hicimos con el ministro a Estocolmo, en donde era embajador Máximo Cajal, tuvimos Pipo y yo una discusión que presenció Juan Luis Cebrián, que también estaba allí de visita. No le dí importancia entonces. Hablábamos de la posición española frente a la OTAN e invocamos uno y otro nuestros viejos argumentos: para Pipo, había que retrasar la plena integración para obtener las ventajas de una neutralidad aún vá lida en un mundo de guerra fría. Para mí, no había demora posible. Primero, porque no podíamos negar nuestra inevitable inclusión en el mundo de las democracias occidentales y, segundo, porque todo lo que fuera retrasarlo, perjudicaba nuestra entrada en la Unión Europea (la CEE entonces). Juan Luis se puso de mi parte.

Meses después, cuando el gobierno socialista tenía una de sus frecuentes agarradas con *El País* , innegable líder de opinión y, sin duda, el periódico de referencia (y no solo en la izquierda), me llegó la invitación, en tanto que director de la OID, para asistir a la entrega

de los primeros Premios de Periodismo Ortega y Gasset en otoño de 1984. Se los llevaron tres periodistas argentinos del diario Clarín por su investigación en el tema de la guerra de las Malvinas. Acudí, claro, porque me parecía de cajón estar presente en la entrega de unos galardones que celebraban la honradez y profesionalismo de los periodistas, por mucho que el mundo oficial se abstuviera de asistir. No estoy muy seguro y puede engañarme la memoria, pero creo recordar que fui el único cargo del gobierno que estuvo en acto. Tampoco le di gran importancia en aquel momento.

El 4 de julio de 1985 se produjo la crisis de gobierno en la que Fernando Morán fue destituido (y Miguel Boyer dimitió). Bueno, y de paso, la mayor parte del equipo de exteriores, conocido en el ministerio como «el clan de los moranitas», un apelativo no exento de resquemor y de revancha de la derechona tradicional de la casa.

El día ٣, el gobierno fue convocado por Felipe González a la «bodeguilla», su tasquita sevillana en la Moncloa. Sabíamos lo que iba a pasar y la gente de confianza de Morán nos reunimos en casa de Pipo Dicenta a esperar la confirmación. Fernando nos había pedido que también invitáramos a Mari Luz, su mujer, para que no se quedara sola en esas horas negras durante las que no acabábamos de comprender lo que provocaba la salida de Fernando. Vaya, éramos conscientes de la rivalidad entre ambos personajes y sabíamos que la cuerda se iba a romper por el lado más endeble. Pero que eso ocurriera apenas tres semanas después de que Morán coronara con éxito la operación «Europa», nos tenía completamente desconcertados.

A casa de Pipo acudimos Máximo Cajal, Mercedes Rico (que había heredado el cargo de Carlos Miranda), Santiago Cabanas (el segundo de Pipo en el gabinete), Mariano Berdejo, Carlos Blasco (director general económico), Ramón Villanueva, tal vez, pero no estoy seguro, Fernando Perpiñá-Robert (secretario general técnico que pocos días después se convertiría en Subsecretario), Santiago Salas, mi segundo en la OID. Habría algunos más, pero la memoria me flaquea.

Dicenta, en tanto que anfitrión, rompió el fuego declarando con vehemencia y con mucha irritación: «soy el jefe del gabinete de Fernando y, como tal, dependo de la confianza del ministro y no tendrá sentido que siga, claro». Todos los directores generales dijimos resignadamente lo mismo: de todos modos, nos iban a quitar. Qué remedio.

Uno de los asistentes se fue de la lengua y se chivó a Julio Feo aquella misma noche, que ya es urgencia. No supimos quién fue ni qué dijo ni por qué se precipitó de tal manera. Su rencor debía de ser grande. Nos hubiera gustado saberlo y que hubiera tenido la valentía de decírnoslo . Al fin y al cabo, tampoco era arriesgado confesarlo a un grupo de funcionarios que acababan de perder toda su fuerza.

Feo llamó a Pipo Dicenta a primera hora de la mañana siguiente y le ordenó que acudiera a Moncloa a dar explicaciones. Lo recibió con un «explícame qué es esta conspiración. Esto es una traición al gobierno y al presidente». Pipo se defendió asegurando que de ninguna manera se trataba de una conspiración sino de la consecuencia lógica de la caída de Fernando. ¿Podían interpretarse sus palabras como un plante? Me parece que no. Para eso deberíamos habernos manifestado, qué sé yo, en el patio del ministerio, convocando, además, una rueda de prensa. Nada de eso ocurrió. Creo, más bien, que todo este mínimo incidente nacía de la antipatía de Feo hacia nosotros. El resultado fue: «Muy bien, pues borra tu nombramiento como embajador en México y el de Schwartz en Roma. Olvidadlo». [20] Pipo y yo; nadie más. Bueno, Feo se debía a Felipe González por un elemental sentido de lealtad y por amistad. Era comprensible. Pero exageró. Nunca amenazamos nada y nos trató con la indiferencia de quien le mandaba a uno a la guillotina en la madrugada.

Todo ocurrió en aquellas horas previas a un viaje de los Reyes a París, el 7 de julio en el que François Mitterrand sería nuestro anfitrión. En el vuelo a bordo del avión de la Fuerza Aérea, Pipo y yo, ya destituidos, fuimos a hablar con el Rey. Le pedimos que nos defendiera y que propusiera a Felipe González una salida airosa para nosotros. El monarca estuvo muy cálido con los dos y prometió que lo intentaría. Puestos a pedir, le dije al Rey que se había hablado para mí de la embajada en Roma (por las evidentes connotaciones familiares), pero eso parecía descartado. Tal vez podría ser la representación permanente ante la ONU en Ginebra. Por intentarlo, que no quedara.

Después me enteré de que Julio Feo se había opuesto a mi nombramiento en Ginebra «por mi escasa afición al trabajo». Vaya personaje. Qué agradable.

No podía quejarme, sin embargo: me habían reservado la embajada en La Haya.

En París, en el primer almuerzo en el hotel Plaza Athenée, me tocó

estar sentado al lado de Norma Duval, que era entonces la principal y rutilante estrella del Folies Bergères. Me arregló el día.

Paco Fernández Ordóñez, que tomó el relevo de Fernando Morán en la cartera de Exteriores, era un personaje cordial y listo, que siempre estuvo a bien con todos. Y que, además, fue un formidable ministro. Su relación con Felipe González fue modélica, nada que ver con el tormentoso tira y afloja de su antecesor, y eso contribuyó a armonizar el funcionamiento del gobierno; nada de la tensión de dos políticos lejanos en el talante y en la consideración mutua.

Tuvimos una relación amistosa, con algún puntillazo intercalado que siempre tuvo que ver con la severa opinión de *El País* acerca de la acción exterior de España. Fui autor de algún editorial castigando la gestión del ministerio de Paco Ordóñez y sé bien que le dolían. Creo que debió de pensar que yo escribía las reprimendas, ¡de *El País* , nada menos!, para tomarme la revancha por lo que él percibía que yo consideraba un mal trato cuando había sido embajador en Holanda. Nada más lejos de la realidad: durante mis años en el periódico, hice mi trabajo de forma aséptica y sin filias ni fobias. De todos modos, un día de junio de 1992, Ordóñez me invitó a almorzar en Casa Lucio. Para mi sorpresa, Lucio le había puesto su mesa del rincón y no había ningún otro comensal. Mano a mano. Fue una comida encantadora, hasta tierna, en la que nos contamos lo que reteníamos en la trastienda, en la que hicimos apología de nuestras trayectorias, en la que explicamos nuestros motivos. Sobre el jamón, los huevos rotos y la escarola sobrevolaron los arrepentimientos y los perdones.

Paco sabía que se moría. Murió pocas semanas más tarde, el 17 de agosto de 1992.

Soy el único embajador del mundo entero que ha tomado posesión de su embajada llegando en moto desde Madrid. O desde cualquier otro sitio.

Una BMW K-100, sí señor. Hice el viaje desde Madrid en dos días. Dormí en Poitiers y por la tarde del segundo estaba en La Haya. Hacía un frío tenebroso porque, pese a que era el mes de octubre, había nevado algo y las cunetas de la autopista tenían ristras de nieve helada por doquier. Y eso en moto no es muy agradable. Cuando llegué, el mayordomo, al que ya se veía la idiotez asomando por su inexpresiva cara, quiso mandarme por la puerta de servicio.

Una digresión: con mi moto y Sandra sentada detrás, recorrimos una parte grande de Europa, especialmente Italia, Suiza, Austria, Alemania y Francia. Recorrimos Italia de norte a sur y de sur a norte; llegamos hasta Positano y la costa Amalfitana. Habíamos pasado por los viñedos de la Umbria (sin el casco puesto, para oler mejor los aromas a tierra y vid) y por San Giminiano, la ciudad medieval de las siete torres. Al final de ese viaje, recalamos en Eugénie-les-Bains, en las Landas, cerca de Biarritz. Un hotel estupendo, un balneario que la emperatriz Eugenia de Montijo promocionó con entusiasmo. Cuando nos vieron llegar, el dueño, Michel Guérard, quiso subirnos de categoría, pero nosotros, horrorizados por el posible precio y ya muy justitos de dinero, nos hicimos los humildes y rechazamos la suite. Se empeñó y acabamos en una habitación maravillosa, cuyo extra no nos cobró. (No así en el hotel Cuatro Estaciones de Munich: al vernos llegar en moto, nos mandaron a las habitaciones de servicio, remodeladas pero diminutas, y nos cobraron la misma barbaridad que habríamos pagado en el resto del hotel). El restaurante de Maître Guérard tiene tres estrellas Michelin y no recuerdo haber comido mejor en mi vida. Escogimos el vino más barato de una inmensa carta; el sumiller, que no era ningún tonto, nos felicitó efusivamente por nuestra elección.

Durante el tiempo que estuve en Holanda usaba la motocicleta para salir los fines de semana y recorrer los canales y las ciudades y los campos de tulipanes (durante la guerra mundial, los holandeses, atenazados por el hambre, comían hervidos los bulbos de los tulipanes). Hubo un tiempo en que, después del establecimiento de relaciones entre España e Israel, los palestinos me tuvieron amenazado y el gobierno español me mandó un grupo de geos a que me protegieran. Los muchachos eran muy buena gente; ligaban como locos con las holandesas con las que entraban en contacto en los gimnasios a los que iban a diario. No tenían mucho trabajo, pero en domingo, me seguían en coche mientras yo paseaba en moto. Era francamente bufo: me los imaginaba siguiéndome con las metralletas asomando por las ventanillas. Bobadas.

La embajada era un estupendo palacete situado en la Lange Voorhout de La Haya, una plazoleta corrida frente a un jardincillo en el que, anunciando la primavera, crecían los crocus, pequeños y bellos (y malolientes durante el mes en el que los jardineros municipales los habían alimentado con abono animal). A la izquierda estaba la antigua

biblioteca que también había sido Tribunal Supremo y a la derecha, el rancio Haagse Club, parecido a la Gran Peña de Madrid, pero en aburrido. Los tres edificios eran palacetes del XVIII, algo solemnes, pero con una apacible calidad burguesa.

En la primera planta de la embajada había un saloncito de desayunos con un balconcillo que daba sobre la plaza y que sustentaba el mástil de la bandera. El saloncito tenía la particularidad de que se le había pintado en el techo, en algún momento del XVIII, un fresco que representaba a alguna Diosa de abundantes carnes y de cuyo pecho izquierdo manaba una fuente de leche, materna, por supuesto. No estaba mal la pintura que, para quien tomaba el café con leche de la mañana, adquiría un carácter decididamente alegórico.

En el salón pequeño de la planta noble colgaban cuatro grandes lienzos de Lucas Jordán, que el Prado había cedido a través de Patrimonio Nacional. Los colegios de La Haya traían una vez cada par de meses a alumnos de los cursos superiores a contemplarlos.

Y, pensando en los alumnos de los colegios de la capital, se nos ocurrió a Sandra y a mí una idea que, puesta en práctica, acabó muy bien.

Empezando por el principio, el cocinero de la embajada, Domenico, nativo de los Abruzos en Italia, era un excelente *chef* y no le resultó complicado a 'esa santa' quitarle algunos vicios, incorporados tras años de cocinar para españoles. Por ejemplo, añadía ajo a las pequeñas *pizzas* que preparaba para los cócteles. O hacía unas estupendas *crèpes suzette* , solo que para flambearlas les añadía alcohol de quemar, «solo un poquito, *signora ambasciatrice»* . Esos pecados le fueron suprimidos en las primeras dos semanas de nuestra estancia allí. Bien.

En los Países Bajos, es costumbre navideña que venga Santa Claus cada 6 de diciembre a hacer a los niños holandeses los regalos de los que en España se encargan Papá Noel o los Reyes. Santa Claus es un obispo español que llega a las costas neerlandesas en un barco procedente de Turquía con parada en Valencia para cargar naranjas. [21] A poco que pudiéramos, lo íbamos a hacer visitar la embajada para entregar regalos y las naranjas a colegiales seleccionados por sus propios profesores. No fue sencillo que los colegios locales nos propusieran unos 110 niños; era complicado satisfacer los deseos de los colegios de La Haya y no ofender a nadie, pero lo conseguimos. Menos complicado resultó ponerme en contacto con la Asociación de

Fabricantes de Juguetes en Alicante y convencerlos de que me enviaran un cargamento de juguetes suficientes para 110 niños. Menos complicado aún fue convencer a Iberia de que los trajera a Amsterdam. Así es el espíritu de la Navidad: nadie cobró ni un céntimo y todos tan felices.

Quedaba la merienda. Sandra explicó a Domenico la clase de dulces que queríamos, incluida una gran casa de chocolate y pan de especias con fruta escarchada por tejado y perlitas de azúcar en las ventanas: la casa de *Hansel und Gretel* . Quedó colocada en medio de la gran mesa del comedor de estado (un cuartito en el que podían sentarse a la mesa 35 personas, presidido por un enorme tapiz de los de El Escorial, también cedido por Patrimonio; después de unas obras importantes en la casa, pretendieron quitármelo, pero lo defendí con uñas y dientes y se quedó donde estaba).

Vino a la embajada un Santa Claus con todos los paramentos al uso, capas de terciopelo y armiño, pajes y caballos. Por la mañana, yo había ido a recibirlo al puerto de Scheveningen (el nombre de puerto más complicado del hemisferio occidental) y había recogido las oportunas bolsas de naranjas. Al anciano santo barbado lo instalamos en un solemne butacón al fondo del salón principal.

Los niños desfilaron por el comedor y devoraron la merienda antes de recibir los regalos; destruyeron la casita a base de empujar por sus ventanas con los dedos y llevarse trozos del tejado y de las paredes.

Y, santo cielo, los jugueteros de Alicante se habían esmerado con su generosidad: había de todo, incluida una estupenda bicicleta que, en Holanda, era el regalo más apreciado. Los padres que habían acudido estaban boquiabiertos.

Me parece que fue el instante más gratificante de nuestra estancia en La Haya.

Hubo otros momentos más difíciles de llevar a buen puerto.

En julio de 1986, cincuenta años después del estallido de la Guerra Civil en España, el alcalde de Amsterdam, un socialista bien simpático, me vino a visitar para anunciarme que ese mes se inauguraría en su ciudad una plaza, la *España 36-39* , en recuerdo de los luchadores por la libertad y de los brigadistas internacionales. ¿Querría yo asistir? Naturalmente que sí, contesté, allí estaré. ¿Podríamos ceder una bandera española para el acto? Por supuesto. Mandé al canciller de la embajada, un funcionario concienzudo y leal, a que llevara la enseña.

El día de la inauguración, llegué a la nueva plaza, coche oficial y banderín, y me encontré con un gran mástil en el que ondeaba mi bandera constitucional con el escudo de la corona. En el centro de la plaza había sido erigido un túmulo ahora cubierto con una enorme enseña republicana tricolor y, mientras saludaba con calor y emoción uno por uno a los antiguos combatientes de las Brigadas, una banda interpretaba animosamente el himno de Riego. Allí, puesto en pie, me uní al coro de los que cantaban el himno, solo que yo la letra que conocía del de Riego era la célebre

> si los curas y frailes supieran
> la paliza que les vamos a dar,
> bajarían del coro cantando,
> libertad, libertad, libertad.

Qué se le va a hacer: los cámaras de la televisión local me retrataron cantando y lanzando rosas al túmulo. Fue noticia en los informativos de la tarde. Se me veía convencido. Al fin y al cabo, era mi gente.

A la mañana siguiente, mi segundo, Barandica, vino con clara intención de afearme la conducta, ¡yo cantándole a la república!, aunque sin tener el valor o la osadía para ello. «Embajador, ayer por la tarde, los socios del Haagse Club se extrañaron de verte en televisión cantando el himno de Riego. Les chocó bastante».

Como si los ancianos socios del Haagse tuvieran anotada en la memoria una cancioncilla que solo se interpretaba ya en los patios de los colegios de monjas en Madrid.

En una ocasión acudí invitado a la universidad de Groninga. Y allí, encaramado al púlpito de una vieja iglesia desacralizada, hablé de los dos temas tabú de las relaciones históricas hispano-neerlandesas: las guerras de independencia de Flandes y la presencia del duque de Alba, odiado represor del siglo XVII. Hablé pidiendo perdón, sí, pero también pedí que los acontecimientos fueran puestos en su justa perspectiva y en su momento histórico, sin colores definidos sino con los matices cambiantes de los que nuestra historia mutua estaba llena. Después invoqué el ejemplo de Italia y Austria, cuyos historiadores y sociólogos se habían puesto de acuerdo para escribir una historia común y objetiva que despejara por fin las rencillas en torno a sus

fronteras, especialmente en el Alto Adige. ¿No podíamos nosotros, españoles y holandeses, intentar lo mismo? ¿Redactar una historia común?

Hubo en el auditorio gestos de aprobación, algún murmullo de moderado entusiasmo. No he vuelto a oír hablar de semejante proyecto historiográfico.

Pasaban cosas así en aquel país. Un día, el gobierno invitaba a cenar a los ministros de cultura de Europa y a sus embajadores para celebrar que Amsterdam era la capital de la cultura del continente. Y la cena se servía en el Rijksmuseum, en la gran sala de los Rembrandt, debajo de la *Ronda de Noche,* que fue lo que tuve delante hasta los postres. Otro día me permitieron acceder al quirófano en donde unos minuciosos restauradores completamente vestidos de blanco y con caretas hospitalarias, procedían a reparar algunos brillos apagados del pendiente de la *Joven de la perla* de Vermeer. Cosas así. Detalles que hacían la vida interesante, aunque no siempre. También fue estupendo inaugurar una exposición sobre España en la Iglesia Nueva en el centro de Amsterdam. Acudió la infanta Cristina a cortar la cinta y se alojó en casa, una casa en obras y patas arriba, con un andamio interior que subía por el hueco de la escalera. No se quejó y desayunó en bata en el célebre saloncito.

El 17 de enero de 1986, Israel y España establecieron relaciones diplomáticas formales. Lo hicieron en un hotel de La Haya. Felipe González, Paco Fernández Ordóñez, Máximo Cajal y Julio Feo viajaron a Holanda, algunos la víspera.

Feo sospechaba de todo y quería mantener el secreto de la firma hasta que hubiera tenido lugar. Una tontería como otra. Me miraba con hostilidad, como si yo fuera responsable de cualquier indiscreción. Que no hubo; solo una avalancha de periodistas convocados por él.

Lo verdaderamente apasionante del día fue el almuerzo en la embajada, resumen de una jornada histórica. Aunque solo fuera por eso: no se intercambiaron secretos, ni se produjeron revelaciones espectaculares. Era por el calibre de los asistentes. Felipe González actuaba de anfitrión conmigo a su derecha. Enfrente de él se sentó Shimon Peres. Se conocían muy bien de toda una vida en la Internacional Socialista. También estaba Shlomo Ben Ami, que pronto sería el segundo embajador israelí en Madrid y que nos conocía a todos; nacido en Tánger, hablaba un castellano impecable. Felipe y

Shimon conversaban en un francés algo macarrónico. Incluso llegaron a intercambiar algunos chistes muy malos. Fue un almuerzo relajado en el que se respiraba la sensación aliviada y alegre de un ya era hora. Solo la complicó el enfado de los palestinos, que, por fortuna cuando ya me había ido, lanzaron un misil por la ventana del salón. No llegó a estallar.

En septiembre de 1986, Juan Luis Cebrián vino a los Países Bajos a recibir en nombre de *El País* que él dirigía, la Medalla Roosevelt de «Las Cuatro Libertades». Le sería entregada en Middelburg, en el sur de Holanda, ciudad de la que era originaria la familia Roosevelt.

El periódico había sido galardonado por su defensa del más noble deber de informar objetiva y verazmente. [22]

Juan Luis y su estupenda enamorada, Chamaca, Inmaculada González de Lara, se alojaron en casa. Los cuatro habíamos intimado aquel verano alquilando un velero para dar la vuelta a Mallorca. (Cuando echamos el ancla en la rada de Deià, exclamé «¡es aquí donde quiero vivir!» Y allí fue donde compramos una hectárea de tierra y nos hicimos la casa).

Acompañamos a Cebrián y a Chamaca a Middelburg. Allí estaba la reina Beatriz de Holanda, a la que conocíamos bien. Charló un buen rato con Juan Luis.

En la sobremesa de una de las noches en la embajada, Juan Luis, mirándome directamente a los ojos, preguntó:

—¿Pero tú no te aburres aquí? —Fueron sus exactas palabras. No las habría podido olvidar ni queriendo: cambiaban mi vida.

—Muchísimo —contesté.

—Pues, oye, no te puedo pagar lo que cobras aquí, claro, pero cuando quieras tendrás un puesto en la redacción de *El País* .

Me quedé anonadado y comprendí de pronto lo que habían significado nuestra discusión sobre la OTAN en Estocolmo y mi asistencia a la entrega de los Premios Ortega y Gasset. Simplemente ensamblar la amistad. Y aquí estábamos los cuatro.

—Piénsatelo. No me contestes ahora.

No tuve ni un instante de duda: el ostracismo de una embajada de relumbrón, pero de poco peso, se compadecía mal con la alternativa. Bueno, sí, tuve amistad y charlas con la reina Beatriz, con el primer ministro, el democristiano Ruud Lubbers, con el líder sindical y luego primer ministro socialista Wim Kok, y con el cardenal Alfrink, el

rebelde de la Iglesia al que visitaba en su discreto retiro de Nieuwegein, cerca de Utrecht, meses antes de su muerte en 1987. Pero salvo para conocer su filosofía, su pensamiento como líderes e intelectuales, nada de esto fue de gran utilidad para mi gobierno. Por supuesto que establecí una relación bastante intensa con Edward Cassidy, el nuncio australiano. Se diría que soy un católico convencido, un cristiano de acendrada fe; nada más lejos de la realidad, al contrario. Pero el diálogo eclesiástico me interesaba sobremanera, especialmente en un momento en que relampagueaba la discusión sobre la eutanasia (en torno a la que había sostenido un par de intercambios interesantes con el primer ministro Lubbers, pensando en la revolución sociológica que podía preverse para España) al tiempo que se intensificaban las relaciones interconfesionales, de las que Cassidy era un experto. Años después, cuando trabajaba en *El País* , lo fui a visitar al Vaticano y reanudamos nuestra amistad en momentos difíciles para la apertura. El Papa Juan Pablo era mucho Papa.

De todos modos, Lubbers hablaba por teléfono con Felipe González cuando le apetecía y me saltaban por encima para las cosas importantes.

Ah, pero el otro platillo de la balanza, *El País* , era irresistible si de lo que se trataba era de escribir para un periódico que era el eje del mundo político e intelectual de mi país.

De todos modos, decidí esperar unos meses antes de aceptar formalmente. Abandonar una representación diplomática no era cosa menor, sobre todo tan poco tiempo después de haberla ocupado desalojando, involuntariamente, eso sí, a mi predecesor. Iba a recorrer el camino inverso a lo habitual: un embajador que se degrada voluntariamente, ¡ por Dios! No era cosa menor, no: un desprecio a la Carrera. Lo normal era que ocurriera al revés. (Una vez, Agustín de Foxá dijo en el entierro de un compañero: «es la primera vez que veo una caja llevándose al cónsul y no al revés»).

Al poco tiempo, Sandra fue a Madrid a pasar un par de meses ocupándose de sus hijas, vueltas a España después de ser siempre infelices en La Haya (simultáneamente, Fernandito se había ido a Estados Unidos, a estudiar ingeniería en una universidad americana). La llamé y le pedí que viera a Juan Luis y le dijera que aceptaba. A lo cual él respondió: «estupendo, me alegro; no va a ser fácil, pero me alegro». Se refería, sin duda, a las dificultades de mi integración en ese

mundo desconocido. Bueno, así era el desafío.

Celebramos mi 50 cumpleaños en noviembre de 1987, con una cena en nuestra casa de Madrid. Vinieron Chamaca y Juan Luis, Manolo y Mari Rodríguez-Gimeno y Mercedes Rico. Y bebimos a la salud de mi nuevo trabajo. ¡Empezar de cero a los 50 años!

En fin, diré en aras de la estética que el invierno en Holanda es crudo, gélido, pero solo de vez en cuando, cada cinco o seis años, cuando se han desplomado de verdad las temperaturas, se hielan todos los canales. Puede verse entonces a la población patinando por ellos e, incluso, se celebra una carrera, una especie de maratón de 100 kilómetros en el que los holandeses se convierten en patinadores olímpicos. Así fue en 1986 y A. Sandra se sumó con sus hijas al peligroso deporte, que ella practicaba bien. Todo el país cabe entonces en un lienzo nevado y congelado que pintara Ruisdael en el siglo XVII. Me habría gustado adquirir uno de aquellos cuadros, incluso de maestros menores, pero no nos daba el bolsillo ni de lejos.

Y para que no se diga que no hubo incidente cómico alguno que afectara a mi familia en aquel par de años largos, añadiré que hubo un momento en el que tres de nosotros estuvimos hospitalizados al mismo tiempo y en la misma clínica. Primero, una noche de otoño de 1986, Fernando hijo entró en nuestra habitación quejándose de un dolor agudo de pecho; encendimos la luz y estaba literalmente verde. Nos vestimos a toda velocidad y lo llevamos a las urgencias del hospital Bronovo (que, con los nervios, tardé un rato en encontrar). Nuestro hijo quedó ingresado con una grave pericarditis que tardó, hospitalizado, diez días en superar; nuestra rápida reacción le salvó la vida. Pero, dos días después, tuve un doloroso cólico con piedras como puños en la vesícula. Al Bronovo. Operación urgente. Cuando me recuperaba en mi habitación del hospital, apareció Astrid, la mayor de las hijas de A. Sandra. Venía patinando por los pasillos de la clínica para comunicarnos que Yara, la menor, estaba internada en otra habitación: se había caído de bruces sobre los adoquines mientras patinaba delante de la embajada; pegaba tales alaridos que un vecino llamó a una ambulancia. A medida que se acercaban los camilleros, a Yara le iba disminuyendo la gravedad de sus heridas, hasta que tuvo que confesar que, en realidad, no le pasaba nada. Lo dijo cuando ya iba a bordo de la ambulancia. En Holanda, sin embargo, una vez que se pone en marcha la operación de salvamento, la cosa es definitiva: al

hospital, Bronovo en este caso. Yara tuvo que pasar allí la noche mientras Sandra iba de una habitación a otra a comprobar el estado de sus enfermos.

---

17 : «Era un criminal que decidió acabar con su vida sin que nadie le forzara a ello, una opción que su organización no permitió a muchas de sus víctimas», declaró Margaret Thatcher en los Comunes. Sands había sido elegido miembro de ese parlamento en abril de 1981 cuando ya estaba en la cárcel.

18 : Fue más de lo que hicieron los americanos que se limitaron a decir que el golpe de estado de Tejero había sido una «cuestión interna» y que ellos no se metían en esos asuntos. Se lo recordé a la Dama de Hierro en otra ocasión en Madrid; se limitó a encogerse de hombros y a repetir que su reacción había sido lo menos que podía hacerse.

19 : Esta visita a Londres aparece en el capítulo *Morán en su sitio* que escribí para el libro-homenaje a Fernando *El lugar de España en las relaciones internacionales* (Biblioteca Diplomática Española, Madrid, 2019).

20 : Era cosa que Pipo había empezado a negociar con Fernando Morán nada más firmado el tratado con Europa el 15 de junio y Fernando lo había despachado con el presidente del gobierno.

21 : La leyenda de Sankt Nicolaus, o Santa Claus, tiene su origen en la ciudad turca de Patara en donde nació Nicolás de Bari en el siglo III. Fue obispo de Mira y se le conocía por su generosidad como *episcopus puerorum ,* el obispo de los niños. Su onomástica, cercana a la Navidad, empezó a utilizarse como fecha para hacer regalos a los niños. La tradición fue llevada a América del Norte por emigrantes holandeses y allí se fundió definitivamente con el concepto de la Navidad y apareció Papá Noel, una síntesis de todo.

22 : Las Cuatro Libertades fueron propuestas por el presidente F.D.Roosevelt en un discurso pronunciado en Washington en 1941. Quería un mundo en el que hubiera libertad de expresión e información (1), con libertad de venerar a Dios al modo de cada cual (2), con sistemas políticos que facilitaran elecciones sin trabas (3) y que estuviera libre del miedo y del hambre (4).

14.
TRABAJO NUEVO, VIDA NUEVA

De pronto, la mañana misma en que me iba a incorporar a mi nueva vida, un día cualquiera del febrero temprano de 1988, me hice la pregunta a la que uno debe responder cuando cambia bruscamente de trabajo, de horizonte, de futuro: ¿tendrá agua esta piscina? ¿Me voy a zambullir con un enorme y definitivo salto al vacío solo para darme cuenta de que debajo de mí, mientras voy cayendo, no hay nada, apenas un agujero oscuro como en la peor pesadilla? ¿Tendrá siquiera futuro esto que hago?

Los cambios de trabajo y de localización geográfica eran habituales en sociedades como la americana en las que los enganches personales son relativos y la economía, más global que la nuestra. ¿Pero en la España recién salida de la dictadura, con una configuración económica aún endeble? Parecía más bien aconsejable agarrarse a lo que se tenía y si era un trabajo de funcionario, mejor. Nada de riesgos.

Toda mi vida, sin embargo, había sido un arriesgado, una y otra vez había contestado con optimismo a la pregunta de la piscina, tal vez no por indiferencia y arrojo irreflexivo, sino por una inquebrantable confianza en mí mismo ante la que cualquier temor palidecía. Si me sale mal, siempre habrá otra salida, pensaba, aunque, en el caso de mi llegada a *El País* a los 50 años de edad, me parecía que se me iban agotando las alternativas. Pero ¿ a qué inquietarme? Iba a *El País* , un periódico triunfador, el grande en lengua española, la referencia. ¿Me estaba equivocando? Hombre, no, esta vez no.

Por considerarlo todo, no había marcha atrás: acababa de dar la espantada, acababa de cerrarme todas las puertas que habían estado abiertas hasta entonces. Solo me quedaba hacer de «plumilla» en un diario (término habitual y algo desdeñoso para los que escriben en una redacción; los fotógrafos son los «maquinillas») por un sueldo cinco veces inferior al que tenía hasta un mes antes. Pronto me daría cuenta de que, además, había renunciado a un despacho lleno de obras de arte, dos secretarias, coche (Mercedes) con chófer, cocinero (magnífico), pinche, mayordomo (un estúpido, vago e inútil), doncella principal y dos doncellas más. Y por añadidura, como residencia, un palacio del XVII con cuadros de Luca Giordano, un tapiz enorme,

ascensor y un fresco en el techo del saloncito de desayunos.

Me vestí con cuidado, escogiendo un atuendo de lo que hoy se conoce como *shabby chic* , elegancia descuidada. Tonterías, claro, pero no quería dar pie a que me consideraran un petimetre en la cuna misma del rojerío, ni un pedante vestido para disimular, como Dostoievski decía de León Tolstoi, «va vestido como un campesino, pero su camisa es de seda». [23]

Fui en taxi a Miguel Yuste 40, el lugar donde, en lo que a mí hacía, estaban depositadas las esencias de la libertad, de la honradez periodística, de la seriedad informativa y… del centro-izquierda. La sede de EL PAÍS, como rezaban las enormes letras en cemento de su cabecera, puestas en medio del frontispicio algo seco y feote del edificio.

Me parecía que, décadas después de haber echado a andar, llegaba por fin a casa.

Me mandaron a la tercera planta; «al salir del ascensor, gire a la derecha y vaya hasta la esquina, al despacho de las secretarias del director». No debía representar yo en apariencia una grave amenaza para la integridad del edificio, puesto que me mandaron hacia la dirección sin ir custodiado. Y eso que no hacía ni diez años de una bomba colocada en el periódico por unos asesinos de extrema derecha. Yo creo que estaban acostumbrados a las amenazas y se las tomaban como el *fatum* de la profesión, un precio a pagar por la libertad tras el franquismo.

La primera persona con que me topé, absolutamente la primera persona que me miró en el edificio, fue Virginia Gayo, una de las secretarias de Juan Luis Cebrián. Venía por el pasillo hacia mí. Recuerdo haber pensado «qué chica más alta», con la cara despierta y amable y la risa explosiva. Nos hicimos muy amigos.

—Usted viene a ver al señor Cebrián —dijo. Luego me explicó que me había tratado de usted porque, siendo suramericana, peruana, tutear al primer contacto era una falta de respeto. Además, eso de «embajador» impresionaba mucho, aunque aquí se trataba de tú hasta al presidente del gobierno. Bueno, menos a don Jesús.

—Pues sí.

—Juan Luis lo espera.

El despacho del director del periódico no era muy grande: una mesa de cristal, cubierta de papeles, un par de butaquitas para visitantes, una, confortable, para el jefe, una mesa, no muy grande,

para reuniones, dos puertas de acceso (si estaban abiertas de par en par, el director no estaba; si entornadas, podía pasarse; si cerradas, ni Dios). Empequeñecía el despacho estar pintado de verde oscuro. En el techo había un extractor de humos grande, pintado de blanco, supuse que para combatir el olor a tabacazo de los purillos que fumaba Cebrián.

Juan Luis no se levantó de su asiento. Se echó hacia atrás y, alzando un brazo, me dijo «bienvenido». Y luego añadió mirando a Virginia, «dile a Bastenier que suba».

Miguel Ángel Bastenier, uno de los que en *El País* me trató con simpatía genuina y con verdadero deseo de explicarme los hilos del periodismo, atendió a la instrucción de Juan Luis de que «me hiciera caso y me enseñara las tripas del diario». Bastenier no era un becario cualquiera; era uno de los pesos pesados del periódico, el subdirector. Sabía de todo, y especialmente del conflicto árabe-israelí, de las relaciones internacionales y los bloques, de la profesión de periodista, del manejo de una publicación y del apaciguamiento de los egos. De todo. Tenía la voz profunda y cazallera. Me impresionó que Juan Luis me lo pusiera de cicerone.

—¿De qué se va a encargar?

—Viene a escribir. De política internacional sabe mucho y también de política exterior española.

—Ya sé quién es. ¿Lo quieres poner en internacional?

Juan Luis hizo una mueca de indecisión.

—No sé. —Y, mirándome—: ¿qué quieres hacer?— Era extraordinario que me lo preguntara: no solía dejar que otros decidieran. Bastenier, sorprendido, levantó las cejas.

Escribir, supongo.

— ¿Sabes qué, Miguel Ángel? Que empiece por escribir editoriales. Ahí encajará bien.

—¿Con Manolo Azcárate?

—Sí. Yo hablaré con Manolo y con MP cuando se reincorpore. De momento, siéntalo en el despacho del MP.

Como consecuencia de esta breve conversación, durante casi cinco años escribí centenares de editoriales, si no miles. Vaya si encajé bien.

Bastenier tenía la curiosa manía de quitarse y ponerse las gafas sujetándolas por el cristal derecho con pulgar e índice a un lado y otro de la lente. En todos los años que estuve en *El País* no vi una sola vez que aquellas gafas estuvieran limpias de churretones.

MP era Martín Prieto, una verdadera leyenda en el mundo del periodismo, para bien y para mal. Había estado en la fundación de *El País* , había sido subdirector y luego adjunto a la dirección y, por momentos, director de Opinión (más o menos, porque el que lo fue de verdad fue Vicente Verdú, uno de los que estructuró, junto con Juan Cueto, la arquitectura intelectual del periódico; y luego Ángel Harguindey y Patxo Unzueta). Era un hombre caótico, de arrebatos y de improvisaciones alocadas. Las secretarias lo odiaban porque con él nunca se sabía y, además, tiraba a la papelera las tazas de café con café dentro. Javier Pradera lo describía manejando editoriales y artículos de opinión como un caballo en una cacharrería: montaba la página y le faltaba espacio; entonces llevaba la parte inferior de la página ya compuesta al extremo de la mesa y le cortaba el sobrante, con lo que en más de una ocasión el artículo resultaba incomprensible. Menos los editoriales que eran sagrados. Hacía no mucho que el periódico se escribía y confeccionaba en pantalla.

Con los años me hubiera gustado ser Director de Opinión de *El País* . Pero no.

MP se había hecho cé lebre escribiendo las crónicas del juicio de los acusados del intento de golpe de estado el 23F. Todos las leíamos con interés y, a veces, con pasión furiosa. Terminado aquello, Juan Luis lo envió a Buenos Aires como representante del periódico para América Latina. Allí escribió, se casó y me parece que bebió todo lo que se puso a su alcance. Regresó a Madrid en febrero de 1988. Su llegada coincidió con la mía, menos importante y de menor consecuencia.

MP llegó, las crónicas dicen que el 7 de febrero del 88, entró en su despacho en el que yo estaba sentado desde hacía pocas horas, me miró y a bote pronto, dijo:

—Quédate. No te muevas de aquí. No voy a ocupar este sitio y a ti, que vas a tener un futuro serio en el periódico, te conviene estar bien instalado. Hazme caso.

¿Futuro? ¿De qué estaba hablando? Lo único que quedó claro fue que el domingo siguiente, el MP le dijo a Cebrián en su despacho que abandonaba el periódico. Se iba. Pero ¿por qué?, quiso saber Juan Luis. MP no dio razones convincentes , por lo visto. Por lo que se ha contado luego un millón de veces, se sentía poco valorado, poco querido. Tal vez fuera así porque, pese a su voluminosa presencia, era una persona muy frágil que necesitaba la apreciación de los que lo rodeaban, el cariño y el calor, supongo que sobre todo de Juan Luis.

Este, pese a lo que lo criticaban y maldecían, era el padre de la criatura, la piedra Rosetta de *El País* . Irene Vallejo, en *El infinito en un junco* , la define afirmando que

> quien intenta descifrar una lengua desconocida se adentra en un caos de palabras, persiguiendo sombras. Es una tarea casi imposible si no hay un asidero para comprender el sentido…

Juan Luis, el tirano que disgustaba a muchos, cuya autoridad no se discutía, era esa piedra Rosetta, el asidero con el que aclarar el sentido del devenir de España después de Franco. Ni siquiera era el más inteligente ni el más culto, pero era el de la nariz más afilada y un periodista espectacular. E increíblemente joven. No estoy haciendo hipérboles; a estas alturas no tendría la más mínima importancia. Pero sí sé que muchos periodistas de renombre, Pedro J. Ramírez y Luis María Ansón entre ellos, habrían dado un brazo (el izquierdo) por dirigir *El País* . Eran legión. Cebrián, sin embargo, fue el gigante al que no podían alcanzar. Juan Cruz, en su libro *Una memoria de El País* , hace un retrato acerado de Juan Luis y alude a «ese aire elusivo y al borde del enfado que mostraba» [24] . «A su rapidez se añadía una gran intuición […], teníamos que rendirnos ante la evidencia de que lo que hacía era buen periodismo».

MP, José Luis Martín Prieto, se fue en un arrebato de lo que consideraba amistad traicionada, amor insuficiente. Había un desequilibrio sentimental profundo en su marcha. No es que quisiera recuperar su rol como omnipotente adjunto; eso era lo de menos. Se trataba, estoy seguro, de recuperar el peso cordial, indispensable, en el ánimo de Cebrián, un peso que creía perdido. Puede que tuviera razón; puede que Juan Luis no fuera capaz de querer como se le pretendía.

Se ha afirmado que la última frase del MP desde el quicio de la puerta fue «te aseguro que digan lo que digan en el futuro, nunca me subiré a un tren que trate de arrollarte». No debía de ser una voluntad muy firme porque, como ha dicho el propio Cebrián en alguna ocasión, a uno, no, se subió a todo cuanto tren pasara por allí con la intención decidida de machacarlo.

En cuanto a mí, duré poco en el despacho del MP. A los pocos días me lo quitó Eduardo San Martín, recién nombrado subdirector de

opinión. Me trasladé a una mesa vacía en el despacho ocupado por Ángel Harguindey y ya no me moví de ahí.

En los días siguientes a mi llegada a Miguel Yuste 40, me fui dando cuenta angustiado del calibre de la gente que pululaba por la redacción: verdaderos monstruos de la filosofía política, de la literatura, de la inventiva, de la locura creadora, cínicos de vuelta de todo, enciclopedias andantes de casi todo. ¿Qué podía habérseme perdido allí? Ya me había dicho el director que no iba a ser fácil.

Era un grupo compacto de personas, si no todos amigos, sí correligionarios, al menos profesionales convencidos, que llevaban más de diez años trabajando juntos en la construcción de un sueño que había salido bien. Habían hecho *El País* .

No era sorprendente que me consideraran un ectoplasma llegado de otra galaxia. Era una especie de «y a este qué se le ha perdido aquí». Más aún: sé que algunos que no comprendían la razón de mi llegada, la recibieron con hostilidad. Incluso hubo uno o dos que sospecharon que la intención de Juan Luis era instalarme para hacer de mí el heredero en la dirección del periódico. Hubiera sido mejor que cambiaran de bola de adivino. Me costó años convencerlos de que yo solo iba a escribir. De plumilla. No conocía el periódico, no conocía a la gente que lo hacía, no conocía los intríngulis, las batallas de personalidades, el grupo de los que lo dirigían (con permiso de Cebrián). Curiosamente, fueron estos últimos los que me aceptaron como amigo, los que aceptaron con toda naturalidad las razones por las que me había incorporado a *El País* . Sin exagerar: la cosa no iba a pasar de ahí. Sol Gallego, que nunca quiso ser directora hasta que lo fue, Joaquín Estefanía, que sí lo acabó siendo, Jesús Ceberio, que también, Xavier Vidal-Folch… Y la 3ª.

Manolo Azcárate fue uno de los primeros a quienes conocí, junto con Patxo Unzueta y Paco Gor. Y Javier Pradera, que ocupaba el despacho del fondo. Toda, gente de la 3ª.

Pradera había regresado al periódico no mucho antes, después de haberse ausentado durante más de un año por haber firmado un artículo colectivo (también lo suscribían Rafael Sánchez Ferlosio y Juan Benet, entre otros) recomendando votar ‘sí’ a la permanencia de España en la organización del Tratado del Atlántico Norte. Cebrián intentó disuadir a Pradera de su decisión de dimitir, pero el problema ya no tenía remedio: había surgido con la intervención del

Ombudsman, que criticaba un artículo al que, por hacerlo, confería el marchamo de la opinión del periódico para influir en los votantes, sobre todo cuando el primer firmante, Pradera aparecía en la mancheta del diario como director de Opinión. Juan Luis llegó tarde para evitar su marcha. Se marchó Javier y, después de regresar más de un año después, nunca volvió a escribir un editorial. Cada vez que aparecía uno especialmente severo sobre la situación en España o cualquier incidente que afectara al país, mis amigos y conocidos, incluso quienes no, solían decir «menudo editorial ha escrito Pradera hoy: le ha dado al gobierno en la línea de flotación». Nadie podía creer que la decisión de Pradera pudiera ser firme. Inútil explicarles que era verdad. Y cuando lo desmentía, me miraban con aire suficiente. Alguno de aquellos editoriales «pradera», severos y duros, los había escrito yo. Como uno en el que llamaba *felón* a Pinochet. Lo de felón se le había ocurrido a Patxo; lo pusimos y mi sorpresa fue grande cuando nos llegaron los ecos de la brutal repercusión del editorial en Chile. Ese día comprendí lo que significaba escribir en *El País* y el peso tremendo de lo que escribíamos.

Cuando volvió de su exilio, fui a visitarlo a su despacho del fondo de la 3ª. Se levantó, era bastante más alto y deshilvanado que yo, y me vino a dar la mano con una sonrisa y una mirada de curiosidad que nunca se le quitó en los años que convivimos. Siempre con la misma ternura detrás de sus lentes de miope, la misma amable tomadura de pelo y la disposición a hablar conmigo de lo que quisiera. Y a señalarme caminos. Nunca he tratado con una persona de mayor inteligencia y rapidez de acumen. Lo admiré siempre. La gente que no lo conocía hablaba de él con temor y prevención, como si Javier fuera un peligroso bicho de intenciones retorcidas que inspiraban temor. Nada estuvo nunca más lejos de la realidad. La gente le tenía miedo por su inteligencia.

Cuando llegaba por la mañana y pasaba a saludar, siempre estaba allí hablando con él Patxo Unzueta. Lo hacían en tono relajado y humoroso, en voz baja, ocupándose de todo, de política o de un libro, de lo que acababan de decirle Felipe González o Jorge Semprún, del partido de fútbol del día anterior o de la corrida de toros que a Patxo no interesaba nada. Reían, Javier de manera estrepitosa, Patxo en silencio.

Patxo Unzueta. Qué tipo. Con su cuerpo pequeño y liviano, su mata de pelo pincho y la barba casi lampiña, le brillaba la inteligencia en la

mirada. No solía equivocar sus opiniones ni su posición, siempre firme. Y si se le iba el juicio, siempre estaba allí su mujer Carmen, una vasca menuda y guapa, para enmendarlo. Había estado muy cerca de ETA, pero más cerca aún de jugar en el Athletic de Bilbao; se lo acabó impidiendo una brutal lesión.

Manolo Azcarate era otro de los ilustres residentes de la 3ª planta. Lo conocí nada más llegar. Me inspiró respeto —siempre se lo tuve— y un cariño amistoso que perduró durante todo el tiempo que estuve en el periódico. Era la estampa misma de la discreción y, con su voz cascada y poco fuerte, hablaba como si no quisiera imponer su punto de vista nunca. Sus editoriales eran precisos y medidos. Al principio, pensamos que podíamos escribirlos al alimón, pero no: nuestros estilos eran diferentes, más árido el suyo, y los enfoques también. Pronto nos pusimos de acuerdo en repartírnoslos semanalmente y la cosa funcionó bien. Me parecía que la óptica de Manolo estaba más volcada a la izquierda que la mía, aunque no se nos notara en exceso. Él había sido un personaje en el partido comunista de España, hasta que Santiago Carrillo consiguió desensillarlo. Manolo fue muy discreto y siempre guardó prudente silencio sobre el asunto; no así Jorge Semprún. [25]

En ocasiones, uno u otro nos apartábamos de la disciplina de política internacional y escribíamos editoriales de temas sociológicos o literarios.

Que yo recuerde, hice uno reclamando la legalización del mundo de la droga con el argumento de que, en tal caso, las mafias, el contrabando y el crimen callejero desaparecerían de la noche a la mañana. No era la primera vez que *El País* se pronunciaba sobre la cuestión enfrentándose a las autoridades, que temían una explosión del consumo con la consiguiente destrucción del tejido social. No parece que eso esté pasando con la paulatina relajación del control sobre la marihuana. Bien es cierto que en la ocasión anterior hubo una explosión de consumo de *María,* pero solo en la redacción del periódico. Fue una broma algo chusca y tuvo que intervenir Cebrián para acabar con ello.

Pradera no escribía editoriales, pero sí participaba en las reuniones de los martes por la mañana en las que se decidían los temas y el orden de su publicación para la semana. Seguro que me olvido de alguno, pero en la sala de reuniones se sentaban Juan Luis (y detrás de

su cabeza, el famoso lienzo de un lector de *El País* tumbado en un sofá, pintado por Úrculo) [26] , Sol Gallego-Díaz, Joaquín Estefanía, Bastenier, Fernando Savater, Juan García Hortelano, Paco Gor, Patxo, Ángel Harguindey, a veces Añoveros, José María Martin Patino —el cura Patino—, Emilio Ontiveros, Manolo Azcárate, claro, Jesús Ceberio, Xavier Vidal-Folch, que acudía desde Barcelona, a veces Bonifacio de la Cuadra y Ángel Santa Cruz. Con García Hortelano presente, Juan Benet no andaba muy lejos. Eran amigos de sentimientos e ironías y eso destilaba esencias de filosofía, aunque Benet decía que «la filosofía es la ciencia que complica las cosas que todo el mundo sabe». El espíritu de muchos de aquellos pensadores sobrevolaba la sala de reuniones.

Es el momento de introducir a Ángel Sánchez Harguindey, que durante todos aquellos años fue mi amigo, consejero y compañero de risa [27] e inventor de una forma de hablar que se asemejaba mucho a lo que se había puesto de moda en el coloquial de la calle, que arranca en el «ir a por el pan» de Paco Umbral, el gran renovador del lenguaje. Nunca se sabía si lo había inventado Harguindey o lo había acuñado Umbral.

Ángel Harguindey, era , sigue siendo, flaco y alto con el pelo canoso y una barba algo desaliñada. Y cojea. Es consecuencia de un accidente a bordo de un 2caballos, que le dejó una pierna fastidiada para siempre. Anda apoyándose en un bastón que también utiliza como báculo. Un tipo notable. Decía que, para ligar, había que llevarse a las señoras al tanatorio de la M-30, siempre muy animado por las noches. Le llamaba mucha gente por teléfono para quejarse de algo, o pedir que les publicaran artículos. Tenía una técnica especial para no contestar: con el auricular en una oreja y una mano en el disco de marcar, lo hacía girar un poco de tal modo que la conversación se entrecortaba y se hacía imposible. Colgaba y a otra cosa.

En 1993 publiqué *La reina de Serbia* , una novela en la que recogía la destrucción de la Yugoslavia del mariscal Tito tras su muerte, la cruel guerra civil, y el imaginativo intento de coronar como reina a una pretendiente involuntaria originaria de Madrid. Por supuesto que estos sueños monárquicos eran pura invención mía, pero el periodista que acompañaba a la presunta reina era nada menos que Ángel Harguindey, tal como yo lo conocía y trataba a diario. En la novela se llamaba Juan Vega, periodista de *La Prensa* , mal disimulado nombre

de *El País* . Pero su forma de hablar, gesticular y moverse era la del Ángel con el que había compartido despacho durante los últimos cuatro años. Y la forma de hacer un periódico, también.

El único que se ofendía porque yo tuviera que compartir despacho era Carlos Mendo, a quien este asunto le parecía ofensivo para la dignidad de un embajador, nada menos. Era de la vieja escuela: un periodista buena persona y de acendrados sentimientos nacionales. Bien pensado, también era de la vieja escuela Jesús de la Serna y no se hacía problemas: como Defensor del Lector (otro de la 3ª) sonreía con su cara de zorro y no le daba importancia a lo que yo había sido sino a aquello en que me había convertido. El periódico en pleno, de Cebrián para abajo, lo respetaba implícitamente. Como ha dicho Juan Cruz, «había en Jesús de la Serna esa nobleza antigua y ya desusada que convertía en fiable, casi incontrovertible, cualquier opinión suya».

Antes del final de 1988, Juan Luis dejó de ser el director de *El País* . También dejó de ser el compañero sentimental de Chamaca. O tal vez fue ella la que dejó de serlo. Como el MP, consideraba que Juan Luis no la quería lo suficiente, solo que Martin Prieto lo hacía desde el desequilibrio, mientras que Chamaca lo hacía por generosidad.

Me sentí huérfano. El nuevo director, Joaquín Estefanía estaba a otras cosas que la de consolar mi angustia sujetándome la mano. Pero para entonces, yo empezaba a sentirme más seguro de mi papel en el periódico, menos necesitado de apoyos amistosos. Volaba un poco por mi cuenta. Tan era así que, metí la pata y fui responsable de la primera vez (no sé si única) en que a un editorial favoreciendo una cosa, siguiera otro, 24 horas después, sustentando la contraria. Aún me da vergüenza recordarlo. Vergüenza, sí. Honradez, también. Era culpa mía y tenía que enmendarlo.

En Argelia, en diciembre de 1991, en la primera vuelta de unas elecciones legislativas, el partido radical islámico, el FIS, se hizo con una aplastante mayoría, reduciendo a la nada al FLN, que había sido el partido de la guerra contra Francia y la única fuerza política argelina desde la independencia en 1962. En vista de lo cual, los de siempre: el ejército y el viejo FLN se hicieron con el poder. El FIS fue disuelto y la segunda vuelta en enero de 1992 no llegó a celebrarse. El estallido popular de protesta fue inmediato y, como era frecuente, fue reprimido con violencia. No obstante, *El País* publicó un editorial apoyando el golpe de mano del ejército y del FLN con la excusa de que los movimientos del terrorismo islámico resultaban infinitamente

peores que un golpe militar. Lo había escrito yo.

Nada más verlo impreso, comprendimos que habíamos cometido un error injustificable, una ofensa de lesa majestad democrática. Patxo, Paco Gor y yo decidimos hablar con el director, Joaquín Estefanía, para señalárselo. Joaquín, empeñado en otros problemas políticos de más peso para España, ni lo había notado. Autorizó un nuevo editorial. Y lo escribimos haciendo profesión de fe democrática y pidiendo perdón a nuestros lectores.

Considerando la historia posterior de los militares y de los fundamentalistas islámicos, no sé qué decir.

En 1989 Juan Luis había subido un piso a la 4ª planta para empezar a convertir PRISA en el buque insignia de todo el grupo multimedia, que debía incluir a *El País* , la cadena *SER* y la televisión por cable, SOGECABLE. Parece mentira la velocidad a la que se articuló el grupo. Probablemente en España estábamos preparados para dar el gran salto cualitativo que nos fuera asemejando a lo que hacía tiempo funcionaba con gran fuerza en el resto de Europa. No hay otra explicación posible.

Un día, pronto, Juan Luis nos invitó a cenar a Sandra y a mí. Quería hacernos conocer a su nueva pareja, Teresa Aranda, una morena agitanada que presentaba el telediario de la 1. Ella quería casarse, creo, estaba más dispuesta a hacerlo que Chamaca. Es una opinión personal, quizás equivocada. Chamaca había querido compromiso y amor; a Teresa le bastaba con casarse. No le dio muy buena vida a Juan Luis, al menos eso se intuía. Por de pronto, apartó a sus amigos, empeñada como estaba en ser la reina de la casa y solo tratar con reinas.

Pero el objeto de la cena era otro. Me lo contó Cebrián a la mañana siguiente. Había querido que a Teresa le pareciera bien Sandra para así hacerle una oferta de trabajo. Y, por lo visto, la aprobó. ¿Aceptaría Sandra convertirse en Jefa del gabinete del consejero delegado del Grupo PRISA? «Hombre, pregúntaselo tú». Esa misma mañana Juan Luis la llamó a y se lo propuso. Ella aceptó y se convirtió en su directora de gabinete durante los siguientes cuatro años.

---

23 : Creo que la cita exacta de Dostoievski es: «Tolstoi dice que voy vestido como un noble cuando soy un campesino. Él viste como un campesino, pero su camisa es de seda».

24 : *Una memoria de «El País»* , Juan Cruz, ed. Plaza y Janés, 1996, Barcelona, pag.84.

25 : Miembro del Comité Central y del Ejecutivo del PCE, Manolo Azcárate siempre estuvo entre los *reformadores* que defendieron el eurocomunismo, lo que le costó la expulsión de todos los cargos por el secretario general, Santiago Carrillo.

Su padre, Pablo de Azcárate fue Secretario General Adjunto de la SdN y después, embajador de España en Londres durante la guerra civil.

26 : En 1999 Planeta publicó mi novela *El peor hombre del mundo* . La portada era la reproducción de un cuadro de Úrculo, uno de sus clásicos hombre de espaldas con sombrero, en este caso, frente a un panorama de rascacielos. La portada era estupenda. El único problema era que nadie se había ocupado de gestionar los derechos de publicación. Úrculo se quejó inmediatamente; no le había hecho gracia alguna y amenazó con forzar la retirada de la edición. Al final pude hablar con él y generosamente, nos perdonó.

27 : Le dediqué un ensayo, *Educación y Descanso ,* un libro de 1997 de anécdotas de la diplomacia. Decía: «Para Ángel Sánchez Harguindey, amigo de años y risas, oído atento».

15.
TEJEMANEJES Y TRAMPANTOJOS

Toda mi vida he intentado ser ordenado en mi trabajo como escritor. Todo tenía que empezar por el principio sin desviaciones: no podía embarcarme en una novela, en un relato, en un artículo, en un editorial, sin tener decidido el título. Luego, que fuera lo que Dios quisiera; cualquier anarquía valía si el principio era ordenado. Arturo Pérez Reverte me dijo hace mucho que los títulos que ponía eran buenos y que le gustaría comprarme uno: acababa yo de publicar *La Reina de Serbia* , un encabezamiento que, dicho con falsa modestia, era estupendo.

He puesto títulos buenos y malos: *El desencuentro* , el de la novela con la que gané el Premio Planeta en 1996, era tenso y eficaz, mejor que la novela; *Vichy 1940* , con el que gané el Premio Primavera diez años después, explicaba con exactitud los términos del relato; *El engaño de Beth Loring* estaba muy bien y *Que vaya Meneses* o *Meneses en Skópelos* , también, como el del *Peor hombre del mundo* . En cambio, *Viví años de tormenta* era horroroso, igual que el interminable *La internacionalización de la guerra civil española* . No se puede acertar siempre. Tampoco lo hice con *Héroes de días atrás* , la epopeya de La9.

Después de la publicación de *El desencuentro* , Maite Solas, la investigadora en neurociencia a la que profeso serio cariño, se puso en contacto conmigo. Hija de un fallecido por ELA, participaba en la creación de una fundación para la investigación de la enfermedad, FUNDELA, dirigida por el doctor Jesús Mora, que es uno de los investigadores más reconocidos del mundo. Por hacer la historia corta, acabé siendo secretario de la fundación sin más méritos que mi novela, mi entusiasmo y mi capacidad de llegar a las páginas de *El País* .

Como editorialista de *El País* , siempre intentaba ser conciso y directo. Un ejemplo que lo explica bien: en 1989, Bélgica seguía siendo un enredo constitucional entre flamencos y walones. Avanzaban lentamente hacia una federación, pero tenían el problema de una disputada región central perteneciente a la capital. Se resolvió creando la tercera región, Bruselas-Capital, evitando así la disolución

del país con una máxima separación entre regiones. El título del editorial que escribí fue BEL-GI-CA.

En 1990, Jesús Polanco, el jefe de todo, y Cebrián decidieron que era necesario consolidar la estructura filosófica y política de *El País* . Para ello convocaron un almuerzo que luego sería semanal, todos los martes, un Consejo Editorial que acabaría teniendo lugar en el piso societario de PRISA en el número 32 de la Gran Vía madrileña. El comedor, una elegante sala lacada en rojo y en una esquina un enorme cuadro de Tápies (un gran símbolo 'más', alusivo a Canal Plus, supongo; a veces estas alegorías me escapan).

Aquellos almuerzos eran espléndidos. Presidían a un lado y otro de la gran mesa Jesús Polanco y Juan Luis. Nos sentábamos, que yo recuerde, Fernando Savater, Javier Pradera [28] , el cura Martin Patiño, Jaime Añoveros, el duque de Alba (consorte, aunque Jesús Aguirre había mimetizado los hábitos de la casa y le dolía la cabeza, «una dolencia familiar» como a todos los Alba, más que a los Alba, y, en el palacio de Liria, vestía guardapolvo perteneciente al viejo duque), Juan Cueto (el pensador que había creado la ética y la estética de nuestra televisión), Emilio Ontiveros, el economista sabio y simpático, Matías Cortés, el abogado lleno de maldad e inteligencia, Francisco Rubio Llorente, ex vicepresidente del Tribunal Constitucional, Víctor Pérez Díaz, Xavier Vidal-Folch (siempre sentado a mi lado, intentábamos mantener una dieta para no engordar). A Víctor se lo llevaban los demonios cuando en los años buenos de Induráin en el Tour, se instalaba un televisor en el comedor para que pudiéramos ver los finales de etapa. Le parecía poco serio.

Los almuerzos eran terriblemente instructivos: se formulaban ideas y pensamientos, se sugerían interpretaciones y se intercambiaba información de primer orden. Siempre alguno aportaba alguna información rompedora de gran utilidad.

En ocasiones, el Sanedrín, así lo habíamos bautizado, funcionaba como lo hacía el New York Times: invitaba a almorzar a algún personaje de primera línea y le hacía una macro entrevista, un intercambio de puntos de vista que ilustraba la personalidad del huésped y que, sin embargo, nunca tenía reflejo en la información del diario ni cabida en sus editoriales. Era un compromiso que garantizaba la presencia de los invitados y su franqueza al hablar.

Así hicimos con José María Aznar. Él aceptó someterse a la

disciplina de un grupo de inquisidores. Tal vez, se lo aconsejaban las circunstancias, que hacían conveniente su exposición pública, su visibilidad, desde otra óptica menos conservadora. Estaba a un paso de ganar las elecciones y convertirse en presidente del gobierno. El juego de preguntas y respuestas durante el almuerzo no fue muy duro, creo recordar, pero sí muy intenso.

Me parece que Aznar salió de la comida convencido de que, de entonces en adelante, *El País* sería su periódico, igual que lo había sido de Felipe González, también asistente a un sanedrín anterior. Podía contar con su apoyo, estaba seguro. Se había ganado el derecho. La realidad se encargaría de desengañarlo, sin embargo. Entre otras cosas, por ejemplo, porque Felipe había sido amigo de Cebrián y de Pradera, pero basta ver la línea del periódico y el continuo enfado del gobierno con nosotros para comprender que *El País* no se casaba con nadie, por mucha confianza y proximidad ideológica que hubiera.

En ese tiempo empecé a viajar para el periódico, fundamentalmente para entrevistar a alguna personalidad que nos interesara. Viajé a Nueva York para hablar con Henry Kissinger, estuve en París entrevistando a Pierre Joxe, el ministro del interior francés; en Madrid, a Margaret Thatcher, que promocionaba su libro de memorias; en Italia hablé durante un par de horas con el Dalai Lama y en otro viaje, con Paolo Flores de Arcais. Y en un solo periplo estuve en El Cairo y en Jerusalén un día detrás de otro, charlando con Naguib Mahfuz, que había ganado el Nobel de Literatura pocos meses antes, y con Amos Oz, el novelista judío inconformista. En este último viaje, el servicio secreto israelí, sospechando cualquier disparate terrorista, se quedó en el aeropuerto Ben Gurion con mi bolsa de viaje, asegurando que me la pondrían a bordo. Ya. Y dentro había un estupendo jersey de cachemira, mi preferido.

Kissinger me recibió en su despacho de Park Avenue. Hablaba con voz grave y pesado acento alemán. Dijo cosas más bien vulgares que ya le había oído cuando disertaba sobre la política mundial o intervenía en la Asamblea General de la ONU. Bueno, había sido secretario de estado con Nixon y ya sabía lo que me iba contar. Excepto que, me dijo, los israelíes estaban locos y habían llegado a un punto de belicosidad que ponía en riesgo la paz mundial, ahora que la Conferencia de Madrid entre árabes y judíos podía dar frutos de paz. Había que pararles los pies. Terminada la entrevista, me dijo que su

secretaria la transcribiría y que solo daría fe de sus palabras lo que pusiera en el papel mecanografiado, Ni qué decir tiene que toda mención a la histeria y belicosidad israelíes había desaparecido del texto aprobado.

A Joxe lo vi en París. Había tardado en concedernos la entrevista y la obtuve gracias al embajador francés en Madrid. Lo único que queríamos era comprobar si por fin los franceses iban apartándose del concepto profundamente arraigado de que, en el fondo, los etarras eran combatientes por la libertad frente a un país con escasa democracia. Era terriblemente difícil, incluso considerando que el gobierno en París era socialista. Joxe me explicó en detalle las dificultades de controlar a ETA en Francia. El GAL nos había hecho mucho daño, había obstaculizado la labor de la policía y Francia no quería una repetición de reivindicaciones nacionalistas en el país vasco francés. Sabía que no las iba a tener, o que al menos serían de poco peso, pero no quería arriesgar ni un atisbo de sentimiento abertzale. Sus palabras de comprensión y ayuda fueron buenas, pero no sirvieron de mucho.

Margaret Thatcher me recibió en el saloncito de su suite del Ritz en Madrid. Se trataba, en realidad, de promocionar el primer tomo de sus memorias. Nadie tenía que convencerme de la solidez inquebrantable de sus opiniones, ni con las Malvinas, ni con la huelga de la minería ni con las huelgas de hambre de Bobby Sands y sus compañeros del IRA. Ni con Gibraltar. Era una entrevista cantada en la que ambos sabíamos de lo que se trataba: vender un libro. Pero lo hizo con el mismo convencimiento que si estuviera defendiendo a su gobierno en la cámara de los comunes Me volvió a impresionar la intensa mirada de sus ojos, lo que los ingleses llaman *the unflinching gaze* . Le volví a agradecer su apoyo durante el 23F. *Of course* , contestó. Y, cuando salí de la habitación terminada la entrevista, recordé lo que, riendo de admiración, Fernando Morán había dicho de ella cuando íbamos por St. James' Park, después de la dura reunión en el 10 de Downing Street: «es como una severa gobernanta; no me importaría que me azotara antes de mandarme a la cama».

El Dalai Lama es un hombre encantador, amable y paciente. Lo visité en un monasterio en el centro de Italia y tuvimos una larguísima charla sobre lo divino y lo humano. No podía ser de otro modo, claro.

Mi primera pregunta fue: «¿es cierto, Santidad, que desmonta y monta relojes sin que le sobren piezas?» Rio de buena gana, ríe mucho con alegría casi infantil, y me dijo lo que después le oí muchas veces: *I am just a buddist monk,* soy solo un monje budista, «y me interesa hacer cosas con las manos para descubrir los misterios de las máquinas». Después, hablando de su pueblo y de sus seguidores, dijo: «hay que dar a los que se quiere alas para volar, raíces para volver y razones para quedarse».

Volví a ver al Dalai Lama en dos ocasiones. Vino a Mallorca a pronunciar un sermón en el convento de Pollensa y a sembrar el mar de las arenas coloreadas de un mandala creado por dos monjes venidos especialmente. Después, conseguimos entrevistarlo en Madrid para mi programa en *LO+PLUS* . Fue una cosa breve y más política que religiosa. No faltó el recordatorio de que solo es un monje budista.

Mahfuz me recibió en un cafetín de la ciudad antigua, cerca del zoco. Me pareció entrar en el *Callejón de los milagros* , a hablar con su partero. Tuve la fortuna de usar como intérprete a un joven cairota que hablaba español bastante bien y que dio a su versión de las respuestas del Nobel un aire de ensoñación y poesía que más que justificó el larguísimo viaje para apenas un cuarto de hora de charla. Mahfuz hablaba de la gente pobre de El Cairo, de su gente, con lentitud y encogiéndose de hombros. Aquella tarde empezó a germinar en mi corazón una de mis novelas preferidas, *El señor de los oasis.*

Amos Oz, enérgico y tierno, con la cara delgada surcada por mil arrugas, fue fraternal conmigo. Es posible que lo fuera con todos, pero me dio igual: me satisfizo de la misma manera. A su lado comprendí que yo era un escritor modesto y que su compromiso con la paz y el futuro en Israel era mas profundo de lo que yo pudiera alcanzar en mis pequeñas aspiraciones burguesas. Al final me dijo «no eres un periodista español; a partir de ahora, eres un hermano».

---

28 : Los martes, terminada la reunión de editoriales, íbamos del periódico a Gran Vía, sede de PRISA, para el almuerzo. Yo tenía entonces un pequeño FIAT1 y allí nos metíamos apretujados Javier Pradera y yo y, al menos, uno más. Con frecuencia, Jorge Semprún. Eran trayectos de más o menos media hora llenos de ironías y bromas y, en ocasiones, de secretos.

16.
EL ALUNIZAJE

Siempre me ha gustado Sevilla. Me parece una ciudad luminosa y alegre, imposible para los que, llegando de fuera, se la quieran tomar en serio. Demasiadas fiestas. Una vez pregunté a un amigo hispalense cuándo pensaba él que trabajaban allí. Bueno, me dijo, terminado el invierno, está la Semana Santa y luego, claro la Feria de Abril y después, el Corpus; luego ya se trabaja hasta el Rocío. Bueno, no: antes van las primeras comuniones. Así me lo explicó. Un espíritu laboral que la gente del norte no acaba de comprender.

Cuando había dejado de trabajar en *El País* para convertirme en director de comunicación de PRISA, tuve que ir a Sevilla durante la Feria, creo que en la de 1992, coincidiendo con la inauguración de la Expo. Aproveché la ocasión para conseguir una barrera en la plaza de la Maestranza. Toreaba Curro, nada menos. Cualquier aficionado a los toros sabe quién es Curro Romero, uno de los grandes. Debería decir una de las grandes incógnitas, porque nunca se sabía cómo iba a salir la corrida con Curro entre los espadas. De vez en cuando, a Curro le entraba un terror pánico a los toros que le habían tocado en suerte (uno podía haberle mirado mal; era frecuente) y entonces no había quién lo sacara al ruedo a dar unos cuantos trapazos. Ni la autoridad competente, ni la guardia civil ni el escándalo del público conseguían que se moviera de detrás del burladero. Resignado, aceptaba la voluminosa multa e incluso salía de la plaza, no se sabe si escoltado o detenido por la guardia civil. Todos estábamos hechos al probable desastre, pero seguíamos acudiendo a la plaza por si a Curro le diera por lancear una verónica, una sola. Entonces, el respetable se rendía ante la imposible muestra de arte y gracia que salía de sus manos. Para el respetable no había nadie mejor.

No aquella tarde. Fue un verdadero horror. Curro se negó a salir del callejón y al final, los mansos se llevaron al bicho. El maestro, desde la barrera, escondía la cara en las manos, avergonzado. Y yo estaba a punto de comprobar la clase de adoración que sentía por él su público.

Salimos todos furibundos de la plaza. Para consolarme, acudí al Real de la Feria, a la caseta de la *Cadena SER* a ver bailar sevillanas y

a tomar una copa de fino. En ese momento, la SER trasmitía desde allí para toda España. Desde Madrid, preguntaron al locutor cómo había ido la corrida. «Bien, muy bien», fue la contestación. «¿Y Curro?» Pensé: ahora le va a explicar el desastre, el escá ndalo. «¿Curro? Ha *estao immenso».* ¿Qué puedo decir? Así se escribe la historia.

En 1991, Emilio Lamo de Espinosa, el catedrático de sociología, había sido encargado por el Pabellón de España en la Expo'92 de organizar un curso de conferencias que se impartirían semanalmente antes y durante la Expo. La idea era que acudieran a hablar a Sevilla primeros nombres de la política, la sociología, la historia, la industria, la filosofía, qué sé yo. Lamo pidió consejo a Javier Pradera y este sugirió mi nombre. En fin, me contrataron para que yo lo organizara. ¿Dinero? El que fuera necesario para hacerlos venir a Sevilla. Pradera solía decir «te asomas al pozo del dinero con precaución, ¿eh?, y no le ves el fondo». Podía ofrecer hasta un millón y medio de pesetas por conferenciante, viaje y alojamiento incluidos. Una cantidad nada menor en 1991.

Vinieron. Fueron una veintena de conferenciantes. Nada menor, tampoco. De entre todos ellos destacaron Karl Popper, ya muy anciano, pero que, tratado con toda la exquisitez de que éramos capaces, disfrutó mucho con Sevilla. Hélène Carrère d'Encausse, hoy directora de la Academia Francesa, madre del ya famoso novelista, una politóloga de primer nivel que había predicho la caída del muro de Berlín y el desmoronamiento del bloque soviético. Amartya Sen, el premio Nobel de Economía, el gran teórico de las hambrunas y del Tercer Mundo. Saramago, que sería pocos años después Nobel de Literatura. Hans Küng, el teólogo católico suizo que había negado el concepto de la Trinidad, de la eucaristía y de la infalibilidad papal. Y Gianni Agnelli.

Aquella tanda de conferencias, un éxito intelectual, pegaba poco en la Sevilla de las fiestas y la Expo. El público fue escaso siempre. Se me caía el alma a los pies viendo a la veintena de espectadores que, en el mejor de los casos, acudían a escuchar a ese magnífico conjunto de refinados pensadores. Solo uno llenó el salón: Agnelli. Pero eso fue porque acudieron todos los concesionarios de FIAT en España.

Lo conocía desde una cena el verano anterior en el jardín del Palacio de Liria. Cayetana y Jesús Aguirre, Mario Conde y Lourdes, Gianni Agnelli, Sandra y yo y unos pocos más. Jesús y Gianni

hablaron como cotorras y el propio Agnelli me sumó a la conversación sabiendo que estaba casado con Sandra, hija de su antiguo socio y amigo, Enrico Marone-Cinzano. Se interesó por mi trabajo en *El País* y por mi anterior ocupación como embajador. Me parece que la razón de que viniera luego a Sevilla fue recordando mis lazos con la familia y haciendo honor a ellos. A la media noche, se levantó de su silla y dirigiéndose a Cayetana Alba, dijo: «perdón, querida amiga, pero tengo la costumbre inexcusable de dormir en mi cama en Torino. Me espera mi avión en Barajas y si me lo permites, me despido ahora». Hale. Mario Conde debió de decidir comprarse un avión a la más mínima oportunidad.

Yo había visto a Agnelli en 1989, en la bodega Cinzano en Asti. El hermano de Sandra había muerto en un accidente de coche yendo a cazar con el rey Juan Carlos y habían trasportado el féretro a la bodega de Asti para celebrar el funeral. Allí estaba toda la familia y mucha más gente. Los Marone-Cinzano tienen un peso grande en la región.

Cuando esperábamos sentados a que se iniciara la ceremonia, se abrió la puerta trasera de la bodega, se hizo un silencio y entró Agnelli como si fuera el rey de Roma, cosa probablemente cierta. Llegaba con los pulgares en los bolsillos del chaleco y dominando la escena. Escogió para sentarse una fila, discreta, en medio de la bodega. Pocos minutos después llegó el Obispo titular de la diócesis, vestido con los paramentos más solemnes. Fue andando por el pasillo central hacia el altar frente al que estaba el féretro de mi cuñado. Antes de llegar, se detuvo a la altura de donde se sentaba Gianni Agnelli, se volvió hacia él y le hizo una profunda inclinación, casi una reverencia. Eso, me pareció, era reconocer dónde estaba el poder verdadero.

Durante mi trabajo como director de comunicación de PRISA, tuve que intervenir dos veces para intentar ayudar a que se resolvieran un par de problemas que afectaban a Jesús Polanco.

El primero tenía que ver con las relaciones de Jesús con el Rey. Pasaban por un mal momento, supongo que, entre otras cosas, porque el periódico no estaba siendo fácil, ni siquiera cordial con la Casa Real. Organizamos una cena en casa e invitamos a los Polanco, a los Cebrián y a los reyes, naturalmente tras haberlo propuesto y haberle dicho al Rey quiénes eran los invitados y el propósito de la comida.

Fue una cena agradable y relajada, cocina sencilla y buen vino (un

gran reserva de Rioja Alta 904, lo recuerdo muy bien porque estaba buenísimo y era mi preferido). Nuestra cocinera de toda la vida, Flor, tuvo que salir a saludar. Con el café, el Rey y Polanco fueron a sentarse en un sofá en el pequeño salón (nada era muy grande en nuestra casa de Madrid). Hablaron largo rato de todo lo suyo, del periódico, del futuro, de los amigos. Me parece que esa noche me gané la confianza total de Polanco. Tan es así que a los pocos meses me pidió que hablara nuevamente con el Rey para que le echara una mano con Aznar en el complicado asunto de Sogecable.

Por resumirlo: Aznar, ya presidente del gobierno, se enfadó al comprender que no había conseguido hacer de *El País* su periódico, como lo había sido de Felipe González. Provocó lo que al principio fue la guerra del fútbol, que luego se trasformó en una guerra a muerte contra los derechos por los abonados a Sogecable y los descodificadores que controlaban su acceso a los programas codificados, fútbol incluido. El gobierno incluso llegó a montar una plataforma alternativa, que fue un fracaso. En el gobierno se pusieron histéricos y decidieron ir a por PRISA y a por Sogecable con todo. Montaron una querella de chiste sobre una apropiación indebida de los depósitos de los clientes por los descodificadores; el juez Gómez de Liaño (el instrumento utilizado para llevar el asunto hacia delante) había organizado una tontería sin sustento jurídico y comercial alguno. Llamó a declarar a consejeros, entre ellos a Carlos March, retiró el pasaporte a Polanco, le impuso una fianza de 200 millones de pesetas, le prohibió salir de España a recibir en 1997 el doctorado 'honoris causa' en humanidades por la universidad Brown en Estados Unidos. En unos pocos meses consiguió que el gobierno de Aznar se granjeara la enemistad de parte importantísima de la sociedad financiera española y no digamos de *El País* . Al final, lo expulsaron como una marioneta tonta de la judicatura por prevaricador.

Las cosas se pusieron tan tensas que, en un almuerzo del Sanedrín, Jesús Polanco, dolido y furioso, dijo que quería ir a la cárcel y que así caería el gobierno. Tenía razón, pero Javier Pradera le dijo: «ni se te ocurra. ¿Ir a la cárcel? No hombre, no. La cárcel es un matahombres. Es lo ultimo que debes hacer».

La situación se había agravado tanto que estaba a punto de desestabilizar, no ya al gobierno, sino al sistema. Polanco, que era el verdadero hombre de estado en todo el asunto, me volvió a pedir que interviniera ante el Rey para aminorar la tensión.

En agosto de 1997, me cité con el monarca para enseñarle mi nuevo barquito (un Sea Ray de 9 metros; tampoco era para tanto; lo había comprado con parte del premio Planeta). Quedamos en una rada de la costa Norte de Mallorca, debajo de un pueblo llamado Estellencs. A las 12:30, llegó a bordo de una tremenda lancha rápida. En mi *Pifus* , bastante más modesto, íbamos Sandra y yo con dos íntimos amigos, Viquito Isasi y su mujer.

El Rey se subió al *Pifus,* lo miró y luego nos dimos un baño en el maravilloso mar. Agarrados a la plataforma de popa, estuvimos hablando. Le conté lo que estaba pasando; no es que él no lo supiera, pero al menos le insistí en nuestros argumentos y le pedí que usara su influencia para quitarle la espoleta al asunto Sogecable . No podía ser que Polanco, nada menos que Polanco, estuviera arriesgándose a un encarcelamiento improbable, es cierto, pero completamente absurdo e injustificado.

«Me ocupo», dijo.

Al día siguiente me llamó. «Hecho. Sobre todo, no se lo cuentes a nadie». No lo iba a hacer: el Rey se había mojado rompiendo su neutralidad. Pero cometí un error: se lo conté a Polanco creyendo que podía hacerlo por ser él el directamente beneficiado. Pues no debí hacerlo. El monarca se enteró, no sé cómo (imagino que Jesús se lo agradeció en algún momento) y me llamó enfadadísimo. «Estas cosas no se hacen: si te digo que no se lo cuentes a nadie, es a nadie. Mal, Fernando, mal».

Jesús Polanco era muy sincero, a veces brutalmente directo. En pleno asunto Sogecable, cuando más arreciaban los ataques contra él, asistí a una cena en casa de una buena amiga, Orietta Gelardin, la diseñadora gráfica y fotógrafa. En mi mesa se sentaba Jaime Carvajal, presidente de la Ford y de otra decena de empresas, bancos y fundaciones, y, entre los dos, Isabel Preysler. Enfrente de los tres, Miguel Boyer, Isabel Hoyos, mujer de Carvajal, y Sandra. Una mesa cargadita, vamos. Las cosas ocurrían con la normalidad algo frívola de las reuniones de la buena sociedad madrileña. Hasta que salió el tema Sogecable. Yo no quería que habláramos de él porque estaba el ambiente muy cargado y había una hostilidad creciente hacia Polanco y *El País* , su «periódico de los rojos». No hubo modo de evitarlo. En un momento de acaloramiento, Carvajal dijo: «claro que, si yo fuera Jesús, dimitiría de mis cargos en PRISA y Sogecable, por la salud de las dos compañías y de los socios. El asunto va mal.» Boyer no dijo

nada; imagino que no oyó el comentario.

Al día siguiente, entré en el despacho de Polanco en la Gran Vía y le conté el incidente. Me parecía normal ponerle al tanto. Entonces, Jesús descolgó el teléfono y pidió que le pusieran con Carvajal. Fue derecho al grano:

—Jaime, me dice Fernando Schwartz que ayer, en una cena en casa de Orietta, opinaste que yo debía dimitir de todos mis cargos porque, tal como estaba la cosa, ponía en riesgo la supervivencia de mis compañías y de mis accionistas. —Algo así. No fueron, desde luego, sus palabras exactas, pero ese fue el tenor de lo que le dijo a Jaime Carvajal.

—¡Eso es falso! ¡Nunca he dicho semejante cosa! ¡Exijo que Fernando rectifique inmediatamente!

Polanco me miró y levantó las cejas. Yo hice un gesto negativo. Luego me encogí de hombros:

—Entonces debí de oír mal — dije alzando la voz para que se me oyera bien—. Eso fue lo que oí, pero si Jaime asegura que no dijo eso, lo retiro.

Qué se le va a hacer.

17.
TELEVISIÓN Y MÁS COSAS

A finales de 1993 estaba firmemente instalado en mi despacho de la 6ª planta de Gran Vía 32 haciendo de director de comunicación de PRISA. Unos despachos más allá, en la antesala de Juan Luis Cebrián, se sentaba Sandra. Y yo me aburría con sobresaltos, lo que quiere decir que, de vez en cuando, nos estallaba un escándalo de toda naturaleza que, eso sí, afectaba a Polanco o a Juan Luis. Lo más irritante era que las acusaciones de cualquier crimen eran siempre falsas, pero también imaginativas. La inquina que suscitaban mis dos jefes era, para mí, resultado directo de la envidia o de los celos. El éxito de PRISA era intolerable, máxime cuando nada parecía afectarnos. El buque *El País* seguía imperturbable y por estrepitosos que fueran los asaltos dirigidos contra el grupo, parecían incapaces de hacer mella. El fútbol, los descodificadores, pronto las acusaciones de trapicheos y, hasta las sugerencias de corruptelas en el manejo del capital y de ilegalidades en el uso de las acciones eran pompas de jabón, pinchadas una y otra vez. Pero consumían mucha energía y, por mucho que aparentáramos indiferencia, nos afectaban. Sobre todo, nos afectaba la desconfianza de los lectores, que había que apaciguar una y otra vez con la simple pero costosa exhibición de la verdad. Una pesadez.

Un día de noviembre de 1994, vino a verme a mi despacho Rafael García Mediano, el director de antena de Canal Plus. Quería hacerme una proposición descabellada, totalmente disparatada por mi personalidad, mi trayectoria y lo que se intuía era mi provenir en el grupo. Precisamente por eso podría tentarme; ¿no era el que había dado saltos profesionales inconcebibles hasta llegar a donde estaba? Quería que considerara encabezar un programa de televisión, un *talk-show* diario, que estaban pergeñando. Necesitaban lo que yo entendí que era un viejito (¡a mis 57 años!) para encabezar el programa, junto con un jovencito, que acabó siendo Máximo Pradera.

Empecé por decir que no. Nunca había hecho televisión. Sería un desastre. Se necesitaba un profesional. ¿Por qué no un Iñaki Gabilondo? Tenía más o menos mi edad y era, desde hacía mucho tiempo, una estrella. Precisamente porque no queremos un

profesional. Estamos haciendo otra televisión. La que queremos Juan Cueto y yo. No te cuesta nada probar, haz un programa de prueba.

Hicimos un programa de prueba. El resultado me pareció horrible. Haz otro, fíate de mí. Y así, poco a poco, me dejé seducir.

Hablé con Cebrián de la proposición y me contestó, típico de él, «haz lo que quieras». No fue tan displicente como sonaba; de hecho, mantuvo mi puesto sin cubrir oficialmente durante un año, intuyo que por si un fracaso en televisión me pedía volver a mi antiguo trabajo. (No pasaría mucho tiempo sin que los enemigos, Capmany y Jesús Cacho a la cabeza, empezaran a babear afirmando que este fracasado programa se montaba solo para que Cebrián pudiera acudir a satisfacer su ego napoleónico. Les hubiera venido bien consultar el volumen de las audiencias, aunque entonces no habrían podido ahorrarse un doloroso ataque de bilis).

Trabajamos con gran intensidad preparando el programa, un calco del que hacían en Francia nuestros socios de Canal+, *Nulle part ailleurs.* Al principio, ni siquiera iba a llamarse *Lo Más Plus* . Ese título ya lo tenía otro espacio de cotilleo y vanidades que se emitía creo recordar una vez por semana. De nada les valió protestar: nosotros pasábamos por delante de todo lo demás. Y así fue.

El 4 de abril de 1995 estábamos en antena. Había nacido *LO+PLUS* . Primero en los sótanos de Torre Picasso, a un tiro de piedra del estadio Bernabéu. Y un año después, en un plató en la Ciudad de la Imagen, en las afueras de Madrid. Allí estaríamos hasta el final del programa, nueve años más tarde, con un año de regalo en Barcelona, pero yo ya me había ido.

Máximo y yo éramos dos personalidades no solo de distinta edad, sino radicalmente diferentes por carácter, forma de expresarnos y humor. Probablemente fue lo que hizo de *LO+PLUS* un espacio rompedor, supongo que «a la Juan Cueto», inteligente, irónico, culto y sin trabas (solo una vez en toda nuestra trayectoria, impuse una decisión de censura, prohibiendo una broma con el crucifijo en la mesa para no ofender gratuitamente a una parte de la audiencia. No lo hice en otra ocasión y todavía me arrepiento: fue con John Turturro).

Aquello de la inteligencia percibida pesó enseguida: los invitados venían a enfrentarse al reto de ser despiertos y rápidos en las respuestas que debían dar a preguntas inteligentes. Nada fácil. Nos tocaba relajarlos. Con frecuencia, antes de pasar al plató, oíamos a los invitados del día, nerviosos y tensos, ir al baño sin darse cuenta de

que los micrófonos recién colocados estaban ya activos. Sorbían ruidosamente por la nariz cualquier sustancia relajante. Cuando volvían, los recibíamos con cara impasible.

Máximo y yo presentamos el programa juntos durante seis años, a veces insoportables. Pero el hombre era un genio televisivo, a qué negarlo, e impertinente y hasta soez. El tándem funcionó como la seda. Completaba informalmente la terna Ana García Siñeriz, que entonces solo hacía comentarios de cine y no a diario; pero todos los años la mandaban a la ceremonia de los Óscar en Hollywood. Y volvía contándonos el glamour de las estrellas, especialmente de Jennifer Lopez, que le parecía la más guapa de todas. En algún momento sentí envidia de ella, de esa que llaman sana, lo justa para que no se le quemen a uno las entrañas.

Enseguida nos dimos cuenta de que Ana no era solo guapa y lista, sino que, escarbando, le salía una vena canalla muy, muy divertida. Eso dio lugar a una especie de tensión sexual algo retorcida entre ella y Máximo. A él le satisfacía esta forma un tanto enfermiza de acosarla y a ella, aunque ponía buena cara, siempre le sentó fatal. Confieso que lo cierto fue que funcionó frente al público: reían, les parecía picante, incluso las veces en que Ana le propinaba una bofetada simulada. En ocasiones me habría gustado que se la diera de verdad, porque Máximo se pasaba con facilidad en su mal gusto. Todo hay que decirlo: no solo con ella. Varias veces yo también le di bofetadas simuladas a la remanguillé.

Cuando Máximo nos abandonó de la noche a la mañana para ir a presentar su propio espacio en Antena 3, se removieron los cimientos de *LO+PLUS* . Me llamó el entonces director general del canal, José Manuel Lorenzo, y me propuso cerrar el programa; era el momento de hacer otras cosas: no era la primera vez que, pese a su éxito, a algún directivo le tentaba la idea. Contesté que de ninguna manera. Pero, ¿y la ausencia de Pradera? ¿Con qué lo sustituimos? «Sienta a Anita Siñeriz a mi lado y como si nada». Es un riesgo. «Qué va. Verás como funciona». ¿Seguro? «Desde luego». Así fue. *LO+PLUS* duró otros cuatro años.

También hubo un número grande de colaboradores, que fueron evolucionando y sustituyéndose con los años. Primero, Yoshio, un japonés descaradillo que hacía de todo con tal de que sonara a oriental: masajes, tés, arreglos florales, seudomedicina, de todo. En realidad, era maquillador.

Luego estaba Nico Abad, un tipo muy ocurrente que, todos los lunes, comentaba las noticias del fútbol. Y Javier Coronas, a quien descubrimos en la televisión de Zaragoza y lo trajimos a Madrid. Sigue dando guerra con el divertidísimo espacio televisivo *Ilustres ignorantes.* Coronas tiene rasgos de verdadera genialidad cómica , como cuando, sentado en la mesa, pero fuera de pantalla, improvisaba conversaciones telefónicas con Ana Siñeriz y llamaba asegurando que era Putina, la hija de Putin. A Ana le entraban ataques de risa incontrolables. A nosotros, también. Su frase marca de la casa era (tono desgarrado de rusa irritada) «Ana, aquí estoy en Moscú, rodeada de ppooobres, so perraca».

Al poco tiempo, se nos sumó Ramón Arangüena, un cómico de apariencia triste y ocurrente, inteligente y apacible. Lloraba en antena con frecuencia y nos hacía reír con sus inventos. Como aquella vez en que nos explicó lo que había dentro de un televisor: la parrilla (sacó una rejilla de las de asar carne) y un tubo catódico que era una gran salchicha de Frankfurt. Cosas así.

Pero, sin duda, las apariciones más espectaculares fueron, con los años, las de Chus Lampreave, la célebre actriz almodovariana, Tricicle durante muchos programas, igual que el mismísimo Boadella, Canalone, una saga absurda protagonizada por César Sarachu, y uno más, cuyo descubrimiento nos apuntamos en el programa, Javier Gutiérrez, ahora ganador de dos Goyas y una de las estrellas del cine español. Intervenía en el programa haciendo toda clase de papeles, cortos, largos, de malo o de inocente o de cheli. Estaba empezando y se apuntaba a todo lo que le propusiéramos. Estupendo. Era tan versátil que utilizarlo era como moldear cera.

El invitado del primer programa fue Pedro Almodóvar.

Era un éxito que se hubiera prestado a venir, que aceptara una invitación que le llegaba de una pandilla de desconocidos. Pero lo hizo de buena gana. Durante aquella hora me sentí envejecer de veinte años.

Los primeros minutos de charla trascurrieron amigablemente y sin sobresaltos. Pedro acababa de estrenar *Carne trémula* y se había convertido en un gigante, sobre todo en Francia y Estados Unidos. De pronto dijo que le gustaría tener una cámara para filmarnos a Máximo y a mí en un pequeño episodio con el que haría un corto. ¿Nos prestaríamos? ¿De qué se trata?, pregunté con cautela. Pero Máximo

ya había aceptado hacerlo. Venga, Fernando, es el principal cineasta español, ¿qué crees que va a hacer? No lo sé, pero hay niños en casa viendo este programa y Almodóvar no es un Disney para niños. Nadie se asustará, no te preocupes. Bueno, venga, acepté por fin. ¿De qué se trata?, insistí.

Es muy sencillo, dijo entonces Almodóvar. Sois dos amigos que os vais de copas a ligar por la noche madrileña. Y vaya si ligáis: dos hembras espléndidas que os proponen terminar la noche en su apartamento. Aceptáis. Cuando llegáis al piso, ellas desenfundan un revolver y, apuntándoos, os ordenan que os desvistáis. Asustados, lo hacéis. Una vez que estáis desnudos, las dos mujeres os conminan a que os la chupéis el uno al otro (fueron sus exactas palabras, no puedo disfrazarlas: así sonó). Mientras obedecéis, las dos se bajan las faldas y de pronto aparecen unos órganos genitales que no corresponden al sexo femenino. Entonces, os mandan arrodillaros. Lo hacéis y cuando estáis en esa posición, se acercan a vosotros sin dejar de amenazaros y os mean encima. (Insisto, fueron sus palabras).

Mientras yo pensaba en mi anciana madre, que, sentada en su butaca de casa rodeada por el resto de la familia, miraba a su hijo dar el salto a la televisión refinada y elitista, se hizo un profundo silencio en el plató. Y de golpe, el público presente estalló en una carcajada estrepitosa e imparable, seguida de una ovación cerrada. Fue un éxito de primer programa y yo envejecí dos décadas en su trascurso. Pedro Almodóvar volvió a *LO+PLUS* en varias ocasiones, siempre coincidiendo con nuestros aniversarios. Un genio verdadero. Estando ambos de pie en un pasillo del cine cuando terminaba la exhibición privada de *Todo sobre mi madre* previa a su estreno comercial, le dije «Pedro, has ganado el Oscar».

A lo largo de esos años, desde el principio de mi desembarco en *El País* , fuimos estableciéndonos en Mallorca. Teníamos casa en Madrid, pero la vendimos, inaugurando un peregrinar de casa en casa que aún nos dura.

Compramos una hectárea y media de rocas y olivos al pie de Llucalcari, el villorrio que se ha hecho famoso porque ha sido pintado miles de veces por toda clase de artistas. Está a un par de kilómetros de Deià en la costa norte de la isla. Nos hicimos construir una casa (nada de finustiquerías ultramodernas sino grande, de piedra y payesa) sobre el mar, al que se accedía bajando por un sendero a un

lado y una escalera de piedra al otro que acababan en una playita, naturalmente, nudista, y en un *escar* , un pequeño varadero muy castigado por los temporales de invierno. Allí eran grandes y olorosos los pinos y daban mucha sombra regada de oleandros.

En el verano del 88 pasó unos días con nosotros en casa el primer ministro holandés Ruud Lubbers. Nada de la visita es particularmente reseñable, salvo que un grupo de sus compatriotas que tomaban el sol como Dios los trajo al mundo, se quedaron boquiabiertos al ver al jefe de su gobierno bajar a brazo desde casa hasta el *escar* un motor Honda para nuestra neumática de entonces. A partir de entonces, lo guardábamos allí mismo en el *escar* en una covacha cerrada con una rudimentaria puerta de madera, sujeta por un candado algo primitivo.

Desde ese varadero puede caminarse a lo largo de poco más de un kilómetro siguiendo la costa hasta llegar a la pequeña ensenada de Deià, la famosa Cala. Lo llaman el camino de los pintores: por las rocas pueden verse borrones de óleo dejados allí por los artistas cuando ensayaban el color de sus pinceles o cuando los limpiaban.

Al fondo de esa Cala se encuentra la Casa del Patrón, C'as Patró, un restaurante construido sobre el mar por el viejo patrón March (nada que ver con los megamillonarios), ahora manejado por sus dos hijos, dos pescadores que saben freír los pescados y el marisco que van a buscar a los caladeros cercanos; también los compran en la lonja de Sóller. C'as Patró se ha hecho famoso gracias a series de televisión inglesas (*The night manager,* por citar una) y alemanas, películas y anuncios filmados, como uno de cerveza bien simpático en el que salta por los aires un barco de pega y el protagonista es Jean Reno. Lo conocía de haberlo entrevistado tiempo atrás en Canal Plus, claro: Juan Moreno, nacido en Casablanca de padres españoles, de Sanlúcar, habla bien español con fuerte acento francés y es un tipo encantador con pinta engañosa de basto algo paleto.

Con los años comimos muchas veces en C'as Patró, compartiendo mesa con el surtido de gentes locales y forasteros típico de ese microcosmos deiano algo enloquecido que convive con el hipismo, las drogas, la literatura, algo de música *folk* y los seres disparatados que lo habitan. Entre todos han convertido el pueblo en un escenario a veces artificial, a veces simulado, al que acuden los turistas para comprobar cómo es la actuación teatral de sus moradores. Las cestas de paja medio llenas de naranjas y puerros, que los locales llevan colgadas del hombro mientras se desplazan calzados con espardeñas

de pita y tocados con sombreros también de paja de ala ancha, confieren al espectáculo su aire algo circense.

Ya no vivía Robert Graves, muerto cinco o diez años antes, en el 85, pero aún seguía en la casa del poeta su viuda Beryl, de la que se decía que era tan pro-soviet que en la noche de fin de año brindaba con una copa de vodka, eso sí, a las 10, que era la hora que coincidía con la media noche en Moscú. Era bien simpática y lista.

Tampoco estaba ya Cortázar, solo su viuda.

Estaba y está con frecuencia Michael Douglas, que había comprado en las afueras del pueblo, en un lugar mágico llamado S'Estaca, una mansión medio florentina que un famoso archiduque austriaco había mandado hacer para su amante local Catalina Homar. Pero de eso hablo un poco más adelante. Michael venía a comer paella en casa en las noches de verano.

En agosto podía verse diariamente a Narcís Serra, entonces vicepresidente del gobierno de Felipe González y ministro de defensa, empujando con esfuerzo desde la playa de cantos rodados de la cala hasta el mar, una neumática pequeña propulsada por un viejo y renqueante motor japonés de dos tiempos. É l y Conxa su mujer salían a diario, las más de las veces con una pareja de amigos de Barcelona fabricantes de bikinis. El motor fallaba ocasionalmente lejos de la Cala, por lo que los navegantes de pequeño cabotaje lo remolcábamos de vuelta. Narcís tardó unos años en decidirse a comprar una neumática nueva con un motor de fiar; creo que no le gustaba nada gastar dinero.

En una ocasión en que los Serra habían salido a navegar, hasta la Cala llegó un motorista oficial, que traía un sobre con documentos que requerían urgente atención. El motorista se acercó hasta el chiringuito y preguntó a los patrones si sabían dónde encontrar al vicepresidente del gobierno. Los dos viejos piratas se miraron y uno de ellos contestó al motorista:

—¿Vicepresidente? Aquí no hay ningún vicepresidente.

—Sí. El Ministro de Defensa.

—¿Y quién es? No lo conocemos aquí.

—Don Narcís Serra.

—¿Serra? No, aquí no.

El motorista se acabó yendo confuso y subió hasta el ayuntamiento de Deià para entregar el sobre a alguna autoridad local. Cuando se hubo marchado, uno de los propietarios de C'as Patró le dijo al otro,

«de modo que, porque Narcís es importante, tenemos que conocerlo. Vamos. ¿Qué se habrán creído? Que no *empreñen* ».

Así es la idiosincrasia del mallorquín: cazurro, desconfiado, isleño.

Llevo 30 años viviendo en Mallorca. Pues soy un forastero, un *forasté* , y seguiré siéndolo hasta que me muera.

En cierto modo, todo esto ilustra las dificultades que padecimos con nuestra preciosa villa mallorquina de Llucalcari. Ahora no encuentro un solo mallorquín que no exclame «¡qué barbaridad, qué putada [sic] os hicieron con vuestra casa!» Entonces, en los malos momentos, con excepción de unos pocos amigos, nadie hacía ningún comentario favorable.

Por explicarlo brevemente, cuando compramos el terreno, nos aseguramos de que era legalmente correcto edificar allí; era una inversión fuerte y nuestra economía no daba para mucho más. Solicitamos todos los permisos necesarios, de la dirección insular del territorio del Consell de Mallorca, del ayuntamiento de Deià y de cuanto organismo fuera oportuno. Nos los dieron y era preceptivo que fuera así. Pero entrábamos sin nosotros saberlo en un terreno volátil con intereses cruzados. Nadie nos avisó de que, incluso contando con los permisos correspondientes, el asunto no dejaría de suscitar rencillas. Y crearía dificultades.

Una Carmen Doménech, a la que no he visto en mi vida, me tenía, por razones que desconozco, fuerte inquina. Creo que el origen del asunto estaba en una discusión entre ella y el anterior dueño de la finca, Axel Ball, dueño a su vez del hotel La Residencia. No lo sé. Pagué por los platos rotos. A su manifiesta antipatía por mí se unió pronto el GOB, el pequeño partido ecologista balear que defiende, entre otras cosas, la supervivencia del mosquito autóctono en las marismas de Alcudia. Entre todos nos hicieron la vida imposible, pero esperaron a que la casa estuviera construida para demandar al ayuntamiento por habernos concedido la licencia de forma ilegal. No era cierto, pero un juez lo confirmó y ordenó que la casa fuera derruida. A partir de ese momento, la historia es larga y amarga. Los locales, sobre todo los habitantes del villorrio, nuestros vecinos, tardaron años, unos 20, hasta conseguir tirar la casa abajo, junto con otras tres que había en la misma propiedad. Pero lo consiguieron. Dos puntualizaciones: poco después de la primera sentencia (la cosa llegó hasta el Supremo), vendí la casa por la cuarta parte de su valor en el mercado a un empresario alemán; le avisé de que estaba sentenciada,

pero él me dijo que en Mallorca no se tiraba nada. Era cierto, como lo demuestra el hecho de que en la costa Norte hay unas mil casas ilegalmente construidas, y ello incluye la mansión de Michael Douglas, que trasformó, multa mediante, una casita de aperos de labranza aneja a su casa principal de S'Estaca, en un conjunto de ocho apartamentos, una gran piscina olímpica y una cocina industrial; todo es ahora perfectamente legal. Y una segunda nota: Carmen Doménech fue luego condenada (por haber hecho obras ilegales en su propia casa) a pagar una multa y a derruir, creo, la pared de un jardín. Con todo, nunca me quitaré el convencimiento de que fui castigado por *forasté* y, en palabras del patrón del chiringuito de la cala de Deià, por la razón aducida en el caso del ministro de defensa: «de modo que, porque Narcís es importante, tenemos que conocerlo. Vamos. ¿Qué se habrá creído? Que no *empreñen* ».

Al final, el tribunal mallorquín de lo contencioso-administrativo sentenció que la casa había sido construida legalmente y que no había habido razón jurídica alguna para derruirla. Habría preferido no enterarme o, mejor, que no hubieran rectificado nada. Nadie nos pidió perdón.

En cualquier caso, en todo este tiempo hemos hecho grandes amigos, algunos verdaderamente íntimos, que constituyen el núcleo de nuestra familia sentimental en Mallorca. Claro que Sandra, mucho más generosa y fiel que yo, siempre ha tenido verdaderos amigos en todos lados. Pienso, sobre todo, en Charo y Salva Gayarre, que además fueron quienes nos presentaron allá por 1982.

En Mallorca tenemos un *grupo* de amigos, cosa que nunca me había ocurrido antes. Incluso son dos o tres los grupos de amigos diferentes que se entrecruzan a través de nosotros. Navegamos, paseamos por la sierra de la Tramuntana, ese asombroso trozo del patrimonio mundial, nos reunimos a charlar, a comer e incluso a leer obras de teatro (he llegado a escribir un entremés para estos componentes del grupo *Palco o Platea* que hemos establecido*;* me parece que no les gustó mucho) o hablar de cine o jugar partidas de cartas bastante inocentes. Discutimos de política, aunque a mí me gusta poco estar en minoría; solo me apoya, inquebrantable, Elena Mena Tecglen, la sobrina de Eduardo Tecglen, el director del célebre *Triunfo* . En ocasiones, hacemos visitas minuciosas a Palma y su antigüedad romana, judía, árabe y piratesca. Conducen esos *tours* Carlos García Delgado (el arquitecto autor de *Queridos mallorquines* , un libro de éxito porque

acertó a tomar el pelo a los mallorquines sin ofenderlos) y Lucía Garau, hermana de Javier, el médico que me salvó la vida adivinando por teléfono que tenía una pulmonía vírica.

Nuestros primeros amigos aquí fueron Isabel y Basilio Baltasar, el conocido editor con el que pasamos muchas noches de invierno a la lumbre de nuestra chimenea en Llucalcari. Nadie nos conocía entonces y dedicábamos nuestro tiempo a proyectar novelas de caballerías y monjes medievales y a hablar de literatura.

Pronto también entraron en nuestras vidas Ticu y Viquito Isasi. Fueron nuestros compañeros de navegación por el Mediterráneo, la Costa Azul, la Riviera, Córcega, Cerdeña, Sicilia, Túnez… Todo lo hicimos en sucesivos veranos juntos, primero en un Princess de 14 metros de eslora y luego en un *llaüt* menorquín de 12. De las cosas más bellas que recuerdo de aquellas singladuras es el momento de avistar la costa de Cerdeña llegando a Alghero en un atardecer azul y dorado mientras nos rodeaban como en un veloz juego de carreras y escondites unos delfines, 10 o 12 o 15, que, al pasar, nos miraban con curiosidad. Y de las cosas más aterradoras, el baño que nos dimos los cuatro a cien millas de cualquier costa sin saber lo que podía estar nadando y acechándonos debajo de la superficie.

Viquito es probablemente la persona de mejor carácter y bondad que he conocido en mi vida. Fue abogado de Robert Graves y de Anita Ekberg, pero es lo de menos. Victoriano Isasi; en los juicios, los jueces le daban la palabra con un «tiene la palabra Viquito». Bajo y redondo, había sido campeón de Baleares de saltos de trampolín y, a sus considerables años y volumen corporal, seguía zambulléndose con la misma agilidad. Siempre admiré su fuerza de voluntad. En su juventud había sido alcohólico y salió de ese mal sin más ayuda que la de Ticu, a base de determinación feroz. Le había quedado un formidable apetito, que siempre disimulaba, asegurando que estaba a régimen. En una ocasión en la que estábamos amarrados en el puerto de Mahón a la espera de iniciar el cruce a Cerdeña, desapareció a comprar los periódicos. Cuando volvió, bajamos todos a puerto a desayunar en una cafetería. Nada más sentarnos, el camarero dijo «y a usted, don Viquito, lo mismo de antes, ¿no?»

Guisaba una paella riquísima.

Viquito Isasi, siempre con una mirada pícara, siempre de buen humor, era la persona que conocía de vientos y de la mar mejor que nadie. Que navegara con nosotros era una garantía de tranquilidad. El

Rey lo llamaba «el gordito».

Murió haciendo reír a las enfermeras.

De todas las entrevistas que hicimos en *LO+PLUS* , hay tres o cuatro que destacan ya sea por el personaje o por lo que nos contó.

Morgan Freeman estuvo encantador, sencillo y tímido. Hablamos como si estuviéramos sentados en el salón de casa, contándonos historias que acababan en risa. Al terminar el programa, le pregunté qué iba a hacer aquella noche. Estaba alojado en el Ritz, dijo, y sus planes incluían meterse en la cama lo más pronto posible. Tenía que viajar al día siguiente. Le contesté «de ninguna manera, amigo mío. Le voy a dejar que cene tranquilamente en el hotel porque ya se sabe que los americanos no son solo frugales sino muy raros a la hora de comer. Pero a las once de la noche estaré en el vestíbulo, me encontraré con usted y me lo llevaré a un flamenco». «No, no, no puede ser. Soy una persona de edad y me voy siempre a la cama pronto». «No será hoy en Madrid. No me deje plantado». «Está bien, está bien».

Llevé a Morgan Freeman a Casa Patas, en lo que me atañía el establecimiento de mayor solera flamenca de la capital, ahora lamentablemente cerrado. Él ya iba con los ojos como platos cuando andábamos por la acera hacia el tablao por las callejas del Madrid de las Letras. Hubo suerte de que no lo reconocieran.

Mónica mi hija es un poco farruca y lleva el ritmo en el cuerpo, lo que ella llama «coito habanero» cuando esquía. También vale para el flamenco: los conoce a todos y todos son amigos. Ella me recomendó que fuéramos a Casa Patas.

Al entrar, en cuanto nos reconocieron, nos llevaron a sentarnos en el centro del local, enfrente mismo del tablao.

Y no fue una noche cualquiera, fue una mágica noche de flamenco en familia. Yo tampoco lo sabía. Era una casualidad afortunada. Allí estaban todos: Joaquín Cortés, los hermanos Plata, Pepe Habichuela, Rosarito Flores, un par de Ketamas, don José Mercé, Tomatito y Paco Cepero. Todos. Y nos dieron una noche profunda, pastosa, desgarrada, como de luna llena, terminada en alegría y cante hondo, una maravilla.

Morgan no se quería ir.

El flamenco, igual que el toreo, me fluye por las venas, una combinación de sangre alsaciana, canaria y santanderina que se

remezcla anárquicamente en mi apellido. Suelo explicar que esto de «Schwartz» es típicamente sevillano y la gente me mira con sorpresa hasta que comprende la broma.

Por consiguiente, una de las grandes entrevistas que hicimos tuvo por protagonista a Paquito Esplá, el maestro del toreo, el hombre que intelectualmente sabe más de la fiesta y sus reglas. Sus compañeros de profesión respetan implícitamente sus conocimientos del toreo y su entendimiento del ritual de una corrida.

Dice de sí mismo que mata mal, que es un pinchaúvas. Lo he visto torear muchas veces y, como matador, tiene poco de patoso. No se referirá a aquella tarde de San Isidro en 1982 en la que cortó dos orejas, salió a hombros y le adjudicaron el mejor par de banderillas de la Feria. Yo estaba allí.

En su juventud tenía en la casa familiar en las afueras de Alicante un león. Un león, sí. Se me olvida su nombre; me parece que era Pedrito. Sujeto con una cadena, se lo llevaba de paseo a la noche alicantina. Nunca tuvo problemas con nadie. Pero un día en que bajaba por la carretera con Pedrito, se paró a su lado una tía suya que conducía un R-5 recién estrenado. «Venga, Paquito, que os llevo». «No». «Que sí, hombre, que no pasa nada». Tras porfiar, Esplá subió al león al asiento de atrás del R-5. Nunca me ha explicado cómo cabía el bicho en el asiento de atrás. Arrancaron. Al cabo de unos metros, Paquito dijo en voz baja «para ahora mismo y baja del coche». La instrucción era tan urgente que la tía obedeció. Se bajaron los dos y Pedrito destrozó toda la tapicería de dos zarpazos. El torero explica que vio de pronto la mirada del león, repentinamente salvaje, y comprendió que la cosa iba a acabar mal.

Nos hicimos amigos después de una de las respuestas más llenas de serenidad y filosofía de vida que se habían oído en *LO+PLUS* (este diálogo no es exacto, por supuesto, sino un recuerdo a vuela pluma de lo que me dijo):

—Usted tiene un hijo que quiere ser torero. ¿Le gusta la idea?

—No.

—Ah, ya. Como a todo padre, le debe horrorizar la angustia de verlo enganchado en los pitones del toro.

—No, no es eso. Si lo empitona el bicho, a mí me romperá el corazón, pero él se lo habrá buscado y yo no habré podido hacer más que enseñarle a no pisar el terreno del toro. No, no es eso. Imagine que en su primera tarde triunfa y le corta las orejas al toro.

—Bien, ¿no?

—Imagine que le salen mal las siguientes seis corridas y que no lo vuelven a llamar ni a contratar. ¿Quién lo consuela de la sensación de fracaso? Su horizonte a los 20 años no tiene más que negrura. ¿Cómo se rehace? No quiero eso para un hijo mío.

(Su hijo Alejandro es torero).

El 15 de noviembre de 1997, Sandra me organizó una maravillosa fiesta sorpresa para celebrar mi 60 cumpleaños. Cerró un restaurante en la calle Hortaleza e invitó a todos nuestros amigos. Mónica mi hija se encargó del *catering* . Como Sandra es italiana al 50 por ciento y un cuarto inglesa y otro española, y de flamenco entiende poco, Mónica también se ocupó de traer a unos amigos flamencos, pero no para que actuaran sino para que estuvieran y se sintieran invitados. Y cantaran si les apetecía. Les apeteció.

Al contrario de lo que suele ocurrir, ni me enteré de que solo aparentemente salíamos a cenar Sandra y yo a solas, como ha sido nuestra costumbre en los cumpleaños. No tenía ni idea de lo que me esperaba.

El interior del restaurante estaba vacío; al fondo, detrás de un gran telón, había una zona de bar a la que el maître nos recomendó ir. Estaba completamente a oscuras. Fuimos hasta allí y de pronto se encendieron las luces y estaban todos los amigos apelmazacotados, casi unos sobre otros. Me hicieron la recepción clásica que siempre sale en las películas: todos cantando el *happy birthday* , eso sí, desafinando como es regla. Las dos primeras personas a las que vi fueron los Reyes. Me acerqué, le di dos besos a la Reina y un abrazo al monarca (lo hice varias veces a lo largo de la noche por pura emoción). No muy protocolario, pero muy cálido.

Luego me enteré por Mónica de que se había producido un grave problema de seguridad: nunca se apagan las luces de un sitio si están los reyes dentro. Mi hija insistió en que fueran apagadas contra toda norma, para dar la sorpresa usual al festejado, en este caso, yo. Le dijeron que de ninguna manera. Pues cuando supo que Sandra y yo estábamos en la puerta, fue al cuadro eléctrico y cortó la corriente. Seguro que hubo algún amago de infarto entre los oficiales presentes. Pero solo fueron unos segundos y no pasó nada.

Nunca había creído tener tantos amigos, algunos venidos de partes extranjeras. Uno llegó de Nápoles trayendo sobre una gran bandeja un

enorme babá-au-rhum (el postre napolitano por excelencia) que figuraba el Vesubio y echaba humo por el cráter. ¡Y lo había traído en avión! Preferí no preguntar. Para entrarlo al restaurante, lo traía en brazos Fernandito.

Después me contó Mónica, entonces en la flor de la edad, que, tras el trajín del día, había ido a cambiarse en una pequeña despensa del restaurante en donde se encontraban tres miembros de la Guardia Real, vigilando la parte posterior del establecimiento. Le dijeron a mi hija que no podían moverse de ahí. La seguridad, ¿me entiende? Como tontos. Pues Mónica se cambió sin que pareciera importarle.

Los flamencos amigos de mi hija venían a las órdenes de Pepe de Lucía, hermano de Paco. Traía a su mujer y a su hija, una jovencísima Malú. No tendría más de 15 o 16 años. La niña tenía costumbre de cantar y bailar en cosas de familia, pero nunca había actuado delante de extraños. Mónica la sentó a su lado en unas sillas, junto con Pepe de Lucía y se pusieron a cantar en voz queda. Mónica tiró de Jesús Polanco, que miraba sonriente, lo sentó en otra silla e hizo que Malú le cantara. (De resultas de eso, Jesús ordenó que la SER pasara algunos cortes de la voz y las canciones de Malú y ese fue, estoy seguro, el principio de su camino al estrellato). [29]

¡Qué cena más enternecedora! Aquella noche, Sandra , que estaba arrebatadora, me descosió el corazón. Tuve que hablar y se me secaban (o humedecían, no sé) las palabras en la garganta. Me recuerdo de pie, apoyado contra la pared, con la Reina sentada a mi derecha y el Rey a la de Sandra, mis hijos y mi madre en la misma mesa, junto, me parece, a Manolo Rodríguez-Gimeno y a Viquito y a Mari Luz Polanco y Jesús. Me recuerdo en una nube nostálgica diciendo que, en aquel lugar, no había ni reyes ni flamencos, ni forasteros ni gente de allí; solo amigos y, con permiso de la autoridad, solo una reina: Sandra.

Uno de mis disparatados amigos sacó a la Reina de verdad a bailar una rumba al son de los guitarristas, mientras las flamenconas jaleaban y aplaudían.

Al final, cuando los reyes se montaron en su coche en la puerta del restaurante, se arremolinó una cantidad grande de jóvenes que estaban de copas en Hortaleza y que los despidieron al grito de «¡que se besen, que se besen!».

No quise soltar la mano de esa santa en el resto de la noche.

Pocas semanas después del cumpleaños, Sandra y yo fuimos en coche hacia el país de los Cátaros. Nada muy especial, un breve paseo de días a oxigenarnos en el otoño tardío del Rosellón.

Siempre hemos sido aficionados a viajar por el mundo, desde el principio de nuestra relación, y lo hemos hecho a conciencia. Nos ha pasado de todo. En el glaciar del Monte Rosa en los Alpes hicimos la promesa de dejar de fumar, básicamente porque en un pasaje empinado, pero no demasiado difícil, a mi corazón le dio por dispararse malamente. Nos llevamos un susto. Era la nicotina, claro; sesenta cigarrillos al día es lo que tienen. Los dos cumplimos la promesa radicalmente y eso que Sandra no pasaba de la decena diaria. Y hasta hoy, treinta y tantos años más tarde.

En verano le hemos dado la vuelta andando al macizo del Mont-Blanc dos veces, ocho días cada vez, de Chamonix a Courmayeur con el Hospicio de San Bernardo como etapa. La mochila, llena de ropa y comida, pesa nueve kilos: 14 horas con ella a cuestas son duras.

Hemos estado en Kenia y en Tanzania, cuando la visita al cráter del N'Gorongoro todavía era una aventura. Marco Calamai, un amigo grande que viajaba con nosotros y con Betta, su mujer, se entretenía haciendo payasadas, no siempre prudentes: se iba, ya de noche, a la barrera que separaba el campamento iluminado de la selva misteriosa y se ponía detrás de ella, justo donde el cartel que recomendaba «no pase de aquí: hay animales peligrosos». Cuando algo dice en África que hay animales peligrosos, hay animales verdaderamente peligrosos. A mí se me llevaban los demonios de verlo. Un día, justicia divina, comíamos un picnic de bocadillos a la sombra de unos baobabs, lejos ya del cráter. Por el cielo volaban lentamente unos buitres dando vueltas sobre nuestras cabezas. El cazador que nos acompañaba aconsejó que no levantáramos nuestros brazos con comida. ¿Así?, preguntó Marco, alzando su brazo derecho con un bocadillo en la mano. Antes de que pudiera retirar la mano, un gran buitre bajó en picado y le arrebató la comida con sus garras. Por fortuna, no le hirió. Marco aprendió la lección.

Estuvimos Sandra y yo en el islote de Mnemba, a unos centenares de metros al norte de Zanzíbar, en uno de los hoteles más deliciosos del mundo; las suites eran cabañas y los suelos, arena. Como los dueños eran italianos, se comía pasta con pescado cobrado allí mismo aquella mañana.

Estuvimos en San Petersburgo en un mes de mayo, alojados en un

hotel que luego he reflejado en mi última novela, *Meneses en Skópelos.* Fuimos a un ballet, el Romeo y Julieta de Tchaikovsky, en el teatro Mariinsky, me temo que puesto en escena por una compañía de tercera del Kirov. Nos agotamos en el Hermitage y nos pareció que debajo de los dorados de las cúpulas y los bolardos, debajo del oro de la fachada del Palacio de Invierno frente a la Nevá, la ciudad estaba bastante hecha polvo, con grietas por todo y rincones sucios. Deambulaban unos tipos enormes con chaquetones de cuero negro y pistolas asomando en la cintura; guardaespaldas.

Estuvimos en el Cabo Norte por estar; solo nos impresionó el hecho de que habíamos llegado al extremo septentrional de todo.

Ah. Viajamos a Vietnam.

Y de la misma tacada, a Camboya y a Birmania.

En Rangún intentamos visitar a Aung Suu Kyi en su casita al otro lado del lago, pero nos lo impidieron unos soldados bajitos a los que habríamos desplazado con soplarles pero que llevaban unos Kalashnikovs muy grandes.

En el norte del país, la belleza es sobrecogedora: vimos la llanura de Bagan con sus decenas de templos alineados al sol durante el festival del agua, y nos alojamos en un hotelito francés en el borde mismo del lago Inle. La perfección, tal vez.

En Camboya visitamos con horror los restos del paso de los Jemeres Rojos —el espantoso centro de torturas, Tuol Sleng— y recordamos la evacuación de la embajada americana con los helicópteros posándose livianamente en el torreón del edificio. Para recuperar el aliento, tomamos un refresco en el centro internacional de prensa de Phnom Penh, lugar de algunas escenas de *Los gritos del silencio,* junto al río Mekong, con su evocador nombre de leyenda.

Estuvimos en el norte en las ruinas de Ankgor Wat, los templos hinduistas entreverados de lianas.

Vaya subcontinente, el asiático.

Bajamos el Mekong en una barcaza hasta Can-Tho, en la vieja Cochinchina francesa. Nos hospedamos en un hotel al borde del agua y, como la luna estaba llena, quisimos cenar en la terraza. Nos pareció muy romántico, hasta que un ejército de mosquitos implacables nos echó al refugio del salón con aire acondicionado. Y es que casi nada es perfecto.

En Vietnam hicimos dos comprobaciones: en ningún otro sitio del mundo tiene el color verde la calidad pastosa, jugosa e intensa del

verde de los arrozales de allí. Y en ningún otro sitio del mundo, ni en México ni en Nápoles, es equiparable el caos del tráfico con que uno se encuentra en Hanoi y en la antigua Saigón.

Estuvimos en la bahía de Halong, navegando a bordo de un barcote de pesca en el que nos dieron cerveza y comida vietnamita. Nada escapa a la fama, sin embargo: en el pequeño puerto de la bahía, mientras embarcábamos en nuestro pesquero, un grupo de turistas lo hacía a nuestro costado en un barco mucho más grande; yo iba cubierto con un sombrero que me hacía invisible y con una mascarilla que me disimulaba por completo. Desde lo alto de la proa de nuestro vecino oímos una voz tonante que clamaba «¡eh tú, lo más plus, que te hemos visto!». (Exactamente lo mismo que me había gritado un mendigo que pedía limosna en el primer piso del aparcamiento de las Cortes en Madrid: «¡eh tú, lo más plus, que te veo todos los días!»).

Al regreso del viaje, almorzamos en casa de dos buenos amigos, artistas ambos, Yannick Wu y Ben Jakober. [30] Traíamos aún los ojos y el espíritu llenos de la belleza de aquel lugar maravilloso y tan torturado por la historia. Como Yannick es franco-vietnamita, una combinación frecuente en una civilización que tiene tanto de las dos culturas, fue obligado que nos pusiéramos a hablar de nuestro viaje y de sus recuerdos. Inevitablemente, la conversación nos llevó hacia derroteros del arte. Y de ahí, a lo único que nos había parecido realmente feo de todo el país.

—Sí —dije a Yannick—, el mausoleo de Ho Chi Minh en Hanoi es un engendro de mal gusto. Nos pareció un pastel insultante, doblemente insultante por estar al lado de la modesta casa que ocupó Ho en el jardín contiguo en los últimos años de su vida. Es aún peor porque, en su testamento, ordenó que la colina en la que estaba su morada fuera sembrada de árboles que dieran sombra a los cansados peregrinos que acudieran a ver su tumba, que quería modesta y simple. ¿Y sabes qué? Como hacía muchísimo calor y no se permite a las mujeres llevar los brazos sin cubrir, Sandra tuvo que comprar allí mismo un chal horroroso. Ironías del destino del paraíso comunista: le costó un dólar y en esa moneda tuvo que pagarlo, no sé si como penitencia por la derrota americana o como muestra de lo inevitable de la dolarización de las economías revolucionarias, igual que en Cuba.

Yannick sonrió y, después de un breve silencio, añadí:

—El mausoleo de Ho Chi Minh… ¡Qué horror! Solo salvaría una cosa de ese espantoso monumento, tan feo como el de Lenin en la plaza Roja: en la entrada, en un lugar de honor ante el que desfilamos todos en silencio, hay un bellísimo busto de Ho en bronce, una cosa pequeña, no levanta más de una treintena de centímetros. Una maravilla.

—¿Sabes? Mi padre esculpió ese busto.

Me quedé callado en un instante de sorpresa. Y luego:

—¡ Ah, Yannick, me acabas de regalar una novela! ¿Cómo podría no escribir la historia de ese busto?

La escribí. *El cuenco de laca.* Uno de los relatos que más me ha satisfecho novelar. En muchas ocasiones, las historias nacen, germinan y se desarrollan porque así lo dictan la casualidad o una circunstancia afortunada, un rostro, un viaje, el susurro de un recuerdo. *El cuenco* es hijo de uno de estos momentos. Vu Cao Dam, el padre de Yannick, fue no solo un escultor mágico sino también un pintor sobre seda que plasmó temas de gran belleza. En la novela nunca me alejo mucho de él, de sus manos y de su maravillosa capacidad de plasmar la vida en un barro modelado por sus dedos.

---

29 : En otra ocasión Polanco acudió, después de cenar, a casa de Mónica a un pequeño flamenco. Allí estaban Isabel Pantoja en chándal (que había que verlo), las Chamorro, Lolita Flores, Tomate, a lo mejor Pepe de Lucía y alguien más que no recuerdo para el cajón y un par de voces buenas.

30 : Yannick había estado casada con el pintor italiano Domenico Gnoli. Ben por su parte, había sido banquero con los Rothschild, hasta que, habiendo hecho suficiente dinero, decidió retirarse a una vida relativamente contemplativa.

18.
MACLAINE, RUSHDIE Y MÁS

Shirley Maclaine vino al programa porque acababa de estrenar una película en la que hacía de viuda impertinente de un presidente de Estados Unidos, *Tess y su guardaespaldas* , con Nicolas Cage, y porque un par de años antes había hecho el Camino de Santiago. En realidad, nosotros la queríamos en *LO+PLUS* por sus dos películas con Billy Wilder, *El apartamento* con Jack Lemon e *Irma la Douce* . Pero ella quería hablar de sus experiencias ultra espirituales: había pasado una temporada en el altiplano de Perú comunicando con extraterrestres, convencida de que ella era la reencarnación de una princesa incaica.

Al final, se humanizó y se puso simpática cuando le expliqué que en Manhattan compartíamos lavandería, yo por mis camisas y ella por lo que fuere. La veía regularmente, semana a semana. Se rio y me habló del portorriqueño que manejaba aquello y me preguntó por qué no me había acercado a ella para invitarla a tomar una copa por ahí. Bueno, Shirley, usted era la mega estrella y yo… Hay que atreverse en esta vida; yo me la habría tomado con usted, me dijo. Ya ve.

Al terminar el programa, se levantó de su asiento, me puso las manos sobre los hombros y me dio un beso en la boca. ¡Shirley Maclaine! Estas cosas no pasan todos los días. (En realidad, era la segunda vez: en la inauguración de la CNN española participada por Canal Plus, estuvieron Ted Turner, su dueño, y Jane Fonda, su mujer. Pedí a Cebrián que me presentara. Lo hizo, *a known writer and television star* , y Jane Fonda me dio no uno, sino dos besos. Este doble turno fue considerablemente más grato que la entrevista con Sara Montiel, de cuyo beso escapé, no sin que ella me agarrara las dos manos y se las pusiera en los pechos por comprobar su firmeza. Los pechos habían visto tiempos mejores).

Coquetos en el programa hubo para todos los gustos. Ahora que recuerdo a Shirley Maclaine, a Jane Fonda y a Sara Montiel, puedo afirmar que Georg Solti se llevó la palma de la delicadeza y la galantería.

Solti, un hombre pequeño y de mucha edad, era una delicia de sensibilidad y buena educación. Junto a von Karajan, a Celibidache, a Bernstein, a Giulini, fue uno de los directores de orquesta más célebres

de su generación. Venía de dirigir una Novena o la Obertura del Tanhäuser en Madrid, no recuerdo cuál, y habíamos conseguido traerlo al programa, a pesar de que decía sentirse muy cansado.

Tenía una mirada viva y despierta, nada de blandura en sus gestos o en su voz, que salía firme, acostumbrada a instruir a sus músicos y a hacerse oír. Y tenía la sonrisa pronta e inmediata. Nada má s sentarse, miró con picardía a Anita Siñeriz, que aquella tarde estaba particularmente atractiva. Llevaba un vestido que seducía por su escote. Seguro que Anita se sintió halagada por haber llamado la atención de una persona tan famosa e instantáneamente encantadora.

Sonó el *Danubio Azul.*

Amelia Alas, nuestra directora, que tenía un olfato especial cuando se trataba de adivinar momentos de ensoñación (y también cuando se nos iba de las manos la entrevista y por el «pinganillo» nos enderezaba con sequedad, o también cuando se aburría y nos contaba por el mismo procedimiento un chiste cualquiera, obligándonos a no dormirnos y a que prestáramos atención al invitado con cara impasible), había hecho sonar el vals para mimar al anciano músico.

Entonces Solti se levantó de su asiento, extendió la mano para que Ana lo acompañara y, durante unos minutos maravillosos, bailaron el vals por el plató. El público rompió a aplaudir.

Fue perfecto.

Georg Solti murió a las pocas semanas. 1997. Tenía 85 años.

Debo decir que la música siempre estuvo ligada al programa y, por supuesto, a mi vida, desde que, con seis o siete años, dirigía la Heroica con un palo retorcido en el balcón de casa en Berna. ¿No cantaba yo mucho después *Les feuilles mortes* , acompañado por mi hermana Nena a la guitarra?

En Deià, íbamos de noche a La Fonda, donde tocaba una banda más que aceptable, liderada por un hijo de Robert Graves. De vez en cuando andaba por allí Mike Oldfield, que había montado un estudio de grabación en una casa de la parte alta del pueblo. También Alfred Brendel, que alquiló nuestra casa de Llucalari para refugiarse en la paz de los olivos durante un mes de julio de 1990 o 1991.

Pero lo que más me acercaba a cualquier pasión musical era la actividad de Mito Vidal, el hermano de Ticu, mujer de Viquito. Este solía explicar que los Vidal Bucher eran cinco hermanos apodados Por (que quiere decir miedo en mallorquín), Ticu, Mito, Piqui y Dito,

mientras que el gato se llamaba Enriqueta.

Mito es lutier y repara y construye con gran mimo instrumentos musicales (en tiempos, las primeras guitarras eléctricas construidas en Mallorca), como un clavecín muy elegante que ha sido utilizado en conciertos por toda la isla. Lleva el clavecín en la parte trasera de una camioneta japonesa que le vendí de segunda mano. También es un reputado afinador de pianos y se encarga de afinar el Pleyel o Bechstein, no sé, que utilizan los grandes concertistas en el Festival Chopin en la Cartuja de Valledemossa todos los veranos.

Mito, en realidad, es multifacético. Lo de menos es que su profesión sea la de oficial de máquinas en buques de la marina mercante. Además de música e instrumentos, sabe mucho de arquitectura mallorquina tradicional y, si se le puede convencer, diseña y participa en la remodelación de casas antiguas de la isla.

Cuando vendimos la villa de Llucalcari, compramos en Deià la casa del alcalde, a media cuesta de la calle que sube a la iglesia y al cementerio. No estaba en muy buen estado y decidimos arreglarla con ayuda de Mito y de una cuadrilla de albañiles, cuyo maestro era de una lentitud desesperante; cuando pasaba días sin acudir a la obra y se lo reprochábamos, nos explicaba que había muerto su suegra y había tenido que ocuparse de todo. Su suegra murió tres veces en otros tantos meses.

Mito diseñó la remodelación con gran gusto. Hasta puso una ventana interior para dar luz natural a un pequeño espacio en el que estaría mi refugio de escritor, mi *sancta sanctorum* . También añadió un comedor en un hoyo del jardín y entre él y el salón de abajo, una lucerna de cristales en pirámide, como si fuera el Louvre.

—Está quedando maravilloso, Mito, — le dije un día durante la visita de obra a la que habíamos acudido desde Madrid. — Pero ¿dónde va la cocina?

—¡La cocina! ¡La cocinaaa! ¡Se me ha pasado con tanta cosa!

No la tenía prevista, pero la hizo, por supuesto, en una habitación de niños que daba sobre la calle.

La casa tenía en la parte trasera un jardín a la altura del primer piso y allí añadimos una pequeña casita de invitados y una diminuta piscina que nunca funcionó muy bien (el constructor, a quien se le olvidó añadir un depósito regulador, esencial para el mantenimiento de la limpieza y transparencia del agua, aseguraba que el funcionamiento de los relojes y los mandos parecía complicado, como

aprender el sanscríto, con acento en la i, decía, pero una vez conocido, todo iba bien a la fuerza. Pues no).

Durante unos breves años, también fue nuestra una casita diminuta en el mismo pueblo, colocada debajo de enorme ciprés. Eduardo Mendoza pasó un mes en ella preparando una novela. Es tan discreto que nunca me dijo que la nevera no funcionaba.

Mito tenía una virtud añadida a las muchas que he descrito. Por decirlo todo, es un excelente cocinero. Pero, por encima de cualquier cosa, sabe todo lo que ocurre y ha ocurrido en Deià y en Valldemossa. Por ejemplo y muy principalmente, la historia de Diandra, la americana o australiana o mallorquina o austrohúngara (según quien lo relate) que acabó casándose con Michael Douglas. Es una historia enternecedora e irresistible, que no pude sino relatar en una novela, *El engaño de Beth Loring*. Disimulé los personajes, por supuesto, pero me temo que se reconocían perfectamente. Eso provocó el gran enfado de Diandra. No era merecido porque, tanto a ella como a su madre, las trataba con cariño y reivindicaba su personalidad. Qué voy a decir: me parece que la novela es divertida. Diandra sugería sin sugerir que era descendiente del archiduque Luis Salvador, primo de la emperatriz Sissi, que, habiendo nacido en Florencia, acabó viviendo en la Costa Norte de Mallorca y muriendo allí en 1914. Luis Salvador compró muchas casas en el lugar, incluida la ya citada S'Estaca, el maravilloso Son Marroig que domina el mar en un paraje llamado Sa Foradada, la antigua residencia de Raimundo Lulio y su Escuela de Lenguas Orientales y, ya cerca de Valldemossa, Son Moragues, donde almorzaron Clinton y el Rey en tiempos remotos y más benéficos.

No fue solo Michael Douglas quien atrapó mi simpatía. El mundo *hollywoodiense* de las grandes estrellas es muy seductor. Por eso, algunos de los entrevistados en *LO+PLUS* eran principales actores de cine.

John Malkovich, que vino con su aire de suave despistado, me ofreció sobre la marcha un papel en una película suya, aunque, luego, la escena en la que yo haría de cardenal junto con otro príncipe de la Iglesia (Ramón Mendoza, presidente del Real Madrid) fue finalmente eliminada . Mi única participación en la filmografía mundial fue, después, una escena con Victoria Abril en una película que no rompió ningún molde.

Las estrellas acabaron viniendo al programa porque, nos decíamos,

si no acudías a *LO+PLUS* , no eras nadie. Esta soberbia exagerada y bastante tonta quedó de manifiesto una mañana en la cafetería Nebraska de la Gran Vía. Máximo y yo nos tomábamos un café (y yo unos churros) y hablábamos con suficiencia de cómo castigaríamos a Rosana, la cantante canaria, que nos había dado plantón. Nunca vendría ya al programa nos asegurábamos. Bueno, pues Rosana tomaba en ese momento un café a nuestras espaldas. Me tocó ligeramente en el hombro y me explicó con humildad que no había podido acudir porque la discográfica la había llevado de promoción a una ciudad lejana, Málaga me parece. Pero habían avisado. Ni qué decir tiene que vino invitada una semana después.

El programa con Antonio Banderas fue un dislate. Todavía hoy se habla de él. Se dice que se enfadó tanto que se levantó y le dio un puñetazo a Máximo. Y, sin embargo, las claves de que se trataba de un montaje estaban ahí.

Habíamos acordado que él se enfadaría porque nos empeñábamos en hablar de su vida privada, de su matrimonio con Melanie Griffith; él había venido a hablar de su película, como en la conocida anécdota de Umbral diciéndole a Mercedes Milá, enfadado y con su voz campanuda, «he venido a hablar de mi libro»… Antonio se enfadaría, se levantaría, le daría una patada en salva sea la parte a Máximo y se marcharía. Momento en que aprovecharíamos para proponer rebobinar y aparentar que no había pasado nada. La gente se lo tomó en serio sin darse cuenta de que no podíamos rebobinar si la otra versión no estaba preparada y ya grabada.

Melanie estaba detrás de las bambalinas, deseando sumarse al programa. Costó contenerla y, por fin, acabó sentándose a la mesa y participando sin comprender mucho de lo que pasaba. Hubo un momento bastante espectacular cuando mostró el tatuaje de su hombro, un «Antonio» rodeado por un enorme corazón. Cuando se separaron años después, se hizo borrar el «Antonio».

Esto de provocar a un invitado tenía sus riesgos. En una ocasión acordamos con Lou Reed que él guardaría silencio ante mis preguntas y que cuando yo le sugiriera que, si no quería contestar, era mejor que se marchara, se levantaría y se iría. Luego yo diría sonriendo «señoras y señores, Lou Reed» y Lou volvería para hacer la entrevista. Lo malo fue que Reed no volvió y no volvió y no volvió en un rato interminable. Creímos que nos había hecho la clásica broma malhumorada de Lou Reed y que no tenía intención de hacer caso a

mis reiteradas expresiones de «señoras y señores, Lou Reed», volviendo al plató. Que no pensaba hacerlo, vamos. No es fácil describir el alivio que sentimos todos cuando sí lo hizo.

También tenía sus riesgos decirle inocentemente a un invitado algo que le hiriera o lo ofendiera. Vinieron los hermanos Coen a hablar de su filmografía y, en especial, de *Fargo* , que había sido candidata al Oscar a mejor película y que acabó ganando los premios al mejor guion original y a la mejor actriz, Frances McDormand. Ella también había venido acompañándolos (estaba y está casada con Joel Coen), lo que produjo gran emoción en todos. ¡Frances McDormand!

Siempre charlábamos con los invitados antes de salir al plató. Les explicábamos el mecanismo del programa, los tranquilizábamos, reíamos, cosas así. Uno de los Coen preguntó cómo era *LO+PLUS* . Por darle una referencia reconocible para un americano, expliqué que era parecido al show de David Letterman en Estados Unidos. Y, si hay alguien a quien odian los Coen es a Letterman. En ese mismo momento, dijeron al unísono que no saldrían al plató y que no contáramos con ellos para hacer el programa. La desolación fue completa: ¡estábamos a menos de cinco minutos del comienzo! Menos mal que Frances McDormand se apiadó de nosotros y se ofreció a salir ella. *LO+PLUS* ese día resultó mucho mejor de lo esperado. Frances (ya la llamaríamos Frances para siempre) hizo un programa cariñoso, agudo y lleno de buen humor. Tan inesperado como el de Salman Rushdie.

Salman Rushdie, amenazado de una *fatwa* [31] por su novela *Versos satánicos* , tenía que ser protegido para evitar un atentado. Decretada la *fatwa* , un pronunciamiento descabellado emitido por cualquier autoridad musulmana de acuerdo con la ley de la *sharia,* la policía británica lo puso bajo su custodia inmediatamente.

No había sido fácil conseguir que viniera al programa. No sin razón, la policía española y sus congéneres británicos no querían arriesgar la vida de su protegido ni por un momento. Aceptaron por fin que hiciéramos la entrevista, siempre y cuando fuera grabada y no en las horas habituales de emisión. Por primera y única vez, *LO +PLUS* fue efectivamente grabado. Era un sábado por la mañana y con un público seleccionado con extremo cuidado.

Rushdie entró de buena gana al buen humor de aquella mañana. Lo sentamos entre el público, rodeado de guardaespaldas y con gafas oscuras. Todos, seguridad, público y entrevistadores llevábamos

puestas gafas de sol para que nadie nos reconociera y, en los primeros compases del programa, las cámaras aparentaban buscar con cierta confusión al invitado. Hasta que se quitó los anteojos y vino a la mesa a sentarse con nosotros.

Hablamos, por supuesto, de la condena y de lo que la había provocado, un relato que no parecía muy ofensivo más que para los savonarolas de turno. Estuvimos conversando sobre el disparate medieval de encargar la muerte de un enemigo de cualquier cosa. Su protección resultaba carísima y hasta hubo determinados sectores de la sociedad que insinuaron que «allá él», que no lo hubiera escrito. Pero, ¿ censurar su libro? ¿Las democracias cediendo a las imposiciones de un régimen teocrático? En absoluto. A Rushdie le parecía por añadidura que prohibir la incitación al odio religioso era contrario a la libertad de expresión y esperaba que esa lacra desapareciera de la moral pública.

Lo más divertido de la entrevista fue la anécdota de su primer día de escondite. Nada más hacerse pública la *fatwa* , las autoridades inglesas lo escondieron en un hotel rural en un condado relativamente alejado de Londres. Estaba naturalmente angustiado y tardó tiempo en darse cuenta de que la habitación contigua estaba ocupada por un periodista famoso de un gran periódico de tirada nacional. En cuanto lo supo, le pareció que el diario publicaría sin dilación la noticia de su presencia en el hotel. Pero a la mañana siguiente, nada apareció en la prensa. Sorprendido, Rushdie preguntó a los policías que lo acompañaban cuál pensaban ellos que era la razón de este silencio. «Nada muy dramático», le contestaron. «El señor X ocupa la habitación contigua con una señora que no es la suya. Y es el notición o el matrimonio».

A lo largo de más de dos mil emisiones de *LO+PLUS* nos dio tiempo a entrevistar a muchos escritores. Nos aportaron imaginación, ensueño y trampas. Ejercicios intelectuales que parecían vedados a un programa tan divulgador de la cultura-sin-exagerar. Dos Premios Nobel, Mario Vargas Llosa (aunque aún no lo fuera, pero sí estaba a punto de publicar *La fiesta del chivo,* para mí, su mejor novela) y José Saramago; el semiólogo Umberto Eco, el dramaturgo Buero Vallejo y el irónico humorado Eduardo Mendoza, el inescrutable Javier Marías, el gran Gonzalo Torrente Ballester y el nicaragüense Sergio Ramírez, sandinista de la primera hora, escritor de verdad y hombre honrado

(no como su presunto jefe, violador de su propia hija, sátrapa violento casado con una bruja; no les tengo mucha simpatía). Y un cantautor que, en lo que me concierne, es un verdadero poeta, Joaquín Sabina. Suma y sigue. ¡Cuánto monumento literario!

Ahora que pienso en Sabina, sé que debería hacer un elenco de los músicos que vinieron al programa. Sería largo y no tiene cabida, pero al menos, celebraré a Plácido Domingo, Montserrat Caballé, Raphael (¡!), Battiato, Lenny Kravitz, Rocío Jurado, Bon Jovi. Y Juan Manuel Serrat. Y Miguel Ríos. Y Daniel Barenboim.

(Me arrepiento de no haber traído a Elan Rogoff, uno de los grandes pianistas israelíes que, además, vive en Mallorca; no lo conocía entonces. Nos hemos hecho amigos con los años. Él y su mujer Vesna Mimica —pronunciado Mimitsa—, una artista inteligente y sensible, han navegado mucho con nosotros por estos mares).

Así, hasta tres o cuatro mil.

Ah, el mundo de las mujeres-florero es interminable y debería de figurar aquí. Bueno, pues casi no pasó ninguna por *LO+PLUS* . Las que sí vinieron fueron muchas otras: tengo interiorizado un apartado de mujeres bastante más inteligentes que nosotros, que, cuando yo iba con mis preguntas, ellas ya venían de vuelta. Geena Davis, Victoria Abril, Sigourney Weaver, Candela Peña y Penélope la única. (Y entre paréntesis, pondré a Ana Belén, Lola Herrera, Cameron Díaz, la antipática Catherine Deneuve, Demi Moore, Andie McDowell y Carmen Maura. Gwineth Paltrow, que había aprendido castellano durante una estancia de meses en Talavera la Reina, vino acompañada de miembros de la familia talaverana, decididos a intervenir si le faltábamos al respeto).

Faltó una, la mejor, a la que nunca conseguimos convencer. Marisol.

Faltó otro, el mejor, al que nunca conseguimos traer. Mandela.

Y, por fin, la categoría especial: Felipe González, Anthony Hopkins, Bardem, Jodie Foster y John Cleese.

Hubo un tiempo en que, sin que fuéramos conscientes de ello, *LO +PLUS* se convirtió en una especie de manifiesto político de oposición, no por nada sino simplemente por estar y emitir un programa desvergonzado y libre que, además, hablaba con inteligencia y sin insultar. Se convirtió en lo inesperado, un espacio intelectualmente retador, o así lo recuerdo. Y lo recuerda mucha gente

cuando habla de él: fue durante la segunda legislatura de José María Aznar. Agotado ya el asalto del PP a PRISA, floreció seriamente el movimiento contra la guerra que lanzó Estados Unidos sobre Irak en la primavera de 2003 y que Aznar apoyó con entusiasmo.

En Moncloa estaban tan histéricos en su afán por silenciar el movimiento antibélico, por presentarlo como la cesión habitual de la izquierda blanda y pastelera, que hasta hicieron la contra a Las Kétchup, las chicas hijas del Tomate, que cantaban un *aserejé* en el que se adivinaba una velada crítica al esfuerzo guerrero del gobierno: las radios partidarias silenciaron la canción y hubo un momento en que Las Kétchup solo acudieron a nuestro programa y a nuestra radio, la SER. Después, el *aserejé* arrasó y estuvo hasta en la sopa.

Durante la presidencia de Aznar, sobre todo durante su segundo mandato de 2000 a 2004, los amigos pasamos tiempo quejándonos de él y de sus gentes por lo que considerábamos un asalto constante a la democracia y a las libertades. Nos reuníamos en el despacho de Juan Miguel Hernández León, el presidente del Círculo de Bellas Artes. Allí constituimos la Asamblea de Intervención Democrática para defender los valores constitucionales. Además de Juan Miguel, asistíamos Nicolás Sartorius, Ángel Gabilondo, Fernando Vallespín, Benjamín Prado, Manu Escudero, Juan Genovés (que dibujó un poderoso grabado, del que se hicieron 100 ejemplares [tengo el 4/100]), Fernando Valenzuela y yo mismo.

Estas reuniones se acabaron haciendo tan molestas para el poder que, en un momento determinado alguien del gabinete de Esperanza Aguirre, la presidenta madrileña, preguntó «¿por qué no destituimos al presidente del Círculo de Bellas Artes? ¡Césalo inmediatamente!» La respuesta fue «como si, de haber podido, no lo hubiéramos hecho ya».

Redactamos un manifiesto, ya lo creo. Se llamaba Manifiesto de Constitución de la Asamblea de Intervención Democrática y en él se hablaba de «la contrarreforma de la democracia […] que se traduce en menos libertad y mayor desigualdad y un creciente deterioro de las instituciones». Aludíamos a la ofensiva mundial «contra las garantías y los derechos de los ciudadanos» y acusábamos al gobierno de justificar la guerra contra Irak «por encima de cualquier límite legal y democrático». También asegurábamos que, con su actitud, el gobierno violaba nuestro compromiso en pro de «la construcción política de Europa». En consecuencia, constituíamos una Asamblea para «denunciar y alertar sobre las conculcaciones o desviaciones que se

vayan produciendo». Pretendíamos «enriquecer el tejido democrático […] de la sociedad española en la que la participación en la política por parte de los ciudadanos es aún limitada». Terminábamos haciendo un llamamiento a todos los sectores sociales «para que se opongan activamente a este proceso de regresión democrática». Sé bien por qué nos convertimos en enemigos públicos del PP y su gobierno.

Celebramos en el Círculo de Bellas Artes un acto de presentación del manifiesto. Muchísima gente. Lo hicimos circular y lo firmaron literalmente miles de personas. (Nicolás Sartorius tiene la lista completa de los firmantes.) En Moncloa sentó fatal. Añadiré un detalle que nos sacó los colores: durante la presentación, una mujer se quejó con toda razón de que en el comité no había ni una fémina y que, tanto hablar y tanto llenarnos la boca de principios, se echaba de menos la igualdad de sexos. Ángel Gabilondo dijo entonces «yo tengo días…». Tuvo gracia, pero la ocurrencia no fue muy bien acogida. En sucesivas reuniones, incorporamos a Almudena Grandes (y a su marido Luis García Montero, el poeta), a Sol Gallego, creo que a Iciar Bollaín. ¿Rosa Montero? No sé.

Si la memoria no me falla, José Luis Rodríguez Zapatero vino a *LO +PLUS* , el lunes 8 de marzo de 2004. Como candidato, no parecía tener muchas opciones de victoria en las elecciones generales del domingo siguiente. Nos parecía que Aznar volvería a ganar. Pregunté con cierto escepticismo a Zapatero si él se sentía ganador. Contestó con gran firmeza que desde luego. «No tengo la menor duda».

Y el domingo siguiente, 14 de abril, ganó.

Claro que ocurrieron de por medio los atentados en los trenes de cercanías de Madrid el jueves 11 de marzo. 193 muertos. Aquella mañana anduve como un *zombie* por el paseo del Prado y la estación de Atocha, bueno, *cerca* de la estación: por supuesto que no dejaban entrar a nadie. Hacía frío en la cola para donar sangre; de todos modos, no me lo permitieron por mi edad, 66 años. Estuve allí confuso, sin comprender cómo había podido caernos encima lo inimaginable: los atentados terroristas eran para otros lugares, no para este tan civilizado. Menos civilizado, claro: Madrid había sido campo de batalla de las bestialidades de ETA durante años. El atentado le costó la reelección a Aznar, empeñado como estaba en echarle la culpa a ETA, en vez de a los islamistas, que Jorge Dezcallar, entonces jefe de los espías, señalaba como autores. [32]

31 : Esa barbaridad islámica que consiste en poner precio a la cabeza de cualquiera que haya sido decretado blasfemo; cualquier creyente puede matarlo sin temor a la justicia de los hombres… siempre que no le pillen fuera de territorio islámico.
32 Jorge y yo, ahora que vivimos en Mallorca, hemos hablado mucho del atentado de Atocha y, como anécdota, añadiré que, junto con Pipo Dicenta, hemos dado conferencias sobre esto, sobre Europa y sobre cuestiones internacionales; nos autobautizamos como «Los Tres Tenores».

19.
VIAJERO EN TU TIEMPO

El nuevo siglo nos trajo un tropel de viajes, como un disparo enloquecido. El 1999, creyendo equivocadamente que el 31 de diciembre se produciría el cambio de milenio, fuimos en coche hasta la Provenza francesa con Bel y Basilio Baltasar para cenar y beber champagne a la salud del XXI en un delicado hotelito, el Château des Alpilles en Saint-Rémy. Cito el hotel por su nombre porque resultaron especialmente deliciosos los dos o tres días que pasamos allí, yendo y viniendo por Arles y por les Baux-de-Provence, paisajes que luego reflejé intensamente en *Vichy 1940* .

Para enmendarnos la plana por el error del pasado, fuimos Sandra y yo a Bora-Bora, en la Polinesia francesa, el 31 de diciembre siguiente, fecha del verdadero cambio de milenio. ¿Qué voy a decir de esa isla? Bueno, que dan croissants frescos en el desayuno, que la laguna, trasparente como una aguamarina, baila por entre peces multicolores, justo debajo del cristal que hace de mesa en el salón de la habitación del hotel; que el aeropuerto construido en el borde del arrecife, refleja como en una película romántica y tropical la felicidad de los pilotos de combate americanos, cuando descansaban allí entre misiones de guerra en el Pacífico; y que las mujeres paseando apenas vestidas con pañuelos estampados en mil tonos frescos, hacen irresistible la evocación de Gauguin. Y que hay una isla, Tahaa, que es la principal productora de vainilla del mundo, además de ser un vivero de los mosquitos más grandes y feroces que se conocen.

Bora-Bora, el paraíso en la tierra. Seguro que era aquí donde estaba el jardín del Edén.

En algún momento teníamos que ir a Egipto. Nos atraían la antigüedad, claro, las pirámides (y las piedras y eso, decía un joven amigo), pero también aquello en que se había convertido el Egipto del siglo XX, el país del Nilo, las ruinas de las ciudades de los faraones, los valles de los faraones muertos, Abu Simbel que hubo que trasladar piedra a piedra para salvarlo de la tremenda presa del lago Nasser, ese que amenaza con arruinar el funcionamiento natural del río y sus

depósitos de limo.

Asuán. El viejo Cataract Hotel al borde del Nilo Azul, en cuyo bar Agatha Christie situaba parte de la acción de *Muerte en el Nilo*. Estuvimos sentados en la misma terraza tomándonos un *Planter's punch* y contemplando el mausoleo del Aga Khan al otro lado del río. Allí me subieron a un camello, una experiencia que no aconsejo a nadie: es terriblemente incómodo y pasa uno el trayecto siempre a punto de deslomarse. Aparezco con cara de angustia en una foto.

En El Cairo cenamos en el apartamento de un famoso personaje de la televisión egipcia. Las paredes estaban cubiertas de frescos delicados y de grietas que parecían a punto de rajar el muro y derruirnos. Todo un poco enloquecido, frívolo y muy decadente, como el dueño de casa, que era terriblemente homosexual. Llevaba los ojos pintados con *kohl* y hablaba mezclando en la misma frase varios idiomas, árabe, inglés, francés , italiano. A los postres, me llamaba *darling* y a Sandra, *your highness*.

Pero fue el viaje siguiente el que realmente colmó nuestras expectativas.

Tenemos un gran amigo cairota, Farid Kioumji, que también vive en Deià. Fue él quien nos aconsejó hacer un segundo periplo egipcio para perdernos en el desierto. Farid es un hombre solido, guapo, de curiosos ojos azules. Un intelectual de marca, que compra y vende libros antiguos: hace unos años, vendió en una subasta de Sotheby's toda una colección de manuscritos y fotos sobre peregrinaciones a la Meca en el siglo XIX. Le pagaron una fortuna.

Me habló de Ahmed Hassanein Bey, un hombre extraordinario que, después de haberse divorciado de la mujer más rica de Egipto, había estado casado con la reina madre de Farouk, del que fue tutor. En 1920 había representado a su paí s en las Olimpiadas de Amberes, liderando el equipo de esgrima. Más adelante había intentado establecer una línea aérea directa entre Londres y el Cairo, pero sus dos aviones se estrellaron, uno en Pisa y otro en Nápoles, antes de aterrizar en Roma. Con todo, lo más importante que hizo, además de amasar una fortuna, fue convertirse en un geógrafo de primera línea: sus exploraciones, alabadas en la Sociedad Geográfica de Londres, adonde acudió a exponerlas, fueron recogidas en un número del *National Geographic* , allá por los años 20 del siglo pasado. Su hazaña principal fue ir andando desde Sollum en el Mediterráneo a lo largo de la frontera egipcio-líbica hacia el Chad en el sur (unos 3000

kilómetros de marcha) y descubrir las Cuevas de los Nadadores en el macizo de Uweinat. Las pinturas rupestres que los representan indicarían que, miles de años antes, allí había agua, lagos y cultivos de regadío. ¡ En la frontera con Chad, en pleno desierto! Michael Ondaatje utilizó ese emplazamiento en su *Paciente inglés.*

¿No resultaba Hassanein Bey irresistible como protagonista de una novela mía ? Y eso es lo que acabó siendo *El príncipe de los oasis.*

Por añadir un detalle curioso, el cuñado de Hassanein Bey, el arquitecto Hassan Fathy, diseñó su mausoleo en el cementerio principal de El Cairo. El Bey había muerto en 1947 atropellado en un puente de la capital por un trasporte militar británico. Puede que fuera una coincidencia desafortunada si se recuerda que no era muy popular con las autoridades inglesas del protectorado egipcio, puesto que años antes, durante la II Guerra Mundial, se había negado a presionar y forzar la abdicación de Far ouk, cuyas simpatías se inclinaban hacia la Alemania nazi. Cosas así hacen sospechar a los escépticos.

Hassan Fathy fue un célebre arquitecto de casas populares en la capital egipcia y… diseñador de una única casa fuera de su país, en Alcudia, en Mallorca. La casa se llama *Sa Bassa Blanca* y es propiedad de Ben Jakober y Yannick Wu. Al principio, Fathy no se fiaba mucho de la capacidad de los albañiles mallorquines de seguir su proyecto con fidelidad. Pero dio la casualidad de que un día conoció a un artesano local, de los de horno de pan y *porcella* . Le preguntó si sabrían hacer una cúpula como las hacían en Egipto. El panadero, repitiendo la configuración de su horno, se limitó a levantar el brazo y hacerlo girar de derecha a izquierda por encima de su cabeza. Fathy exclamó «¡ah!» y dio, sin dudarlo, permiso para que la casa fuera construida siguiendo su proyecto. Los hornos en el Nilo se hacen exactamente así, con esa medida esférica. Y las cúpulas de las casas, también.

Bueno. Sandra, junto con Ana Torán, organizó un viaje en el que nuestros compañeros serían Ana y su marido José Ortega (sí, nieto de Ortega y Gasset); Chantal Jourdain, una belga llena de curiosidad y entusiasmo, cuyo marido Luis Fidalgo, melómano y *fine bouche,* aunque odia la carne de todo lo que vuela, ha sido director de periódico y luego portavoz de los March; Concha Domínguez de Posada, una arquitecta-terremoto casada con Antonio Escámez, el banquero que es el hombre más simpático pero menos hablador de

todos los que conozco.

Por su parte, José Ortega es un traumatólogo que decidió vivir en Mallorca, liberándose de la presión madrileña y de la conveniencia de tener consulta privada. Es de las gentes más sensatas que conozco. Maniático de la mecánica de cualquier uso, es un buen marino que cuida por sí solo de su velero. Hemos navegado juntos muchas veces, aunque me gusta decir que soy más camionero que de velamen. Nuestra pasión nos ha llevado hasta el Caribe a navegar con vientos de sotavento, y a Grecia y a Turquía, siempre con su mujer Ana, sin la que nada sería organizable.

Este segundo viaje a Egipto resultó verdaderamente estupendo.

Empezamos por pasar unos días en el Cairo, de peatones, por la plaza Tahrir, que pronto sería el epicentro de la fallida primavera árabe, y por las barriadas más populares de la ciudad (las callejas de los cafetines, donde ya había estado entrevistando a Naguib Mahfouz), en el insondable zoco y navegando en una barcaza, una *dahabiya* , por el Nilo al anochecer. En el Cairo descubrimos, yo al menos, las *falafas* , los pastelillos triangulares o cilíndricos fritos, en el restaurante Felfela, cerca de la plaza de Talaat Harb, en donde había estado Gropi's. Gropi's había sido una cafetería establecida por un pastelero suizo a principios del siglo XX a la que acudían los jóvenes de la buena sociedad en tiempos del rey Fuad. Traigo Gropi's a colación porque allí se enamoró por primera vez el joven adolescente Jamie-Ya'kub, ficticio hijo de Hassanein Bey, *Príncipe de los oasis,* mi novela egipcia.

Nos alojamos uno o dos días en el Mena House, el hotel de las mil y una noches al pie de las pirámides de Keops, Kefrén y Micerino con la enorme esfinge acostada delante de ellas. En cierto modo, el Mena House me recuerda La Mamounia de Marrakech, en la que nos hemos alojado muchas veces y que a Winston Churchill le parecía el lugar más bello de la tierra.

En 1943 se reunieron en el jardín de Guiza en el Cairo, Churchill, Roosevelt y Chang Kai-Shek para tomar decisiones sobre Japón y la guerra en el Pacífico [33] . Churchill era el único que vestía de blanco, como corresponde a un inglés en el trópico (también es verdad que, en verano, los británicos excéntricos vestían de blanco, pantalón corto y salacot en Washington, pero era por molestar y recordar a los americanos que habían sido colonia).

Las pirámides de Guiza sobrecogen por su dimensión inesperada y

la fuerza de su estructura. Las imagina uno blancas, revestidas de piedra caliza, deslumbrantes.

Por la noche, empujado por José Ortega (de quien me había reído antes), tuve que salir a la pista de baile del restaurante del hotel a bailar una danza del vientre con la correspondiente señorita a medio vestir. Solo me vieron los de nuestro exiguo grupo. Afortunadamente.

Antes de arrancar hacia el desierto, habíamos pedido permiso para llegarnos hasta Uweinat a visitar las Cuevas de los Nadadores. El permiso se gestionaba porque tantos días a solas en la inmensidad de la arena requerían protección armada. Nos lo denegaron: unos días antes, unos turistas italianos habían sido secuestrados por un grupo de bandidos integristas y aún no se sabía nada de ellos. En vista de lo cual decidimos no llegar tan abajo en el desierto y cortar a medio camino para atravesar el Mar de Arena de este a oeste hasta las cercanías de la frontera con Libia. Ahí giraríamos hacia el norte para alcanzar el oasis de Siwa.

El Mar de Arena es, en efecto, un verdadero mar de dunas y ocres cambiantes en donde se pierde la vista hasta el infinito. Por las noches parábamos en cualquier lugar y montábamos un campamento poniendo los jeeps en ángulo, decorándolos con grandes alfombras y extendiendo mantas sobre el suelo. Allí nos sentábamos a comer pan cocinado en un hoyo en la arena, la masa debajo y la brasa incandescente arriba, la arena en medio, y arroz con verduras que asaban para nosotros los guías. Sandra aprendió a lavar los platos con arena a falta de agua.

Cumplí años en el desierto y aquella noche brindamos con un par de botellas de Marqués de Riscal, que los Ortega habían traído de extranjis. Concha bailó una danza bereber con el jefe de nuestros guías, fascinado como estaba con la melena rubia de nuestra amiga.

Cada noche nos sentábamos en torno a la lumbre y yo contaba historias del mundo, anécdotas de la diplomacia, ensoñaciones de la vida. Nos dormíamos mirando a las estrellas, cubiertos por las mantas que raspaban y olían poderosamente a carnero. En aquellas veladas me sentía un poco bardo, contador de historias de la tradición oral, que era como se trasmitían de generación en generación los romances, los dramas, los cantos heroicos, hasta que la gente aprendió a leer y se multiplicaron las copias de libros después de la invención de la imprenta.

Después de la cena, me embarcaba en un largo relato describiendo

las aventuras del día que se me hubieran ocurrido.

Luego, se dormían todos y a otra cosa.

Y, al par de semanas, llegamos a Siwa.

Todo en Siwa está hecho con adobe y barro. El hotel al que íb amos estaba construido con grandes paredes y muros de barro y las ventanas eran placas de sal extraídas del enorme lago que baña el lugar; así, los interiores recibían luz natural. Las habitaciones eran de adobe y las bañeras, de mármol. Los salones, distribuidos aquí y allá en el extremo de las pequeñas villas y de las suites, tenían bancadas de barro cubiertas de alfombras Kilim y mullidos cojines de tela blanca de algodón. Los iluminaban lámparas de cobre bruñido. En el atardecer, los *boys* encendían hogueras en rincones escogidos caprichosamente. Eran espacios colocados aquí y allá, circulares, cuadrados, apoyados contra una pared a modo de chimenea, tres, cuatro, diez. Así, los huéspedes podían tomar sus cócteles y cervezas arrebujados en torno a la lumbre, cada tarde en un sitio diferente, preparado para cuando caía la temperatura del desierto. Después podíamos cenar lentejas estofadas con dátiles del oasis; todos hemos incorporado la receta a nuestra dieta. En verdad, el de Siwa es el hotel más extraordinario que jamás he visto. Bromeábamos diciéndonos que las remodelaciones de salones, pasillos y suites se hacían solo después de que cayera lluvia abundante y se lo llevara todo por delante. No andábamos muy lejos de la realidad.

Dominaba el pueblo de Siwa un gran fortín de adobe que, en efecto, una tormenta de lluvia de tres días había reducido a esqueleto, como un castillo en la arena al que hubiera lamido una ola.

Allí mismo puede tomarse un trasporte, una carretilla tirada por un asno con un letrero muy grande que pone TAXI y que lo lleva a uno al baño de Cleopatra, ahora lleno del agua fresca del manantial y hace dos milenios, lleno de leche de burra, si se atiende a la leyenda.

Del baño de Cleopatra, se llega andando a las ruinas del templo del oráculo de Amón, célebre y temido en la antigüedad. Alejandro Magno, terminada la conquista de Egipto, en el 331 a.C., peregrinó hasta Siwa, que es mucho peregrinar, visitó el templo y debió de convencer a la multitud de Dioses que lo ocupaban de que era hijo de Zeus. Así lo reconocieron o al menos eso dijo a sus soldados y le creyeron.

Después fuimos de Siwa a Alejandría en un solo día a todo lo largo de la costa mediterránea, viendo urbanizaciones interminables y

desocupadas, y cuando llegamos, la ciudad del estuario del Nilo nos deslumbró .

Alejandría tiene dos joyas: una, la biblioteca, el enorme edificio recién reestrenado a imitación de la gran biblioteca de Ptolomeo, el compañero de Alejandro Magno, que en la antigüedad fue depósito de todos los libros conocidos. Y dos, el piso de Constantino Cavafis, este bastante más sobrio.

Me gustó que, escondido en una calleja, no muy lejos de la plaza central, detrás de los grandes hoteles, hubiera un pequeño apartamento, la moderada luz de cuyas ventanas cae sobre una sencilla mesa de trabajo, y que, teniéndolo como discreto museo, con él se honre a un poeta que apenas publicó en vida un puñado de sus versos, los que consideró acabados, pero que revolucionó la poesía del siglo XX.

---

33 : En enero, Churchill se había reunido en Casablanca con Roosevelt y con De Gaulle para acordar que solo se aceptaría la rendición incondicional de Alemania como fin de la guerra.

20.
MALLORCA

Hemos hecho y hacemos muchos viajes, sí, pero sin alejarnos nunca demasiado tiempo de Mallorca: y, al volver, no lo hacemos buscando reencontrar nuestras raíces en la isla, como si, al marchar, las hubiéramos abandonado en el puerto, como si quisiéramos darnos la impresión de que, cada vez, la marcha era definitiva. A donde volvemos ahora siempre es a casa. Nada más; las raíces germinaron hace años. Aquí no tenemos un hogar provisional: mi jardín es mi país y mi bandera, la de mi barquito. Casi sin darnos cuenta, nos hemos asentado en Mallorca. No hay nada provisional en ello: esta isla se ha convertido naturalmente en nuestro lugar para siempre. Da igual si, con los años, hemos cambiado de casa varias veces, aunque solo nos hayan echado de la primera, la más querida. Una de nuestras virtudes, de Sandra y mía, es la capacidad de desprendimiento. Nunca hemos sentido apego a las cosas, no nos pesa soltar lastre cuando se nos antoja o nos lo piden las circunstancias de nuestra vida.

Del mismo modo, hemos encajado con toda naturalidad en el círculo de nuestros amigos. Gente a la que hace veinte años no conocíamos y con la que hemos descubierto afinidades inesperadas. Tantas que incluso ocurre a veces que siento una punzada de celos cuando alguno de ellos se va de viaje. ¿Qué va a compartir con otros?, me pregunto. ¿Qué innovaciones, qué placeres distintos? ¡Si aquí tenemos todo lo que necesitamos! ¿O me pierdo algo que no debería? Por supuesto que esto que siento es tribal, innecesario y absurdo, pero ahí está.

El grupo se cimentó, me temo, a base de celebraciones, cumpleaños, aniversarios, *foguerons* (las reuniones en la plaza del pueblo con grandes hogueras y asados), la sobrasada más fina y vino de la tierra, paseos, teatro, nuestro *Palco o Platea* . Nunca fue un grupo único; son varios y diferentes. Unas veces, cenando en Flanigan's, otras, almorzando arroces en la playa de Muro, otras, paseando por Menorca en el Camino de los Caballos, otras, charlando pacíficamente en una terraza de casa o en casa de los Ortega en Ses Alqueríes o comiendo una pasta rigurosamente italiana en casa de Comotti en Pollença o carrilleras en la estupenda casa de Belén y Fernando

Contreras. Cualquiera diría que solo vivimos en el ocio. Pero, entre las comidas, los paseos y la risa, escribimos, diseñamos, construimos, operamos caderas y rodillas, curamos enfermos y cuidamos de bibliotecas. Estamos eminentemente vivos.

En 1999, Sandra se fue con su gran amiga Maite Benavides al Himalaya. Ambas subieron a más altura que el campamento 1 del Everest, el campo base, que está a 5300 metros de altura. Llegaron a media ladera del Pumori, 7100 metros, a la que se puede ascender desde el campo base. Toparon con Carlos Soria, ya lo he dicho, que subía y bajaba aquellas laderas como si fueran un sencillo sendero de montaña. Iba de entrenamiento para hacer un ocho mil o dos.

Yo me había quedado en Madrid, haciendo el programa de *LO +PLUS* y terminando una novela, que luego fue *El peor hombre del mundo.* En todo caso, se me notaba que no tenía ninguna gana de irme de ascensión al otro lado del mundo. Pero una cosa con otra, a Oriente fuimos cinco veces. Vietnam (y Camboya y Birmania), Nepal, Everest (Sandra sin mí), Sikkim (Sandra con Virgi Gayo), Bhutan (e India).

En Nepal, partiendo de Katmandú, hicimos un *trek* por la ladera encima de Pokhara. Las escaleras interminables de piedra, con a veces más de mil escalones, no son ninguna broma. Nuestro sherpa, para animarnos, decía *today, level* , hoy un solo nivel, y ponía las palmas de la mano juntas para que supiéramos que no se requería ningún esfuerzo de subir o bajar; todo estaba a la misma altura. Pronto nos dába mos cuenta de que lo que aquello quería decir era que se arrancaba y llegaba a la misma altitud, pero nada se decía del sube y baja que había en medio. Lo que más me desmoralizaba era ver a los pequeños muchachos locales subiendo las empinadas escaleras calzados con chanclas playeras y portando una mesa, seis sillas y dos colchones para tener montado el campamento cuando llegáramos horas más tarde.

En Bhutan habíamos llegado en la semana de fiestas. Los *dzong* , los grandes monasterios entre dos ramales de río eran amables ciudadelas budistas en las que monjes bien alimentados perseguían a los pequeños alumnos, todos vestidos con túnicas marrones, como si fueran bandadas de pájaros risueños. No muy distintos a nuestras escuelas de aquí cuando intentamos que los chavales entren en clase después del recreo. Había bailes y procesiones con máscaras y gigantones, llenas de colores.

Una noche topamos con un incongruente grupo de españoles —los viajeros foráneos son escasos en aquel reino— que en un hotel de Timbu comían jamón traído por ellos y agasajaban a un ministro del gobierno butanés. Allí estaban Fernando y Belén Contreras, inesperados viajeros, cuya hija, Alejandra, había perdido el pasaporte. Bhutan no es un buen lugar para extraviar un documento. ¿Tendría yo influencia en la embajada de España en Delhi para conseguir uno nuevo? Pues… Por fortuna, el pasaporte apareció en el fondo de un saco de viaje.

El deporte nacional en Bhutan es el tiro con arco. Cuando andábamos por allí, veíamos a grupos de hombres vestidos con la extraña indumentaria nacional, unas pesadas sotanas de colores más bien mortecinos , que aparecían disparando a blancos alejados a 140 o 150 metros; el espectador es el único que se juega la vida, claro está. Había torneos de tiro en cualquier lugar por donde fuéramos, jardines inesperados de rododendros emergiendo de la bruma, bosques tropicales y alpinos, valles umbríos donde aullaban perros, el animal intocable del país. Todos los tiradores nos sonreían, concentrados en lo suyo. Son felices. El más feliz es el Rey, el «rey dragón», un hombre muy joven con cara de estudioso. Cuando estábamos allí, anunció que se casaba. Su prometida era una mujer bellísima.

Volamos a Calcuta, Kolkata para los entendidos. En el aeropuerto nos esperaba un chófer con guantes blancos, que consiguió sacarnos del gentío, milagrosamente en pocos minutos, y nos subió a un coche negro elegantísimo. No paré desde entonces de bendecir la organización de Sandra, que había planeado el viaje hasta su más mínimo detalle. El mecánico nos llevó al hotel Oberoi en el centro del barrio victoriano de Kolkata, el único establecimiento hotelero en el que no tuvimos que pasar por la recepción. Nos llevaron directamente a la suite que íbamos a ocupar. Allí nos esperaba un conserje elegante, con una túnica negra y un gran turbante terminado en pico, para hacernos el *check in* sin tener que sufrir las molestias impuestas al vulgo. Mi asombro iba en aumento por minutos.

Salimos a la calle, no sin que antes nos apercibieran de que no debíamos atender a las decenas de mendigos que nos asaltarían. Enseguida nos encontramos en el barrio victoriano, tan londinense, lleno de monumentos al borde del enorme río. Quisimos entrar en un templo hindú y nos descalzamos para hacerlo y andar sobre el mármol blanco de la iglesia. Al salir, fuimos unos metros calle arriba y

entramos en la primera sastrería que vimos. Mientras escogíamos telas de seda y algodón para que nos hicieran unas camisas y unas túnicas que nos serían entregadas a primera hora de la mañana siguiente y que aún nos duran, cometí el único error de todo el viaje: tomar una Coca-Cola en un gran vaso con hielo. El asalto de la diarrea fue casi inmediato. Tuve que meterme en la elegante cama de nuestra suite y esperar la llegada del médico. Pasé una noche perra y, como la cosa no tenía más remedio que la paciencia y mucho líquido, animé a Sandra a visitar sin mí el centro de la Madre Teresa, la «ciudad de la alegría» en Howrah. Lo hizo y volvió impresionada por la espantosa pobreza y el ánimo con que todos, misioneros, monjas y entusiastas voluntarios, llenos de caridad y de emoción, desempeñaban su trabajo.

Luego, ya recuperado, pudimos pasear por el Ganges en una lanchona que nos llevó desde el Victoria Memorial hasta el gran puente de Howrah y la gigantesca estación del ferrocarril y más arriba a los *ghats* , las escalinatas desde las que la gente vestida y desnuda se baña en el río sagrado.

No puedo evitar, con cierta vergüenza, la necesaria confesión de que visitamos Kolkata como turistas privilegiados, solo rozando la superficie de un monstruo inabarcable sin llegar a hundir los pies, ni siquiera un poco, en la miseria.

Volvimos a Londres en un avión de British Air, un 747, en vuelo directo. Íbamos en la parte superior, justo delante de la cabina de pilotaje. Al cabo de unas pocas horas de vuelo, de pronto, vimos un trajín bastante intenso de personal de cabina y de azafatas. Iban y venían a la cabina y, en un momento en que estaba abierta la portezuela, pude ver como todo estaba inundado de humo blanco.

—Perdón —dije al *steward* , el jefe de azafatas—, ¿está pasando algo grave? No tiene muy buena pinta, ¿no?

—No señor —contestó con calma—. Vamos a aterrizar enseguida.

—¿Hay fuego en la cabina? —insistí, ya francamente alarmado.

—Nada que no tenga remedio, señor. No corremos peligro.

Su interpretación del término peligro difería claramente de la mía, pero me pareció más sensato callarme. El *steward* se sentó al otro lado del pasillo.

El avión inició un rapidísimo descenso, me pareció que hacia un aeropuerto recién avistado. No podía ser, claro. Las comunicaciones funcionaban: el comandante tenía que saber adónde nos dirigíamos. ¿O se les había estropeado la radio con el incendio?

—¿Qué aeropuerto es ese?

—Riga, señor. —Y, fruto de nuestra nueva intimidad asentada en mi aparente calma, añadió—: Nunca ha aterrizado un *jumbo* en Riga.

—¿No?

—No. Pero la pista es suficientemente larga, no se preocupe.

Miré por la ventanilla mientras el avión se dirigía a toda velocidad hacia el aeropuerto de Riga en el que nunca había aterrizado un *Jumbo.* Todo bien y en orden, excepto que, cuando estábamos a punto de tomar tierra, vi que en la pista de rodadura esperaba un número grande de camiones-cisterna de bomberos y, supuse, todas las ambulancias que los del aeropuerto habían conseguido reunir en tan poco tiempo. Nada tranquilizador.

La pista era suficientemente larga.

Nos instalaron en una terminal muy moderna, los pasajeros de primera clase y de *business* , en un sector separado por un gran ventanal del resto de la gente. Nos dio vergüenza comprobar que a nosotros nos daban café, leche, galletas y refrescos, mientras que a los demás, los de detrás de la cristalera, les negaban el pan y la sal.

Entre los pasajeros de la clase turista había un hombre joven con un niño en brazos. Lo vimos acercarse a la puerta de cristales que nos separaba y pedir por gestos algo de leche para el bebé. Nadie hizo caso hasta que Sandra se acercó al hombre con el cartón de leche que nos habían dado, abrió la puerta y se lo entregó.

Era un bebé hindú, de 4 años, en brazos de un padre adoptivo italiano, muy joven. El niño tenía un ojo inflamado con una herida abierta y tampoco veía con el otro. El joven se lo llevaba a Londres para que lo operaran y le devolvieran la visión del ojo herido, aunque no era seguro que lo conseguirían. Nos impresionó el gesto de un hombre capaz de adoptar a un niño más que enfermo, intentar devolverle la salud y querer darle, después, un hogar y una familia. ¿Cómo se encariñarían? Apuesto que no sería muy difícil.

Nuestro regreso a Mallorca nunca acarrea nostalgia de lo que acabamos de hacer, de viajar, de disfrutar. Lo he dicho ya: la razón es que volvemos a casa.

Pero hay más . El mar. *El mar, el mar* , explicaría Iris Murdoch, sin que en su novela capital figure más que como decorado amable y juguetón. Eso es el Mediterráneo para nosotros. Un decorado profundamente espiritual, como un alma de la que no nos despegamos

puesto que nos rodea y nos llena y viaja con nosotros. Sandra lo dice siempre: para vivir, necesita ver el mar. Es el aliento que nos infunde un hálito a sal, a iodo, a arena entre los pies, a alquitrán lejano, a las algas que pisamos antes de zambullirnos, al reflejo del sol en las rocas que hay bajo la superficie, mientras la posidonia baila suavemente como una melena, y nuestra piel se tuesta.

Puede que «tuesta» no sea el término correcto para lo que hace el sol con nuestra epidermis. En una ocasión en que salíamos de Mahón para navegar hacia Alghero, teníamos al lado un gran yate y por la escotilla veíamos a dos parejas mayores jugando al bridge en el salón, protegidas por el aire acondicionado. Cuando llegamos al puerto en Cerdeña, el gran yate, mucho más veloz que nosotros, ya estaba allí amarrado al muelle. Por la escotilla pudimos ver a las mismas dos parejas, cartas en mano, y tan blancas de piel como cuando habían zarpado de Mahón por la mañana. Nosotros, en cambio, tras una singladura de 12 horas en cubierta o en el *fly-bridge* , estábamos como cartón-piedra, la piel quemada y resquebrajada y negra como un higo arrugado y reseco. Nos sentíamos felices de cómo nos dolían las espaldas y los muslos. El capitán del yate estaba en cubierta; nos miró, sonrió y nos saludó llevándose un dedo a la frente.

También hemos tenido suerte con los barcos. Cuando vinimos a vivir a Mallorca, nos compramos una pequeña neumática en el Corte Inglés. No servía ni para una inmersión en la piscina, pero le añadimos un motorcillo de dos tiempos (el mismo que Lubbers bajó de sde casa al escar) y salía mos a navegar por la bahía. A los pocos meses, la cambiamos por una neumática de casi 6 metros de eslora, una Duarry que bautizamos como *El Furro* . El nombre se lo inventó Fernandito. La fuimos a recoger a Porto Pi, el muelle donde el Rey amarraba su enorme Fortuna más el Aifos en el que competía más la imponente banana que surcaba los mares a 60 nudos. Nos esperaba el capitán del Fortuna, que había llenado el depósito del *Furro* y además nos regalaba de parte de don Juan Carlos seis defensas y un largo y sólido cabo con el que podrían arrastrarnos si se nos paraba el motor, un gigantesco e innecesario monstruo de 400 caballos. De hecho, se paró el primer día que lo sacamos a navegar, al regresar hacia Sóller; nos remolcó un pequeño pesquero. Y eso, gracias a que había entrado en nuestras vidas Teo Salom, que fue y es amigo. Teo vende y repara neumáticas (entre ellas, el *Furro*) y nos ha librado de algún inconveniente legal haciendo una trampa o dos que ahora no vienen al

caso. En una ocasión en que nos pilló muy cansados en Palermo, le hice venir en avión para llevarse nuestro barco de vuelta a Mallorca, mientras nosotros regresábamos volando. Me da un poco de vergüenza confesarlo, pero era el final de un viaje que nos había llevado al extremo sur de Cerdeña, a Túnez y a Sicilia, a Favignana y por fin, al puertecillo de Cefalù y a Palermo. Estábamos hechos polvo, aunque antes de volar, fuimos a Taormina y al Etna, por ver el teatro griego y el volcán humeando.

Hemos vuelto al cabo de los años para visitar el barroco y Catania, en donde comimos los mejores espaguetis *alle vongole* de mi vida. Éramos seis ese día y la cuenta en aquella *trattoria* ascendió, con dos botellas de vino, ensalada de tomate y postre, a la friolera de 10 euros por persona.

El barco en el que hicimos la travesía (y una anterior a Córcega y a tierra firme italiana) era un Princess de segunda mano, de 14 metros de eslora, que navegaba muy bien. Cuando me subí por primera vez al *fly-bridge* , me pareció que la proa estaba a kilómetros de distancia. El miedo se me pasó pronto. Pintamos el barco de azul y le pusimos *Shambala.*

Nuestros inseparables compañeros de viaje en estas navegaciones mediterráneas fueron Ticu y Viquito, maravillosos marinos. Años más tarde, cuando teníamos el *Shambala IV* , un *llaüt* Menorquín de 12 metros de eslora, e íbamos hacia la Costa Azul y la Riviera, nos acompañaron hasta Niza. Allí tomaron el relevo Ana y José Ortega. Cuando llegamos a Portofino, encontramos un amarre de milagro; el puerto es diminuto. Estuvimos allí tres días y no me atrevía a ir a capitanía a decir que nos íbamos por temor al precio que nos iban a cobrar en un lugar tan fino y elegante. Resultó ser una cantidad irrisoria. Estábamos en territorio Marone y las puertas se abrían como por ensalmo. Al otro lado de la bahía de Rapallo podía verse la casa de veraneo de mis suegros, con su ascensor hasta la playa por el que bajaba el mayordomo con guantes blancos portando el vermut y las croquetas del aperitivo.

Mi suegra, la infanta Maria Cristina, Crista para todos nosotros los mayores y nonna para la multitud de nietos, era una gran mujer. Se había enfadado mucho conmigo cuando dejé la embajada para hacer de periodista. Años más tarde, en 1996, gané el Premio Planeta; me llamó desde Torino y me dijo «te he perdonado».

El regreso de aquel viaje por la Costa Azul y la Riviera lo

emprendimos desde las Cinco Tierras, al final de la Riviera dei Fiori. Una de las singladuras nos llevó hasta San Remo. ¡60 años sin volver! ¡Qué de recuerdos! El castillo Devachan, la plaza central con el viejo cine, el paseo de los Ingleses, la Villa Rondinella donde habíamos vivido mi madre, la Nena y yo. El casino; todavía recordaba cuando mi madre me señalaba un hombre no muy alto y de porte elegante que bajaba del tren y salía de la estación en dirección al centro. «Mira,» me decía, «ese señor es Enrico Marone-Cinzano. Siempre viene a San Remo a jugar al casino». No lo podía saber, pero «ese señor» acabaría siendo mi suegro tres o cuatro décadas más tarde. Claro que no pudo ser mi suegro porque murió antes de que yo conociera y me enamorara de Sandra, su hija pequeña.

Entrando en el puerto de San Remo aquella tarde de julio de 2006 y mientras hacíamos la maniobra de atraque, me llamó por el móvil Ana Rosa Semprún, la directora de Espasa. No la oía muy bien y encima le puse poca atención por aquello de la maniobra en el puerto. Puse el teléfono en altavoz. Vino a decirme «Fernando, te vamos a dar el Premio Primavera por tu novela *Vichy 1940* . No se lo digas a nadie todavía. Es un secreto». Me quedé sin habla y me lo tuvo que repetir. Aún así, me habría parecido un sueño imaginario e imposible, de no haber sido porque Ana y José, que estaban en el puente colocando las defensas, lo habían oído tan bien como yo. Esa noche fuimos a un buen restaurante. Y después, al casino a jugar a la ruleta. No perdimos demasiado.

Durante varios años amarrábamos el *Shambala* en la dársena de la base militar en Sóller. Nos lo permitía lo que llamaríamos un enchufe real que llegaba desde las alturas al comandante de la base, Miguel Bosch. Fue buen amigo, por más que su seriedad y honradez militar le hicieran comprobar cada año que la recomendación era renovada y venía de donde venía.

Las amistades son siempre casuales. Con esto quiero decir que nos hacemos amigos por casualidad. No hay otro método: estar en un lugar cuando están otros que luego nos gustarán, desear hablar, descubrir que el idioma es el mismo, tener el mismo deseo de sonreír o la misma tristeza que consolar. Aconsejar o que le aconsejen una lectura o una obra de teatro. Esquiar en la misma estación.

Así entramos en contacto con Giorgio Comotti y su mujer Ale. Ella,

que había sido maestra de baile en la Scala de Milán, me ayudó con muchos detalles y precisiones durante la escritura de *Meneses en Skópelos* . Con Giorgio comparto una afición grande por la Historia y por sus recovecos más extraños y menos conocidos. Comemos juntos con frecuencia y paseamos.

Sofía Barroso, cuya familia nos era bien conocida, continuó la cadena de casualidades. Su padre, Manolo Barroso, era diplomático como el mío y, cuando yo tenía 12 o 13 años, guardaba su lancha Riva en el jardín de nuestra casa de veraneo en Santa Severa; Roma era su primer destino. Sofía, una apasionada de arte, se dedica a llevar a grupos de americanos bien estantes o de españoles sólidamente establecidos a visitar ciudades poco conocidas y llenas de arte. También busca jardines peculiares que enseñar. Uno de ellos fue el nuestro, de secano y muy mallorquín, lleno de plantas autóctonas, en la costa de Valldemossa, asomando entre las rocas y el mar.

Llegó y con ella venían, además de muchos americanos a los que dimos gazpacho y vino de aquí, dos inglesas que, con los años se han vuelto íntimas amigas nuestras. Con sus maridos, naturalmente.

Vicky y Robin Widdows viven en una casa con jardín en un rincón de la isla, S'Arracó, que más parece un *cottage* en la campiña inglesa, con su jardín de rosas, que una masía payesa de una sola agua. Robin fue en su día corredor de coches en la Fórmula 1. Tuvo una carrera algo accidentada, el estado de su nariz da fe de ello, pero también exitosa, si breve. Es persona de gran intensidad y Vicky, mucho menos fuerte, es quien siempre lo suaviza todo. Son una buena pareja y con los años, casi ٢٠ ya, han sido excelentes y constantes amigos. Me han dado su consideración en tanto que escritor, mucho más respeto del que merezco, y piden nuestro consejo más veces de lo indispensable. Nos invitan al asado de los domingos con pequeñas patatas y verdura reluciente y *al dente* . A menos que yo solicite otra cosa, el aperitivo siempre es de champagne, Moët & Chandon o, en las grandes ocasiones, Dom Pérignon.

A Camilla y Fred Chandon, la otra pareja, los conocimos hace más de 15 años, también porque Camilla vino a ver nuestro jardín. Tiene una ventaja: ella es una jardinera estupenda y tiene en los altos sobre Andratx, en la carreterita que lleva a Capdeià por la montaña, una casa bella, delicada y con un jardín lleno de hortensias blancas, rosadas y azules y mil rocallas de flores de primavera y de verano.

Hemos almorzado muchas veces allí, una comida siempre estupenda salida de las manos de Inés, su cocinera portuguesa.

Camilla es nieta de Somerset Maugham. Habla de su abuelo con cierta prevención, a caballo entre los recuerdos que tiene de su cariño y la fama de homosexual desabrido que predicaban de él algunas malas lenguas. En todo caso, como Maugham siempre ha sido un escritor preferido mío desde la adolescencia, Camilla y yo hablamos mucho de él. También nos aconsejamos y prestamos libros. Siempre descubrimos afinidades en nuestros gustos literarios y, además, ella, haciendo un esfuerzo que, desde luego, no merezco, lee mis novelas con un diccionario en la mano.

Fred, con un apellido que es el 50 por ciento de una botella de champagne, es un caballero francés, lo que con admiración llamamos exacto representante de la *Vieille France,* con convicciones sólidamente asentadas y filias y fobias muy firmes. Camilla es su segunda mujer; se descubrieron hace muchísimos años en las estaciones de montaña en los Alpes suizos. Se vieron y nunca más se separaron. Fred es orgulloso, alto, aristocrático, y dotado de un peculiar sentido del humor. En ocasiones traslada su perro de Londres a Mallorca conduciendo solo (¡a los 94 años!) por las carreteras de Francia, con una única parada: en casa de su primera mujer, en donde duerme una noche antes de seguir ruta. En otras ocasiones, y para que su perro no sufra, fleta un pequeño reactor y se lo trae volando. Algunos amigos ingleses que también tienen perros, aprovechan el viaje de este peculiar Mascota Air, para que sus labradores, cockers y beagles viajen con toda comodidad hasta la isla.

En una fiesta-sorpresa que hice para el 70 cumpleaños de Sandra (en justa retribución por la que me había organizado por mis 60), Fred, que no podía asistir por estar en Londres, mandó una caja de Moët & Chandon para que los sesenta o setenta invitados brindáramos a la salud de la festejada. Sobró y me guardé media caja, que voy bebiendo. Fred es de una generosidad tan desprendida que asombra.

La fiesta del cumpleaños requirió de todas mis habilidades de organización y paciencia. Nunca lo había hecho, ni siquiera como embajador. Eran los demás los que me montaban cuanto había planeado. Esta vez, no. Esta vez fui yo. Una gran amiga me ayudó a encontrar un hotel rural en las afueras de Petra, el lugar de nacimiento de Junípero Serra, un pueblo del centro de Mallorca. La velada tenía que ser una sorpresa total para Sandra. Conseguí que lo

fuera: casi se desmayó al ver a su nieto adorado llegado de Londres aquella misma tarde, a sus hermanas, Tala y Terely venidas de Madrid inesperadamente (Terely, que con paciente generosidad, nos hospeda cuando vamos a Madrid de visita); a las hijas, nietos y yernos de una y otra rama de las dos familias, a los grandes amigos, a las amigas del alma. Todos. Había enormes globos dorados que figuraban un 7 y un 0, un buen catering, un disc-jockey que puso música de todos los tiempos, los nuestros y los de los jóvenes. Hasta un camarero, que servía bandejas de comida, se emocionó tanto con el ambiente que se respiraba, que, al final, se colgó del cuello de Sandra y le dio dos besos. Creo que había bebido su cuota de champagne de forma generosa.

Hace ya unos cuantos años, vendí mi último *Shambala.* Mantenerlo, pagar un amarre y ponerle combustible se había hecho demasiado oneroso. Siempre decía que el momento más aterrador de la navegación era llegar a la gasolinera del puerto y decir «¿me lo llena, por favor?» Ya nos pesaba: tenía yo demasiados años para seguir haciendo las cosas que se hacen a bordo de un barco grande sin más marinero que Sandra. Una marinera espléndida, por cierto, llena de equilibrio y de arrojo, que igual comprobaba la posición del ancla buceando, que amarraba el barco o que preparaba la cena para los nietos entusiastas o, al mediodía, el almuerzo para un grupo de seis o siete, a veces ocho, amigos. Lo vendí. Con dolor de corazón, vendí el *Shambala IV*. Por cierto, *Shambala* quiere decir lugar de reposo en nepalí. Igual que *tushi-tala* significa contador de cuentos; mandé hacer unas letras en hierro con las dos palabras y las puse en la cancela de mi casa para que se supiera la profesión del dueño.

Cuando Fred me oyó decir que había puesto el *Shambala* a la venta, no se lo pensó ni un minuto. «¡Pero si nosotros nunca estamos en agosto! Es el mes que pasamos en Suiza. *Mon cher* , ¿por qué no usa el mío?». (A pesar de nuestra amistad de años, seguimos tratándonos de usted, como quiere la tradición en Francia; y es que, república francesa o no, Fred es —y así se presenta— el conde Frederick Chandon de Briailles). El suyo es un llaüt Menorquín exactamente igual que el mío, con sus 12 metros de eslora y su casco azul. Se llama *Allimca,* una curiosa forma de señalar que ha sido bautizado en honor de Camilla.

Prestar el propio barco a un amigo es una marca de

desprendimiento verdaderamente notable, al tiempo que indica una confianza ilimitada en la habilidad marinera del prestatario. Yo sé que soy un buen marino, pero Fred, al que nunca había llevado a bordo, no tenía por qué sentir esa confianza ciega en mi habilidad y cuidado.

Por supuesto, acepté y desde entonces, tres o cuatro años ya, navego en agosto patroneando el *Allimca.* Y sigo siendo feliz sobre las olas. Igual que mis nietos, a quienes llevo a alguna cala remota a pasar la noche a la luz de las estrellas. Son guapos todos y es un gusto ver cómo juegan, saltan haciendo piruetas inverosímiles desde la pasarela, comen hambrientos, o ríen las gracias de los mayores. Y cuando son los mayores los que se suben a navegar con nosotros, bebemos vino (o champagne) y hablamos de Homero y de la Ilíada, de lo que es la mediterraneidad de la Odisea. Siempre hay alguno, Javier Garau o Luis Fidalgo o Giorgio Comotti, que recita un pasaje o un verso e incluso lo hace en griego. En ocasiones, las menos posibles, hablamos de política, sobre todo cuando los políticos hacen tonterías. Y de historia y de música. Y de las bondades del brebaje que uno de nosotros ha traído. Son días de vino y mar, felices, a los que se suman otros amigos tan cercanos, Manolo Nadal, comodoro del Club de Mar, Maria Zaforteza, guapa y generosa, Lupe y Perico Carulla, viajeros incansables de África y del camino de Santiago, e Isabella Moncada di Paternó, una divertidísima siciliana que alquila barcos de oligarcas.

> *Maronada* , sustantivo f. del it. *marone* , fiesta familiar que se celebra regularmente en los distintos lugares de residencia de que disponen los miembros de la estirpe.

La primera tuvo lugar en Llucalcari en Mallorca, y la llamamos «La fiesta de 100 años» (60-40, porque celebrábamos en septiembre de 1989 el 60 cumpleaños de Alberto, hermano mayor de Sandra, y el 40 de esta). Una fiesta verdaderamente divertida a la que asistieron los Marone en pleno más los reyes Sophie y Juanito, así conocidos, no muy respetuosamente, en la familia. Es probable que por última vez todas juntas, acudieron las hermanas Marone-Cinzano. Rosy, la más guapa, Consuelo, Tala, Giovanna, Terely y Sandra (Andina para las mayores).

La segunda maronada en que intervine se celebró en septiembre de 1991 en Courmayeur para festejar el 80 cumpleaños de Crista, mi suegra. Acudimos 40, entre familia italiana y española. Me parece que lo más destacado de aquel enternecedor fiestón fue que mi suegra

quiso hacer, por primera vez en su vida, un vuelo en helicóptero. La subieron en vertical por l'Aiguille du Midi, Les Grandes Jorasses, los glaciares y el Mont-Blanc. Volvió encantada. Por la noche, bailé un vals con ella.

Hubo una mini-maronada en la embajada en La Haya, con alguna de las hermanas, mi suegra y un montón de amigos de los jóvenes. Mi suegra, revestida con una elegante bata de seda, bajaba por las mañanas en ascensor a las cocinas a decidir el menú del día con el chef Domenico. Le divertía más de lo imaginable.

La maronada tercera ocurrió en Courmayeur. No recuerdo bien la razón, pero seguro que hubo motivo para el festejo. En esta ocasión , el número de asistentes creció por imperativo de ampliación familiar a base de nacimientos y nuevos matrimonios. Ahora son los jóvenes los que proponen nuevas maronadas. Una buena renovación generacional.

Hubo una en Comillas para celebrar los 60 de Tala, y otra en casa de Alfonso Galobart, hijo de Giovanna y ahijado de Sandra, en Valdecañas, el estupendo paraje amenazado de derribo por presión de los ecologistas.

Alguna más habrá. Muy bien, solo que a mí ya me van a tener que arrastrar al guateque. Iré, pero que no cuenten conmigo en el comité organizador.

Me limitaré a ser abuelo, una tarea bastante fácil que tiene, no obstante, lo que ahora se llaman líneas rojas bien definidas. Se puede mimar pero no malgastar talentos, se puede consentir pero no arruinar cediendo a cada capricho (lo que no es lo mismo que desear fervientemente que los nietos dejen de dar la lata al abuelo: para eso, cualquier soborno vale). Sobre todo, no hay que olvidar que el futuro les pertenece y que no somos quienes para trazarles caminos intransitables, que son los que nosotros vemos como convenientes. Y, por encima de todo, además, no somos quienes para educar ya a nadie. Siempre que pienso en esto, recuerdo el remoto almuerzo en Portugal con Isabel Pascual de Pobil, mujer de Nicolás Franco, en el que ella defendió a los jóvenes y su ambición de un futuro libre de las trabas del pasado.

Tengo cinco nietos, cuatro legales y uno postizo, tan nieto como los demás. Las tres niñas de Mónica, María, Camilla y Alexia (a la que tengo bautizada como Axila), tres bellezas frescas y adorables. María, que es un rayo de listeza, se acaba de casar cuando escribo estas líneas con un joven abogado que encaja con ella como la nata con las fresas.

Unos caza-cerebros la cazaron hace poco para que cambiara de trabajo: María es ahora analista de riesgos en Standards & Poor, lo que llena de orgullo al abuelo. La segunda, Camilla, es de una arrebatadora belleza y de suave simpatía. La tercera, además, tiene un pequeño lado canalla que le hace decir cosas como «te falta calle, bro» para indicar que está uno falto de experiencia, hermano.

El hijo de Fernando y de Marta su mujer (que es oncóloga infantil, una especialidad bien dura) es Pablo, Pablete. Se había quedado algo canijo considerando el tamaño de todos los demás componentes de la familia y nos habíamos hecho a la idea de que pasaría su vida solo escribiendo como su abuelo; lo hace muy bien, con gran imaginación y un dominio del castellano impropio de su corta edad. Pero de pronto dio un estirón y ahora pensamos seriamente en dedicarlo al baloncesto, con la vista puesta en la liga americana y en la fortuna de todos nosotros.

Finalmente está Marco, hijo de Astrid, nieto de Anna Sandra. Es un caso aparte de simpatía y, a medida que cumple años, se va haciendo un gamberro, como corresponde a un adolescente medio futbolista, medio jugador obsesivo de la infame *tablet*. Para entrar en el colegio de Londres en el que estudia (operación nada sencilla por la gran cantidad de aspirantes) pensó que, como el capital de la institución es chino, tal vez podría lucir ante el profesor inglés que lo examinaba la estrofa en mandarín de una canción aprendida de memoria en el colegio al que había asistido en Mallorca antes de marchar con su madre a Inglaterra. Era evidente que el examinador no hablaba chino. Marco se sentía capaz de impresionarle. ¿Habla usted chino?, preguntó el profesor. Sí señor, bastante, ¿quiere que le cante una canción? Ese mismo día fue admitido.

Ya he dicho que todos pasan parte del verano con nosotros en tierra o navegando. Año tras año los vemos crecer más deprisa de lo que querríamos, pero causa placer comprobar cómo se van redondeando tantas personalidades diversas.

Las mascotas no son un animal de compañía. Son un hijo de compañía. Y tienen un inconveniente principal: a menos que sean un elefante, no duran lo que el dueño. Un perro no vive más de12 o 15 años y de pronto se topa uno con el dolor a veces insufrible de que ha muerto, y la necesidad/rechazo de sustituirlo.

Un perro es absolutamente fiel y adora a sus amos. Es el compañero

constante, en especial cuando los hijos se han ido de casa. Él es el que está siempre hasta el final. Ese sí que en la salud y la enfermedad. Y siempre de buen humor. Un amigo propone una prueba: meta usted a su suegra y al perro en el maletero de su coche; a las dos horas, ábralo. ¿Cuál de los dos mostrará alegría?

Kyoto vino a nosotros como un cachorro de Shiva Inu, un perro precioso, de color arena y el morro como un zorrillo. Un verdadero terremoto, pero un príncipe siempre. Un perro japonés, compañero de los guerreros samurái, su origen se remonta a dos o tres mil años en la China septentrional. Todos estos animales descienden del lobo; un estudio biológico reciente ha establecido que los Shiva tienen el 99 por ciento del ADN de su antecesor, el lobo, más que ningún otro. Eso siempre nos ha producido un orgullo satisfecho y seguro que injustificado.

A Kyoto le encantaba la nieve y daba brincos en ella como si tuviera resortes en las patas. Aquí en Mallorca, su misión en la vida era perseguir corderos hasta que conseguía reunirlos en rebaños. También sentía el impulso irresistible de cazar gatos y gallinas para retorcerles el cuello. Nunca se reconcilió con los gatos, pero un día que perseguía un grupo de gallinas tontas, todas escaparon, pero al cabo del rato una volvió con gran estruendo de alas y cacareo. Pensamos que le iba a durar a nuestro perro no más de unos segundos, pero la gallina, a la que enseguida llamamos Clotilde, se plantó delante de Kyoto y así estuvieron durante un buen rato, morro contra pico, sin decirse nada. Un ritual que se hizo costumbre a lo largo de meses. En un macizo de hierbas, Clotilde tomó la costumbre de poner huevos.

Todos los días dábamos un paseo con Kyoto por una carreterilla circular y volvíamos a casa habiendo andado unos tres kilómetros. Tres perros feroces nos esperaban a diario encaramados a un muro de piedra y aislados del camino por una alambrada; se desgañitaban ladrando y, de haber podido, estaba claro que habrían reducido a Kyoto a girones en menos que canta un gallo. Siempre ladraban, fuera Kyoto con nosotros o no.

Un día, Kyoto murió. Tenía 10 años y un brutal cáncer linfático. Sufría y nos miraba a una y a otro como si estuviera preguntándonos qué le pasaba. Lo enterramos en el jardín, cubierto de las flores que adoraba. Esa tarde, Sandra y yo quisimos dar un último paseo por la carreterilla en homenaje a Kyoto. Los tres perrazos nos estaban

esperando. Nos miraron pasar en absoluto silencio.

Fue un duelo horrible y tristísimo. A veces cuesta trabajo recordar que son animales y no humanos ni bebés. Pero cuando mueren, muere un hijo.

Sandra declaró que no quería más perros. Al cabo de los meses, sin embargo, empezamos a pensar que nos apetecía el consuelo de otra mascota. «Pero», exigió Sandra, «ha de ser hembra, de la misma raza y, en lugar del pelo color de arena, con el pelo negro». Nos pusimos en contacto con ShunYou Kensha, la criadora alavesa de Shiva Inu y de Akita Inu, esperando la oportunidad de una camada que produjera una cachorrita negra. Esperamos meses hasta que nos dieron la noticia de que había nacido. La fuimos a buscar al aeropuerto de Bilbao. Allí nos esperaba Silvia Expósito, la criadora, con la perrilla instalada en una cestita diminuta de la que además volaba un globo rojo.

Quisimos pagar en el acto, pero Silvia dijo que no era necesario. Y nos entregó una caja azul sujeta con un lazo rosa, dentro de la que venían decenas de mensajes de felicitación y una lista de 70, ¡70!, amigos que habían contribuido a comprar nuestra nueva mascota.

Miramos al cachorro, cuyas orejas aún caídas apenas si asomaban por el borde de la cesta y allí mismo le pusimos nombre: Haru, que en japonés quiere decir Primavera.

¿Qu e no es un hijo? Por supuesto que sí. Haru nos ha conquistado con su ternura, su carácter revoltoso y su capacidad inagotable de jugar con una pelota de tenis perforada (por ella). Nada más llegar a casa, le regalamos un panda de peluche; hace cinco años cuando escribo esto. Todas las mañanas, Haru se esconde en un rincón a mordisquear el panda que está hecho un asco de babas, pero sin hacerle un rasguño.

Es feliz, pero no lo sabe. Nosotros sí.

Una vida con suerte tiene altibajos. Unas veces viene alta y otras, baja. Dios sabe que las ha habido malas, muy malas, en mi vida. Pero, como en el poema de Kipling, si he arriesgado todas mis ganancias a un golpe de azar y las he perdido y vuelvo a comenzar… si he sido bueno con todos, pero no demasiado, mía es la tierra…

Las memorias tienen por objeto el recuento de una existencia llena de cosas buenas, malas e indiferentes. Pero, para que sirvan de análisis de conciencia y de recapitulación, los hitos no son verdaderamente lo que importa. Las anécdotas, en efecto, son siempre objetivas: pasa lo

que pasa y son solo un vehículo que nos lleva inexorablemente al final. Nada más. En cambio, para que resulten satisfactorias o siquiera interesantes, lo que importa es la visión del que recuerda. Es decir, el color de cristal con que se mire la propia vida.

La atalaya desde la que se contemple el anecdotario es de felicidad o de tristeza. En el reparto de cromosomas, me tocó la primera. Y, como resultado de ello, nunca me he tomado en serio o, como me dijo Manolo Marín en una ocasión, mi problema es que me río demasiado. Bueno ¿y? Si me hubiera tomado en serio, ahora sería ministro de algo, presidente de un gobierno, director general de un banco o… un completo fracaso, lo más probable. O un cadáver al que fulminó el estrés. Prefiero que mi vida haya sido lo que ha sido. Por eso afirmo que he transitado por ella con suerte: he hecho muchas cosas, he amado apasionadamente, me han irritado los tontos, me han admirado los inteligentes y los buenos con motivo (los buenos *per se* y sin feroz voluntad de serlo resultan poco interesantes) y lo que me ha puesto delante el destino ha sido, en general, afortunado. Es decir, una vida con suerte.

Considerando que ni el destino ni la suerte existen, no me ha ido mal. Solo va bien inevitablemente estar en el lugar en que uno ha caído en el momento de la historia en que ha caído. El resto no es suerte sino azar. Soy, desde luego, la peor respuesta a la rueda de la fortuna, al premio de la lotería. Nunca me ha tocado, lo mereciera o no. ¿Lo merecía? Puede, pero la respuesta no me la da haberme portado bien y como consecuencia de ello, tener suerte (como cuando en tiempos de Franco, tocaba el gordo de la lotería en el pueblo arrasado por una avenida de agua después de que estallara el muro de contención de un pantano; eso sí que era suerte). La respuesta está en que, de pronto, el azar se detuvo ante mí. Estas memorias deberían haberse titulado «una vida con buen azar». No hice nada para que me tocara la suerte, solo estar ahí.

Palma de Mallorca, 2021/2022, durante la pandemia.

Impreso en Barcelona en abril de 2022.

Índice

PREFACIO 7
1.
MIS TEMORES 9
2.
MI GENTE 31
3.
CASUALIDADES 61
4.
VIAJANDO SIN PARAR 73
5.
LOS HERMANOS DE LA ABUELA 79
6.
ELUCUBRAR SIN SENTIDO 85
7.
DOS DESTINOS 105
8.
LONDRES 117
9.
EL NAUTILUS 129
10.
NEW YORK, NEW YORK 141
11.
NEW YORK, NEW YORK 2.0 153
12.
OTRA VIDA, MENOS GLAMOUR 171
13.
EL FINAL DE LA DIPLOMACIA 189
14.
TRABAJO NUEVO, VIDA NUEVA 221
15.
TEJEMANEJES Y TRAMPANTOJOS 239
16.
EL ALUNIZAJE 247
17.
TELEVISIÓN Y MÁS COSAS 255
18.

MACLAINE, RUSHDIE Y MÁS 281
19.
VIAJERO EN TU TIEMPO 297
20.
MALLORCA 307